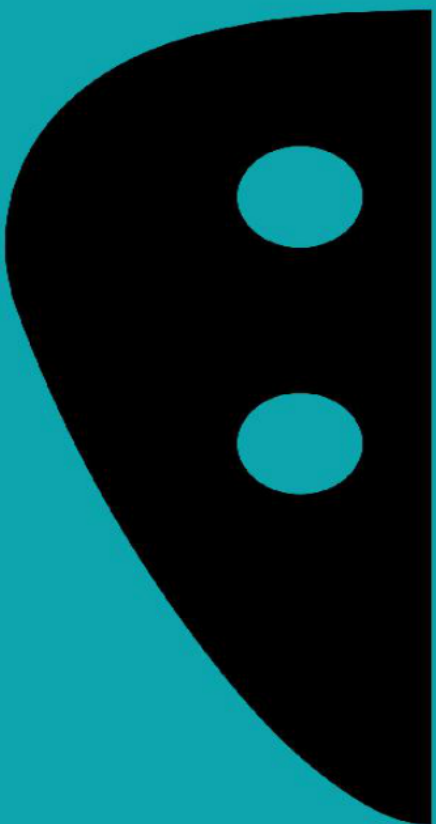
:|| RITORNELLO:

OTRA CANCIÓN PEGADA A LA MEMORIA



Hugo Galván

||: Ritornello: otra canción pegada a la memoria:||

Hugo Galván

México, D.F. 2014

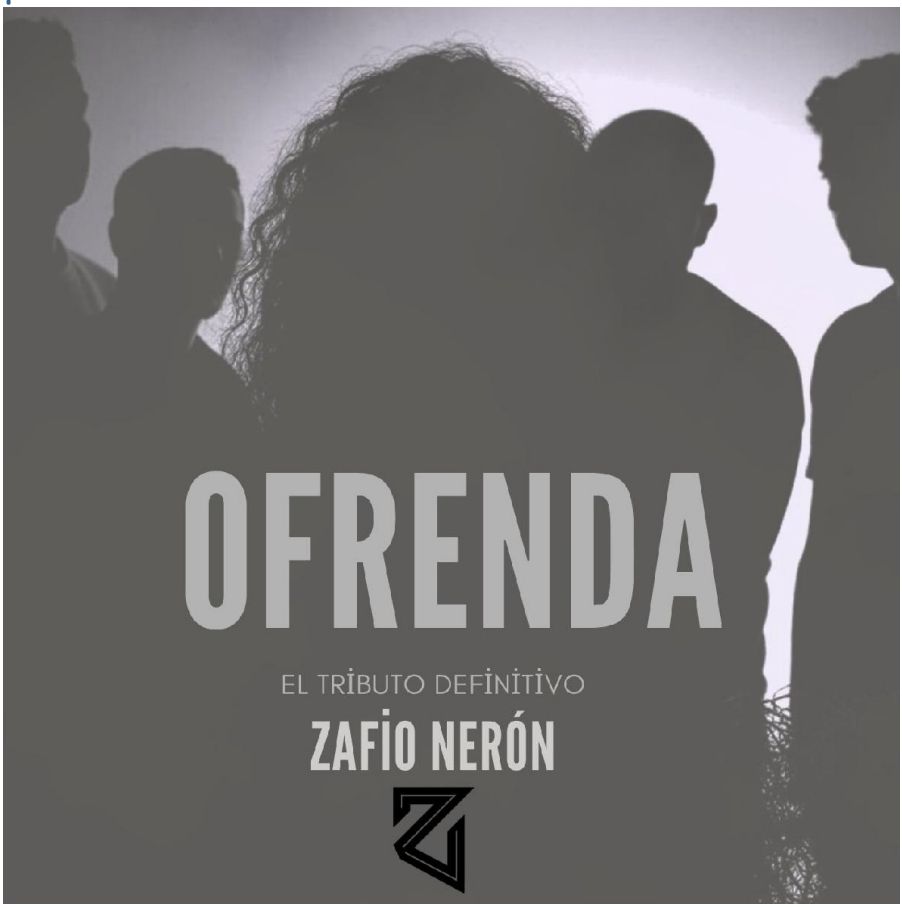
ISBN: 978-607-00-8001-2

D.R. © Hugo Rodrigo Galván Badillo
D.R. Logo Zafio Nerón © Hugo Rodrigo Galván Badillo
Diseño de portada: Julio C. Mendoza - Fonvox

Contacto:
Twitter: @hugokoatl

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN O TRANSMISIÓN PARCIAL O TOTAL
DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O MÉTODO EN CUALQUIER FORMA
ELECTRÓNICA
O MECÁNICA INCLUSO FOTOCOPIA O SISTEMA PARA RECUPERAR INFORMACIÓN
CON FINES DE LUCRO AJENOS AL AUTOR Y/O SIN RECONOCIMIENTOS DE CRÉDITO

¡Escucha el álbum tributo a Zafio Nerón!



Súbele al volumen

Todas las letras son creación propia y pertenecen a esta novela; la música la generé con la IA de udio.

A todo aquel que vibra con una canción

Agradecimientos:

Karina Blanco

Gustavo Galván

por sus lecturas, comentarios y correcciones.

Tracklist

Riff I
Riff II
Riff III
Riff IV
Riff V
Riff VI
Riff VII
Riff VIII
Riff IX
Riff X
Riff XI
Riff XII
Coda
Letras
Pase de sombrero
Soundtrack

||: RIFF I :||

Parece una competencia cacofónica: en una esquina, el zumbido de la máquina de tatuajes, en la otra, las bocinas que dejan escapar “Highway to hell” de AC/DC. Un mano a mano sólo apto para

tímpanos descompuestos que han perdido la medida de lo tenue. Son pocas las trompas de Eustaquio que acostumbran entrar a este territorio prohibido incrustado en el corazón de la colonia Roma; el lugar donde El Gallo se dedica a grafitear pieles acompañado por el volumen alto de la música. No cualquier puritano entra aquí.

Sirena está acostada boca abajo, tiene la espalda descubierta y el pantalón de mezclilla le cubre tan solo la mitad del culo. La mano izquierda de El Gallo pinta sobre la espalda baja de ella una estrella verde con estela de distintos tonos rojos hasta difuminar en blanco. El tatuador dibuja algunos centímetros y pasa una toallita húmeda para quitar los grumos de tinta.

Se trata del tercer tatuaje de Sirena. El primero se lo hizo hace un año: una huella de perro con unas tibias cruzadas al estilo pirata que sirven de logo para una banda de post punk llamada Mis Mascotas Muertas; lo tiene en la parte alta de la espalda, a la altura del hombro. El segundo tiene poco tiempo, hace apenas tres meses, El Gallo escribió Violeta, el nombre de una banda de pop, en el tobillo zurdo.

La piel blanca de Sirena sirve de contraste perfecto para las pinturas de su cuerpo. Además, como buena modelo, sabe lucirlas, aprovecha su silueta delgada para ponerse ropa ajustada, tops que no estorben la vista de la huella del perro muerto, o sandalias con pantalones de pescador para presumir el violeta profundo del logo de la banda de Ciudad Satélite. Su pelo es quebrado y largo, pintado de rojo. Originalmente era negro, pero en la secundaria comenzó a entintárselo. Primero fue güera, el gusto le duró poco, y algunos meses después cambió al rojo definitivo que luce ahora.

El Gallo tatúa. Ella mira las paredes del local adornadas con pósters de Suicide Girls, pasa la vista hacia la computadora de la que sale la música, de nuevo vuelve la vista a la pared, cierra los ojos, bosteza y mira la computadora de nuevo.

–¿Ahora qué estás bajando? –pregunta ella para quitarse el aburrimiento. El Gallo aleja la máquina de tatuajes de su piel y contesta cortante:

–¿Qué pasó? –la pelirroja hace un movimiento con la mano para que el tatuador baje el volumen de la música. Él le pasa el control del búfer para que ella ponga el nivel que quiere, la mira a los ojos.

–Dije que ahora qué estás bajando –repite casi gritando aunque la música ya es mero fondo.

–Nada –responde él al mismo volumen de la pelirroja–. La semana pasada le cayó un virus a la máquina…

–Ya no bajes tanto porno –interrumpe Sirena con sorna. Él ríe y aclara:

–Para nada, para eso está RedTube –guardan silencio unos

segundos, pero gracias a la música de fondo no se sienten incómodos. El Gallo decide continuar su trabajo–. ¿Te duele? –pregunta en voz baja y sin dejar de manipular la máquina de tatuajes.
–No, el que sí me dolió un poco fue el de Violeta, no usé tines unos días.
–¡Qué niña! –bromea El Gallo. Sirena le recuerda en tono divertido que tiene piel de princesa, él afirma con la cabeza al ritmo de la música–. También tienes las nalgas de una –no puede evitar agarrarle una pompa con la mano derecha.
–No seas tentón –reclama ella, voltea hacia El Gallo, le da un manazo para después recostarse de nuevo–. Síguele –pide.
–¿Manoseando o trabajando? –pregunta él con tono lascivo.
–Trabajando que para eso te voy a pagar, si fuera lo otro tú lo tendrías que hacer –responde ella con los ojos cerrados y la cabeza recostada sobre sus brazos cruzados.

Se conocieron en el Tianguis del Chopo hace varios años, antes de que se construyera la Biblioteca José Vasconcelos y cuando los patinetos aún podían hacer sus hazañas en la banqueta de Eje 1 Norte. Él cayó a sus pies, literalmente, cuando ella y sus amigas caminaban por el lugar. El Gallo trató de hacer un kickflip, sin embargo la patineta se atoró en la entrepierna de su pantalón baggy, él perdió el equilibrio, trató de no caer, dio algunos pasos rápidos y largos hacia la banqueta. La gente que estaba sentada en esta se hizo a un lado, él intentó no tropezar pero su esfuerzo fue en vano. La punta de su pie izquierdo pegó en el borde de cemento que en algún momento fue amarillo y cayó justo cuando Sirena y sus dos amigas pasaban por ahí. Las tres gritaron asustadas, él se quedó inmóvil un instante sobre el suelo mientras algunos de sus amigos, todavía riendo a carcajadas, se acercaban para burlarse del caído. La única que le extendió la mano fue Sirena. Ella trataba de ocultar su risa y, aunque El Gallo se dio cuenta, aceptó su ayuda, se puso de pie y coqueteó:
–¿Ves cómo me traes, güera? –Sirena y sus amigas se alejaron sacadas de onda. El Gallo la siguió con la mirada. Se sentó en la banqueta para sobarse.
–Van ustedes, cabrones, que sí me dolió –reclamó a sus amigos sin dejar de sobarse la rodilla y viendo fijamente a la muchacha güera y sus dos amigas alejarse.
Esa misma tarde se volvieron a encontrar en el andén del metro Sevilla, ambos estaban solos. Él notó que ella se puso nerviosa y se le acercó.
–Te ofrezco unas papas –extendió su mano que cargaba una bolsa de papas fritas ahogadas en salsa Valentina y limón–. Por haberme ayudado hace rato. No te preocupes, no tienen drogas ni nada por el

estilo –avisó él al ver que la niña incrementó su expresión de angustia. Sin embargo, ella intentó ignorarlo y seguir caminando, él trató de detenerla pero ella aceleró su paso. El Gallo no hizo más por acercársele y se conformó con quedarse parado viéndole el culo a Sirena por segunda vez en el día. Ella vestía pantalones de mezclilla entubados y el movimiento de caderas dejaba ver lo sensual que ya era a sus quince años.

–Ya, Sire, despiértate, ya terminé –El Gallo deja su máquina para tatuar sobre una mesa de metal parecida a la de un consultorio médico, se quita los guantes blancos y se talla los ojos. Por un momento observa con lujuria a Sirena, la tiene recostada boca abajo; sus manos desean poder acercarse a ese talle tan seductor. Quiere besarle la espalda descubierta e ir bajando por la línea de su columna, llegar a los Hoyos de Venus, regocijarse en esos lugares tan pequeños capaces de causar tanta felicidad a la vista, para después continuar el camino hasta su... Sirena se mueve, él dirige de inmediato la mirada hacia otro lugar, ella se acomoda de lado y antes de abrir los ojos le habla a su amigo.
–Soñé contigo. Es gracioso, estábamos tocando algo muy loco, como jazz. Tú tocabas uno de esos silbatos que usan para llamar a los patos, yo tocaba una flauta de secundaria y me escondía detrás de un… como trono, donde estaba un guitarrista al que nunca vi. Todos andábamos bien felices tocando, muy divertido. Nuestro concierto estaba casi vacío pero había aplausos –Sirena abre los ojos y ve a El Gallo sentado junto a la computadora–. ¿Te gustó mi sueño? –pregunta.
–Está raro. ¿Qué te fumaste hoy, eh? –rebota él.
–Nada, sabes que no es mi hit andar quemando –le recuerda mientras se pone boca arriba. Sus senos se yerguen y Gallo no puede evitar apreciarlos.
–Hablando de diversión, hoy hay peda en la casa del Alekz, vamos, ¿no? –Sirena bosteza ante la invitación del Gallo. Antes de contestar le hace otra pregunta.
–¿Ya puedo ver mi tatuaje? –El Gallo se para de su asiento, se coloca junto a Sirena y le extiende la mano.
–Señorita, la invito a que vea usted su tatuaje nuevo –Sirena le da la mano al tatuador y se levanta, se dirigen a un espejo de cuerpo completo en el que ella posa mientras sonríe.
–La banda se llama Skarcha Spacial. Son como nueve. Bien divertidos los chavos. Me gustan, ¿ahora ya me puedo subir los pantalones? No me gusta andar con las nachas de fuera –El Gallo suelta una carcajada sarcástica.
–Ajá, ¡sí, cómo no! –el tatuador pega su mano a su pantalón para

evitar darle otra nalgada a la pelirroja.

La primera ocasión en que Sirena subió a la nave medio destartalada del Gallo fue un jueves de febrero de 1993, el día más feliz en la vida del ahora tatuador. Metallica llegó por vez primera a México y también fue la vez primera en que ambos salieron formalmente como pareja después de varias semanas de cortejarse. La aún güera apenas se iniciaba en el rock, era una neófita, no comprendía bien la importancia de ver a esa banda en vivo. En lugar de enojarse, El Gallo prefería cacarear sus conocimientos mientras manejaba con el *disco negro* de fondo, por supuesto, al volumen indicado para que los carros que pasaban junto a ellos los vieran con incomodo.

Él se sentía como si fuera el papá de Sirena, exponiéndole todos sus conocimientos y llevándola a lugares que ella desconocía. Por momentos, se imaginaba que Sirena lo idolatraba, que él se había vuelto un dios para la menor de edad. Se enorgullecía de eso, pero su amor hacia ella no era ágape, tenía intereses claros en desvirgar a su Doncella de Hierro, como le decía, antes del matrimonio.

Ahora ella viaja con la ventana de esa misma nave como almohada, ve al horizonte lleno de cruceros, semáforos y gente que atraviesa corriendo las calles que resaltan del fondo de nubes grises. El silbido de los frenos viejos de la combi Volkswagen del Gallo apenas logra superar en decibeles a la música de Mastodon. El ruido no la deja dormir cómoda, sin embargo aun así se encuentra en el letargo previo a una fiesta que durará toda la noche. Pero antes se dirigen al departamento de la recién tatuada. El Gallo conoce a la perfección el camino. Ha vivido ahí: recibieron juntos el nuevo milenio, solos, cogiendo. Los entonces recién consortes hicieron de la herencia del padre de ella su nido de amor cuando intentaron compartir sus vidas.

Antes de ir a ver a Metallica, la pareja se había frecuentado en el Tianguis del Chopo, recorría los pasillos mientras se interrogaban el uno al otro. Ella le contaba su deseo de ser psicóloga, él no tenía con qué contestar, entonces solo le importaba el metal y las borracheras, no qué quería ser de grande. En su familia se lo habían preguntado pocas veces, a su madre le preocupaba más darle de comer a sus cuatro hijos; mientras, su papá, quizá, vivía tranquilo con otra mujer y otros hijos. Gallo estudiaba en el Bachilleres, o como le decía a Sirena, Vasiquieres. No iba a la escuela para forjarse un futuro mejor, lo hacía por huir de su casa, de los berridos de su hermano menor, los caprichos de su hermana, las peleas con su otro carnal y los constantes regaños de su madre: *Ya deberías de mantenerme, cabrón*, le recriminaba ella para siempre concluir: *Que para eso eres el mayor.*

El mundo de Sirena era diferente, su mamá no tenía que compartir lavadero con otras mujeres de la vecindad, su familia, en cambio, tenía lavadora propia. Su papá trabajaba de sol a sol para mantener el nivel de vida en la Anzures. Sirena solo se tenía que preocupar por su boleta de calificaciones. En la comida dominical de casa de la abuela le preguntaban los tíos religiosamente: *¿Y a qué dices que te quieres dedicar?* para después discutir si le convenía más ir a la universidad en busca del marido que la mantuviera por el resto de su vida o hacerse una mujer independiente en el México de los noventa.

Aquel mundo se fue al caño cuando el cáncer de páncreas le arrebató la vida al papá de Sirena en menos de seis meses. La mamá de Sirena, ama de casa, encontró la manera de superar la pérdida entre vasos llenos de alcohol que se ocupaba en vaciar. Las peleas entre Sirena y su mamá arreciaron, la adolescencia de la huérfana contrastaba con la menopausia de la recién viuda. Reñían por los aparatos que se tenían que empeñar, por la añoranza del refrigerador lleno, por el crecimiento de sus deudas, por la vida que se incineró con el padre, pero, principalmente, por los celos de la mamá hacia Sirena. Que su esposo le hubiera dejado el departamento en herencia a su hija y no a ella le hizo abrir los ojos: él siempre estuvo enamorado de su propia hija. Él la apodó Sirena.

Mientras la mamá de Sirena se ahogaba entre botellas cuando llegaba el dinero de la pensión con tal de tener un vínculo con el esposo muerto, o de olvidar la sospecha del secreto del difunto, la reacción de Sirena ante la ausencia de su padre fue más simple: se cambió el color del cabello, no quería parecerse en nada a su mamá alcohólica. También le dieron ganas de aprovechar cada momento de su vida, no quería morir como su padre: joven y con sueños pendientes. Cambió de amigas y el interés en ser psicóloga fue quedando atrás hasta ser una imagen borrosa como la de los sueños al despertar. Con sus nuevas relaciones encontró el gusto por la música. Hasta entonces sabía que existía algo con ese nombre, en los festivales de la primaria la bailaba, pero no comprendía, ni le interesaba, la diferencia entre los Beatles, Caifanes, Nirvana y Menudo.

Cuando le confesó a sus nuevas amigas que al bañarse solía escuchar *Yo 102,* ellas le aplicaron la ley del hielo hasta que les demostró que ya había escuchado *Rock 101*. La Courtney y Betty comenzaron así un curso intensivo para enseñarle a Sirena lo que ellas creían era esencial en el rock. Primero le pidieron que se aprendiera la letra de alguna canción.

Polly wants a cracker.

–¿Sí sabes que Kurt Cobain es esposo de Courtney Love? –indagó la niña que lleva como apodo el nombre de la concubina del líder de Nirvana.
–Hmm… no –contestó Sirena después de algunos segundos.
–Pues ya lo sabes –la apodada Courtney sonrió con ese gesto de superioridad que hasta ahora la acompaña.
–Amo *Nevermind* –interrumpió Betty para después soltar un largo suspiro–. Pero amo más a Kurt Cobain –acto seguido, las tres niñas se quedaron sin aliento mientras veían al vacío como si tuvieran cerca al guitarrista–. Lo malo es que "Smells like" la chotearon, ¿no? Ahora a cualquiera le gusta Nirvana –reclamó Betty, la niña gorda.
–¿Sabían que el nombre de esa canción lo sacó de Kathleen Hana? –La Courtney se enorgulleció de nuevo al darse cuenta de que sus dos amigas no respondieron y la veían con admiración.
–¿Ella quién es?
–Es la cantante de una banda que se llama Bikini Kill, es de puras mujeres. Ella alguna vez dijo *Kurt smells like Teen Spirit*, refiriéndose a los desodorantes esos de Teen Spirit. Y de ahí se basó Kurt para ponerle a la canción –Sirena y Betty asintieron con la cabeza como si estuvieran en una clase en la que debían demostrar que ponían atención.
–¿Y tú como sabes?
–Porque lo leí y aparte me gusta la música de Bikini Kill. Tienen una que se llama "Carnival" que está buena: *I wanna go, I wanna go, I wanna go to the carnival* –Courtney levantó su brazo flaco e hizo la mano cornuta mientras movía los popotitos como si estuviera en el slam–. A ver si mañana les traigo el cassette en el que la tengo, también viene otra banda que se llama L7, también de puras chavas.

–¿Y si hacemos nuestra banda? –propuso Betty aplaudiendo a la par que colgaba una sonrisa en sus cachetes sinuosos–. Igual de puras mujeres…
–Y le ponemos The Bitches, que nuestro logo sea una mosca muerta, ¡jaja! –irrumpió La Courtney para provocar las risas de sus amigas.
–¡Sí! Nosotras tres: tú tocas la guitarra y cantas, Sirena que toque el bajo y yo le doy a la bataca, ¿qué les parece? –distribuyó Betty
–Pero yo no sé tocar el bajo.
–No importa, ese nadie lo escucha.
–Tú sí tocas la lira, ¿no, Courtney?
–Algo, pero con dos o tres acordes ya la hicimos, mi maestro de guitarra dice que así le hacen todos ahora.
–¿Tú tienes batería? –preguntó Sirena a Betty.
–No. ¿Serán caras?
–Sí, mucho, el día que fui a Mesones para ver guitarras eléctricas vi

que las baterías estaban bien caras –Courtney se regocijaba al darse cuenta de que era la que más sabía del tema.
–Creo que un tío tiene una –recordó Betty–. Dice que tuvo una banda hace unos años, pero como fracasaron, ahora la usa como perchero –las tres niñas rieron al imaginar la batería con calcetines y calzones sucios colgados en los platillos.
–Ya estamos. Nada más falta tu bajo, Sirena –la recién güera se quedó pensativa ante el comentario de Courtney.
–No sé si mi mamá quiera gastar en comprarme un bajo.
–Ya si no, vamos al Chopo. En una de esas ahí encontramos uno usado barato –propuso la de popotitos.
–¿El Chopo? –Sirena arqueó las cejas.
–¿No sabes qué es el Chopo? ¡Cómo crees? –protestó Courtney mientras alzaba los brazos–. Hay que ir el sábado. ¿Sí sabes andar en metro? –Courtney clavó su mirada amenazante sobre Sirena.
–… poquito –respondió ella cabizbaja para no quedar mal.
–¿Qué metro queda cerca de tu casa?
–Sevilla.
–Nos vemos entonces el sábado ahí a las once en punto, debajo del reloj, dirección Pantitlán, ¿sale? –concluyó Courtney después de ver el gesto afirmativo de sus amigas.

Sirena estaba colorada y no podía ocultar su sonrisa. Courtney y Betty la avergonzaban con sus comentarios, temía que la gente que caminaba entre Sol y Luna escuchara lo que le decían.
–¡Uhhhh!
–Amiga, tu primera vez aquí y ya ligaste.
–Pero está medio feíto el chavo, ¿no? –Courtney río sardónicamente.
–Ay, no sean así –lo defendió Sirena–. No está tan feo.
–¡Está horrible! –interrumpió la más rellena de ellas para después soltar una sonora carcajada.
–¿Vieron su peinadito como de punk?
–Sí, ¿nos irá a hacer algo? –la güera peló los ojos y volteó a ver a su alrededor para checar que el patineto no las estuviera siguiendo.
–Tranquila, esos chavos nomás se la pasan patinando allá. Y si quiere hacer algo se me hace que nada más sería a ti. Te comía con los ojos –Courtney la abrazó y le acercó la boca al oído–. ¿Ves cómo me traes, güera?, jajaja. Primero debería aprender a patinar y luego dárselas de galán.

El trío de estudiantes caminaba por uno de los pasillos del Tianguis del Chopo. La Courtney y Betty ya lo habían visitado pero aun así se detenían en cada uno de los puestos para ver qué había de nuevo. Sirena observaba todo con admiración. Los peatones y sus atavíos: el calzado militar de los anárquicos, las cucarachas de cuatro

ruedas de los patinetos, pantalones de mezclilla raídos, pelos de colores, mohawks, rastas, las mochilas para guardar los libros de Donceles y las chelas, chamarras de cuero sucias, pulseras y collares puntiagudos para sacar a pasear al rebelde que todos tenemos dentro, lentes oscuros que disfracen los ojos rojos, los tatuajes en las paredes, los grafittis en la piel, el cielo azul de los puestos, *hasta la victoria siempre* de los Pumas y del Che, las piochas, pantalones de mezclilla que aprietan hacia afuera, ojos de cristal graduado sobre un armazón viejo, tenis gesticulantes, gorras, la piel de mezclilla pegada a las piernas, morrales artesanales, bolsas inmensas para mujeres, los estoperoles fulgurantes, las medias lunas perforadas en las cejas, el negro aterciopelado de los góticos, las cuadrículas blanquinegras de los skatos, aros en los lóbulos de las orejas, los dulces de los punks, cinturones cabezones que muerden sus propias colas, cabezas rapadas, faldas y minifaldas, playeras negras con nombres indescifrables de bandas de metal, las papas y las nieves itinerantes, el vendedor de caries y cáncer, el arcoíris rasta de líneas verdes, amarillas y azules, en fin, apreciaba cada detalle del ágora donde tribus compuestas por parias, adictos, artistas, intelectuales y las gloriosas castas que surgen de ellos se vuelven sedentarias por un día para después continuar su diáspora por la Ciudad de los Palacios. Hasta entonces, Sirena creía que lo más rebelde era pintarse el pelo de rubio, bajar sus calificaciones y dejarse de comprar su perfume de niña de la Anzures. Aquellos olores jamás los olvidaría: el incienso del inicio y la marihuana del final; las estopas bañadas en thiner que un chavo banda atesora en su mano pegada a la nariz, los churros hechos con los flyers de las tocadas de la semana y el ritual de esparcir la hierba en el papel babeado; *Aquí no se puede quemar, hermano*, denuncia uno de los puesteros. Lo que más le impactaba era el paisaje sonoro, la mezcla que podía existir entre “Bar Tacuba”, “Covered with sores”, “Handsworth revolution” y la bocacalle musicalizada por una banda nueva que, enaltecida por una tarima de cemento, buscaba ganarse al público exigente vigilado por una planta de Luz y Fuerza.

El chillido del freno despierta a Sirena.

–Es la segunda vez en el día que te tengo que levantar, mi’ja –reclama El Gallo mientras desconecta su Nokia del estéreo de la nave.

–¿Vas a querer comer algo antes de irnos? –invita Sirena mientras bosteza y levanta los brazos hasta golpear el cielo descosido de la combi.

–Algo de botanita no me caería mal mientras te arreglas –voltea a escanearla–. Que yo creo que será un ratote –ella le da un golpe en el brazo.

–Ash, cállate –El Gallo baja de la combi, se estira y voltea a ver la torre de departamentos, exhala.
–¿Cómo pueden hacer eso con cuatro cellos? –la sonrisa de Sirena, sus ojos circundados por sombras negras y su pelo, desde entonces rojo, eran iluminados por las luces de un carro estacionado dispuesto despedirse del concierto de Apocalyptica en el Teatro Ferrocarrilero.
–No sé, pero están cabrones. Quiero aprender a tocar el cello –bromeó Gallo para transformar la sonrisa de Sirena en una carcajada. El Gallo acarició la piel de nieve de ella, se besaron.
–Te amo, mi Doncella –susurró a sus labios.
–Yo te amo más –contestó ella para continuar besándose.
Gallo se hizo para atrás y observó el brillo de los ojos de Sirena, era mayor que el de las luces de los carros. Ella sonrió. Se quedaron así un momento, apreciándose.
–Quédate en mi departamento –Sirena tomó la mano de él. Suspiró–, para siempre –El Gallo se sorprendió. Boquiabierto, cerró los ojos para después contestar con una sonrisa.
–¿Es en serio?
–Sí.
–¿Y tu mamá?
–Se va a ir a vivir fuera. Ella no importa. Quiero que vivamos juntos.
El Gallo no lo pensó y la volvió a besar. Se fundieron a la luz de naves que vaciaban el estacionamiento del lugar.

El ruido de la regadera inunda el departamento. El Gallo transita entre los muebles que cambiaron de posición después de su partida. Lleva en sus manos una bolsa grande de Doritos que no suelta. Se dirige a la ventana en la que se puede ver la Torre Mayor y parte del Castillo de Chapultepec. Exhala sobre ella. Voltea a ver hacia el baño para asegurarse de que Sirena sigue dentro, de nuevo percibe la caída incesante de agua sobre el mosaico. Se dirige hacia el vidrio recién empañado para dibujar una carita triste y escribe una palabra que ya no volverá a pronunciar: doncella. La observa desaparecer.

–¡Estás pero si bien pendejo si crees que soy de tu propiedad! –Sirena apenas podía mantenerse de pie y aun así amenazaba al Gallo con la mano con la que también sostenía un vaso de plástico con algo de tequila.
–¡Pinche puta! –exclamó él al golpear una mesa–. ¿No puedes mantener las pinches piernas cerradas? –Sirena le aventó el contenido de su vaso.
–¡Qué si me quiero coger a otro? Ni siquiera estamos casados.
–¿Vas a echar a perder diez años? –El Gallo pasó la mano sobre su chamarra de cuero manchada por la bebida y después se la quitó.
–¿Y ya por eso me vas a querer aquí encerrada? ¿Para qué? ¿Para

lavar tus pinches calzones? ¿Para tener cuatro chamaquitos chingando? ¡No soy tu mamá! –ella se dirigió a la mesita de centro de la sala, dejó el vaso de plástico y agarró la botella de José Cuervo.
–¿Desde cuándo te lo estás cogiendo, eh? Me cae que lo sabían todos tus amiguitos que vinieron y yo aquí poniendo cara de pendejo. Y todavía lo saludo al güey: *Qué chingón que sí viniste al cotorreo* –El Gallo aventó la chamarra a la mesa del comedor en la que había golpeado antes.
–Lo conocí hoy –contestó ella desafiante. Él se llevó una mano a la cintura y la otra a la frente. Le dio la espalda a Sirena y caminaba en círculos.
–¡No mames! ¿Sabes la de viejas que he tenido chance de tirarme pero por ti no lo he hecho?
–Allá tú. Desde el principio quedamos que iba a ser unión libre –Sirena juntó las palmas de las manos con la botella de tequila en el centro–. Unión porque íbamos a vivir juntos. Compartir la cama –después las separó y llevó los brazos a los extremos–. Pero íbamos a conservar nuestra libertad. Y eso te lo pedí desde que trajiste las cajas con tus pinches cassettes.
–Tampoco era como para cogerte a otro y menos aquí cuando yo estoy –Gallo barrió con la mano la ceniza tirada en el asiento de una silla y se sentó cabizbajo. –¿Qué le viste? Ni siquiera está guapo.
–Empezamos a platicar, lo trajo Courtney. No está guapo pero es gracioso. Y como estábamos tomando –la palabra la hizo recordar la botella que tenía en la mano y la llevó a la boca. También se sentó. –Vi que la tenía parada… se me antojó. No lo pensé –contó sin mirarlo.
–¿Cuántas veces lo has hecho? –Sirena no contestó, volvió a tomar de la botella y siguió sin verlo a los ojos. –¡Que cuántas veces lo has hecho? ¡Contéstame, pinche zorra!
–¡No me vas a hablar así en mi casa! –ella se levantó furibunda pero perdió el equilibrio y volvió a caer en el sillón–. Es más. Ya lárgate –chasqueó los dedos.
–A güevo que me voy –El Gallo se puso de pie y agarró su chamarra. Se dirigió a la puerta, antes de salir algo lo detuvo–. ¿Te has cogido a alguno de mis cuates? –ella se quedó de nuevo en silencio ante el dedo índice que, tembloroso, la amenazaba.
–¡Ya vete! –espetó ella, El Gallo gruñó bajo el umbral de la salida.
–Mañana vengo por mis cosas.
–Ya van a estar afuera –él azotó la puerta. Bajó corriendo las escaleras. Al salir se puso su chamarra. Se metió en su combi y prendió la radio.
–¿Qué deseos tienes para este 2003?
–Lo clásico: salud, dinero y un amorcito por ahí. Ojalá que todos los que nos escuchan inicien tan bien el año como nosotros nos la

estamos pasando aquí.
–Y para continuar esta fiesta de año nuevo, ya están con nosotros Los Tucanes de Tijuana con "La chica sexy". Todos a…
El Gallo golpea el volante y prefiere poner *Songs for the deaf*.

–Ya estoy lista.
Gallo está sentado en un banco alto, atento al movimiento de las nubes que pasan detrás de Torre Mayor. Al escuchar a Sirena voltea a verla, la escanea de abajo a arriba. Como siempre, ella sabe lucirse sin complicaciones. Lleva tenis Adidas blancos con tres franjas azules diagonales a los costados, las agujetas se esconden en la mezclilla deslavada que cubre parte del calzado. Sus piernas largas y torneadas están disfrazadas de mezclilla azul clara, el fin del pantalón está en su cintura. Lleva un cinturón blanco que al ajustarse a su talle baja para bailar con sus muslos. Blusa negra pegada y lo suficientemente corta para dejar que su nuevo tatuaje de la espalda baja se asome al igual que su vientre plano, blanco y terso. Sus senos, presos a la prenda, buscan una salida; la tela parece no poder contenerlos, tiene pliegues que muestran su esfuerzo por detener uno de los principales atractivos de la pelirroja. Su pelo ondulado cae en aguacero, bestial y fugitivo, sobre sus hombros y su espalda; indomable como ella. Maquillaje discreto, lápiz labial rosa cremoso que invita a lamer sus labios, y las sombras negras periféricas a sus ojos. Gallo queda boquiabierto, ella ríe y se acerca a la puerta para apresurar la salida. Él, autómata, la sigue pero no camina, levita enganchado a la fragancia edénica de ella. En cuanto Sirena abre la puerta, el aire frío asalta al departamento, ella regresa a su cuarto y se pone una chamarra de cuero café que también permite presumir el logo de Skarcha Spacial. Sube el cierre de la chamarra, la arremanga y regresa con El Gallo.
–Ahora sí, ya estoy lista.

La casa de Alekz luce repleta, vomita gente que permanece en las banquetas a la luz de un faro intermitente. Desde afuera se escuchan los bajos de "Whoo! Alright - Yeah uh uhu" de The Rapture. Sirena comienza a bailar en la calle, salta y da una vuelta sobre su propio eje con los brazos abiertos, grita, se baja el cierre de la chamarra y corre hacia la fiesta ante las miradas de fauno que le echan los visitantes callejeros. El Gallo se queda atrás, sabe que no la volverá a ver.

El tatuador es recibido por un tipo de lentes cuadrados de pasta dura y camisa a cuadros que le da a beber de su cerveza. Ambos asienten con la cabeza. Sigue su camino en busca del Alekz. La música rebota en las paredes iluminadas por un estrobo que relampaguea luces azules, verdes, rojas y amarillas. El escenario en el que los pies del DJ se mueven de un lado a otro apenas está sobre

el nivel del suelo. Parejas y solitarios mueven la cabeza, levantan las manos con sus botellas de cerveza o vasos de plástico con un hielo al ritmo de la música. El Gallo camina y esquiva los brazos serpenteantes de la gente, se detiene y voltea a ver si, de casualidad, encuentra a Sirena. No la ve y continúa su búsqueda por el anfitrión.

–¿Qué pedo, güey? ¿Has visto al Alekz? –pregunta a un tipo estático de ojos rojos que se entretiene viendo la dinámica de sus luces a través de su vaso desechable.

–Pfff, ya tiene rato. ¿Ya fuiste arriba? Ha de andar por allá.

–Vientos.

En cuanto llega a las escaleras, escucha la risa de su amigo que está rodeado de mujeres delgadas y coquetas, no hace falta describir su poca ropa, al pie del último escalón. Alekz lo ve desde arriba, enrosca los dedos de su mano derecha y se los avienta al tatuador.

–Güevos, pinche Gallo –ambos ríen mientras las mujeres que rodean a Alekz voltean a ver al recién llegado.

–Güevos, pinche Alekz –las mujeres se unen al coro de risas de los amigos. El Gallo abraza al Alekz para después ser presentado ante las desconocidas.

–Este güey es un tatuador vergudo. Si quieren una chichi o una nalga pintada, él es el indicado –la música de The Rapture se mezcla con "Newcomers" de The Comsetics, la cual es bienvenida entre gritos.

–¿Qué pedo con la música, eh? ¿Quién es ese güey? –El Gallo señala al pinchadiscos que no deja de moverse sobre su escenario improvisado.

–¿A poco no lo conoces?

–Nel.

–Es un compa de *Los 40*, es el locutor de mi programa, El Lüger, y ahora está en su etapa DJ –el anfitrión explota una carcajada que es seguida por la de sus acompañantes–. Pero no te creas, él nos trajo a nuestras amigas –los brazos de Alekz no se dan abasto para apretar contra sí a las mujeres que lo acompañan –Y tú, qué pedo. ¿Vienes solo?

–Vine con la Sirena, pero ya sabes: es lo mismo que venir solo.

–Niñas –Alekz se dirige a sus compañeras–. A este güey me lo tratan como si fuera yo –el anfitrión guiña al tatuador cuando una de las acompañantes abraza al Gallo y le saca la lengua a las otras.

–Él es para mí solita –dice la coqueta. Todos ríen.

–Pues vámonos por algo, ¿no? –invita Gallo a su ligue de pelo corto y que también lleva lentes cuadrados de pasta dura.

La escalera de revestimiento recibe los pasos cuesta debajo de los tenis rotos del Gallo y de las botas de su acompañante. Van con cuidado de no resbalar entre líquidos desperdiciados y esquivan personas que platican alejadas del estruendo de las bocinas. Por

momentos, El Gallo y la mujer de minivestido negro con mallas rojas se voltean a ver para sonreírse. Ella lo toma de la mano para apresurar su llegada a la barra.

El tatuador se abotona el pantalón raído y se sienta a la orilla de la cama. Antes de ponerse la playera, mira a la mujer de lentes de pasta dura tratar de ajustarse el sostén.
–¿Me ayudas? –ella le entrega su espalda tostada. Gallo intenta, con torpeza, cumplir el favor.
–Es que…
–Estás más acostumbrado a desabrocharlos. Todos dicen eso –interrumpe ella.
–Ya quedó. No, es que algo le pusieron al chupe. Soy experto en poner sostenes –dice él con ademán de galán de telenovela matutina. La risa de ambos evita que los gritos y la música de afuera entren al cuarto decorado con sus prendas sobre los muebles.
Ella voltea a ver al Gallo para sonreírle una vez más. Él no la había observado antes, hasta ese momento solo había sido una mujer sin rostro. Solo había sido un culo y unos senos, unos labios y unas manos, unas piernas y su punto de fuga buscado. Sin sus lentes, el café profundo de sus ojos pequeños acentúa el rojo de su ropa interior, la cual, por alguna extraña vanidad femenina, combina con las mallas que ahora están sobre el suelo alfombrado. Él nuevamente la besa y, al separarse, la vuelve a observar. Se percata de que entre sus senos levita un colguije de metal con una Z sobre una N deformadas. Lo toma entre sus manos sin pedirle permiso.
–¿Y esto?
–Es de Zafio Nerón, ¿no te laten?
–… algunas, eh. A veces se me hacen muy azotados o muy grilleros.
–Tú muy mal –ella le arrebata el accesorio al Gallo y lo resguarda entre sus manos pegadas a su pecho. Suspira. –Ahorita estoy súper feliz –aún sentada, da un minisalto de emoción sobre la cama.
–¿Por?
–¡Regresan a México!
–¿Otra vez? Ya vinieron este año, ¿no?
–Sí, pero ahora sí se van a quedar aquí.
–Cámara –dice sin interés El Gallo. Después de un silencio, busca su playera negra entre las sábanas, halla primero el vestido de ella, se lo ofrece y luego se aleja de la cama para alcanzar su prenda que se encuentra sobre una silla de oficina con el respaldo guango. Se termina de vestir. Ambos evaden la mirada. Él es el primero en abandonar el cuarto, no sin antes dedicarle un *hasta luego* discreto que ella solo responde con un asentimiento de cabeza.

En el pasillo, ahora solitario, “Creep” de Radiohead parece ser

más desgarradora, al igual (o más) que los gritos de quienes la washawashean. El Gallo baja las escaleras con la esperanza de no encontrarse a nadie que le interrumpa la huida. Cuando pasa por el territorio del locutor en papel de DJ, justo donde los alaridos del público al concierto ausente de Radiohead son más altos, distingue una voz empedrada que lo hace voltear hacia el ponchadiscos. Sirena está abrazada al ídolo de la fiesta, cachete con cachete. Los movimientos del DJ ahora son sobre el escenario del cuerpo de Sirena. Gallo sonríe nerviosamente y acelera su salida. Mientras la fiesta apenas inicia para Sirena, para él ya terminó.

||: **RIFF II** :||

Cada palmo de su piel está excitado. El vello discreto de sus brazos se eleva en un intento absurdo por alcanzar el cielo. Alma Rosa cubre sus ojos con sus manos para impedir que sus lágrimas se derramen, pero no puede evitar que ese torrente salado empape sus palmas. No sabe si vencerse sobre el teclado de su lap o dar saltos sin ton ni son por todo su departamento. Por instantes, su cuerpo no le pertenece y le da un escalofrío general. Sus brazos tiemblan al ritmo del castañeo creado por las miles de pulseras con las que gusta adornarlos. Su cuello es invadido por un soplido que se evapora rápidamente hasta su cerebro. Por fin grita de emoción, libera ese sentimiento acompañado por el movimiento de sus brazos y piernas desentonadas. Se levanta de su asiento y da una vuelta llena de ilusión sobre su propio eje. Regresa la vista a la pantalla para comprobar que el anuncio continúe ahí, que no se haya difuminado como sus sueños al despertar. Este no es un sueño:

EL REGRESO
Tropa: Siempre supimos que este día llegaría. Los caminos que nos

ofrece la música son inesperados y estamos a punto de darles una noticia que impactará a muchos. Regresamos a México, ahí les platicaremos nuestros planes. Esperamos verlos en el aeropuerto el próximo sábado, quién sabe, chance en una de esas improvisamos un concierto de autobienvenida ahí. Mientras les dejamos esta rola nueva llamada "Una ofrenda al ombligo de la luna".

Alma Rosa vuelve a ser feliz. No cabe en su cuarto decorado por algunos pósters, siente que ese espacio es insuficiente para su alegría. Salta, ríe y aún quiere llorar. Toma una *Rolling Stone* de la que el quinteto fue portada, se echa a la cama con las hojas entre los brazos, suspira, levanta la revista y la besa. Ve las caras de cada uno de los integrantes de la banda: Marenco, Erick, Garrocha, Chaflán y Filos. Es en este último con el que más tiempo se detiene, se pierde en su mirada desafiante. Recupera el aire y se dirige de nuevo a su computadora, le da play a la nueva canción de la banda. Suena una guitarra acústica al más puro estilo huapanguero:

Nací con orgullo sobre esta tierra
de muertes iluminadas con flores,
donde el himno nos pide la guerra.
Es un molcajete de mil y un sabores.

Aquí no sobrevives si no rifas.
Debes cantar y reír cual Tin Tan.
Hablar como nos enseñó Cantinflas.
Comportarte siempre como caifán.

Me regodeo en el verso de Paz.
Ligo gracias a Mauricio Garcés.
Me divierte de Catrina el disfraz,
igual que Ponchito y su mal inglés.

Guardo del pasado nuestro tesoro:
la semilla arraigada de raíz.
Tortilla, cuchara vestida en oro.
Lo suficiente para ser feliz.

Soy tan pasivo como el ajolote.
Soy como la sombra de la cactácea.
Ruin chingaquedito, vil ahuizote.
No es de bronce, más bien raza grisácea.

No soy Santo pero lucho sin máscara.
Maestro de las artes del relajo.
Una nota más de la canción de Lara

oriunda de'ste Callejón del Cuajo.

María Sabina, mi curandera.
Dolores del Río, mujer del drama.
Me pierdo en el baile de la rumbera.
Saben que La Llorona es quien me llama.

No nos derrumba ningún cataclismo.
Siempre erguidos estarán nuestros rostros.
Todos diferentes pero uno mismo.
Serpiente y águila somos nosotros.

Ya la ha escuchado una, dos, tres, cuatro, mil veces. Se la ha aprendido como cada una de las letras de esa banda; las conoce todas a la perfección. Le basta escuchar un segundo de grabación para saber de qué rola se trata. Es una fanática a la que no le importa verse absurda a sus treinta y tantos años tan enamorada de un grupo musical como una niña de secundaria. Por eso la noticia la ha dejado en ese estado. Se propone aprovechar el regreso de Zafio Nerón para conocerlos, no solo verlos dos segundos mientras firman autógrafos, ahora sí se exige convivir con ellos, hacerse su amiga o, por qué no, novia de alguno. Y ese *alguno* no es improvisado, tiene la mirada y el corazón puesto en uno de ellos: Filos, el guitarrista y compositor. Ella sabe que no es guapo, que es un mamón, que en más de una ocasión se ha definido como un misógino y machista, que es un drogadicto, que es un azotado, un eterno deprimido, que destroza todo lo criticable con o sin razón, que le caga la gente, así, sin más, le caga la gente, sobre todo cuando se acerca a él para ser el amigo o la amiga del músico famoso, que le molestan las redes sociales, que le purgan las bandas de rock que no son rock, que en más de una ocasión ha querido deshacerse de sus compañeros de banda, que ninguna mujer lo ha aguantado después de haber salido con él unas semanas. Aun así es un ídolo el cabrón y ella lo ama, lo ha imaginado junto a sí innumerables mañanas antes de despegarse de las sábanas y en las noches al quitarse la ropa. Cuando Alma Rosa escucha sus canciones en los audífonos sabe que Filos se las dedica a ella, no es su voz, es la de Marenco, pero está segura de que las letras y melodías son para ella porque las ha vivido, las ha sentido cada segundo de su vida. Filos conoce cada una de las lágrimas enjugadas en las manos de Alma Rosa. Filos ha compartido hasta el último esfuerzo por una carcajada en la madrugada con ella. Él no lo sabe, pero ella sí y por eso quiere estar con él, para recordarle esos momentos que han compartido en la lejanía.

Cuando recuerda que no conocía a la banda se avergüenza de sí misma. Niega con la cabeza ese error, no lo comprende. Por fortuna

llegó el día en que los escuchó por primera ocasión. Da la bienvenida a ese recuerdo con una sonrisa cada vez que regresa.

Era tiempo de exámenes ordinarios en la prepa y los pasillos lucían tan llenos que parecía aún era tiempo de clases. Al parecer, toda la escuela continuaba yendo, algunos a rellenar las hojas de conocimientos que no recordaban y otros para presumir que habían exentado todas. El Caifán era uno de estos últimos. Llegó a la una de la tarde; no iba para cotorrear con sus cuates, no iba a checar los resultados pegados en una ventanilla, no iba a pagar un extraordinario, iba con las manos sudadas y el ánimo de platicar con Alma Rosa. Dos de los amigos del Caifán la citaron con trampas en el lagartijero de la escuela; lamentablemente para él, Alma Rosa ya se las olía, se imaginaba el objetivo de esa cita por lo que se dio a desear y llegó una hora dilatada.

En esos sesenta minutos de tardanza, el lagartijero se vació de alumnos y lo llenaban las raíces que ya había echado El Caifán al saberse plantado, se sentía idiota; y pensar que hasta se había puesto loción y había ido con, las que él creía, eran sus mejores garras. Lo cierto es que Alma Rosa no había llegado tan tarde, sino que antes de ir con El Caifán prefirió esconderse detrás de un pilar para observar las actitudes del muchacho de pelo largo y bermudas. Lo vio tan frágil, ahí sentado en un escalón con la cabeza escondida entre sus rodillas. Alma Rosa estuvo a punto de arrepentirse y dejarlo solo, pero sacó fuerza de un lugar escondido de su personalidad para acercársele. Una vez frente a él, descubrió que El Caifán llevaba audífonos y no lloraba, como ella creía, de hecho estaba tarareando una canción que ella no conocía. Él no tardó en levantar la cara al sentir cerca a alguien, la barrió de abajo a arriba con la mirada: su mezclilla limpia, su blusa de manga larga azul marino, su colita de caballo y, sobre todo, una sonrisa indeleble que, sin embargo, en esa ocasión no era de felicidad, sino de nervios. Caifán no se quitó los audífonos hasta que ella se sentó frente a él.

–Pensé que no llegabas –dijo el de bermudas mientras dejaba los auriculares colgados en su cuello.

–Es que había tráfico –excusó ella como si ese pretexto nunca antes hubiera sido usado. Ambos guardaron un silencio incómodo que les pareció eterno, ella no quería iniciar la conversación y a él no le salían las palabras.

–Me gustas –espetó él de la nada. Alma Rosa clavó la mirada en el suelo para que él no viera su sonrisa que ya no era de nervios, entonces sí era de felicidad–. Solo quería que lo supieras, no sé si…, mh, tú… –ella lo volvió a observar para animarlo a que terminara la frase, pero se sentía tan colorada que tuvo que bajar la cabeza de

nuevo. Ese silencio se hacía cada vez más pesado e inaguantable–. No sé si tú sientas lo mismo pero yo ya no aguantaba esto te lo tenía que decir de verdad que ya no aguantaba toda la semana intenté hacerlo pero te veía con alguien y no sabía cómo decírtelo ni siquiera cómo acercarme el Pez y el Luisinho me estuvieron diciendo toda la semana que me animara y como vieron que no lo hacía por eso ellos te hablaron te juro que no fue mi idea ellos me dijeron cuando tú ya habías quedado de venir… –él tomó aire, ella lo miró otra vez, entonces con un gesto de comprensión infinita. Alma Rosa quiso reír de alegría, de los nervios de él y de su verborrea sin pausas. Sus labios mostraron sus dientes blancos en todo su esplendor y él suspiró. El silencio ya no era incómodo, era agradable, el preludio de un beso que no tardó en llegar, un beso tímido que servía para confirmar lo que las palabras jamás podrían expresar. Al separarse, los dos compartieron la sonrisa.

–Tú también me gustas –susurró ella con su voz tierna, blanca y siempre cariñosa. Él cerró los ojos y se quedó sin aire.

–Sí pensaba que fuera así pero no me lo esperaba –dijo él antes de abrir los ojos. Ya no tenía raíces en el suelo, entonces flotaba en una nube.

–Yo pensaba que era muy obvia, por eso casi no me acercaba a ti. Pensaba que tú ya lo sabías. Medio mundo en el salón se dio cuenta.

–Yo no, siempre soy el último en enterarme de esas cosas –dijo él antes de dejar escapar una risa que fue imitada por ella. Exhalaron desestresados. Él se quitó los audífonos del cuello y se los dio a Alma Rosa–. Te quiero poner una canción… sé que es cursi pero me dio ánimos cuando venía caminando para acá –ella se acomodó los auriculares y esperó a que él le diera play a su walkman. Escuchó una cinta algo desgastada que no bajaba la calidad de un riff lento de guitarra eléctrica lento, casi arpegiado.

Permaneces toda la noche en vela,
tu fuego está en vilo.
Quizás ella también te sueña.

Se impregnó en tu cabeza.
Vive ahí,
entre tus pensamientos se enreda.

No cometas la clásica falla
de tu pasado impreciso
en el que no ganaste nada.

Amigo,
no la hagas reír,

solo hazla sonreír.

No seas un bufón
rebajado a carcajadas
que se vuelvan tu prisión.

Mejor haz que pierda el aire,
que cuando te vea
no piense en nadie.

Amigo,
no la hagas reír,
solo hazla sonreír.

Ese momento jamás lo olvidaría. Su cabeza fue circundada por un sentimiento jamás invocado. Era una mezcla de duda, ansiedad, alegría y espanto. Mudó de piel, ya no se sentía la misma, algo había cambiado en ella, no sabía definir qué era pero ya no sería la niña, la adolescente infantil. Ese fue el verdadero cambio, no su primera menstruación, no su fiesta de quince años, no su paso a la prepa, no su primer beso, no su primera vez, no el crecimiento de sus senos, tampoco la mano que los estrenó, no su primer novio, no la primera lágrima dedicada a un hombre, no su primer orgasmo, ese momento fue trascendente en su vida. Imborrable, único. El mundo era ella, no existió nada más, todo lo cercano danzaba al ritmo de una melodía que se convertiría en el leit motiv de su vida. Ella y eso: un sonido clavado en el cerebro que a partir de entonces se repetiría una y otra vez. Se ahogó en él, se volvió él, ya no había límites entre la Alma Rosa de antes y la de ahora. Mujer nueva. Nunca se sintió desubicada pero entonces encontró su camino, el bombo de su corazón se volvió brújula exacta. Al Caifán siempre lo recordaría, no por ser él, sino por haberle abierto los oídos, ya no era sorda. Esa música no se encontraba cómoda en sus orejas, tenía que navegar por la rivera de su sangre de ida y vuelta, de izquierda a derecha, de arriba a abajo, del amanecer al anochecer. Ella, su piel, se volvió un instrumento que debía ser tañido solo con la fibra exacta. No los conocía y no sabía qué banda era, sin embargo ya estaba prendada. *Quien canta es tu carozo, pues tu cuerpo al fin tiene un alma.*

Una playera negra de significado especial. No tiene mangas y en el centro del pecho está tejida una Z sobre una N deforme de color plateado que Zafio Nerón usa como logo. Esa playera es la prenda perfecta para la ocasión, es un uniforme para identificar a los símiles, para reconocerse en el peregrinar hacia un concierto. Alma Rosa suele ponérsela pocas veces, solo en ocasiones importantes para ella

y para Zafio Nerón. En su trabajo ya suponían que no contarían con ella ese sábado. Cuando sus compañeros la ven ataviada con esa prenda lo confirman. A final de cuentas, ella es la jefa y el restaurante podrá sobrevivir un día sin su presencia.

Alma Rosa pensaba en que quizás había exagerado, ¿llegar tres horas antes del arribo?, reía para sí misma al imaginarse sola en vestíbulo, la única en esperar a la banda. La sonrisa se le cae al ver la cantidad de gente que viaja en el metro con playeras semejantes a la de ella. Todos platican de lo mismo: el concierto de Zafio Nerón en el aeropuerto. Ese tema es musicalizado por los vagoneros que peregrinan por los trenes. Desde "La danza de los mirlos" hasta la versión de "Clocks" de Buena Vista Social Club sirven de contrapunto para el clima roquero en el transporte. Ella prefiere abstraerse en su propio mundo, se coloca sus audífonos y escucha la música de su celular, obviamente es de Zafio Nerón, lleva toda la discografía.

No solo el área de llegadas internacionales del aeropuerto está llena, la salida del metro Terminal Aérea anuncia que esta tarde será caótica. Demasiadas personas, los pasillos están llenos; los policías intentan segregarlas.

–¡No va a haber concierto! Por favor desalojen el lugar –rugen los altoparlantes. La gente no hace caso, se sigue aglutinando en espera del concierto–. Le pedimos de favor a todos los que no tienen nada que hacer en los pasillos que desalojen el lugar. Hay gente que necesita caminar por ahí –insisten los policías de vivos en naranja del aeropuerto. Nadie les pone atención y los que lo hacen prefieren continuar con su espera.

–¿Neta crees que no llenen el Zócalo? Ve cómo está esto y lo anunciaron hace tres días. A güevo que llenan un Zócalo –platica un joven de menos de 15 años a su novia.

–En la tarde oí que están sobrevalorados, que nunca hicieron nada importante en Estados Unidos y que por eso se regresan –debate la novia.

–Quien dijo eso no ha visto cómo se ponen los conciertos del Zafio Nerón. Ve esto. Qué importa cómo les fue en Estados Unidos, aquí son una pistola. Aparte sí lograron cosas, no cualquier banda mexicana ha estado en Coachella y Lollapalooza.

–Órale. ¿Y por qué se regresan entonces?

–Quién sabe, ¡ja! Algunos dicen que es por problemas con la disquera, pero yo leí mil veces el mensaje de su página y se me hace que vienen a presentar disco nuevo, ¿si no por qué poner una rola nueva? Supongo que en estos días dirán bien el motivo.

De pronto se empiezan a escuchar chiflidos y aplausos. En las pantallas aparece el anuncio del vuelo de Los Ángeles con llegada en

punto de las 17:35 horas. Son las 17:20. Los policías reanudan el intento por desalojar los pasillos del aeropuerto. La actitud de la gente no cambia. Si no desalojaron horas antes del concierto, ahora que faltan quince minutos, menos.
–Oye, güey, ¿y dónde crees que toquen? –averigua un joven que va con su grupo de cuates. Señala diferentes lugares –por todos lados hay gente. ¿Dónde van a conectar los amplis?, ni siquiera tienen para un micro.
–Quién sabe. A ver si no nos echan a los perros que cuando ladran escupen abejas o a los granaperros. Creo que aquí estamos en territorio federal y cualquier desmadrito sí nos entamban.
–No mames –dice uno de ellos con sorpresa.
–Pus a ver, con que se echen dos o tres rolas estamos, ¿no? Acá, acusticonas.
–*Oe, oe oe oe, Ne rón, Ne rón* –el coro desesperado del público comienza a pedir la presencia de sus ídolos. Poco a poco los que permanecían silenciosos se suman al unísono coral o crea el suyo propio.
–*A ver, a ver, a ver, a ver a quihorasssssss* –se escucha desde el fondo.

En una oficina del primer piso del aeropuerto están en cónclave las altas esferas de seguridad del lugar. En una sala contaminada por humo de tabaco apenas se escucha como murmullo el ruido que hay debajo. Los presentes buscan la mejor forma de desalojar a la banda sin que se armen líos.
–Ni la selección mexicana junta a tanta gente cuando llega –bromea el más joven de los asistentes. Los demás esbozan una sonrisa y lo voltean a ver en señal de que guarde silencio.
–¿No podemos enviar el vuelo a Toluca?
–No, ¿le vas a pagar a todos los demás pasajeros el viaje para acá? –amenaza un hombre de pelo y bigote canoso. Quien dio la idea agacha la cabeza al no poder defender su plan–. Nos estamos ahogando en un vaso de agua. Lo más fácil es sacarlos por otro lado, solo a los de la banda, a los demás los dejamos salir por donde siempre, ahí se podrán juntar con quienes los esperen.
–Si es que los encuentran –interrumpe el más joven y solo obtiene silencio como respuesta–. Perdón –musita al sentir las miradas que lo vuelven a callar.
–¿Y qué hacemos con la gente que vino a verlos?
–Los cabrones de allá abajo van a tenerles que avisar que la banda ya se fue –el bigotón interrumpe su orden para sacar un cigarro de la cajetilla que tiene enfrente, todos lo miran. Se lleva un delicado a la boca, lo prende y lo guarda entre sus dedos, continúa hablando al

sacar la primera fumarola–. No podemos desalojar a la gente, mientras no hagan nada que nos dé pretexto para hacerlo.
–Y hay periodistas –informa el más joven –imagínense el escándalo que se nos hace si le hacemos algo a la gente, con o sin razón –el bigotón asiente al ver que el joven no solo sabe decir pendejadas. El joven nota eso y sonríe.
–¿Qué toca esa banda, González? –interroga al joven el de bigote.
–Rock, comandante. Nada más conozco dos o tres de ellos. ¿No los ha escuchado? Sí son famosos.
–¡No, qué va! Yo me quedo con las de José Alfredo y Javier Solís… la verdadera música mexicana, no esas joterías –todos ríen por compromiso para quedar bien con el jefe–. Pus ya saben qué hacer: saquen a esos güeyes por otro lado, los mandan a su pinche hotel y la gente se va por patas.

17:35 horas. El bullicio es ensordecedor, la gente aplaude y grita al ver en la pantalla que el vuelo ya arribó. Los altavoces de los policías con vivos en naranja no pueden superar en volumen al griterío.
–Muchachos, por favor, hagan caso. Hay gente que necesita caminar por este pasillo. ¡No va a haber concier*to*! –un gallo en la última sílaba le hace una mala pasada al agente de seguridad, la gente lo imita y de paso lo manda a chingar a su madre.

Alma Rosa está a la altura del Centro de exposiciones del aeropuerto, no alcanza a ver nada de lo que sucede en el área de llegadas internacionales. Se siente desesperada y un poco engentada. Es la primera vez que está sola en espera de un concierto de Zafio Nerón. Fricciona sus manos sobre sus pantalones, se levanta sobre las puntas de sus pies inútilmente: no logra ver nada. Mira su reloj y cierra sus ojos al pensar que no verá a Filos ni a los demás. Gesticula con decepción.

–*A los integrantes de la banda Zafio Nerón les pido que permanezcan en el avión unos momentos más. Es por órdenes de la seguridad del aeropuerto* –exclaman las bocinas del avión. Los músicos se voltean a ver extrañados entre sí. Los pasajeros restantes se apresuran a bajar. Chaflán reparte un autógrafo a una niña de diez años que es jalada por su mamá para que se aleje del músico.
–No mames, Erick, te dije que no metieras la coca en tu maleta –culpa Garrocha con una sonrisa de oreja a oreja.
–Cállate, güey. Está cabrón que nos detengan –contesta nervioso el bajista.
–¡Señorita! –llama Marenco a una azafata–. Disculpe, ¿sabe por qué tenemos que quedarnos aquí?
–Creo que es por la gente que vino al aeropuerto, dicen que hay

mucha. Ahorita debe venir el capitán a decirles qué pasa –la azafata vigila que nadie venga y agrega con rapidez–: ¿me dejan tomarme una foto con ustedes? –Marenco se para de inmediato y toma del delgado talle a la uniformada. Chaflán, Garrocha y Erick hacen lo mismo, el único que permanece sentado es Filos.
–Cámara, Filos, no te hagas del rogar –invita Marenco. El guitarrista le hace la seña de güevos sin voltearlo a ver–. Se pone bien diva este cabrón para estas cosas, discúlpalo –susurra el cantante a la oreja de la azafata.
–Gracias, si me entero de algo ahoritita se los vengo a decir –después de tomar la foto, la uniformada les da la espalda mientras todos ellos ven su caminado de modelo en pasarela.
Pasados algunos minutos en los que los músicos permanecieron solos, aparece el capitán. Saluda a cada uno de ellos de la mano mientras les explica la situación con su voz engolada.
–Disculpen que los haya retenido aquí, pero no se asusten. Hay mucha gente esperando a verlos. En cabina me dijeron que dizque iban a hacer un concierto. ¿Es cierto? –la mirada de los cinco hace ver al capitán que era algo que no recordaban.
–Pero era broma –se anima a contestar Garrocha –no creímos que alguien fuera a venir. ¿Nos van a detener?
–No, nada más los vamos a sacar por otro lado. Es por su seguridad. Sería muy difícil hacerlos pasar por la salida común de llegadas internacionales. Espero no les cause molestia.
–¿Y la gente, capitán? –se interesa Erick.
–A ellos ya les están avisando esto mismo.
–¿No les van a hacer nada?
–Mientras no armen un caos, no.
La azafata que se tomó con ellos la foto ha permanecido en la plática todo el tiempo, se atreve a interrumpir.
–Oigan, ¿y si lo tuitean, lo ponen en Facebook o así para que la gente sepa? Supongo que es más fácil que les crean a ustedes a que le crean a los policías, ¿no?
–¡Buena idea! –coquetea Marenco–. Yo lo publico –avisa a sus compañeros de banda a la par que comienza a teclear su celular.
–Pues fue un gusto haberlos servido, muchachos. Espero hayan tenido un buen viaje –el piloto estrecha la mano de cada uno de los músicos–. En cuanto salgan habrá unos agentes que los acompañarán hasta su salida. Y de nuevo, disculpen la molestia.

–*La banda ya salió del aeropuerto. Por favor, los pasillos deben estar desalojados* –continúan suplicando los altavoces de los policías–. *No habrá concierto.*
Mentadas de madre chifladas es lo único que reciben de respuesta los

avisos. Algunos jóvenes comienzan a tener roces con policías, pero son los propios amigos de los agresores los que los apaciguan. El ambiente se pone tenso. Mucha gente está ansiosa y los empujones por tener un lugar cómodo se dan por todos lados. Alma Rosa ya no se siente bien. Piensa en retirarse, sin embargo no se perdonaría perderse este concierto, aún conserva la esperanza de que los pueda ver. Varias personas comienzan a irse. Los esperanzados en que habrá concierto ocupan los lugares desalojados como en un juego de tetris. Alma Rosa checa su celular para saber si la banda ha publicado algo sobre la presentación y se encuentra con esto:
–@ZafioNerón gracias por ir a recibirnos. No podemos hacer lo prometido, hasta la próxima –Alma Rosa guarda su celular, se da media vuelta y se abre paso entre la gente que ocupa su lugar. Ella no dice nada pero hay otras personas en el público que avisan del comunicado.
–¡Ya lo tuitearon, no va a haber concierto!

||: **RIFF III** :||

Turbulencia roquera en el aeropuerto

Zafio Nerón se encontró en su arribo al Distrito Federal con más de diez mil fanáticos que desquiciaron las actividades del AICM.

Ver fotogalería **t** **+1** **f Me Gusta**
11 de marzo de 2010

Payola Soria

La agrupación de rock dejó claro una vez más su poder de convocatoria al reunir a aproximadamente diez mil fanáticos en las instalaciones del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México (AICM). Los roqueros anunciaron en su sitio oficial que a su llegada ofrecerían un concierto de “autobienvenida”, solo que ni ellos ni sus fanáticos supusieron la negativa del AICM para organizar dicha actividad.

Según declaraciones de agentes de seguridad, ellos no habían sido informados de concierto alguno, fue hasta que el público comenzó a llenar los pasillos que se les ordenó segregar a la gente.

El público abarrotó los pasillos a partir del mediodía y los agentes de seguridad privada del AICM no pudieron evitar su

aglomeración. Pasadas las 17 horas, el auditorio ya superaba la cifra de diez mil personas que gritaban, aplaudían, chiflaban y hasta cantaban en espera de la supuesta presentación de Zafio Nerón.

A su arribo, ocurrido a las 17:30 horas, los músicos no encontraron un escenario dispuesto para su recital, en su lugar, un grupo de agentes los guió por una salida alternativa con el fin de evitar cualquier incidente en el área de llegadas internacionales, la cual lucía llena de fanáticos con playeras estampadas con el símbolo de la banda: una Z sobre una N.

Fuera de algunos jóvenes que tuvieron roces con la autoridad, no hubo hechos que lamentar, pues en cuanto la banda publicó por medio de su cuenta oficial de *Twitter* que no habría concierto, la gente comenzó a vaciar los pasillos por cuenta propia.

Regreso del ostracismo

Zafio Nerón es un quinteto de rock que inició su carrera en 1993. Fundado por el ex bajista, Humberto Blanco, y "Filos" (guitarra), actualmente su alineación se completa por "Chaflán" (batería), Erick de la O (bajo), "Garrocha" (teclados) y Bruno Marenco (voz), quien milita en la banda desde su primer disco.

Entre 1993 y 1999 lanzaron dos álbumes de estudio bajo el sello Culebra: *Suerte de principiante* (1993) y *Basca blues* (1996).

Después de un problema en un concierto a beneficio de las víctimas de la matanza de Acteal, la agrupación se mudó a Los Ángeles, California. Ahí logaron editar tres discos de estudio: *Non grata* (2001), *I don't speak English* (2004), también conocido como *Ñ* por su portada con esa letra, sumado a que durante la presentación del mismo el grupo cambió su nombre a Zafio Ñerón; y *Ser humano desechable* (2007). También tienen un DVD en vivo de su gira mundial Errantes de 2008 y 2009.

A pesar de radicar en Estados Unidos, las letras del grupo siguieron siendo en español, hecho que no les quitó éxito, pues fueron parte de los carteles del Festival Lollapalooza de 2005, Coachella de 2007 y llenaron solos en dos ocasiones continuas el Madison Square Garden en 2009. Diversas publicaciones especializadas los han proclamado como la banda de rock latina más grande de todos los tiempos.

Desde su traslado a Los Ángeles, Zafio Nerón ha regresado para ofrecer sólo un concierto por año en una única ciudad del País, la cual eligen de manera aleatoria y buscan que no se repita. Su última visita a la capital ocurrió en el marco del Festival Vive Latino en su edición pasada; cabe recordar que en esa ocasión no terminaron su set aun cuando eran cabeza de cartel y solamente habían interpretado cuatro canciones. Hasta hoy, ninguno de los cinco músicos ha

aclarado los motivos de esa presentación incompleta.

Aunque todavía no se tiene certeza sobre las razones de su regreso a México, existen rumores que indican la presentación de su próximo álbum.

Un rayo de luz ilumina por completo el espacio lleno de mesas apenas usadas por algunas personas. Los murmullos se mezclan con tintineos de cucharas que golpean fugazmente vasos y platos. En la cocina apenas se escucha una manguera a presión que lava platos sucios. La mañana es cálida y tranquila, la atmósfera aún no se contamina de claxonazos y escándalo citadino, además es domingo por la mañana. Alma Rosa está sentada sola en una de las mesas, toma té verde y no despega la vista de su lap. Termina de leer una nota sobre el intento de concierto al que asistió un día antes. Toma de la taza, después de sorber murmura:

–Pero se crearon en 1992 –cierra los ojos para hacer cuentas. A pesar de ser fanática a veces se le barren las fechas de su banda favorita–. ¡Sí! Fue en 1992.

Sus manos envuelven la taza de té, a ratos las aleja y observa cómo el rojo que las invadía se desvanece hasta dejarlas en su color rosado. Da un último bocado a la papaya bañada en miel y acaba con el contenido de la taza. Cierra su lap y se dispone a comenzar a dirigir los movimientos del restaurante.

Como primera acción, se acerca a la computadora del local, abre iTunes y le da play a la lista de Paté de Fuá, pero algo sucede pues nada suena. En lugar de investigar la razón, le encomienda a una de sus meseras que solucione el problema. La mesera pide ayuda a un mesero, tampoco tiene éxito. Así que Alma Rosa decide conectarse a la página de *Reactor*. Se escucha la voz legendaria de César Alejandre:

–Ahora tendremos música de película: del soundtrack de La bamba*, "Donna" de Richie Valenz del '58, ¡de allá, de la edad de las cavernas!*

–Bueno.

–Qué transa, Marenco. Soy Alekz

–¡Qué pedo, güey! ¿Cuándo le caes para darnos la bienvenida?

–Ps para eso te hablo, quiero tenerlos en mi programa para una entrevista, ya sabes, la exclusiva de la banda que regresa. ¿Cómo ves?

–No sé, ya sabes que al Filos le caga todo eso.

–Convéncelo.

–Por lo pronto yo sí le entro. Erick, Garrocha y Chaflán no creo le pongan peros.

–La cosa es que estén los cinco… supongo que ya medio mundo los anda buscando.

–Cabrón, no nos dejan en paz.
–¿Entonces? ¿Ya empezamos a anunciar la entrevista acá en la estación?
–¿Cuándo sería?
–El miércoles a las ocho, igual si se pueden venir desde tempra para que estén todo el programa.
–No mames, ves cómo es el Filos y todavía quieres tenerlo todo un programa. Si les destroza la cabina no es mi pedo.
–Rating, bro.
–Allá tú, cualquier cambio te aviso. ¿Este es tu número?
–Es el de la office, orita te marco de mi cel para que lo guardes.
–Va, ya'stamos.
–Bamba. El miércoles nos vemos por acá.
–Oye, oye, no cuelgues, ¿en qué estación estás?
–¿Qué te pasa? En Los 40*. ¿Quieres la dirección?*
–No, así. Sí me acuerdo cómo llegar.
–No me vayan a quedar mal que me cuelgan.
–Tss, ¿qué pasó?
-Va, te dejo seguir jetón. Hoy mismo sale el promo de su entrevista.
–Vientos, hasta el miércoles.
–Te portas mal.
–Bye.

El restaurante está lleno de gente y ruido. Hay claxonazos que se filtran desde afuera, gritos, risas, carnes en cocción, pláticas discretas y como fondo la señal de *Los 40* que en ese momento programa por enésima vez en el día "Mientes" de Camila. Los ejecutivos de las oficinas cercanas a esa zona de Miguel Ángel de Quevedo arriban todos los días en punto de las tres de la tarde a este restaurante cuyo nombre es El Minotauro y está especializado en cortes de carne.
–¡Camila? ¿Ya se van a volver poperones, mi güera? –reclama a la mesera que lo atiende uno de los comensales recurrentes. La Güera ríe antes de contestar.
–¡Claro que no! Desde el domingo murió parte de nuestra computadora, un virus creo. Ahora estamos con el radio... el radio real.
–Hubieran puesto algo mejor. Aunque sea *Radioactivo* –el comensal ríe de su mala broma mientras la mesera menor de 20 años lo mira con extrañeza.
–Pues la señal de *Reactor* no la jala el radio, suenan muchos ruiditos –es lo único que ella se anima a contestar. El Gordo niega con la cabeza en señal del final de la conversación. La mesera rubia se dirige a la cocina para dejar sus órdenes, ahí ve a Alma Rosa supervisando todo lo que sucede.

–Ya ves, Alma, ya me empezaron a reclamar por ponerle en esa estación chafa –ataca falsamente la mesera al mismo tiempo que extiende un papel a la cocinera más cercana.
–¿Ah, sí? ¿Quién?
–El Gordo –Alma Rosa se acelera, limpia sus manos en el delantal que viste para después quitárselo y salir de la cocina.
–Gordis, ya me dijeron que estás hablando pestes de nuestra *gran música* –satiriza la chef del restaurante antes de que el señor al que se dirige pueda voltear la cabeza. Cuando este lo hace, ambos se saludan como desde hace años acostumbran. Ella se sienta junto al ejecutivo que siempre llega a comer solo.
–Has de estar feliz por la llegada de tus ídolos, ¿no?
–¿Se me ve? –ella exagera una sonrisa que después se convierte en una carcajada real, acompañada del roce de las manos de ambos sobre la mesa.
–Te ves muy bien… igual que siempre. ¿Tienes plan para hoy en la noche? Va a haber fiesta en El Imperial –antes de que Alma Rosa pueda contestar se escuchan tres balazos, ella se asusta, toma de una mano al Gordo, después comprende que el sonido salió de las bocinas. Sigue sin contestar, pone atención al mensaje de la radio.
–*Esta noche en Semiautomático, Lüger tendrá a la banda que está paralizando México…* –un riff de guitarra conocido por la chef sube a primer plano por unos segundos, tiempo suficiente para hacer que ella se encapsule en su propio mundo. La música baja de volumen para fondear–. *Zafio Nerón nos hablará de las razones de su regreso y de todo lo que siempre has querido saber de ellos. Hoy, ocho de la noche solo por* Los 40 Principales.

Al escuchar esto, El Gordo sabe que Alma Rosa no aceptará su invitación para salir en la noche. Ella ni siquiera se despide al ponerse de pie y dirigirse a la cocina. De entre los claxonazos, gritos, risas, carnes en cocción, pláticas discretas y la música de la radio, apenas se alcanza a distinguir un grito agudo de fanática.

Prepara todo el ritual, el departamento de Alma Rosa está listo para recibir a Zafio Nerón, en especial a Filos. Las bocinas le harán creer que están ahí con ella. Sabe que reirá con los comentarios de Marenco, se enorgullecerá de la argentinidad de Garrocha, intentará sacar de su mutismo a Erick, compartirá las opiniones del Chaflán y la taquicardia será el ritmo tocado cada vez que Filos abra la boca para ser censurado.

Alekz espera en el lobby con Lüger, también está Sirena. El primero mira su reloj insistentemente, el segundo fuma un cigarro y platica con la tercera. La recepcionista del grupo radiofónico los observa como su único entretenimiento, ve el ir y venir de Alekz como si con sus pasos

quisiera cavar su propia tumba, él comienza a creer que la banda no llegará. Lüger aprovecha para invitar a Sirena al Imperial, después de la entrevista tendrá un DJ set, cuyo concepto será la música ochentera. Sirena acepta sin hacerse del rogar.

Alekz interrumpe la conversación al chasquearle los dedos a Lüger, no solo este atiende la señal, también la recepcionista y Sirena lo hacen, miran el dedo índice de Alekz que ordena al locutor que suba a la cabina. Él se va corriendo, Sirena se queda con Alekz, la recepcionista continúa viendo al productor comerse las uñas.

Es insoportable volver a escuchar “Somebody to love” de Justin Bieber con Usher, Alma Rosa siente que ya no puede más con esa estación y sus canciones repetidas a cada rato. Pero se aguanta el coraje, todo sea por no perderse ni un detalle de la entrevista a Zafio Nerón. No sabe si esperar sentada o acostarse en su cama, por el momento prefiere estar en su sala, sentada. Ya son las ocho de la noche. Alma Rosa tiene una taza con té verde entre las manos. Se siente emocionada como si ella fuera a ser la entrevistada. Por fin termina la canción y entra el ID del programa.

Lüger carraspea la garganta por última vez antes de entrar al aire. Alekz sigue abajo esperando a la banda, esto quiere decir que el locutor debe obedecer al asistente de producción en cuanto le dé cue; el muchacho imberbe que está detrás del vidrio que divide al locutorio de la cabina dispara con su índice al locutor. Lüger llena su pecho de aire, está preparado para engolar su voz trémula lo más que puede, comienza su letanía…

El cuerpo de Alma Rosa pierde todo su aire en cuanto escucha las primeras palabras que llegan desde el otro lado de las bocinas, siente latir su corazón, deja la taza sobre una mesa de centro. Lüger sigue presentando al equipo en cabina, no dice nada de sus invitados.

Después de recordarle al auditorio el día en que vive, Lüger trata de hacer tiempo con el santoral. Comienza a decir estupideces y a sentir sudor en la frente, por un momento se preocupa de que la banda no llegue. Observa al otro lado del vidrio al muchacho imberbe que corta horizontalmente su cuello con su mano derecha al mismo tiempo que gesticula la palabra *ro-la*.

–Sé que esperan a nuestros invitados, ellos estarán aquí, en estos micrófonos con nosotros, en unos minutos más. ¿Qué les parece que vayamos preparando el ambiente roquero con una rolita? Recuerden que estamos en Semiautomático, total y absolutamente en vivo. “No longer fun” de Rey Pila.

Alma Rosa golpea la mesa de madera, el té verde genera ondas concéntricas. Ella no quiere escuchar a nadie más que a sus ídolos. La canción termina más pronto de lo que esperaba.

–Escuchando "No longer fun" de Rey Pila en *Los 40 Principales*. Ya son las ocho y cuarto de la noche. Para todos aquellos que apenas nos están sintonizando les avisamos que Zafio Nerón no va a venir…

Alma Rosa siente que su sangre cae al suelo…

–... Nahh, nocierto. Pensamos que para que nadie se pierda nada de la entrevista, lo ideal sería iniciarla un poco pasaditas las ocho, así ya todos ustedes estarían cómodos para escuchar a esta súper banda, créanme que tenemos mucho que platicar con ellos. De un'vez les recuerdo las formas de contacto que tendremos con ustedes durante la entrevista, usaremos más el Twitter, ahí con el hashtag #ZafioNeron40. ¿Y qué veo? Hablando de los reyes de Roma… vamos a otra rolita para que estos reyes tomen sus tronos.

Un escalofrío se apodera de todo el cuerpo de Alma Rosa, lo libera con un movimiento alterado de su cuello. Se arrepiente de no haber ido a las instalaciones de la estación para lograr lo que no se pudo en el aeropuerto: ver a Filos. La canción termina, Alma ni siquiera le puso atención.

–Ya estamos aquí. Sé que no me quieren escuchar a mí, así que muchachos, favor de saludar al público que los está esperando… –hay un silencio breve en el locutorio, los músicos se miran entre sí para saber quién iniciará la entrevista.
–Qué tal a toda la tropa, yo soy Marenco, vocalista de Zafio Nerón.
–Hola, soy Chaflán –el baterista voltea la cabeza hacia Garrocha para que este se presente.
–Te faltó decir qué tocas, Chaflán –le recuerda Marenco.
–Soy el baterista –agrega lacónico.
–Hola a todos, yo soy Garrocha, el encargado de los teclados y algunos sintetizadores.
–Soy Erick, bajista.

La respiración de la chef desaparece, otra vez el silencio invade al locutorio.

–¡Tenés que presentarte, Filos! –acelera Garrocha.
–Filos… el arriero de todo este ganado al que acaban de escuchar.

Cuánta alegría siente Alma Rosa. Su pecho se llena de aire, de hecho lo erecta lleno de orgullo. Están los cinco reunidos. Ama esa voz

gruesa que acaba de escuchar. Puede imaginarlo ahí sentado frente a la mesa, sus labios rosando al micrófono, por eso ella está tan cerca de la bocina, pretende acurrucarse entre el aliento del guitarrista. Por un momento, ella, como todos, creyó que el Filos no iría.

–¡Qué regreso! Yo creo que ni los Rolling hubieran juntado a tanta gente como ustedes. ¿Esperaban ese recibimiento?
–La verdad, no –Marenco, el más acostumbrado a tratar con micrófonos, es quien se anima a platicar–. De hecho no creíamos que fueran a recibirnos.
–Ni siquiera nuestras viejas –complementa Garrocha, el argentino.
–¿Y por qué ya no tocaron?
–Porque no nos dejaron, nosotros felices de la vida. Pero ya sabes: burocracia mexicana –de nuevo es el vocalista quien se apodera de la palabra.
–¿Piensan recompensar a sus fanáticos con algún concierto?
–A ellos les debemos todo –se hace un silencio después del comentario de Garrocha. El teclista ve a Filos que está recargado sobre el respaldo de su asiento, contrario a lo que cree Alma Rosa, alejado lo más que puede del micrófono y con los brazos cruzados–, si supieran todo lo que hay para platicarles.
–Pues para eso estamos aquí, para que nos platiquen todo lo que quieran platicarnos. Pero antes vamos a ponerle suspenso a la entrevista, ¿con qué rola quieren que nos vayamos?
–Tocá algo de El Flaco, me encanta Spinetta –la broma del albiceleste aligera el ambiente que se había puesto tenso. Todos ríen, hasta Filos, el del entrecejo ceñudo, traza una sonrisa.
–No, jaja, me refería a algo de ustedes. Creo que sí tenemos toda su discografía –Lüger consulta con una mirada a Alekz, quien ya está haciendo su labor de productor, que asiente con el dedo índice al estilo del Chavo del 8.
–Siendo así, pongamos algo de lo que casi no se toca, ¿o hay alguna regla? –Marenco mira al otro lado del cristal–. ¡Vientos! ¿Qué les parece “Espíritu noctívago”? –el vocalista ahora consulta a sus compañeros de banda, todos afirman con la cabeza.
–Ya lo escucharon, vámonos a rola. Zafio Nerón está en la casa.

–No lo van a creer, pero mientras estábamos en rola el público ya volvió trending topic en Twitter algo que tiene que ver con ustedes. Nosotros habíamos puesto a su disposición el hashtag #ZafioNeron40, pero los twitteros están hablando, qué digo hablando, están exigiendo #ZafioNerónalZócalo. Si así se puso en el aeropuerto, no me quiero imaginar en el Zócalo. Yo creo que sí andan rompiendo el récord de Shakira. Pero continuemos con la entrevista, les recuerdo que nos acompañan en cabina Marenco, Garrocha, Erick, Chaflán y Filos:

Zafio Nerón completo. ¿Qué planes tienen ahora que vuelven a México? ¿Un Zócalo? ¿Un Azteca? ¿Un Foro Sol? ¿30 Auditorios Nacionales como Luis Miguel? ¿Cómo van a celebrar su visita? ¿Es cierto que "Una ofrenda al ombligo de la luna" es un adelanto del nuevo disco? –ese silencio incómodo retorna. Los músicos miran a Filos que sigue quiescente en su asiento–. Como que veo que todos quieren que ahora sea Filos el que conteste. ¿Y bien, Filos? ¿Cómo celebrará Zafio Nerón su vuelta a México?

Filos panea hacia las caras de cada uno de sus cuatro compañeros mientras se acerca al micrófono, abre la boca, ahora dirige la mirada a la cabina de producción, se percata de la presencia de una pelirroja que está junto a Alekz, espeta:

–Nos separaremos. Ya no tocaremos juntos.

El silencio se vuelve inmenso, no es incómodo porque es inesperado; la noticia deja impresionados a todos. Filos observa la reacción de los presentes: sus compañeros permanecen cabizbajos; en cabina todos están boquiabiertos, Lüger no haya qué decir. En su casa, Alma Rosa, petrificada, espera que Filos aclare la broma, pero sabe que él no es bromista.

–Es una broma, ¿verdad? –pregunta con voz trémula el conductor, los músicos se olvidan de que están en radio y se limitan a negar con la cabeza–. Pero… ¿por qué?

–Yo creo que una banda ya no es funcional después de los 20 años de carrera, todas se vuelven un chiste de sí mismas después de eso –Filos se hace del micrófono–. Además, Garrocha y Marenco están preparando un proyecto alterno, Erick tiene a su familia, Chaflán tiene sus planes. Llegamos al final –Lüger está a punto de volver a hablar, pero Filos le ataja la palabra –Aclaro: no hay problemas entre nosotros, no nos pelamos en backstage, ni nadie se acostó con la esposa de alguien más. Es una decisión de todos, por más difícil que sea.

–¿Habrá gira de despedida? ¿Un concierto siquiera? ¿En el Zócalo?

–No lo creo –sentencia el guitarrista–. Es la mejor forma de despedirnos. El mejor concierto que pudimos haber dado aquí ya pasó, fue en el Vive anterior, yo no creo superar lo que logramos ahí. Fue mágico.

–¿Para esto vinieron a México?, ¿para dar esta noticia? –Lüger observa que todos siguen atónitos. Alekz, quien permanecía de pie al otro lado del cristal, ahora está sentado. Los músicos de la banda no ocultan su tristeza. A Filos parece agradarle la situación, es el único dispuesto a responder el interrogatorio.

–Sí. Si aquí iniciamos, aquí debíamos terminar. Después de esto cada quien es libre de moverse para donde quiera.

Nunca antes pensó sentir algo parecido. Nunca antes planeó la vida sin ellos. Alma Rosa creía que sus muchachos estarían unidos por siempre, sin importar sus problemas, a pesar de que Filos diga que nos los tienen. Aún no puede digerir la noticia, esta se ha quedado atragantada en su garganta. Cada una de las palabras dichas por Filos rebota en su cabeza como tantas veces se han repetido las canciones de la banda. Está desguanzada. Su ánimo yace derramado sobre el suelo. No solo la corroe la tristeza, siente una calidez febril repentina, está iracunda. La sentencia dictada por Filos comienza a latir cada vez con más fuerza mientras del subconsciente de la restaurantera emerge la letra indicada para el momento. De nuevo se convence de que el guitarrista creó esas letras para ella en instantes como el que vive ahora. Desearía poder cantarla pero no puede, en su garganta permanece la noticia atorada y solo puede balbucear con los ojos chispeantes:

De lanzafuego mirar,
la muchacha de ojos tristes
derrite su hielo ocular.

Escurre lágrimas de ascuas,
de rojo prende su cara.
Dirige al Sur su mirada.

Cuando la ciega el enojo
apunta con una pistola.
Ella dice tener buen ojo.

¡Disparará a quemarropa!
Será un destello mortal.
Esa mujer está sola.

Provoca heridas panópticas
con un recuerdo indeleble.
Muchacha de ojos endebles.

El telón de El Imperial se cierra, aquella banda de covers a INXS ha terminado su actuación. Los aplausos son pocos, tan solo las diez personas que estuvieron atentas a toda la tocada son las únicas que agradecen la música en vivo; los demás continúan sus fiestas particulares. El concepto de esta noche es música de los ochenta, ahora el DJ Lüger es el encargado de regresar a los treintañeros a la década de su infancia y a los más viejos a su adolescencia. Filos regresa al bar después de echarse un churro en la calle, pide un whisky y se retrae como es su costumbre: vaso en sus labios, en la barra, mirada a los hielos, vista a sus manos, tarareo mental de una

canción que aún no compone y repite el proceso. Deja su autismo para negar con la cabeza cuando escucha los coros de “Cruz de navajas”. Se da cuenta de que una mujer delgada de pelo rojo se sienta junto a él, pero prefiere seguir observando sus hielos, piensa en irse.

–Hola –Sirena le toca un hombro. Filos no voltea, su atención la tiene el sudor del único hielo que le queda a su bebida. Se trata de su reloj de arena, o de hielo, mejor dicho; en cuanto este se haya derretido, él se irá. Sirena no hace más por sacarle la plática al músico, prefiere beber su Bloody Mary sola.

Es tiempo. En el vaso sólo queda el agua que minutos antes era sólida. Filos la bebe, golpea con sus manos abiertas sus muslos, pone su columna derecha y se voltea hacia la salida.

–Pensé que eras de carrera larga –Sirena interrumpe la huida del músico. De nuevo Filos guarda silencio, ella piensa que no contestará pero él se vuelve a sentar y la encara.

–Esto está de güeva –difama el guitarrista.

–¿Y por qué viniste entonces?

–Por pendejo.

–¿No me vas a acompañar? –Sirena le enseña su copa casi llena. Filos suspira y le pide otro whisky al barman–. ¡Yeii! –celebra la pelirroja.

–*Papareo papa ure eo papa eh hi ta ea* –el coro de los que aún permanecen en el lugar equipara en volumen al del sonido local. Hay un obeso, El Gordo comensal de Alma Rosa, al fondo que grita con ganas. Filos arquea las cejas con disgusto. De la boca de Sirena sale el mismo coro:

–*¡Papareo papa ure eo papa eh hi ta ea!* ¡Venga, Filos, canta! –la pelirroja mueve su tronco de izquierda a derecha al ritmo de la canción de Neón.

–Pinche canción culera –exclama.

–¿Por qué? Es un clásico –defiende ella.

–La letra está de la verga: *Amarte así, solo y sin ti*. ¿Qué mamada es esa? –ríe–. A güevo que si está solo ese *sin ti* está de más, es obvio que está sin ella. Qué bueno que nomás pegaron con esa.

–No, tienen otra.

–Ah, ¿sí?, ¿cuál?

–No me acuerdo –es el momento en que Sirena aprovecha para lucir su mejor risa y un movimiento de cabeza que permite despertar su cabellera roja, justo como en los comerciales en los que aparece. Filos la acompaña con una sonrisa.

–Y luego el coro: *Papareo paparejitanena* no sé qué mierdas. Odio esa rola. ¿Qué sigue? El *Uoh uoh* y los golpes maricas de Diego Schoening –Filos levanta el puño cerrado y parodia: –*¡Uoh uoh! ¡Uoh*

uoh oh! Aunque huyas tú siempre sabrás, tú y yo somos uno mismo ¡uoh oh!–. Sirena vuelve a reír, ahora sin poses.
–Pero bien que te la sabes –le echa en cara al músico.
–Sonaba un chingo cuando tenía como 15. Intenté andar con una chava que le encantaba Timbiriche.
–¡No! No te imagino.
–Una vez le toque "Soy un desastre" –acepta con pena–, pero le metí un solo blusero más o menos a la mitad –agrega con rapidez para justificarse–. No me quedó tan mala la versión hasta esto.
–¿Así como "Muriendo lento" de Moderatto? –Sirena ríe satírica.
–¿Qué pasó? ¿Ya así nos llevamos?
–Oye, no te quejes, somos de la Generación Timbiriche, Filos.
–Lamentablemente, ni pedo. Oye, tú sabes mi nombre pero yo no sé cómo te llamas.
–Dime Sirena. Pero ya nos habíamos visto.
–¿Dónde?
–En la radio. Estaba ahí durante la entrevista de hoy.
–¿Trabajas ahí? Pobre.
–No –aunque no es de madera, Sirena golpea tres veces la barra con el puño cerrado– Fui con Lüger, el que los entrevistó, pero equis. Pensé que me habías visto.
–Ahora que lo dices creo que sí –Filos guarda silencio, toma de su vaso, esboza una sonrisa pegada al vidrio y sin ver a Sirena murmura:
–Pinche groupi –Sirena se exalta y se pone seria.
–¿Perdón?
–¡Perdón! –se apena el músico–. No era a ti, era para ese güey. ¿Nunca has pensado que los locutores son las groupis de ahora? –la respuesta no parece convencer a Sirena, sin embargo continúa la conversación.
–No, ¿por qué? –pregunta aún molesta.
–Te lamen los güevos, literal. No conocen más de tres rolas de uno pero ahí están al aire echando flores. Y que *la mejor banda de México*, y bla bla bla, y al terminar la entrevista, que la foto, y que fírmenme estos discos, y que a ver si lo aceptamos en Facebook, y que vámonos de pedos un día... Ah, pues fue él el que nos invitó a esta mierda… es el DJ –ríe al señalar a Lüger. Sirena acompaña la carcajada de Filos con el esbozo de una sonrisa –¿Y todo para qué? Para después andar presumiendo que es nuestro cuate y que nos llevamos de piquete de ombligo. Nefastos. Así como las groupies coleccionaban algo de Jagger, Hendrix, Bowie, Plant y otros, estos güeyes coleccionan sus fotos con los famosos en su perfil de Facebook para que los demás vean que es amigo de los artistas.
–Pues sí. Si lo vemos así también son groupies.
–Y de las peores. Al menos con las groupies sexuales uno obtiene

algo, pero con ellos nada. Nomás presumen.
–¿Has estado con groupies?
–Sí, un chingo de locutores y periodistas cada vez que presentamos disco.
–No, de las sexuales –indaga Sirena después de una breve carcajada.
–Alguna vez –contesta lacónico Filos. Sirena asiente mientras toma de su copa–. ¿Tú has estado con músicos? –Sirena no contesta, prefiere sobar el muslo del guitarrista y sonreírle coqueta. *Estoy llorando en mi habitación, todo se nubla a mi alrededor, ella se fue con un niño pipo…* Filos se percata del coro de borrachos y vuelve a negar con la cabeza. Voltea hacia el lugar que comienza a vaciarse, pasa su mirada por el DJ que bailotea sobre su escenario y termina en el escote de Sirena, se acerca a ella–- ¿Dónde la seguimos? ¿Tu casa? –propone el músico. Sirena se adelanta a la salida mientras Filos paga las bebidas.

Comienzan el soundcheck con sus manos enredadas entre su ropa. Prueban qué tan lejos llegarán. Prueban cómo llegarán a ese lugar. El sudor inicia su torrente en la piel de ambos aún oculta a sus ojos pero que las yemas de sus dedos ya conocen. Las luces permanecen apagadas, no hay tiempo que perder prendiendo un interruptor que estorbaría mientras afinan sus instrumentos. El concierto se acerca y ellos todavía no se graban sus movimientos, no saben sus posiciones sobre el escenario, no han ensayado la entrada y no saben cómo saldrán. Son un dueto que se presentará por primera vez en una plaza acostumbrada a los grupos sorpresa, los palomazos, invitados especiales y las arias dedicadas al amanecer.

Dos sillones rojos perfectamente limpios dan la bienvenida con los brazos abiertos, un comedor de cristal que rebota la luz lunar, una laptop desconectada pero con un LED vouyerista, botellas de licor semivacías que piden ser acabadas a gritos, las copas que las acompañan noche a noche, el piso laminado con mil conciertos trapeados, pinturas de un artista aún desconocido, los focos que con los ojos entrecerrados tratan de descifrar las figuras que se mueven debajo de ellos y las plantas sedientas que siempre mendigan el rocío a la calle son el público que agotó las entradas a este recital. Las bocinas musitan entre sí un reclamo para no permanecer calladas, sus rumores son silenciados por el ulular del viento sobre las cortinas que clama por el inicio de la presentación. Los asistentes dejan inconclusa una ola al ver la señal del arranque de su entretenimiento: la primera blusa ha caído en la espalda del suelo. Las prendas son fuegos artificiales que hacen estallar el alarido del público que celebra el estreno sin moverse de sus lugares, las ven volar hacia todas direcciones, las reciben y les abren cancha para que ellas tampoco se

pierdan detalle del performance.

Es una presentación sin pantallas, solo los más cercanos pueden observar claramente lo que sucede en el escenario, pero todos alcanzan a escuchar los primeros acordes de una canción que aún no identifican. Parece que los protagonistas siguen afinando, prueban sus volúmenes y juguetean con sus instrumentos. Sus manos son notas desatadas, libres de la jaula de una partitura hasta que los tambores por fin son percutidos suavemente por los dedos del ejecutante. El fraseo runruneante de ella se mece en adagio, sus notas largas desaparecen en la mirada penetrante de su público en espera del éxito radial que puedan corear. Ella cierra los ojos y dirige su propio videoclip al ritmo que su compañero impone. Es un *pianissimo*. Es una introducción ambiental con dosis de suspenso. Ambos entran en ritmo, se alegran en sus cuatro cuartos, undostrescuatro, undostrescuatro. El fraseo se interrumpe en los momentos en que ella se queda sin aire. El bombo hace su entrada triunfal. El pedal llega hasta lo más profundo de ella, que vocaliza con vibratos para hilar la melodía. Las manos de él en su cintura, un acordeón danzante que impone la armonía, mientras su lengua arpegia cada traste de la piel de ella en busca de la tónica; la encuentra en el cuello, una nota aguda que se debe de tocar en *apassionato*. Ya no hace falta el diapasón, están afinados y amarrados. Interpretan un free jazz de notas vagas en los huesos de ambos. Hay un silencio que no es erróneo, es el preludio a un final que ni ellos conocen. Se mezclan en ska, bailan el ritmo de la síncopa, se divierten en contrapunto de la paz nocturna. Sus brazos, sus piernas, sus cabezas suben y bajan y suben y bajan y suben y bajan. Sienten la brisa de un calor que viene de adentro capaz de iluminar todo el departamento pero no lo dejan salir, prefieren refugiarse en el reggae, en su ritmo lento. Se abrazan con el mismo sentimiento con el que un blusero resguarda entre sus manos una armónica. Se besan con la misma pasión que solo un saxofón puede imitar. Este no es el final, es un réquiem, el fin del primer movimiento de esta sinfonía. El encore termina. Ahora el pedal wah wah es el que irrumpe el silencio. Dos cuerpos en masa amorfa, no se mueven, bailan funk. Sus pasos iluminan los objetos que tocan. Sus sonrisas adornan un ritmo que no quieren que termine. De verdad se divierten, lo disfrutan. La risa de los dos goza un compás *a capella* para retomar la armonía en un *fortissimo* que les hace cambiar de ritmo. Tocan un solo desesperado de speed metal en busca de un final apoteósico. Laceran sus instrumentos. Llegan a notas altísimas, inalcanzables para los sordos y los mudos. Ellos son los únicos que las escuchan, los únicos que las crean. No hay espacio para un silencio; todo es ruido en función de un cenit. La cima está cerca, muy cerca. Los dos crean luz con un sonido.

El fulgor es apasionado y llena todo el departamento de un gemido emitido a coro. Están en la última nota, la sostendrán con un vibrato hasta que el último suspiro se desvanezca.

La computadora del restaurante está aliviada, su virus fue extirpado; pero no suena feliz, al contrario, sus bocinas plañen música tan oscura como las ojeras de Alma Rosa. La chef está destrozada, no durmió en toda la noche. Se siente justo como lo canta Siouxsie Sioux: *Cry for a love turned loveless. Sometimes I think of you, when I'm alone.* En lugar de estar en su casa descansando, prefiere trabajar en espera del olvido de la terrible noticia de la víspera. Cuando la recuerda se le cierra la garganta de nuevo. Es de noche y hay poca gente en el local. Por lo regular lo cierra a las diez pero ahora piensa en hacerlo un poco más tarde.

Alma Rosa acaba de mandarle un mensaje al Gordo para que la recoja cuando no puede creer lo que ve. Por un instante piensa alucinar: en la puerta de su restaurante está Filos. Ahí, en el umbral, le da la luz cenital de una lámpara que hace verlo divino. Lo sacro del cuadro se rompe cuando lo profana la imagen de Sirena con esa cabellera infernal que atrapó a su ídolo. La Güera los recibe y los dirige hacia una de las mesas vacías. Filos y Sirena van de la mano. Al ver esto, Alma Rosa se siente aún más vacía. Ya no tiene lágrimas que llorar pero quisiera tenerlas para aventárselas al músico que entra. En lugar de ello, huye hacia la cocina.

–¡Alma! ¿Ya viste quién está aquí? –al entrar acelerada, La Güera encuentra a su jefa con los brazos recargados en el lavabo y la cabeza gacha–. Sí vio –susurra para sí.

Alma escucha las risas de esa arpía hacerle juego a los comentarios de Filos. Cuántas veces soñó con ese momento como para que llegara de esa forma. Eso es lo que la desilusiona. Ella imaginaba que Filos llegaría perdido y hambriento, que ella lo recibiría para conducirlo a una mesa en la que se sentarían los dos. Él se enamoraría de ella pues a los hombres se les conquista por el estómago. Sería ella quien reiría de los comentarios de Filos y no la pinche pelirroja. La ilusión siempre encontraba su desenlace con los dos cogiendo en la cava entre vinos espumosos, aunque en realidad Alma estuviera sola masturbándose entre botellas polvosas.

Filos parece estar feliz y cómodo, tanto que hasta se deja tomar una foto con La Güera. La mesera piensa en qué le podría dejar Filos a Alma, quizá su firma estampada en una pared del restaurante. Al voltearse para buscar un plumón, ve que ella sale de la cocina y se dirige hacia la mesa. Alma Rosa luce extrañamente repuesta. El presentimiento de que algo terrible está por ocurrir hace que La Güera se aleje de la mesa del músico, pero no deja de observar la escena.

–¿Están cómodos? ¿Les hace falta algo? –inspecciona la chef ejecutiva del lugar con extrema hospitalidad aunque con voz mecánica

como la de Ian Curtis al cantar *Confusion in her eyes that says it all. She's lost control* que ahora emana de las bocinas.
–No, todo está muy rico. ¡Yomi! –responde Sirena para finalizar su comentario con una risa que es coreada hipócritamente por la de Alma. La chef dirige su mirada hacia el músico para que responda.
–Sí, de diez el lugar. Felicidades, yo creo que regresaremos otro día –Rosa suprime un salto de alegría y trata de no modificar su expresión impenetrable aunque ello le represente un trabajo extrahumano. Quisiera abrazar a Filos y comérselo a besos, pero está dispuesta a que no se entere de lo mucho que lo ama, al menos por hoy. Sabe que no puede luchar contra la modelo que lo acompaña. A pesar de que Alma no es fea, no se siente segura de complacer al guitarrista–. Por cierto, buena música –remata Filos.
–Ahora entiendo porque me lo habían recomendado. Gracias –echa flores Sirena.
–Al contrario, nosotras –Alma Rosa voltea a ver a La Güera para hacerla cómplice suya, después pelotea su mirada entre Sirena y Filos– estamos agradecidas de que engalanen este humilde restaurante –Alma esboza una sonrisa que los comensales interpretan de bienvenida, pero La Güera sabe que su jefa se está derrumbando por dentro–. Los dejo terminar. Saben que serán bienvenidos otro día. Buenas noches –da media vuelta y de nuevo se dirige hacia la cocina. Sus pasos la hacen parecer que flota, como si fuera una coreografía mórbida de la música de Joy Division. Una lágrima que permanecía escondida hace su aparición, Alma la enjuga con su mano fría.

Apenas se sienta en el carro del Gordo, Alma Rosa se quiebra en llanto. El conductor no comprende qué le pasa y se limita a abrazarla. Nunca antes había visto llorar de esa forma a su no novia.
–Al menos a esta hora no creo que haya tráfico a tu casa.
–No quiero ir a mi casa –alcanza a responder Alma entre suspiros–, mejor vamos a la tuya.
El Gordo no puede evitar sonreír aunque su expresión no se alegra del todo, sabe que Alma Rosa no quiere ir a su casa para estar con él, sino para no estar sola. Río Churubusco está parado, al menos tardarán una hora en llegar al departamento del Gordo, el tiempo suficiente para escuchar *No line in the horizon* de U2. La restaurantera se duerme acurrucada en sus propios sollozos.

Alma despierta a una cuadra del departamento del Gordo. Ve por su ventana el camino. No puede comprender ese vacío que siente. Al estacionar el carro, el hombre de traje le abre caballerosamente la puerta. Suben lento las escaleras y en un silencio interrumpido por ella:
–¿Quieres que te haga algo de cenar?

–No, cómo crees. Se ve que tuviste un día pesado, yo me las arreglo. Tú te puedes dormir.
Alma se recarga en el hombro del único amigo que conserva de la prepa. Tenía mucho tiempo sin visitar ese departamento. Pocas veces la no pareja ha visitado el hogar del otro como una forma de evitar la intimidad y el compromiso del que nunca se han atrevido a platicar. No son novios, nunca lo han sido, pero se tratan como tales. Ambos saben que de no encontrar una pareja fija envejecerán juntos.

Rosa siente tan mullida la cama del Gordo que cae como piedra. Cuando oye que su amigo está en la cocina friéndose su cena no puede evitar ayudarle. El Gordo no acepta y regresa a su invitada a la cama. Ella obedece y se mete a las cobijas, espera a que el Gordo llegue para abrazarlo pero él tarda, así que ella se duerme. Al despertar en la madrugada, sigue sin sentir junto a sí al Gordo. Se pone de pie y lo encuentra acostado en el sillón de la sala. Él ya está dormido, Alma lo despierta sin remordimiento.
–¿Qué pasó? –pregunta El Gordo con los ojos entrecerrados por el sueño.
–Nada, ¿por qué te viniste para acá?
–Estabas dormida, se ve que estás muy cansada, algo tienes. Quise dejarte descansar –Alma le regala una de esas sonrisas que enamoran al Gordo. Ella no responde, le da la mano a su anfitrión. Van a la cama.

Lo que hacen a continuación no es amor, practican un ritual de soledad conjunta. Una vez más, Alma se tiene que conformar con asirse al hombre velludo en lugar de a Filos, una vez más trata de imaginar que ella es una guitarra tocada por el músico... Bueno, algo ha cambiado, ahora no se imagina como una guitarra, ahora se ve a sí misma de labios carnosos, de piernas largas, de ojos circundados por sombras negras, de senos grandes y culo parado, en fin, se imagina pelirroja. Es sexo sin sentimiento, él se sabe usado pero no reclama. Hacen playback para un programa de televisión. Ella es como la estrella pop prefabricada que baila una coreografía falaz, él es el público que aparenta sorprenderse de la habilidad pirata del artista y aplaude cuando se lo piden. Ambos disimulan disfrutarlo porque saben que no pueden aspirar a más.

Al terminar no hay cigarro, tampoco hay besos, mucho menos abrazos. Se sienten distantes aunque estén hombro con hombro en una cama individual. Alma vuelve a llorar y se abraza al paño que la ha acompañado por años.
–¿Qué tienes? –se anima a investigar el Gordo, él aún cree que Alma está así por la desintegración de Zafio Nerón.
–Hoy vi a Filos.
¡No puede más! El Gordo ha sido paciente con ella por años. La ha

llevado a conciertos que se han hecho fuera del DF, le ha comprado discos, se entera de las noticias de la banda con tal de tener tema de conversación con ella. Cuando se conocieron en la preparatoria, él se aprendió en la guitarra algunas rolas de Zafio Nerón para gustarle. Estúpido. Sólo se hizo su amigo, jamás su novio; *Eres muy lindo, pero no quiero perder tu amistad*, fue lo que ella respondió cuando él se animó a declarársele con una canción de Filos. Así como ella quería ser la guitarra del músico, él había intentado por años ser el músico. Cada vez se hartaba más. Primero dejó la guitarra y si ello significaba perder su *amistad*, qué mejor, así él encontraría a una mujer que sí lo quisiera y no seguiría enculado a una que le hace caso solo a un ídolo inalcanzable. El plan no salió, siguió cerca de esa mujer, suponía que tarde o temprano Rosa superaría su enajenamiento y le correspondería. El fanatismo de Alma le encabronaba, era una mujer de más de treinta años prendada de un ídolo juvenil.

–¿Dónde lo viste ahora? ¿En una revista? –enfrenta El Gordo con muy mala leche. Alma por un momento no entiende el sarcasmo, se sorprende de la manera tan insolente de responder de él, ya que ese no es su estilo.

–¿Por qué te pones así?

–Es que pareces una niña. Dime, ¿estás así de deprimida por el rompimiento de una banda? Jamás te había visto así, ni cuando has cortado a todos tus demás novios –El Gordo se pone de pie y comienza a dar vueltas por toda la recámara. Rosa se sienta sobre el colchón–. ¡No puede ser que te pongas así por alguien que ni conoces y que quizá nunca conozcas!

–Pero, Gordo, te digo que hoy vi a Filos –él cree por un instante que Alma se ha vuelto loca por la vehemencia con la que dijo lo anterior–. No me veas así, es verdad. Fue al restaurante.

–¿Y qué haces aquí entonces? ¿Por qué no te fuiste corriendo tras él?

–Alma se para con aspavientos y, mientras camina, reclama:

–Ya entendí, no quieres que esté aquí. Mejor me voy –El Gordo le impide el paso a Alma, se pone en la puerta.

–¿Cómo te vas a ir? Son las cuatro de la mañana, no traes tu carro y por aquí no pasa transporte. Ahora me cuentas por qué estás así, creo que me lo merezco.

–¡Ya te dije! Filos fue al restaurante… acompañado –El Gordo recuerda que en El Imperial vio a Filos con una pelirroja, asiente con la cabeza. Quizá sea el momento que ha esperado por quince años. Alma se sienta en la orilla de la cama.

–¿Y qué pasó? –el anfitrión modera su actitud.

–Lo vi cuando entró y ya iba a correr a abrazarlo cuando vi a una pelirroja que entraba con él. Entré a vomitar de puro coraje a la cocina, pensaba quedarme ahí, pero luego pensé que no podía

quedarme con las ganas de platicar con él, de estar cerca. Cuando salí me porté como nunca creí hacerlo frente a él, como si no lo conociera. Le pregunté si le había gustado la comida y me dijo que sí, que hasta podría regresar. No sabes cuánto me tuve que controlar para no besarlo. De ahí no recuerdo nada bien hasta que fui por ti hasta el sillón. ¿Contento?
–¿Por fin vas a olvidar esa obsesión por él? –la mirada de Alma se prende en ascuas, voltea a ver a su anfitrión con odio.
–¡Yo no tengo ninguna obsesión!
–Claro que la tienes, esto no es normal.
–OK. Si yo estoy obsesionada, ¿qué es lo que tienes tú?
–¿Yo?
–Sí. ¿Por qué sigues yendo al restaurante todos los días, por qué me sigues apoyando, por qué seguiste cerca de mí después de que te bateé?
–¡Eso quieres? Primero me dices que soy tu amigo y ahora me lo reclamas. Estás muy mal, Alma, espero que no acabes en el manicomio –ella le avienta la única almohada que tiene a la mano–. Creo que sí es mejor que te vayas.
Alma recoge su ropa de una silla, se dirige a la puerta y antes de abrirla se viste. Mientras lo hace, El Gordo recomienda:
–Le dices al policía que te pida un taxi.
–No soy estúpida, ¿a quién más le iba a hablar?
–A Filos –el sarcasmo enfurece más a Alma.
–Pendejo –ella ni siquiera hace el esfuerzo de azotar la puerta, sale corriendo.

"Niña de mi corazón" de La Arrolladora Banda Limón suena a todo volumen en una cantina cuya mesa más oscura es ocupada por una mujer de pelo negro que fuma un cigarro y toma una cerveza. Está sola y evita cruzar la vista con los hombres que la asedian con la mirada. Ninguno se atreve a acercársele, pero, por si las dudas, ella tiene desenvainado su spray de pimienta. A pesar de todo, no está asustada, su profesión la ha acostumbrado a estar en ambientes machistas: es una periodista de rock. Sin saludarla de beso, Filos aparece de la nada y se sienta claramente malhumorado.
–¿No pudiste escoger otro lugar más pinche para reunirnos? –reclama el guitarrista.
–¿Prefieres ir a un antrillo roquero de la Roma para que todo mundo te reconozca y te pida autógrafos? –acierta a responder la periodista, Filos acepta su derrota con una mirada a la par que ella apura la botella a su boca–. Además debería ser yo la que esté enojada contigo, me pudiste haber dado esa exclusiva a mí –clava su vista en él al tiempo en que azota la botella sobre la mesa de madera.

–Ah, ¿es por eso? No mames, Payola, eso no fue planeado. Hubieras visto las caras de todos ahí, casi se mean. Fue un arranque del momento –Filos aprovecha que una mesera gorda de minifalda pasa junto a él para pedirle una cerveza–. ¿Qué?, ¿me vas a entrevistar para hacer del final de Zafio Nerón un *gran reportaje*? –el músico exagera el tono de su voz al decir las últimas dos palabras.
–No, el coraje ya se me pasó. Te cité para reclamarte nada más. No sabes cuánto me encabroné. Y luego lo fuiste a decir a una de las estaciones más poperas. Tú, que te caga el pop. Neta que no te mides, Filos, has hecho mamadas y esta –la periodista apura la botella para no seguir su reclamo; se recarga en el respaldo de su silla–. Ya me enteré que ligaste –cambia de conversación la morena.
–¡Estás en todo! ¿Lo escuchaste con alguna de esas arpías de la tele? –al fin los dos ríen al unísono.
–Óyeme, esa es mi chamba. Es una modelo, ¿no?
–Creo que sí, no hemos platicado bien. Vengo de cenar con ella.
–¿Es la buena?
–No sé si sea la buena… pero lo está.
–Me imagino, conozco muy bien tus gustos.
Por un instante los dos se quedan en silencio, observan a algunos borrachos jugar dominó mientras otros discuten sobre la jornada de futbol. La rockola del lugar cambia de La Arrolladora a Valentín Elizalde, al parecer es una canción gustada, pues varios de los ebrios del lugar la acompañan: *Siguen ladrando los perros, señal que voy avanzando…* Filos pasa su mano por su frente en clara señal de incomodidad, Payola se burla de su acompañante.
–A que quieres bailar –el guitarrista voltea a verla enojado–. No te hagas, Filos, bien que tienes tu lado cumbianchero.
–Ni que fuera de El Gran Silencio –la molestia del músico no cesa y Payola se regodea en eso. Ella pide otra cerveza cuando la mesera lleva la suya al músico.
–¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Disco solista? ¿Vas a cantar?
–No sé.
–¿Por qué se separaron? Sí fue por las broncas con Marenco, ¿verdad? –Filos asiente con la cabeza.
–Estábamos explotando constantemente. ¿Sabes lo que es convivir con alguien todos los días por casi veinte años? Él a güevo quería meter sus rolas en *Ser humano desechable*; la grabación estuvo cabrona.
–Pero les quedó muy bueno, la neta.
–Pero así lo sufrimos. Y luego la grabación de *Errantes*. Por poco y nos toman como a Metallica en ese documental.
–Eso hubiera estado bueno. Imagínate las ventas –nuevamente ríen–. ¿Y entonces? ¿Qué sigue para ti?

–Las rolas de Zafio son mías, podría tocarlas en vivo yo solo, pero ya me imagino a tus colegas desgarrándose las vestiduras de algo que no les pertenece.
–La neta sí. Entonces, ¿Garrocha y Marenco van a tocar las rolas que no entraron al disco?
–Sí, las causantes de todas nuestras broncas. Están bien culeras.
–Los proyectos alternos son lo de hoy, Filos, y más si en esas bandas hay gente de otros grupos: SÚ-PER-GRU-PO, ¿te dice algo eso? Aparte para ti son culeras esas canciones pero quizás a la gente le gusten... A ver cuándo me da una entrevista ese par –un silencio en la conversación es aprovechado por ambos para tomar de su bebida.
–¿Y tú en qué andas? –ahora es Filos quien planea hacer la entrevista.
–Ya sabes: escribiendo por acá, haciendo entrevistas por allá, locuteando por acullá.
–¿Locuteando? ¿Dónde?
–¿Te acuerdas de *Rock 101*?
–¡Cómo no!
–Ando ahí, ahora en su faceta de internet. Todos los días a las tres de la tarde, para que me escuches, o cuando tengas lista tu próxima movida vas a que te entreviste.
–¿Tienen cabina o qué?
–Yo hago mi programa desde mi casita. Así es ahora. Así como lo de hoy en tu chamba son los súper grupos, en la mía es hacer todo desde casa gracias al bendito internet. Luego no está tan bueno, sobre todo si ladra mi perra o pasa algo así, aunque ya hasta mis escuchas preguntan por ella –Payola se ríe sola–. No recibo nada, pero es lindo estar al micrófono, no sé cómo no lo hice antes. Cambiando de tema otra vez: ¿te vas a quedar a vivir aquí o te vas a regresar al gabacho?
–Yo me quiero quedar. Nunca me gustó Estados Unidos, sin Zafio nada me detiene. Chaflán y Erick se van a quedar allá, y Garrocha y Marenco creo que van a andar de gira.
–Ojalá los pueda ver antes de que se vayan… Te veo triste, Filos, ¿qué te pasa? –antes de contestar, Filos prende un tabaco y toma de su chela.
–Aunque no lo creas, los voy a extrañar. Aun con todas las broncas que hemos tenido estoy acostumbrado a trabajar con ellos. No me veo en un escenario solo. Tú has visto cómo había veces en que ellos eran los que me animaban a salir. Aparte sería aburrido verme a mí solo en el escenario. Para empezar, me caga cómo canto y el que ponía el espectáculo en nuestros conciertos era Marenco.
–Arma otra banda.
–Sería una mala copia de Zafio. ¿Qué quieres que haga? ¿Cumbias?

–¡Buena idea! También están de moda –bromea Payola–. No es el fin del mundo. Mejor tómate tu año sabático, disfruta a tu muñeca nueva y seguro algo se te ocurrirá después.
–Eso espero.
–Ya si no, organizan el reencuentro y se hinchan de billetes. También es lo de hoy, ahí tienes a Soda –la pareja ríe de nuevo, ahora son los ebrios quienes los voltean a ver extrañados de su escándalo. Payola y Filos chocan sus botellas para tomar luego de ellas–. Sabes que cuentas conmigo para cualquier cosa –el músico asiente con la cabeza–. Bueno, si me quieres acompañar a mi carro; tengo mucha chamba y no quiero que alguno de estos señores se pase conmigo al salir.

||: RIFF V :||

–*Hasta con los ojos cerrados, esos tres tatuajes podría yo encontrar…* –canta Filos a Sirena mientras toca sus piernas largas que se ocultan debajo de la sábana y besa cada uno de los tres tatuajes: el del hombro, la espalda baja y el tobillo. De repente, el músico emerge de las sábanas hacia los labios de la modelo– *no intentes mirarla, ¡corre!, haz lo que te digo, los tatuajes causan adicción* –sellan la escena con un beso para después continuar con un ritual que siempre practican durante el crepúsculo matutino en el departamento de la Anzures–. *Me tomaría una vida de esos tres tatuajes poderme llenar*.
–¿Kerigma? –alcanza a preguntar Sirena entre risas.
–¡Una rolota! ¿No? Es de cuando apenas empezábamos.
–¿Con Zafio?
–Ajá, ha sido mi única banda.
–¿Y la tocaban?
–No, pero me latía.
–¿Cómo fue su primera tocada? –Sirena aleja su cuerpo de las manos ansiosas del guitarrista para ponerle atención. Tapa su desnudez con una sábana.

–El Blanco, que fue nuestro primer bajista, estaba en el CCH y los del nido de grillos, *cubículo* les dicen, armaron un concierto para todo su desmadre del 2 de octubre.
–¿En qué CCH estabas?
–Yo en ninguno. El Blanco era el único de nosotros que estudiaba y el único requisito para tocar era que alguno de los de la banda fuera alumno.
–Oh, ¿y cómo les fue?
–Sonamos de la verga pero nos fue bien, hasta nos pidieron otra.

–¿Listo, Blanco?, ¿tú, Chava?, ¿Marenco, Yuca? La otra banda estuvo bien pitera y las rolas que traemos son las chidas.
–Pero algunas no son tan conocidas, carnalito –objetó el baterista apodado Yuca–. A ver si no nos apedrean estos porros.
–Nel, nos van a amar –un pelirrojo de corte militar se acercó al quinteto que estaba a las afueras del gimnasio de la escuela para apresurarlos a que conectaran sus instrumentos. Las miradas de los alumnos que llevaban algún tiempo escuchando a bandas descuadradas no perdían ningún detalle de los músicos que entonces fungían como su propio staff. Parecía que a la nueva banda le había tocado horario estelar: pasaba de la una de la tarde y el lagartijero de la escuela lucía lleno.

Yuca levantó el dedo pulgar en señal de que su batería estaba lista. Blanco terminó de digitar sobre su bajo e hizo la misma señal. Chava se persignó sobre su teclado antes de emular a sus compañeros. Marenco saltaba y movía circularmente el cuello como si en lugar de esperar el inicio de la tocada fuera un portero en preparación del tiro penal. Filos terminó de conectar su pedalera y asintió para que el vocalista iniciara la actuación.

Marenco enseñó el dedo medio de su mano derecha y se ocupó de mostrárselo a cada sector del público. Los chiflidos y mentadas de madre no se hicieron esperar. El vocalista, lejos de ponerse nervioso, disfrutó la reacción del estudiantado.
–Nosotros somos Zafio Nerón y venimos a quemar su escuela –dijo por fin, mientras Yuca y Filos se arrancaron con los primeros acordes de “Chavo de onda”. Era extraño, esa banda que apenas se estaba estrenando hacía que más alumnos se acercaran a escucharlos. El solo de lira fue ejecutado con una soltura que el maestro de guitarra de la escuela hubiera tenido que calificar con diez. A pesar de que el equipo de sonido era viejo y tenía un falso que no daba nitidez a la música, el público movía el pie al ritmo de esta. Hubo aplausos al terminal la rola.
–Nosotros somos Zafio Nerón: Yuca en la bataca, Chava en los teclados, Filos en la guitarra, yo, Marenco, en la voz, y este que ven

aquí con las cuatro cuerdas es su compañerito de escuela: El Blanco. Favor de mentarle la madre –ni tardo ni perezoso, el público obedeció al frontman y le llovieron insultos al bajista–. Lo que sigue es de Ten Years After, se llama "I'd love to change the world". Filos, Yuca, suéltense.

No parecía ser la primera tocada de esta banda novel. El guitarrista y el baterista parecían haber nacido sobre un escenario. Marenco no se quedaba atrás, a pesar de que aún lucía tímido en sus movimientos, su voz era tan clara que hasta los que no conocían la rola podrían haber hecho los coros. En el solo de lira, al público no le quedó más que aplaudir por la pasión que demostró el guitarrista. En cuanto terminó la segunda rola del set, la banda no dejó espacio para nada y la ligó con "Heartbreaker" de una banda que todos los de esa edad conocen: Led Zeppelin. Marenco se quitó la camisa para dejar ver su figura que, aunque no era tan delgada como la de Robert Plant, dejó a algunas mujeres prendadas de él. Por su parte, Filos y Yuca tocaron uno frente al otro en espera del momento cumbre. Los alumnos del taller de guitarra también lo esperaban, no creían que ese guitarrista flaco fuera capaz de echarse el solo de Page. Filos supo que llegaba su hora, dejó de ver al Yuca para darle la frente al público, se adelantó hacia lo que en un escenario normal hubiera sido el proscenio. El hijo de puta cerró los ojos mientras ejecutaba el solo ante el asombro de los que creían que no podría hacerlo. Quien conoce a Filos sabe que lo hizo para dejar clara su superioridad en las seis cuerdas. Al terminar ese número, Zafio Nerón sabía que hiciera lo que hiciera tenía al público en la bolsa. Por ello se arriesgaron con una canción no tan popular.

–La siguiente rola ni siquiera nosotros la conocíamos pero Filos, nuestro guitarrista, es fan de esta banda. No sé si ustedes los conozcan, pero me cae que disfrutarán esta canción. Es de Real de Catorce, la rola es "Un mediodía triste".

Aunque las caras del público durante la presentación confirmaban que muy pocos conocían a esa banda, eso no evitó que se quedaran atentas durante la ejecución. Entonces no eran Filos ni Yuca quienes se lucían; Blanco y Chava tampoco, era Marenco, quien, mediante los movimientos histriónicos casi petergabrielianos que después se convertirían en su sello, dejaba boquiabiertos a los presentes. Antes de terminar la rola, el mismo pelirrojo que los apresuró para conectar sus instrumentos les hizo señas de que era hora de cortar. El público se dio cuenta de eso y comenzó a corear: *otra, otra, OTRA, ¡OTRA!* El bullicio era ensordecedor. Los músicos se miraron entre sí sorprendidos de lo que habían causado y, antes de dejar que otra banda les quitara el entarimado, madrugaron una rola más: "Ciudad perdida" de La Revolución de Emiliano Zapata. El ritmo frenesí de ese

tema evitó que los organizadores bajasen a la banda e hizo que, de nuevo, el público no creyera lo que veía y escuchaba sobre la rampa improvisada como escenario. Zafio Nerón hizo olvidar en el vigésimo cuarto aniversario de la matanza de Tlatelolco que el 2 de octubre no se olvida.

Los aplausos no se hicieron esperar sobre el final de "Ciudad perdida", lo mismo que los nuevos señalamientos del final de la actuación. La banda desacató las órdenes de los organizadores y obedeció las del público. Marenco prometió que quemarían la escuela y, al menos musicalmente, estaban a punto de lograrlo, para ello solo hacía falta un clásico: "Johnny be Goode". El delirio se presentó. El pelirrojo se arrancaba sus cabellos en clara impotencia por ver cómo su bitácora se descuadraba, pero el público gozó como si nunca antes hubiera escuchado rock and roll. *Many people coming from miles around to hear you play your music when the sun go down…*

–¡Muchas gracias! Y no nos vamos, nos corren. Nos volveremos a encontrar en otro momento. Somos Zafio Nerón, no nos olviden –Marenco se puso su playera y cada uno de los instrumentistas recogió sus cosas. Esos rockstars se convirtieron en sus propios jalacables. A pesar de ello, todo el CCH estaba rendido a sus instrumentos.

En una oficina pequeña llena de pósters había tres ejecutivos, uno de ellos tenía pelo largo amarrado en una colita, fuera de él, todos estaban bien trajeados y perfumados, perfectamente de tacuche y corte de pelo decente. En el centro de la mesa a la que estaban sentados había galletas, bolsas de papas, botellas de agua y refrescos. Enfrente de los tres hombres de pipa y guante estaban cinco jóvenes que apenas llegaban a los veinte años: Yuca, Blanco, Chava, Marenco y Filos sonreían sin complicaciones. La reunión inició con concordia. El hombre de pelo largo hablaba:

–Su lanzamiento va a ser el más importante de la temporada del verano del '93 para Culebra. *Suerte de principiante* va a salir en junio, pero desde la segunda quincena de mayo vamos a empezar a mover "Fortaleza de papel" como sencillo. La vamos a meter como lado B del disco sencillo de "No dejes que…"

Cuatro de los cinco integrantes de la banda abrieron la boca impactados por la noticia. Ir como cara B de un sencillo de Caifanes era tener asegurada la escucha de los directores artísticos de emisoras de radio. Solo Filos conservaba su buen humor pero no lo acrecentó con la mención de esa rola.

–¿De Caifanes? –se atrevió a preguntar aún impresionado Yuca. El hombre de pelo largo volteó a verlo y asintió con la cabeza.

–Sí, de Caifanes –subrayó.

–Esperamos que lo que hemos invertido en ustedes nos dé frutos –agregó con tono de amenaza uno de los ejecutivos que permanecía

callado. Ante esa actitud, Filos borró su sonrisa y la cambió por una mirada de desdén dirigida al hombre casi calvo que los atacaba.
–¿Y si no? –retó el guitarrista– ¿Qué pasa si no *da frutos*? –el compositor de la banda mencionó con tono lastimero las dos últimas palabras. El calvo adelantó su torso hacia Filos, colocó su codo sobre la mesa para recargar su barbilla sobre su puño cerrado. De la mancuernilla de su camisa se asomaba un reloj de oro, suizo seguramente.
–Nos-la-pa-gan –cada una de las sílabas fue mencionada con perfecta dicción. Al finalizar la nueva amenaza, el calvo levantó la ceja en lugar de preguntar si había alguna objeción.
–En cuanto a la agenda –interrumpió el otro ejecutivo, un chaparro cuyos lentes estuvieron de moda en los setenta– van a tener unos meses pesaditos. Por su puesto van a ir al Rocko, al LUCC y en septiembre viene Peter Gabriel, creemos que su música no desentonará con la de él, queremos que ustedes le abran, esto aún no es seguro, solo hay cierta probabilidad –De nuevo los músicos se regodearon de felicidad y de nuevo Filos fue el menos efusivo–. Y bueno… –retomó la palabra el de lentes– quizá esto a nadie le guste pero ir a tocar unas cuantas rolas con Arturo Velazco no es mala idea –ante la propuesta todos voltearon a ver a Filos, quien como respuesta dio un levantamiento de hombros y desvió la mirada a otro lugar.
–Ya que no hay ninguna objeción, vean cómo será su primer disco –el ejecutivo de pelo largo les alargó una caja maquilada. Yuca, Blanco, Chava, Marenco y Filos la observaban cuales niños en Navidad. Se arrebataban el disco entre sí, lo tocaban para verificar que no fuera de utilería y reían al verse en las fotos. Después de un tiempo, el ejecutivo de pelo largo carraspeó la garganta–. Nada más que… si nos lo pueden devolver… es que lo tomé de una de las cajas que se tienen que ir a tiendas –aunque al inicio los músicos pensaron que era una broma, ver el brazo extendido del hombre los hizo regresar la caja de plástico. En efecto, los músicos parecían niños en Navidad que se emocionaban por un juguete que no era de ellos–. Disculpen, ya después podrán comprarse uno –el hombre de pelo largo se paró de su asiento y nuevamente extendió uno de sus brazos, solo que entonces no les daba nada más que la despedida–. Ya pueden irse a celebrar que ahora viene lo bueno.

–Esta mañana les vamos a presentar una nueva propuesta: Zafio Nerón […]
–[…] ¿De dónde sacaron el nombre, eh?
–Fácil. Agarramos un diccionario y de ahí fuimos escogiendo palabras al azar […]

–[…] pues, aunque Filos no accedió a dar entrevista, aquí tenemos al resto de la banda: Blanco, Chava, Marenco y Yuca de Zafio Nerón […]
–[…] ¡¡ME ENCANTA ZAFIO NERÓN!! ¡MARENCO, TE AMO! […]
–[…] El logo es muy simple: para empezar es una Z sobre una N. Pero la patita base de la Z es el palito inclinado de la N, a la que le quitamos la patita izquierda y le dejamos la derecha […]
–[…] mira, la neta nosotros no esperábamos esto. Solo empezamos a tocar y creo que a la gente le late lo que hacemos […]
–[…] todas las letras son de Filos. Es todo un (hijo) de poeta, jajaja […]
–[…] aunque el nombre fue escogido al ahí se va sí tiene cierto significado. Zafio es algo así como grosero, que nadie lo aguanta… como al Filos jajaja. Y dicen que a Nerón, el emperador romano, le gustaba mucho la música, como a nosotros.
–[…] el video de "Sonreír" estuvo cinco semanas como el más pedido. Antes, al de "Fortaleza de papel" también le fue bien. ¿Qué más nos tienen preparado?
–Mira, qué casualidad, justo venimos a presentar nuestro próximo sencillo, se llama "Espíritu noctívago".
–Oigan, ¿y de qué trata?
–Igual que la rola. Es sobre el insomnio. El video tiene una técnica de timelapse, hay un poco de stop motion.
–Pues ahí lo tienen, en exclusiva para *MTV*: "Espíritu noctívago" […]
–[…] Filos, Filos, una pregunta…
–¡Carajo! Déjenme en paz […]
–[…] vamos a rolar por Los Ángeles, Chicago, Phoenix, Texas y creo que vamos a tener una tocada en Nueva York.
–¿Es su primera visita a los Estados Unidos?
–Sí, a ver si no nos quedamos por allá trabajando en los plantíos de algodón de Mississippi […]
–[…] MIS BANDAS FAVORITAS SON EN ESPAÑOL: ZAFIO NERÓN, MALDITA VECINDAD, SANTA SABINA Y CAIFANES, NO IMPORTA QUE SE ACABEN DE DESHACER […]
–[…] les traemos recién salidito de la máquina de hacer discos nuestro segundo disco. Se llama *Basca blues*.
–Tardaron tres años en sacar disco nuevo, del 93 en que salió *Suerte de principiante* a este año que lanzan *Basca blues*.
–¿Tres años?
–Sí, si las matemáticas no mienten, del 93 al 96 son tres años.
–Para nosotros no fue tanto tiempo.
–¿Y a qué suena *Basca blues*?
–Es más atrevido que el disco pasado. Ya lo escucharán.
–¿Podemos poner algo?
–Va. A eso venimos. "Basca blues" no estaría mal. No tiene letra pero

está buena. Es un blues zeppeliano, es la que abre el disco y yo creo que la usaremos de aquí en adelante para abrir los conciertos.
–Ya lo escucharon: Zafio Nerón está presentando su segundo disco aquí en *Órbita FM* […]
–[…] hay algo que me queda claro al escuchar *Basca blues*: Zafio Nerón fue un producto de la payola. Decían que sería una banda histórica, yo mismo lo decía, pero no, creo que es una banda más entre muchas otras que… one hit wonder, ese es el término. Definitivamente, lo de ellos fue puritita suerte de principiante, como el nombre de su primer disco […]
–[…] ANTES ME GUSTABAN MÁS, PERO YA NO. NO ME LATEN LAS CANCIONES QUE NO TIENEN LETRA, ME ABURREN. AHORA ME LATE MÁS CUCA, SON MÁS DIRECTOS, NO USAN PALABRAS DOMINGUERAS […]
–[…] Regresamos a esta entrevista con Filos, compositor y guitarrista de Zafio Nerón, en la señal de *Radio Educación*. Les ha ido muy mal con la crítica de su segundo álbum, ¿a qué crees que se deba?
–A que hacemos música y los críticos están acostumbrados a cancioncitas pegajosas con estribillos estúpidos.
–¿Arte versus productos comerciales?
–Exacto. Claro que quiero vivir de mi música pero a ellos no les entra en la cabeza que no califican sillas, califican obras de arte. Al menos así lo veo yo. Primero es arte, cuando estoy con mis compañeros ensayando y planeando cada rola, la vemos como una pieza de arte. Cuando ya empezamos a grabar y todo lo que se viene después es cuando entra la mercadotecnia, la publicidad, la payola, todo a lo que está acostumbrada esta industria […]
–[…] entre nosotros mismos hay diferentes posturas, en general los cinco somos de izquierda. Por ejemplo, yo, Blanco, estudio Sociología en la UNAM y me siento muy inclinado al pensamiento marxista.
–Hay quienes dicen que Filos es de derecha, un conservador.
–… él, más bien, es radical en todo lo que piensa […]

El Centro Cultural Universitario de la UNAM lucía repleto de estudiantes, fósiles, alumnos rechazados del examen CENEVAL y curiosos. El cartel para aquel concierto era de lujo y por tan solo un kilo de frijol, arroz o diez pesos se podía acceder a la tocada. Había pancartas haciendo reclamos por la matanza de Acteal recién ocurrida, el motivo que tenía reunidas a quince bandas nacionales y extranjeras. Todos repudiaban lo ocurrido y veían en sus acordes una forma de incentivar el apoyo a las víctimas y, de paso, exigir al gobierno el castigo de los culpables. No obstante, como siempre, era Filos el peor encarado durante su espera para subir al escenario.
–¡Ya me aburrí! –reclamó antes de bostezar dentro de un camerino

improvisado.
–Todavía falta un rato para que salgamos. Fúmate algo mientras, carnalito –recomendó Yuca.
–Jamás pensé que volveríamos a tocar aquí.
–¿Aquí? Aquí nunca hemos tocado… mejor ya no te fumes nada, carnalito.
–No, digo, en la UNAM.
–Sí, es lo más cerca de la universidad que hemos estado.
–No lo digo por eso, Yuca. Otra vez vamos a tocar en la *Gran Guardería*. Míralos. Dizque muy enojados con el sistema que les da el presupuesto para que ellos –Filos abrió comillas con sus dedos– *estudien* –cerró comillas– y se empeden en sus facultades los viernes mientras leen sus libros de Marx… Bueno, si es que de verdad los leen –Yuca, siempre tan radical como Filos, acompañó en su risa a su amigo.
–No vayas a decir eso cuando nos toque. Nos linchan.
–Ajá. Critican todo pero cuando tú los criticas no se aguantan. ¿No que muy abiertos al diálogo y la tolerancia… al respeto de quienes piensan diferente? –Filos rió como si hubiera hecho el mejor chiste de su vida. En ese instante, Blanco pasó por donde estaban sus compañeros de grupo con un altavoz al hombro y flyers en las manos. Filos le gritó–. ¡Blanco! ¿Como cuánto nos falta? –el bajista se acercó a Filos metiendo su mano derecha a la bolsa del pantalón del mismo lado. Una vez frente al guitarrista, sacó un volante arrugado donde venían los nombres de todas las bandas anunciadas.
–A ver, ya tocaron Los Estornudos, Sabiduría Celta, Sex Molcajetes Punk, Paula Moneo, Saturno V, Fineza Subliminal, La Maquinita de Pachuca, Tapaculo…
–¿Tapaculo? ¿Y esos de dónde son? –interrumpió sorprendido el guitarrista.
–De Argentina. Luego de ellos estuvieron Los Látex, El Sur y Ortodoxia, otra banda argentina. Ahorita están tocando los de Prototipo Colombiano.
–¿Esos cumbiancheros?
–Es ska.
–Ah. Sigue –Filos sonrío ante su sarcasmo no entendido.
–Después de ellos va a subir Mauricio Marqués…
–Oh, todo un clásico –mencionó con excesivo dolo Filos. A pesar de ello, Blanco alabó al ídolo.
–Sí, del Foro Tlalpan. Está apoyando con todo al movimiento. Bueno, cuando él termine nos tocará a nosotros. Y va a cerrar Tribunal Warro.
–Chale, mejor hubiéramos abierto nosotros para largarnos temprano.
–¡No mames! Esto tiene conciencia. Esta tocada chance es histórica como el Doce Serpiente o las otras. Vamos a cambiar a México –uno

de los organizadores interrumpió la ilusión de Blanco con un chiflido para que el bajista de la banda acudiera al llamado, este lo hizo sin despedirse de sus compañeros.
–Tampoco le digas al Blanco eso de la *Gran Guardería* porque se va a enchilar –pidió el baterista.
–Con eso de que es de esos universitarios pedos. ¿En qué facultad está?
–En una que está acá abajito, Ridículas y Sensuales, ¿no te acuerdas que nos invitó a una de sus pedas de viernes?
–¿Vine? –preguntó desinteresado Filos.
–Sí. Hasta íbamos a tocar.
–No me acuerdo.
–Te pusiste un cruce monumental. Acabamos en el Espacio Escultórico hablándole de tú a las estrellas –al paso de los recuerdos, Yuca volvió a reír.
Los bostezos de ambos músicos continuaron. Sus cuerpos no pararon de moverse para tratar de acomodarse en las sillas de plástico blanco selladas con el logo de cerveza Corona. El sol dejó su lugar a una luna escondida entre las nubes. Parecía que el satélite presagiaba una noche negra para Zafio Nerón y prefería no atestiguarla. Un gordo de bermudas y tatuajes en las piernas se acercó a Filos para despabilarle la modorra en la que se encontraba.
–En quince minutos les toca. Tienen 45 minutos para tocar. ¿Ya están listos? ¿Ya tienen las rolas que van a tocar? ¿Van a decir algo en apoyo al movimiento? ¿Todo? –el interrogatorio, por supuesto incómodo para la personalidad de Filos, lo hacía uno de los organizadores. Un ligero ácido recorrió la boca del guitarrista en busca de ser escupido en la cara del revolucionario. Pero Filos se aguantó, prefirió guardar su veneno para después. En su lugar, emuló algo cercano a una sonrisa y asintió con la cabeza.
–Nada más nos reunimos y ya estaremos listos. Aprovechando, ¿dónde anda Blanco?
–¿Para qué lo quieren?
–Es nuestro bajista.
–Él anda bien ocupado. Si lo veo le digo que se jale para acá. Pero la neta anda muy emocionado informando a los compañeros de nuestros planes. Se ve que esto es lo suyo.
–Pues sin él no podemos tocar.
–Voy a ver qué hago por ustedes, si no, pus toquen sin bajista –ideó el tatuado mientras se dirigía a otro lugar. Esta última recomendación era una afrenta directa para un músico al que hasta el zumbido de una abeja durante una presentación suya le parece molesta. Tocar sin bajista no estaba entre los planes. Además, el tono mandón del organizador le cayó en la punta del hígado a un mamón de la calaña

de Filos.
–¡Marenco! ¡Chava! Vengan para acá. Ya nos toca –el quinteto convertido en ese instante en cuarteto se reunió para precisar los detalles del setlist. Mientras tanto, a pesar de la austeridad del camerino compartido con otras bandas, algunos de los músicos que ya habían tocado hablaban de revolución mientras apuraban vasos llenos de cerveza.
–¿Y Blanco? –indagó Marenco.
–Está encabezando la revolución. Ya uno de los guerrilleros nos vino a decir que no contemos con él. Necesitamos un bajista que no la cague. Si no, no subimos.
–¡No manches! ¿Neta? Aunque también vi al Blanco bien clavado en estas ondas. Sobre eso de otro bajista, hace rato estaba platicando con el tecladista de Ortodoxia y me dijo que nos ha escuchado y que le gustaría echarse un palomazo con nosotros.
–Marenco, necesitamos un bajista no un tecladista –replicó con desdén el de la guitarra.
–Déjame le digo, chance también toca el bajo –en cuanto Filos asintió con la cabeza, Marenco le chifló al argentino que se hallaba con la bola de músicos que hacían la corte al dios Baco. Los cuatro integrantes de Zafio vieron ir hacia ellos a un flaco altísimo que caminaba como zancudo.
–El mismísimo Zafio Nerón, sos unos bárbaros.
–Sí, ya. Luego la barba, ¿tocas bajo? –interrumpió exasperado Filos a la lisonja del argentino.
–Sí –respondió algo sacado de onda el músico que, en otro momento, Filos habría calificado de sudaca.
–Dices que has escuchado nuestras rolas, ¿podrías tocar el bajo con nosotros en –Filos volteó a ver su reloj– cinco minutos?
–¡Cinco minutos!
–¿Sí o no? –al gigante argentino no pareció intimidarlo la invitación, al contrario, sonrió placentero.
–Esto es como el fútbol, si sabés jugarlo lo haces con quien sea.
–¿Cómo te llamas?
–Jorge pero me dicen Garrocha.
–¡Hecho! Ah, Marenco, una última cosa, entre “El pueblo unido” y “Roedores” quiero decir unas palabras –ante esto, el vocalista peló los ojos mientras sintió un aire frío recorrerle la nuca.
–¿Qué vas a decir?
–Nada, el tatuado de hace rato vino a decirnos que podíamos decir un discurso para el movimiento y ya lo tengo hecho.
–Lo quiero leer antes, te conozco.
–No lo tengo escrito.
–No te vayas a pasar, güey. No solo son estudiantes, sí hay varios

que tienen el tipo de reclutadores de partidos políticos y otros tantos que tienen la pinta de sus guarros. No vaya a ser que saquen la fusca para darnos unos plomazos.
–Son solo unas palabras… *y estamos en la UNAM*. –el sarcasmo del guitarrista hizo que todos los integrantes de la banda sintieran ese mismo aire frío en la nuca que antes había experimentado Marenco.
El tatuado que avisó a Filos su próxima salida al escenario le chifló al quinteto y le hizo un movimiento con el brazo que más que parecer una invitación a tocar parecía una mentada de madre. Los cinco músicos subieron los escalones improvisados del entarimado también improvisado. Sin decir una palabra y al calor de los aplausos de los concurrentes, Filos y compañía se arrancaron con la rola que da título a su segundo disco: "Basca blues". "Fortaleza de papel" y "Espíritu noctívago", dedicada al satélite ausente aquella noche, desfilaron por el setlist. Comenzó el bloque político con un cover a "A hard rain's a gonna fall" de Bob Dylan, la cual encadenaron con "El pueblo unido", que, con el estribillo aquel de *Un pueblo unido jamás ha existido,* dejó al público confuso sobre si esa canción estaba a favor o en contra del interés que los reunía.

Llegó el último compás de esa rola y Filos abandonó su lugar para acercarse al micrófono de Marenco. Entre la multitud era sabido que, a pesar de ser líder de la banda, Filos nunca acostumbraba hablar en los conciertos, por lo que ese movimiento hizo pensar a los más crédulos que el calor de la noche y el motivo del concierto ameritaban un discurso apasionado del guitarrista que serviría como preludio al momento más memorable de la tocada. A final de cuentas, ese pensamiento no estaba alejado de lo que iba a suceder a continuación, aunque no con las implicaciones que esos crédulos imaginaban.
–Así es. Filos va a hablar, seguro dirá algo que nos impactará a todos –sin pedirlo, las palabras de Marenco causaron un silencio que solo era roto por los cantos de los grillos, y no precisamente los que habían organizado el concierto.
–Lo primero: Blanco, ¿dónde estás? –de hasta atrás se escuchó un *aquí* que no hubiera sido perceptible de no haberse hecho tal silencio–. Gracias por dejarnos plantados –los murmullos no se hicieron esperar ante ese reclamo carente de discreción. Los incrédulos, de entre los que se encontraba El Gordo (el no novio de Alma Rosa) sabían que se avecinaba un momento único; los crédulos, de entre los cuales se encontraba Alma Rosa, sintieron el mismo aire frío que ya había pasado por las nucas de los cuatro músicos que acompañaban a Filos sobre el escenario y quienes en ese instante ya no sentían un simple aire en la nuca, sino un huracán en el estómago
–Una desgracia indiscutible nos ha hecho reunirnos aquí –entonces sí,

hasta los grillos callaron. La voz de Filos se perdía en la reverberación del equipo de audio–. Acteal pasará a esas cosas que no serán olvidadas fácilmente. Por eso nos reunimos hoy. Ustedes, nosotros. ¡Porque todos somos iguales! –el discurso del guitarrista fue interrumpido por una bulla monumental que hacía parecer que no estaban en un concierto, sino en un mitin del PRI–. Mírense. No importa el color de piel, la complexión, dónde nacimos o vivimos, la lana que traigamos en la cartera, nada de eso importa porque nuestras acciones son las mismas. ¿Saben en qué se parecen los organizadores de esto a Salinas o Zedillo, a nosotros mismos? –a pesar de que la pregunta agarró en curva a muchos, un aventurado gritó un *Nada* que fue cobijado por aplausos que entonces emulaban una reunión del STUNAM–. No, por supuesto que hay semejanzas –Filos clavó la mirada en el tatuado que antes les había avisado su entrada al escenario–. Todos dicen querer un México mejor. Claro, hay quienes de verdad lo sienten y luchan por eso, pero apréndanse las caras de los que están al frente de este concierto, de sus organizadores. ¿Cuántos de ellos no están tras de un hueso y el *México mejor* no es otra cosa que *su* bienestar particular? ¡Los están usando! –la afrenta era clara y el tatuado que permanecía debajo del escenario comenzó a hacer señas a sus compañeros para bajar del escenario a la banda. Marenco y compañía deseaban ser tragados por la tierra. Parte del público se enfureció e inició la rechifla para acallar al orador en turno–. ¡A ellos no les importa México! Les vale verga. Ven en la organización de este tipo de conciertos sus medallas para que el PRD, el PAN o el PRI los reclute, si no es que ya están reclutados. ¿Pero qué les digo? Ustedes son universitarios que no se dejan deslumbrar por espejitos. Ustedes lo saben. Seguro no vienen aquí como esos acarreados de los mítines, seguro vienen con… –una botella de vidrio zumbó cerca de la cabeza de Filos y terminó golpeando uno de los platillos de la batería del Yuca. Filos paró lo que iba a decir y reparó–: ya veo, sí son unos borregos –las mentadas de madre no se hicieron esperar más. Objetos llovieron uno tras otro sobre el escenario. Filos volteó a ver a sus compañeros para que se arrancaran con la siguiente rola–. ¡Borreguitos, déjense acarrear por los roedores! –Filos inició la canción, se apoderó del micrófono y no pensaba alejarse de él, planeaba cantar él mismo esa rola. Sus compañeros de grupo esquivaban los objetos y trataban de esconderse en algún lugar. La ira del público era tal que apenas sobresalía la música y letra de “Roedores”.

Sonríe, roedor;
aguza los dientes con los que muerdes.

Sé sigiloso en tu camino.

No hagas ruido.
Ocúltate en la penumbra
cuando tengas un descuido.

¡Aguas! No dejes huellas.
Tus patas manchadas de lodo están,
esconde entre ellas tu cola,
no te la vayan a pisar.

Roe toda la carne del hueso,
sacia tu hambre.
Engulle hasta la más pequeña hondura.
No dejes nada para nadie.

Roedor, también camaleón.
Mudas de piel, ideas y color.
Eres el ave que mancha al pantano;
tu aroma: el mismo del caño.

Punta de la pirámide social,
te llaman alfa por tu jerarquía,
cenit de la línea vertical
máxima expresión de la hipocresía.

Sonríe, roedor;
aguza los dientes con los que muerdes.

Ataca, jura, injuria, promete,
cambia, cumple, debate, firma, perora,
transa, burla, ríe, ¡ROE!

Roe toda la carne del hueso,
sacia tu hambre.
Engulle hasta la más pequeña hondura.
No dejes nada para nadie.

Sonríe, roedor;
aguza los dientes con los que muerdes.

El ambiente en el cuarto de ensayo de Zafio Nerón era extraño. Todos parecían estar ensimismados en sus propios soliloquios, ya fuera por lo que debían o no decir o en cómo no hacer más incómodas sus heridas. La tocada del Centro Cultural Universitario terminó en trifulca contra la banda. Salieron golpeados, robados y humillados. Algunos medios retomaron la noticia como una muestra más de la desorganización y puyas de las tribus de la izquierda mexicana, otros

más, como el personal de *Radioactivo*, se regocijaba de un accidente más del rockcito mexicano y preparaba en ese instante un guión para un juguete ofensivo e inhumano. En tanto, en el cuarto de ensayo estaban Chava, Yuca, Marenco y Filos, únicamente faltaba Blanco, quien no tardó mucho tiempo en girar el picaporte de la puerta. Aún no terminaba de entrar y su refunfuño ya era escuchado por sus compañeros de banda.

–¡Ora sí te la mamaste, güey! –reclamó iracundo el bajista a Filos aún en el umbral de la puerta. Continuó mientras encaraba al increpado–: ¿cómo te atreves a decir eso en ese momento con esa gente? –todos se pararon, era una discusión tan prendida que debía efectuarse de pie.

–No voy a ser un muñeco de ventrílocuo. Muchos de esos cabrones usan esos conciertos como trampolín. Ni les interesa el *movimiento*, ni la música, ni nada. Lo dije: son igualitos a Salinas y Zedillo. Nada más que, como se dicen de izquierda y liberales… humanistas, se creen auténticos.

–Nos acabas de hundir. Por todos lados ya se burlan de nosotros.

–¿De quiénes? ¿De Zafio Nerón o de tus guerrilleros? –Blanco no pudo responder a ello de inmediato. Antes abofeteó con la mirada a su compañero de banda.

–De los dos. Por nuestra parte, de la banda, nos van a cerrar las puertas, imbécil. Estás viendo que todos quieren salir en esta foto y, con esto, ahora nadie va a querer tener algo que ver con nosotros. Sí, había gente de partidos políticos, pero también había promotores, agentes, managers, de todo. A mí no me lincharon como a ustedes pero me cantaron las trabas que nos van a poner –hubo un silencio sepulcral en el que cada uno de los integrantes se imaginó obstáculos a su manera. Al final fue Yuca quien se animó a preguntarle al bajista y estudiante de Sociología cuáles serían esas trabas–. Dicen que nos van a empezar a vetar. A ver, ahorita la onda con varios organizadores de esos conciertos…

–Que no pagan –interrumpió Filos.

–Sí, pero tocamos, estamos presentes. Sa-li-mos-en-la-fo-to, ¿lo entiendes? Ahora, con esto, a ver quién nos invita a tocar –todos voltearon a ver a Filos compartiendo el temor y coraje de Blanco. En el fondo, el guitarrista también se sentía preocupado; Zafio Nerón era su proyecto de vida y no podía echarlo a la basura. Sin embargo, su orgullo no le permitía mostrar debilidad. Giró la afrenta a otro lado:

–Si tanto te interesaba salir en la foto, ¿por qué no tocaste? –entonces los compañeros voltearon su mirada hacia Blanco, compartían la misma duda.

–Estaba haciendo otras cosas –respondió tímidamente el bajista.

–¿De Zafio? ¿Nos estabas consiguiendo más de esas tocadas?

–No.
–¿Entonces! No vengas a echarme en cara que la cagué cuando a ti no te importó esa tocada tan *importante*.
–Eso ya no importa. Gracias a tu discurso me sacaron de la organización.
–También estás fuera de la banda –la noticia fue un hielo viajando por la espalda de todos los integrantes.
–¡Eres un pinche dictador! –reclamó el desde entonces ex bajista a la par que daba la media vuelta para salir.
–Y tú un títere –alcanzó a revirar Filos antes de que Blanco desapareciera.
El ambiente se tornó más tenso que al inicio. Todos se miraban furtivamente. Había muchas cosas que decirse. Zafio Nerón era una bomba de tiempo con la mecha prendida: la disquera estaba hundiéndose, las ventas de *Basca blues* no eran las esperadas, el furor de Rock en Tu Idioma en las radiodifusoras se había secado y sobre Zafio Nerón se posaba la nube de la desintegración que ya había hecho parada sobre otras bandas. Con lo de Ciudad Universitaria y ese despido no había duda: ya no había mecha.
–Oigan… –cual imán, todas las miradas se posaron sobre Chava, el tecladista–. Em… yo también tengo algo que decirles –a pesar de que Filos ya tenía el entrecejo fruncido, la introducción del anuncio de Chava era gasolina para su ira–: ya no voy a poder seguir con la banda –Yuca y Marenco abrieron sorprendidos la boca. En Filos, la gasolina había surtido efecto y en sus ojos se divisaban llamas.
–¿Por qué? –escupió con rezagos de ascuas el guitarrista.
–… porque… –la personalidad autoritaria de Filos siempre le había causado miedo a Chava. El ex teclista estaba al borde del llanto, sus manos sudaban y temblaban–, porque conseguí una chamba.
–¿Chamba? Esta es nuestra chamba.
–Lo sé pero ya teníamos como tres meses sin tocar y la neta no quiero seguir así. Ya no nos están cayendo conciertos.
–Mejor hubieras buscado un manager –recriminó Filos antes de estallar en incendio.
–Mejor no hubieras corrido al Bala. Con él sí estábamos teniendo conciertos, ha sido nuestro mejor manager –apenas terminaba de defenderse Chava cuando Filos ya estaba sobre él dándole un primer puñetazo. De inmediato, Yuca y Marenco los separaron, el baterista atajó al guitarrista. Filos hizo que Yuca lo soltara, se tranquilizó, se acomodó la ropa y amenazó furioso a los dos colegas que todavía le quedaban. Para entonces, Chava ya era ignorado por el compositor.
–Si alguna otra rata se piensa bajar del barco, este es el momento –la mirada chispeante se posó indistintamente sobre Yuca y Marenco quienes no respondieron nada–. Perfecto, mañana sí hay ensayo –

Filos siguió el camino trazado por Blanco y también desapareció.

Los detractores se regocijaron en el fracaso inminente de Zafio Nerón. La personalidad de Filos le atrajo muchas enemistades en el medio. La trifulca en CU se convirtió en el pretexto perfecto para que todos se deslindaran del conjunto de la Z sobre la N. Efectivamente, tal como lo había vaticinado Blanco, las tocadas desaparecieron. Nadie quería tener a Zafio Nerón en un cartel, ni siquiera los organizadores de un festival nuevo que pretendía tener como principal atractivo a puras agrupaciones latinoamericanas. Antes de finalizar el 98, el Foro Sol abrió sus puertas a algo llamado Vive Latino que contaba con la presencia de innumerables bandas hispanas totalmente culeras, según el guitarrista de Zafio Nerón; a pesar de ello, el coraje de Filos fue monumental, se sintió impotente de ni siquiera haber sido tomado en cuenta. Era obvio, Zafio Nerón en su versión trío no ensayaba desde un fallido intento dos semanas después del despido de Blanco y la partida de Chava. Por su parte, Yuca y Marenco ya daban por muerta a la banda, cada uno planeaba su vida después de Zafio Nerón hasta que en plena Navidad ambos recibieron una llamada del guitarrista. Filos estaba en el aeropuerto, tenía un boleto de ida para Los Ángeles, pensaba irse y no regresar jamás a México. Los invitó a que si aún querían vivir de Zafio Nerón, él los estaría esperando en la ciudad estadounidense al comenzar 1999. Se despidió sin desearles feliz Navidad ni mandarles un abrazo. Colgó y abordó solo el avión.

Filos dejó las comodidades que había adquirido al vivir en Cuajimalpa. Si bien no era el lugar con todos los servicios, tenía conocidos y se sabía mover por sus calles. En Los Ángeles, el guitarrista bajó del avión acompañado tan solo por su instrumento, unos cuantos cambios de ropa y la esperanza de iniciar su carrera desde cero. Pensaba moverse a Nueva Orleans, imaginaba que ahí sería bien recibido entre bluseros, pero la única cosa que le impidió hacerlo fue su desconocimiento del inglés. Por ello, Los Ángeles era la ciudad perfecta, con tanto mexicano podía habar español y mostrar su música sin las trabas que el medio en México ya le había puesto. Además, conocía algunos lugares; Los Ángeles no le era tan conocido como Cuajimalpa pero tampoco desconocido como Nueva Orleans; con el esplendor de *Suerte de principiante,* la banda tocó en algunos foros angelinos.

Del aeropuerto se trasladó al norte, arribó a Oakwood en la noche. No sabía dónde dormiría y no le preocupaba. En lugar de buscar un hotel, buscó un lugar donde tener su primera juerga como residente de Estados Unidos.

Llegó a un bar que parecía ser el punto de encuentro de algunos mexicanos. No había güeros ni negros, sí prietos con bigotes

y algunos que tenían tatuado La eMe. Filos se sintió como en Ciudad Nezahualcóyotl. A pesar de que el hip hop le cagaba, la música de Funky Aztecs y South Park Mexican no impidió que se echara unos tragos ahí. Lo sacó de onda que todos hablaran inglés, algunos otros spanglish, no los entendía. Con la bartender, quien también llevaba el nopal en la cara pero hablaba la lengua de 2pac, se comunicó a señas.

–Are you paisa, ese? –le preguntó un calvo de lentes negros que estaba junto a él. El guitarrista tardó un momento en comprender lo que le decía.

–Vengo de México.

–Mi grandpa era de Michoacán. Él me… learned to speak Spanish. But I'm very pendejo –el cholo estalló en carcajadas que Filos tuvo que imitar para no quedar mal con él–. I can understand cuando lo oigo, but I can't parlar Spanish.

–¿Naciste aquí?

–¡A güevo! Though mi grandpa era michoacano. He came here de espalda mojada. I believe in virgencita de Guadalupe thanks to him –el cholo se levantó la parte frontal de su jersey de los Dodgers para mostrar un tatuaje de la divinidad de la que hablaba. Pero lo que atrajo la atención de Filos no fue la pinta sobre la piel morena, sino la fusca que estaba guardada en los pantos de su interlocutor–. And you? Vienes to clean the dishes like los otros?

–Soy músico –Filos señaló con su dedo pulgar la guitarra que llevaba sobre sus hombros.

–A rockstar! –el cholo hizo la mano cornuta a la par de un leve headbanging–. One of my compas knows Juan Brujo. You like it?

–¿Juan Brujo? –a pesar de que el pocho sí entendía todo lo que decía el mexicano, Filos no comprendía nada–. Perdón, pero casi no entiendo lo que dices.

–Don't worry, carnal –un chiflido interrumpió la plática. El cholo dejó sobre la barra unos billetes y dijo algo a la bartender que Filos no pudo comprender, luego se dispuso a ir con la clica que lo llamaba, no sin antes despedirse de Filos con un apretón de manos y un choque de hombros, al estilo de los afroamericanos.

Filos continuó tomando sin platicar con nadie. Cuando dejó sobre la barra su pago, la bartender no le recibió el dinero. Ella dijo algo que a todas luces era indescifrable para él, por lo que señaló al cholo que antes había compartido un momento con Filos y entonces permanecía en el umbral del acceso. El guitarrista comprendió que le había invitado sus tragos. No obstante ese guiño de amistad, el ver la fusca del cholo lo había puesto nervioso. Quería evitarlo y salir lo más pronto posible de ahí pero no había forma de hacerlo, el único acceso estaba ocupado por el cholo y sus cuates. Filos se armó de valor y

trató de salir sin ser abordado. Aceleró el paso y bajó la cabeza; salió del lugar. Filos no lo podía creer: ya estaba en la calle y el cholo no le había hablado, quizá ya estaba demasiado tomado como para reconocerlo. Apenas subía la cabeza cuando un grito le hizo ver que no la había librado.

–Rockstar! –el guitarrista pensó en correr pero no tenía adónde ir. Indignado, tuvo que regresar sobre sus pasos para agradecer el pago al cholo. Antes de que pudiera decir cualquier cosa, este le alargó un joint que el músico no pudo rechazar. Mientras Filos veía la primera humareda salir de su boca, agradeció su gesto al cholo–. You wanna siir gringas? –los acompañantes del cholo reían cual Beavis and Butthead. El nerviosismo regresó a Filos, eso sí lo había entendido pero, a pesar de que le agradaba la idea, no creía en la legalidad de esas gringas, ni siquiera creía que fueran gringas.

–No sé, acabo de llegar aquí.

–C'mon –exclamaron a coro el cholo y sus dos cuates, quienes también llevaban pantalones Tommy Hilfiger anchos, lentes oscuros, la cabeza rapada y, quizá, fuscas escondidas en sus jeans. No le tomó mucho tiempo a Filos aventurarse a pernoctar con tres desconocidos, de los cuales, además, al menos uno iba armado. El grupo se dirigió a una troca blanca que apestaba a marihuana. Antes de arrancarla, el cholo metió un disco al reproductor de la nave: el viaje sería musicalizado por N.W.A. y sería amenizado por la cannabis proveniente de Iguala, Guerrero, México.

Arribaron a un establecimiento que no era como Filos había imaginado. Él pensó que lo llevarían al equivalente a la Merced o Sullivan en la Ciudad de México; pero no, era más bien como Insurgentes Sur. Lo llevaron a un table dance de Venice Beach que parecía ser de buena categoría.

–Here are culitos bien ricos, paisa –avisó el cholo seguido por unos movimientos pélvicos–: gringas, mexicanas, Europeans, latinas and Japaneses like Dragon Ball.

Efectivamente, el lugar era de alta categoría: compuesto por una pista espaciosa con doble tubo, con iluminación rosada indicada para ver el performance de la bailarina en turno, olía a sándalo y, en el momento en que entraban, una morocha se desnudaba al ritmo de "Frozen" de Madonna. Los cuatro acomodáronse en una mesa cercana a la pista. Aplaudieron, piropearon y le chiflaron a la morocha al bajar desnuda de su escenario.

De pronto se fue la luz y del sonido local se desprendieron los primeros acordes de "Poison" de Alice Cooper. Al regresar la luz, una rubia de caderas anchas, ataviada con pantalones azul cielo de cuero pegaditos a sus piernas torneadas y una chamarra blanca de mink arrancó los alaridos de todos los presentes a la par que les arrebataba

el aliento. Al parecer era la bailarina principal del lugar. Filos nunca había visto tanta belleza y sensualidad juntas. Las groupies y las teiboleras a las que había visto en México no eran feas, pero carecían de la magia que la bailarina que tenía enfrente derrochaba. Para cerrar el show, la rola de Cooper se fundió con el éxito más reciente de Aerosmith: "I don't wanna miss a thing". Aún había libido por explotar. Los violines de la canción brillaban en cada palmo de la piel blanca de ella, quien parecía flotar a cada paso, parecía elevarse al unísono de la canción. La melodía era su señuelo, nadie estaba exento del hechizo que provocaba. Las luces danzaban al ritmo que la rubia imponía, las miradas de todos los presentes seguían cada movimiento de ella, al igual que las luminarias. Las luces eran cómplices de la sensualidad del acto, en cuanto ella se quedó en topless, la oscuridad no permitió ver esa zona descubierta tan asediada por los hombres, lo mismo pasó cuando se quitó los pantalones. De hecho, luz y música no eran agentes externos a ella, emanaban de ella mientras la bailarina murmuraba la letra. Era una diva, su sobrenombre no podía ser más indicado: Musa. Fue capaz de llevar a todos los presentes a un orgasmo sin siquiera haber sido tocada. Ella misma llegaba al cenit con su baile, lo entregaba todo en el escenario y compartía su maná con los presentes, les daba a comer un poco de sí.

Como cada noche, la más solicitada en los privados fue Musa. Ella se daba el lujo de escoger a sus clientes. El cholo hizo su intento pero lo rechazaron de inmediato, él le propuso a Filos que hiciera lo propio. Al inicio se negó, sin embargo el trío de pochos terminó por convencerlo. El guitarrista ni siquiera la pudo ver, uno de los guarros del table se encargó de negarle el placer buscado. Entre lo pedo que estaba, el coraje, la decepción y la excitación, Filos salió fúrico del lugar.

–¡Hey, Filos! –el grito sacó de onda al guitarrista. Estaba cabrón que alguien supiera su nombre en ese vecindario. Lo que menos quería era repartir autógrafos. Al voltear, vio acercársele a un flaco altísimo–. ¿Qué hacés por acá? –la bruma alcohólica que gobernaba el cerebro del compositor impidió que acertase al nombre de quien lo interrogaba. Su cara y su voz se le hacían conocidas pero no sabía de dónde–. No me recordás, ¿verdad?

–Si te recordara ya te habría saludado –contestó lacónico el músico.

–Soy Garrocha. Toqué con ustedes en el show de hace un año –eso le bastó a Filos para que regresara el momento en que retó al tecladista a tocar el bajo con ellos en la noche triste de Zafio Nerón en CU. Ya fuera producto del alcohol, ya de la droga, ya de la felicidad de escuchar la lengua de Rockdrigo, Filos abrazó al poste argentino. Garrocha, siempre tan amigable, aceptó el gesto fraterno–. ¿Dónde

están los demás pibes? –Filos no contestó nada y eso le bastó al teclista para saber que no debía abordar más el tema–. ¿Tenés dónde quedarte?
–No, llegué apenas hoy. ¿Tú sí vienes con tu banda?
–No, llevo unos meses viviendo acá. ¿Venís conmigo? –no lo sabía, pero Garrocha estaba salvando a Filos de pasar una noche en uno de los barrios más peligrosos de Los Ángeles acompañado por unos vatos locos de la Mexican Mafia.

A su arribo a Estados Unidos, Marenco no tenía idea de dónde se encontraba Filos. Solo sabía que se hallaba en Los Ángeles pero no sabía con exactitud en qué lugar. Afortunadamente, recordaba que el guitarrista había disfrutado de un lugar en Santa Mónica la última vez que pisaron suelo angelino como Zafio Nerón. Quizá Filos se habría convertido en un visitante asiduo del lugar. El vocalista se sentía confiado de encontrar a su compañero, tenía una gran ventaja sobre él: sabía inglés. También recordó por qué le había agradado la idea de mudarse a Los Ángeles: la mezcla de culturas le regalaba tipos de mujeres que le encantaban.

Unas horas después de su llegada, Marenco ya estaba en el Alligator Lounge de Santa Mónica. A pesar de ser lunes, el vocalista esperaba que alguien pudiera darle pistas de su compañero. Curiosamente, el lugar estaba abierto y con actividad más o menos intensa. Marenco se enteró más tarde esa misma noche que los lunes estaban dedicados a bandas promesa. No tardó en visualizarse ahí semanas después. Zafio Nerón iniciaría de cero.

El barman del lugar, un tipo de ascendencia chilena, le platicó que sí había visto a Filos en algunas ocasiones. Lo único que le pudo dar de información extra fue que siempre iba con un argentino altísimo y una mujer. A Marenco le costaba trabajo creer que ese gaucho fuera aquel con el que tocaron en CU, sería mucha coincidencia, pensaba. Por otro lado, no tenía idea de quién podía ser aquella chica. Para no perder más tiempo, preguntó por el dealer del lugar, seguro conocía a Filos. Nuevamente se encontró a un latinman, en esa ocasión era un venezolano.
–¿El guitarrista? –preguntó el distribuidor.
–Sí, es cuate mío.
–¿Y para qué lo quieres?
–Lo ando buscando. Vengo a visitarlo.
–No puedo darte información de mis clientes.
–Ah, ¿entonces sí viene seguido? ¿Crees que venga hoy?
–No tengo idea. ¿Sabes qué? Me tengo que ir. Suerte, pana.
Algo que sacó de onda a Marenco era que el venezolano nunca lo vio a los ojos. Se imaginaba que era parte del don escurridizo que debía

tener todo distribuidor. Marenco estaba distraído viendo la huida del tipo que se ocultaba con una sudadera y cachucha cuando una mujer morena de lentes, un poco llenita pero de buena pierna (así lo dejaba ver su minifalda), se le acercó.
–Marenco, ¿verdad? –el vocalista escaneó a la mujer. No era la más bella del mundo pero podía ser clasificada en el nivel simpática.
–Sí, ¿para qué soy bueno?
–Estás buscando a Filos, ¿o no? –Marenco no pudo ocultar su cara de sorpresa. Ella se dio cuenta de eso. Soltó una carcajada–. Yo sé dónde está.
–¿Dónde?
–¿No me vas a invitar algo para que te cuente? –a Marenco no le desagradaba la idea. Si esa mujer decía la verdad podría llegar a Filos más pronto de lo que se había imaginado. Si no, podría llevársela a un hotel–. ¿De plano ya murió Zafio Nerón? –indagó ella una vez en la barra. Ella bebiendo un bourbon y él un tequila.
–Se ve que nos conoces bien.
–Ese es mi trabajo.
–¿Detective? –Marenco nunca dejaba pasar la ocasión de coquetear con una mujer. Esa no era la excepción. Por supuesto, ella contestó su mal chiste con una carcajada.
–No, periodista.
–Oh, ya –ella le extendió la mano para presentarse formalmente.
–Paola Soria, pero me dicen Payola.
–Bonito apodo. Muy adecuado –ambos compartieron una nueva risa.
–Supongo que no se fijan en quién firma las notas que salen… salían sobre ustedes en los periódicos.
–No, la verdad no. El que sí se fijaba –antes de continuar, Marenco trató de escrutar la confiabilidad de la mujer que tenía enfrente, no quería platicarle demasiado: era periodista. Pero cayó en la cuenta de que quizás ella sabía más de lo que él podía esperar, así que continuó– era Blanco. Decía que era para saber quiénes eran los que manipulaban a la gente y ondas que de repente se le metían.
–Lo suponía. Al menos también lo esperaba de Filos.
–Él no lee las notas. Si ni siquiera va a las entrevistas. ¿Por qué lo dices?
–Porque veo que no te sonó mi nombre ni mi apodo. Todas las notas que salían de ustedes en el *Novedades* eran mías.
–Ya veo. Pues… gracias. ¿Qué haces aquí si trabajas en ese periódico?
–Vivo acá. Ya no trabajo ahí. Siempre quise conocer San Francisco por todo eso de la Era de Acuario de los sesenta y por eso me vine.
–Ya lo dijo Lora: *Es la nostalgia de fin de siglo*.
–Jajaja. Claro. Y en lugar de ver a Grateful Dead estamos viendo a la

versión pirata de Limp Bizkit: Linkin Park se llaman.
–¿Estos que están tocando?
–Ajá. Es lunes de bandas nuevas.
–Tú qué sabes. Chance en unos años se vuelven los nuevos Doors.
–No inventes –Payola y Marenco rieron. La gente a su alrededor no podía evitar verlos de reojo de vez en cuando. Quizá les chocaba que estuvieran platicando en español o quizá les cagaba que interrumpieran la parte rapeada de cada rola–. Entonces, no me contestaste: ¿ya murió Zafio Nerón?
–Primero llévame con Filos, luego tendrás tu nota de ocho.
–Ni aunque todavía estuviera en el periódico. Ya nadie se interesaba en lo que hacían.
–¿De plano?
–¿Ya ves que después de lo de CU todo el mundo les empezó a tirar? A mi editor siempre le cayó mal Filos y de ahí se agarró para ignorarlos. Si nadie pedía nada de ustedes, él tampoco.
–Qué gacho.
–Entonces, ¿ya murió Zafio Nerón?
–Llévame primero con Filos. Luego, si él quiere, ya nos entrevistas a todos.
–¿Quiénes todos?
–…
–Tú necesitas más de mí ahorita que yo de ti. Nada más respóndeme y te llevo.
–No. Zafio Nerón no está muerto. Y de la segunda pregunta, aún no hay respuesta. Al menos estaremos Filos y yo de la alineación original.
–¿Y Yuca?
–Luego te cuento.
–Esa te la voy a perdonar. Ahora sí, vámonos.
Marenco y Payola subieron al carro de ella. Eran alrededor de las 11 de la noche y el viaje sería corto. En menos de media hora el vocalista de la banda se podría reunir de nuevo con el guitarrista. Durante el viaje, Marenco remembró los últimos momentos de la banda: aquel concierto de CU fue a finales de enero del 98, a mediados de febrero había sido su último ensayo y desde entonces no se habían visto. Después de poco más de un año, Marenco se dio cuenta de que extrañaba tocar con esa persona que a veces no soportaba. Gozaba estar encima de un escenario con él. Era optimista. Le emocionaba la nueva etapa de Zafio Nerón. El ciclo 92-98 ya había terminado. Era hora de iniciar el nuevo milenio con bríos renovados. Y si para lograrlo debían reiniciar su camino en un país desconocido, estaba dispuesto a correr el riesgo.

No, no fue ni media hora de camino, apenas tardaron unos

minutos en llegar a su destino. Payola detuvo su carro a las afueras de un edificio de departamentos.
–¿Te late el lugar?
–Es como la Buenos Aires de allá, ¿no? –comparó Marenco.
–Yo diría que es más como la Roma Sur, la parte gachita.
–¿Y aquí vive Filos?
–Aquí vivo yo.
–¡Qué? –Marenco dudó de la confiabilidad de esa mujer. Por un instante pensó que sería una de esas fan fatale. Se visualizó asesinado por la fanática loca, así como Selena–. ¡Me dijiste que íbamos con Filos!
–Tranquilo. No te pongas así.
–¿Pero qué hacemos aquí?
–Haces demasiadas preguntas para no ser periodista –bromeó malamente Payola.
–Quiero saber qué hago aquí con una mujer a la que apenas conozco y ella parece conocerme de toda la vida.
–Si quieres te dejo aquí y a ver cómo te las arreglas. No seas niña. Ya estamos aquí. ¿Subes conmigo? –a pesar del susto, Marenco se sentía un poco excitado.
–¿Qué me vas a hacer? –murmuró el músico. Ella lo escuchó.
–Un tecito para el susto.
Estacionó el carro. Ella tomó su bolsa y subió con toda tranquilidad las escaleras. Mientras Marenco le veía el culo, sentía un poco estrujado el corazón. ¿Quién era esa mujer? Ella sacó las llaves del departamento.
–Es chiquito pero creo que vamos a poder acomodarnos.
Decir eso y abrir la puerta fue lo mismo. Marenco cruzó la mirada con una persona de pelo largo, moreno y de entrecejo fruncido. Era Filos, estaba tocando su guitarra acústica sentado en el sillón de la casa. Marenco dejó su mochila en el pasillo, Filos hizo a un lado su instrumento; corrieron para abrazarse, aunque claro, Filos más bien trotó para no verse tan obvio. Con tanta emoción, el vocalista no reparó en la presencia del poste argentino, quien estaba a su teclado.
–Cabrón, qué gusto me da verte.
–A mí también. Yo pensé que jamás vendrías.
–¿Cómo crees? Me hubiera lanzado antes pero tuve que arreglar unas cosas allá.
–Pero allá ya no hay nada que arreglar.
–Tienes razón. De hecho tuve que romperlas, como a mi novia –los dos músicos rieron como hacía mucho que no lo hacían: como amigos. Se volvieron a abrazar. Entonces Marenco vio a Garrocha–. Jamás pensé encontrarte aquí –le dijo al argentino antes de abrazarlo también–. ¿Cómo es que están aquí juntos?

–Oh, es una historia muy larga –interrumpió Payola que permanecía en el umbral de la puerta.
–¿Ya conocías a Payola, Marenco? –investigó el guitarrista.
–¡No!, la conocí apenas hoy. No llevo ni un día aquí. Luego luego que llegué me fui al lugar ese que te latió la última vez que vinimos aquí con Zafio…
–El Alligator –puntualizó ella.
–Estaba preguntando por ti y ella se me acercó, me dijo que sabía dónde estabas y heme aquí.
–Qué suerte –alegró Garrocha que ya estaba destapando unas Corona.
–¿Y ustedes? ¿Viven aquí? ¿Cómo se encontraron?
–La historia resumida es esta –introdujo la periodista–: yo me vine a vivir acá por ahí de abril del año pasado. Ya conocía a Garrocha de algunas entrevistas y nos encontramos. Él vivía aquí con su banda…
–Ortodoxia –recordó el gaucho.
–Bueno, no aquí aquí, sino en este país. Total que ellos se pelean, yo le ofrecí a Garrocha que se viniera a vivir para acá para repartirnos la renta. Y un día llegó con Filos.
–Me lo encontré afuera de un table de Venice Beach después de Navidad. Estaba en pedo.
–Pasé la noche con unos cholos de Oakland. Uno me invitó los tragos, el joint y el table –explicó lleno de orgullo Filos–. Justo ese estaba armado. Después me enteré que eran de la Mexican Mafia cuando los vi en la tele y ya los habían detenido por narcotráfico. Intenté zafarme de ellos desde el inicio de la noche pero fue hasta el table cuando vi mi chance.
–De ahí me lo traje para acá. Payola lo aceptó bien contenta.
–Y desde entonces vivimos los tres como una familia feliz.
–¿Y allá qué ha pasado? –el guitarrista pocas veces demostraba interés por lo que sucedía en el país del sur. Payola y Garrocha se miraron sacados de onda.
–Igual, todo de la verga.
–¿Y Yuca?
–Ese güey es un pendejo –expresó Marenco mientras se cubría la cara y reía burlonamente.
–¿Por qué? –Filos, Garrocha y Payola se contagiaron de la alegría del vocalista, aunque igual no se imaginaban lo que había sucedido.
–¿Por qué crees?
–No tengo ni idea.
–Embarazó a su vieja –entonces sí, Marenco estalló en carcajadas.
–¡No mames! –dijeron los tres residentes angelinos a coro.
–Ey. Y el jefe de su chava los obligó a casarse.
–¡No! –Filos también disfrutaba de la metida de pata (y algo más) de

su amigo.
–Y ya te imaginarás. Ahora se tiene que hacer cargo del Miniyuca. Aparte su suegro lo tiene bien amenazado de que si huye es capaz de buscarlo –Marenco dio un trago a su chela antes de continuar su relato–. Lo vi antes de venirme para acá. Me dijo que también le hablaste y andaba bien emocionado con la idea de lanzarse. El pedo es que su suegro se enteró y lo amenazó con demandarlo y no sé qué tanto pedo.
–Pobre Yuca –compadeció Payola aunque sin dejar de reírse.
–Ni tanto. Se ve que sí quiere a su chavito, pero también le entusiasmaba seguir con la banda. Igual sigue tocando… en bodas y toda la onda –la tragicomedia de Yuca impulsó las carcajadas de los cuatro. Al recobrar el aire, Filos le echó flores a su amigo.
–Ese güey tenía todo para ser más chingón aquí que Fito de la Parra –el guitarrista alzó la botella de Corona importada de México–: por Yuca –todos bebieron a la salud del recién padre.
–¿Y Blanco y Chava? –preguntó Payola, sabía que Filos no lo haría.
–Del Chava no he sabido nada. Y el Blanco creo que fue aceptado otra vez en el movimiento, como le decía él. Ahora ha de estar dando clases en un CCH –Filos no quería saber nada de ambos. Prefería mover negativamente la cabeza como para no escuchar. Al terminar de hablar, Marenco dio un aplauso lleno de emoción y propuso–: ¿qué? ¿Un unplugged de “Fortaleza de papel”?
–Va –respondió Garrocha.
–Zafio Neron –enunció Marenco en tono agringado.
El primer sencillo en la historia de la banda fue la rola que inauguró la nueva era. Un teclado, una guitarra y una voz bastaron para ser la chispa adecuada para vislumbrar un futuro prometedor. Filos, Garrocha y Marenco sintieron la magia, todo encajó a la perfección.

Paso la vida rompiendo papeles
de aquí cuando llueve, de allá cuando hay fuego.
Y no pregunto el porqué de los hechos,
yo sólo obedezco a mi dinero.

Viajo de cabeza, directo al bache de mi conciencia.
Y es ahí donde veo una fortaleza de papel.

Caen rayos de un laberinto
que encuentro en un orificio.
Y busco la raíz para regalármela a mí.

Lava verde escurre de mi mente;
cae sobre el tiempo del suelo.
Las sombras de mis dedos

sacan sangre de sus cerebros.

Viajo de cabeza, directo al bache de mi conciencia.
Y es ahí donde veo una fortaleza de papel.

Ya llego al horizonte que dibujo en una foto.
Toco hojas de los árboles que no hablan a la luz del día.
El agua aquí es pura y nadan peces de colores.
El sol aquí ya no calla y por siempre me acompaña.

Y es aquí donde veo una fortaleza de papel.

Cada noche, el departamento de Gardena era invadido por los sonidos de la lira de Filos, el teclado de Garrocha y la voz de Marenco. Payola los escuchaba atentamente; a veces, se inspiraba para continuar escribiendo su novela inacabable. También platicaban sobre el futuro. Era ahí cuando se bifurcaban los caminos. El trío pensaba establecerse definitivamente en Estados Unidos, Payola no, le estaba dando el síndrome del Jamaicón y cada vez extrañaba más la tierra que la vio nacer.

La primera gran decisión del trío fue conservar el nombre de Zafio Nerón. Seguirían tocando las mismas rolas y hasta componían los nuevos temas para un disco que ya tenía nombre: *Non grata*. Aunque no lo decía, Filos estaba muy decepcionado de sus últimas experiencias en México y así era como se sentía. Nada más faltaba conseguir un bajista y un baterista. Garrocha ya había demostrado que tocar el bajo no le era difícil, pero Filos exigía que cada integrante se especializara en un instrumento. Estaban de acuerdo en no hacer audiciones, sabían que los integrantes indicados para la nueva etapa caerían tarde o temprano.

El primero al que encontraron fue al bajista: Erick de la O. Regio de nacimiento pero su familia se afincó en la ciudad estadounidense desde que él tenía 7 años. Lo conocieron en la UCLA un día que acompañaron a Payola a una fiesta; ella estaba saliendo con un estudiante de ahí. A Filos le preocupaba un poco que fuera un Blanco en potencia. Tenían ciertas similitudes, empezando por el instrumento que tocaban y continuando con que eran universitarios. Sin embargo, Erick resultó ser todo lo contrario al otrora bajista. En lugar de que su carrera chocara con los objetivos del grupo, aprovechó lo que aprendía de Economía para ver a Zafio Nerón no como una simple banda de rock, sino como una pequeña empresa.

Al Chaflán, el nuevo baterista, lo conocieron en un viaje que hicieron a San Diego. Él tocaba la batería en la banda de un bar. Mientras se echaban unos tragos, Filos, Garrocha, Marenco y Erick habían alabado la técnica del güero estilo Kurt Cobain. Ninguno había

propuesto acercársele para ofrecerle el puesto, pero curiosamente fue él quien, al terminar su actuación, se acercó al grupo. Conocía a Zafio Nerón, de hecho era fanático del estilo de Yuca.

Mientras el DJ del lugar amenizaba la noche con los éxitos de Sugar Ray, Carlos Santana con Rob Thomas y las nuevas joyas de la industria: Christina Aguilera y Britney Spears. Chaflán se acercó a la barra. Andaba con uno de los barman del lugar y quería tenerlo cerca, también quería estar junto a Filos y compañía, se imaginaba echándose un palomazo con ellos. Él hizo todo para llamar la atención de los zafios. Cuando el pinchadiscos pasó al momento happypunketero, Chaflán tomó dos mezcladores que usó cual baquetas al igual que hizo tombs de los vasos próximos a él. No tardó en convertirse en el centro de atracción de las miradas; parecía competir contra la música. Chaflán sabía que los de Zafio Nerón lo veían y no quería cagarla. Al terminar la primera rola de su set, "Pretty fly", recibió algunos aplausos. El DJ del lugar se dio cuenta de lo que hacía Chaflán, así que le aventó "All the small things" de Blink 182; Chaflán pasó fácilmente esa prueba. Eso ya era un espectáculo improvisado. El disc jockey subió la dificultad: puso "Guerrilla radio" de Rage Against The Machine. Para entonces, Marenco y compañía ya estaban en la primera fila del show. Chaflán se dio cuenta, el tenerlos ahí era muestra de que les latía lo que estaba haciendo. Al terminar la tercera rola del set, Marenco interrumpió el reto entre el DJ y el baterista.

–We dare you to play with us! What you say?

–¿Qué hay que tocar? –preguntó el baterista en español.

–Habla español, qué bueno –pensó Filos.

–¿Qué nos echamos? –Marenco apoyó su mirada en Filos para aprobar el reto.

–Algo de los Doors –propuso el baterista.

–Va –el reto de Chaflán fue aceptado por Marenco y Filos. Había logrado su objetivo. Los más cercanos aplaudieron para animar a los músicos a subir al escenario. Erick, Filos, Garrocha, Marenco y Chaflán aprovecharon el backline del lugar. El DJ le dio fade out a su música para que el grupo recién improvisado demostrara de qué estaba hecho.

–A ver si muy chingones. Yo empiezo y ustedes me siguen –retó el baterista al iniciar los primeros compases de "Break on through". Chaflán tuvo que dar unas vueltas mientras Filos recordaba cómo iba la rola, de igual forma no tardaron mucho en arrancarse todos. Los aplausos no tardaron en llegar al igual que los gritos de *otra* al terminar la canción. Era increíble, la banda había sonado bien. Filos se volteó hacia Chaflán.

–Esta la debes de conocer –el guitarrista solía tocar "Fire" de Hendrix

con Yuca. El inicio de lira-bataca permitía que la comunión entre ambos se estrechara. Así que Filos decidió ponerle como prueba la misma rola a este nuevo baterista. Al igual que con "Break on through", todos tardaron un poco en identificarla, pero una vez que lo hicieron la interpretación fluyó bien. Filos y compañía sabían que acababan de encontrar al nuevo integrante, solo faltaba hacerle la invitación formal.

Tal como lo pensó Marenco a su llegada al Alligator Lounge, la primera tocada del Zafio Nerón renovado fue ahí un lunes de bandas nuevas. El lugar estaba lleno. Al parecer, el quinteto no iniciaría el nuevo milenio desde cero después de todo. En el camerino, los cinco músicos y Payola estaban claramente nerviosos. Filos lo estaba mucho más que aquella primera experiencia de un 2 de octubre, le sudaban las manos y sentía ganas constantes de ir a mear.
–Es como cuando ves a una ex novia después de mucho tiempo –se animó a expresar Marenco. Todos asintieron.
–Pero saben que esta ex novia quiere todo con ustedes. Si hoy le dan su gran noche y le tocan su punto G podrán pensar en los hijos que tendrán juntos y también los nietos –alentó Payola.
–En nuestra primera tocada profesional –Filos volteó a ver a Marenco mientras platicaba la anécdota– no había nadie, ni siquiera nuestras familias. ¿Fue en el Rock Stock, no?
–¿No fue en el Rocko?
–Sí fue en el Rock Stock –precisó Payola viendo al guitarrista–, tú mismo me lo contaste una vez que platicamos en un concierto; en realidad te estaba entrevistando a escondidas. Pero el caso es que me dijiste que no había más de 50 personas. Eso sí, todas corearon sus rolas.
–Cierto, luego fue una en el Chopo, un tianguis que ojalá un día conozcan –comenzó a relatar Marenco a los tres nuevos integrantes.
–Yo sí lo conozco, es una masa –interrumpió Garrocha.
–En esa sí hubo más gente –retomó el relato el vocalista–, después vino la del Rocko, tocamos con Ansia y Víctimas del Dr. Cerebro. Nosotros les abrimos pero prendimos más.
–¡No mientas! –aclaró Payola– Yo fui a esa y a las Víctimas les fue muy bien. Quizá nada más les fue mejor que a Ansia.
–Pero siempre hemos sido más chingones que ellos –presumió Filos.
Un rubio larguirucho y con la cara cacariza avisó a la banda que ya era hora de salir a tocar. Apuraron lo último de sus tragos, Payola les aplaudió y caminaron en hilera por un pasillo donde apenas se podía ver dónde pisaban. Hicieron teamback antes de subir al escenario.
–El primero de una nueva era… –adelantó Filos.
–¡Vamos por ese punto G! –alentó Marenco para que deshicieran el

abrazo y dieran paso a una serie de aplausos para animarse.
El primero en subir fue Erick, tomó su bajo e inició una línea desconocida. Luego ascendió Chaflán para acompañar con la batería la improvisación del bajista. Garrocha hizo lo propio con su teclado. Algunas personas del público empezaban a chiflar pues creían que no era el Zafio Nerón que les habían prometido, pero cuando subió Filos los gritos de euforia no se hicieron esperar. El guitarrista no pudo evitar sonreír, hizo un movimiento con la mano para que bajo, teclado y batería callaran. Los dedos de Filos empezaron a deslizarse por las cuerdas y los trastes de la guitarra al ritmo de "Basca blues", hasta entonces el público se convenció de que frente a ellos estaba el Zafio Nerón que los había convocado. Para cuando subió Marenco en la segunda rola, los gritos corales del público hacían saber a la banda que no solo habían encontrado ese punto G, sino que sería una noche de orgasmos múltiples.

Apenas corría septiembre de 2000 y Zafio Nerón ya era una banda que llamaba la atención de los angelinos. Desde tugurios tan bajunos como The Smell hasta otros más fresones como Music Box abrieron las puertas a una banda que no les era del todo desconocida y que, sobre todo, les dejaba algo de varo en las arcas. Entonces estaba de moda ser latino y algunos gringos tenían mucho interés por todo aquello que fuera un poco más roquero que Ricky Martin y Shakira; encontraron en la banda de Filos la respuesta.

Chaflán había sido la llave que abrió las puertas de los antros a la banda, era conocido por algunos dueños, meseros, dealers y cadeneros de esos lugares. Sin embargo, como siempre, algunas actitudes de Filos les dejaban algunas enemistades, en especial cuando se presentaban en los antros gay, esos lugares que eran más fáciles de conseguir para el baterista pero más inaguantables para el compositor. No es que Filos fuera homófobo, es que no le latía que le echaran los canes.
–¿Cómo sabes que no te gusta si no lo has probado?
–Muy fácil: no me la paras.

Algunos problemas empezaron a surgir a raíz de eso. Filos sentía que se estaban estancando en el nivel de banda de bar y que eran vistos como una atracción que pronto sería desechada por alguna otra moda. En cambio, el baterista decía que no podía conseguir nada más y, en realidad, no hacía mayor esfuerzo, los lugares donde se presentaba Zafio Nerón eran donde él era conocido y tenía amigos.

Los problemas se solucionaron cuando Erick les contó que tenía un compañero en la escuela que era manager de otras bandas y tenía infinidad de contactos. Al principio, Filos se negó, en tal caso,

prefería que fuera el propio bajista quien se encargara del manejo. Sin embargo, el economista convenció al guitarra haciéndole ver lo importante que era tener personas especializadas en el lado industrial de la música. Así fue que nació la parte empresarial de Zafio Nerón. Filos se mostraba reacio al inicio, aseguraba que Zappa nunca necesitó de una secretaria para hacer las cosas, Erick le respondía con infinidad de ejemplos: Beatles, Rolling, Bowie, etcétera.
–Velo así, Filos. Tu alquimia está en convertir ideas en arte, la de ellos en hacer del arte dinero. No está mal que comamos, ellos y nosotros, de eso –planteaba el economista y el único negociador ante el que el compositor tenía que aceptar el jaque mate.
Zafio Nerón® quedó con Matías Tapia como manager de la banda; él tenía una agencia de representación en la que había también grupos de jazz, blues, metal, punk y todo género despreciado por las grandes agencias de representación. También, por vez primera, comenzaron a trabajar con un ingeniero de sala para conciertos que fuera solo de ellos: Philip Nakazawa, un californiano hijo de japoneses. Además, comenzaron a desfilar toda una serie de profesionales con los que Filos nunca había trabajado: road manager, coordinador de producción, publicista, ingeniero de luces, asistente personal y diseñador de espacios artísticos, entre otras actividades de las cuales el guitarrista solo había escuchado hablar entre los intérpretes de pop en México. Ahí entendió que si en el mundo se conoce la música estadounidense no es por su calidad, sino por su base industrial.

La escena se repitió, nada más que entonces estaban Marenco, Erick, Chaflán, Garrocha, Filos y Matías en el 1750 de Vine Street en Los Ángeles, dentro de las oficinas de Capitol Records. Filos no hablaba, pero no era por desinterés, sino porque su inglés era pésimo.
–Entonces, ¿estamos? –preguntó Matías, el encargado de todos los negocios de Zafio Nerón®.
–*Non grata* será lanzado el 18 de octubre –adelantó un tipo caucásico aunque de apellido González, un clásico nieto de un espalda mojada de los cincuenta.
–Algo tarde para los tops anuales –reviró Matías.
–Sí, pero ¿prefieres que nos aguantemos hasta el próximo año? –preguntó con cierta molestia el ejecutivo de la disquera. Matías guardó silencio un momento, si algo querían todos los integrantes era tener ya en sus manos su nuevo disco.
–OK, octubre está bien. Puede que casi tres meses nos basten para colocar algo en Billboard –se resignó el manejador–. ¿Cómo estará el plan de medios?
–Vamos a mover todo: televisión, radio, periódicos, revistas. México los va a amar, Zafio Nerón.

–¿México? –interrumpió Filos lleno de sorpresa.
–Sí, ¿qué no en su país aman a todos los mexicanos que tienen éxito aquí? –aunque Filos solía hacer la misma crítica de la hipocresía mexicana, no podía evitar sentirse un tanto molesto de escuchar eso de un pinche pocho, ¿qué sabía él de mexicanos? Pero estaba de acuerdo, así que asintió con una leve sonrisa.

22 de septiembre de 2000 - Irvine, CA.
09 de octubre de 2000 - Sacramento, CA.
10 de octubre de 2000 - San Francisco, CA.
13 de octubre de 2000 - Seattle, WA.
19 de octubre de 2000 - Denver, CO.
23 de octubre de 2000 - Chicago, IL.
26 de octubre de 2000 - Baltimore, MD.
30 de octubre de 2000 - New York, NY.
03 de noviembre de 2000 - Tijuana, México.

El camión en el que Zafio Nerón viajaba durante su primer tour en Estados Unidos iba lleno de gente. No solo eran los cinco integrantes de la banda + manager + Payola + staff de producción, sino que algunas groupies se habían integrado a la gira de presentación de *Non grata*. No es que hubiera orgías furiosas como las que tenía en los sesenta Canned Heat o en los ochenta Mötley Crue, era más bien un ambiente familiar. Esas mujeres asumían el papel de madres, cuidaban de la parte musical de Zafio Nerón y también del equipo técnico y comercial. Incluso había ocasiones en que los que tenían más pegue eran Bill Lamar, el chofer del Zafiomóvil, y Nakazawa, el ingeniero de audio.

Bill era güerito de ojo azul pero todo un hijo de la chingada. Su fachada de juniorcito que no rompe un plato se rompía al tratar con él diez minutos. Era un tipo vulgar y maleducado de Arizona, sin embargo, su carita derretía a las mujeres que se quedaban a los alrededores de donde se hospedaba o tocaba Zafio Nerón. Era común encontrar tangas, sostenes y condones usados entre los asientos a la mitad del viaje. Igual decirle algo era perder el tiempo, porque Bill era muy divertido, así que todo le era perdonado. También era junkie… con algo debía aguantar las largas jornadas de carretera. Le encantaba Willie Nelson y sus pasajeros se tenían que chutar discos completos durante horas amenizados por los berridos del chofer.

El otro con pegue era Nakazawa. En lugar de ser un ingeniero de sonido retraído entre el océano de botones de la consola, gustaba de presumirle a las chicas que estaban cerca de la cabina en los conciertos que las podía contactar con la banda. Tenía mucho verbo y músculos, algo que ninguno de los Zafios tenía. Llevaba sus pesas a todos lados. Sin importar dónde estuvieran, cada mañana se

levantaba a las 6 de la mañana para iniciar sus series de ocho lagartijas y corría, al menos, cinco kilómetros.

De la banda, Marenco siempre se ha caracterizado por ser el más coqueto. Desde que Zafio inició, él se compró el personaje del vocalista galán, no hace falta decir cuan fanático es de David Bowie, aunque sobre el escenario se comporta más con la emotividad de Bruce Springsteen. Él sí solía buscarse al menos un polvo cada noche de concierto. De las groupies que viajaban con la banda, Samantha Winegarden era su favorita y ella correspondía. Eran casi como novios, solo que él y ella se olvidaban de eso en las noches de juerga o table.

Por su parte, Filos evadía cualquier tipo de contacto furtivo. Viajaba solo, su única compañera era su lira. Saludaba, besaba y se cogía a alguna groupie de vez en cuando pero eso no era su máximo. La carretera lo ponía melancólico y aumentaba su inspiración, así que lo aprovechaba. La única que se ganó el derecho de ir sentada con él algunas veces fue Payola. Ahí hubo una especie de relación íntima que ninguno de los dos aceptó ni hizo por mantenerla. Platicaban mucho y, cuando no, echábanse un caldo.

Hubo algo en la música de la banda que estaba haciendo vibrar al público. Nadie creía que las rolas se transmitieran en radio pues las letras estaban en español, eso era como ponerse una cadena y grillete solitos. Sin embargo, sonaban; era parte de la chamba de Matías, él estaba obligado a negociar con los programadores de radio o hacer lo imposible para que Zafio Nerón fuera conocido en Los Ángeles y de paso en todo Estados Unidos.

"Filosofía de bar" fue la rola escogida como primer sencillo de *Non grata*. Su ritmo apocalíptico fluyó bien en medios. También abrió las puertas de reseñas en revistas y calificaciones que rebasaban las cuatro estrellas de calidad. Entonces, *De Stijl* era promocionado por White Stripes y algunos críticos comparaban a las dos bandas hasta llegar al punto de inventar una competencia inexistente entre ambas. Eso ayudó mucho a que Zafio Nerón fuera más conocida. Se convirtieron en algo así como la versión latina de The White Stripes, algo que, por supuesto, le cagaba de sobremanera a Filos pero Matías veía muy bien, incluso se saboreaba un Zafio Nerón vs The White Stripes que nunca pudo concretarse.

De la primera gira como banda establecida en Estados Unidos, Filos y compañía tenían que afrontar su regreso a México: Tijuana. De todas las fechas agendadas para el primer tour del nuevo Zafio Nerón, la de Baja California era la que más preocupaba a la banda, sobre todo al guitarrista. Siempre se sintió decepcionado de sus paisanos y no creía que unos meses de ausencia cambiaran su actitud. El otro

lado de la moneda estaba en los tres integrantes recientes de Zafio: Chaflán, Erick y Garrocha estaban llenos de confianza y ganas de conquistar al público mexicano.

El Foro se llenó de gente con boleto pagado; incluso hubo quienes no alcanzaron. Cuando Matías lo contó a la banda todos se quedaron boquiabiertos. Los nervios se disiparon y la confianza llegó. Era emoción lo que los inundaba. Faltaban 20 minutos para el inicio del concierto y el quinteto ya quería ponerse a prueba. Sería como revivir de sus propias cenizas, o es que quizás el único público que les cerró las puertas fue el defeño y en Tijuana nunca los despreciaron. La otra opción era que la gente había ido para vengarse y boicotear el concierto. Pero al parecer los ánimos eran amigables. En el camerino apenas se escuchaba como murmullo el bullicio que había en las butacas.

Alma Rosa estaba ahí, cómo no, acompañada por El Gordo. Su emoción era casi tan intensa como la de los músicos. Ya quería ver a Filos sobre el escenario. Estaba preparada en primera fila para apreciarlo desde ese ángulo en contrapicada. Siempre lo había visto así: inalcanzable, rodeado por un haz de luz, cobijado por su guitarra Epiphone negra y alimentado por los aplausos y gritos de la chef. Ella trataba de aplaudir y gritar más fuerte que cualquiera para llamar la atención del músico y, cuando lo lograba, se olvidaba de todo, hasta de que El Gordo la acompañaba. Ya quería sentir eso otra vez. Ese sentimiento que únicamente se da cuando uno se muda a otro mundo mientras escucha una rola en vivo. Ese sentimiento en el que el tiempo y todo lo que está alrededor se desvanecen. Ese sentimiento en el que la música entra por cada poro y da vida al cuerpo; cuando los sentidos, cada uno de ellos, vibran al ritmo de una canción. Ese sentimiento en el que lo único que interesa es que el corazón siga latiendo para continuar escuchando. Ese sentimiento en el que la vida no vale nada sin música.

Las luces se apagaron. Los pulmones de Alma Rosa se vaciaron. El teamback de la banda se deshizo. Todo seguía oscuro cuando la lira eléctrica negra comenzó a ser rasgada. Aunque no lo veía, Alma Rosa lo sabía: era Filos, estaba ahí, para ella. Teclado, bajo y batería entraron para acompañar a la guitarra. El ambiente era intenso. Todos gritaban, aplaudían, chiflaban, mostraban sus manos cornutas, saltaban, se movían, hacían lo que fuera con tal de demostrarle al quinteto que siempre habían sido bienvenidos. Las luces seguían apagadas al pasar los compases. Eso no importaba, estaban ahí para escuchar, no para ver. Mientras la música sonara, el público estaría alegre. Las luminarias prendieron el espacio en un instante. Los gritos se elevaron hasta dejar la música en tercer plano

sonoro. Aunque “Basca blues” no tenía letra, el público la disfrutaba, la aplaudía, la chiflaba, la bailaba. Fue el inicio de un momento especial: el de la reconciliación. Cuando la rola acabó era turno de la aparición de Marenco. Lo esperado: por tercera vez en la velada la algarabía de aplausos y gritos se apropió del lugar. Con un movimiento de manos, el vocalista calmó a su gente, iba a decir algo:

–¡Gracias!

Eso fue suficiente para que todos supieran que en adelante sería una gran noche. Alma Rosa ya estaba chillando. El Gordo la abrazó para que ella recordara que él estaba ahí. Filos golpeaba con su puño cerrado su pecho; Alma Rosa suponía que ella estaba ahí dentro.

–Estamos en casa –dijo Marenco para hacer estallar otra vez el ánimo. Su sonrisa, la de Filos, la de Alma Rosa, la de Garrocha, la de Matías, la de todos era indescriptible. Era un idilio que jamás debió haber terminado–. Ahora les queremos presentar nuestra nueva rola. Esperamos que les guste, se llama “Filosofía de bar”.

¿Qué pasaría si ayer hubiera muerto?
De mi familia nadie lloraría,
entre mis amigos no habría melancolía,
desconocidos no se enterarían
y mis ex novias dirían:

¡Increíble! Sabían cada palabra de una canción que aún no presentaban en México. A Marenco se le hizo un nudo en la garganta, así que dejó que fueran ellos, los otros zafios, el público, quienes continuaran la canción, él sólo los guiaría con los labios, les dirigió el micrófono:

Yo no lo quería,
era un machista,
nunca hizo nada,
solo me desnudaba.
No quiero saber nada de él,
no lo quiero volver a ver.

¿Qué pasaría si el mundo se acabara hoy?
No buscaría tus piernas en el mismo lugar,
te dejaría en aquella esquina
para que alguien más pase por ti.
Fumaría otra vez de aquellos cigarros.

Noche de excesos,
a ver si así aprendo.
Apaga las luces

salgamos de aquí.
Déjame solo,
nunca existí.

Filosofía de bar:
todas las respuestas están en este lugar.

¿Qué haría si no fuera yo?
Sería un limosnero de corbata y dinero,
un asesino de lo que traigo aquí dentro.
Estaría perdido en una cantina,
buscando en el alcohol quién soy yo:

un pájaro libre,
una mancha en el suelo.
El recuerdo sellado
del olvido alado.
El polvo en el aire
del que nadie sabe.

Filosofía de bar:
todas las respuestas están en este lugar.

¿Y si esto es un sueño?
Enciérrame aquí, no me dejes salir.
Vivir despierto
es morir lento.
Fallecer durmiendo,
el final de mi cuento.

Aquí pensamos entre vasos,
borramos nuestros fracasos.

Filosofía de bar:
todas las respuestas están en este lugar.

Algunos decían que fue un truco publicitario, otros defendían la autenticidad de la banda. Lo único cierto es que el hecho en cuestión abrió más oídos a la música de Zafio Nerón. Un público que jamás los había escuchado se enteró de su existencia y el clamor popular se dividió entre quienes los consideraban víctimas contra los que aseguraban que esos mexicanos eran muestra de los burreros que llegaban del lado sur del Río Bravo.

Mientras Filos y compañía se encontraban en un concierto en Texas, poco antes de la presentación del nuevo disco llamado *I don't speak English (Ñ)*, Bill Lamar permaneció dentro del camión de la

banda, como siempre, acompañado. Hubo el cliché común de cuando el chofer convertía el Zafiomóvil en motel: sexo, drogas y rock. Solo que en esa ocasión escogió mal a su compañera: una niña que apenas era mayor de edad pero que ello no la exentaba del eterno celo paterno. Para acabarla, el padre de la muchacha era un agente retirado de la Border Patrol que odiaba todo aquello que oliera a chile con tortilla.

Lo de menos fue el susto cuando el padre y sus amigos abrieron a madrazos la puerta del Zafiomóvil. No importó la desnudez de Bill Lamar ni la desvirgada de la texana, el mayor hallazgo para el padre y sus compinches fueron las drogas que viajaban en el camión. *Inexplicablemente*, la prensa se enteró de inmediato del hallazgo y el concierto de Zafio Nerón encontró un espacio en los periódicos del día siguiente y noticieros de radio y TV, pero no fue precisamente en la sección de Espectáculos.

"Mexican rock band traffics drugs", decía uno de los titulares más impactantes. De Bill Lamar había poco en las notas y la texanita nunca era mencionada. Todas las redacciones se abalanzaron sobre la posesión de marihuana y cocaína de un grupo musical de mexicanos. La noticia se infló demasiado. Un periodista ducho de la FOX sacó de quiensabedónde el dato de aquella primera noche de Filos con unos vatos locos de la Mexican Mafia. Era cierto. Ese periodista no mintió al asegurar que el guitarrista había viajado en una troca que transportaba cannabis de Iguala, pero ese simple hecho generó todo tipo de rumores hasta llegar al punto que Zafio Nerón era más peligroso que el mismísimo Chapo Guzmán.

Filos, Marenco, Chaflán, Erick, Garrocha, Matías y Lamar fueron detenidos y presentados ante las autoridades de Sierra Blanca, Texas. Por recomendación del abogado de Matías, todos se declararon culpables del delito de posesión de drogas, el castigo hubiera sido pagar una fianza de 10 mil dólares y nada más.

Pero nadie contaba con la reacción de la opinión pública. Los sectores más conservadores pidieron al juez la deportación de los extranjeros (Filos, Marenco, Erick y Garrocha) y la cárcel a los ciudadanos estadounidenses (Chaflán, Matías y Lamar). ¿La sentencia social?: delitos contra la salud pública; Zafio Nerón estaba siendo acusado de tráfico de drogas por la sociedad. Además, los mismos sectores aprovecharon el escándalo para recordar que urgía el endurecimiento de leyes migratorias para evitar que más mexicanos sonsacadores de la juventud estadounidense llegaran al territorio del tío Sam.

La noticia encontró eco en México, donde los mismos medios que crucificaron a la banda por el incidente en CU, los defendía *so pretexto* de discriminación contra los mexicanos. Fue entonces

cuando Zafio Nerón se instauró en la conciencia y en el gusto de una nueva generación de jóvenes mexicanos que cuando ocurrió aquel concierto a favor de Acteal todavía cargaba en sus mochilas sus libros de texto gratuito de la primaria.

Filos no quería ser expulsado de Estados Unidos. Después de tal escándalo su único destino posible sería otra vez México, algo que no se podía permitir. Zafio Nerón estaba levantando el vuelo en esa tierra, ya estaban encontrando el camino y no podían echar a la basura el trabajo de los últimos tres años. De hecho, el sencillo de *I don't speak English (Ñ)*, ya estaba casi por salir. De verdad que Zafio Nerón no podía irse de Estados Unidos. Afortunadamente, Samantha Winegarden pasó de ser groupie a salvadora: su papá era senador.

Nadie de Zafio Nerón sabía de su linaje. A ella no le latía andar presumiendo que era hija de uno de los líderes de la bancada demócrata en el Senado, solo recurría a su papi en casos extremos como este. Sin embargo, el senador Winegarden sabía dónde y con quiénes andaba su hija. Él creció en la Era de Acuario y participó en la organización del Festival de Altamont, así que no le parecía ajeno el estilo de vida de su pequeña.

–Mi papá los va a ayudar –le platicó Samantha a Marenco un día que fue a visitarlo.

–¿Cómo nos va a ayudar? –respondió Marenco incrédulo.

–Va a mover sus piezas.

–¿Piezas? ¿Cómo que va a mover sus piezas? –preguntó aún más extrañado el vocalista.

–¿A poco no te suena mi apellido? ¿De qué otro Winegarden has escuchado hablar?

–…

–Ash, ¡el senador! –claramente enojada, desesperada y preocupada por el futuro de su casi novio y el resto de la banda, Samantha golpeó el suelo con su suela.

–¿Eres hija de un senador? ¿Se va a atrever a meter las manos por unos mexicanos pachecos roqueros y que además llevan a su hija por todo su país haciéndole quién sabe qué cosas?

–Sí. Ya platiqué con él. No va a meter las manos directamente, pero shh –Marenco respondió a la petición colocando su dedo índice sobre su boca–. ¿Y sabes algo? –agregó Samantha–, le gusta su música.

–No te creo.

–Sí, dice que le recuerdan a Ten Years After.

–Ya me cayó bien mi suegro.

"Los inquilinos", corte promocional de *Ñ* adelantó su salida justo cuando Filos y compañía permanecían en espera de juicio. Era inverosímil: entró al lugar 4 del Hot 100 de Billboard. Capitol se aventó

una palomita con eso de sacar el sencillo justo cuando se hablaba de Zafio Nerón en todos lados. En México, Argentina, Chile y España, la banda de la Z sobre la N se apoderó del primer lugar de popularidad por algunas semanas.

La rola tenía mérito propio, sonaba tan a thriller que hasta una película remake de una cinta de terror japonesa la incluyó como parte de su soundtrack. Otra palomita para Capitol.

Busca en la alfombra,
chance hay un tesoro.
Debajo de tu cama,
puede que haya monstruos.

Casi es medianoche,
tú esperas visitas.
Prende una vela,
reza un Ave María.

Toma un rosario,
guárdalo en tus manos,
cierra los ojos.
Ven a mis brazos.

No soy un fantasma,
aún estoy vivo.
¿Por qué te espanta
que esté contigo?

Dicen que tu casa
era cementerio,
que sacrificaban
a los enfermos.

Vives entre almas
olvidadas.
Cuerpos difuntos
que no callan.

Presencias comunes
por toda tu casa.
Gente con heridas
que busca una salida.

No soy un fantasma,
aún estoy vivo.
¿Por qué te espanta

que esté contigo?

¿De quién son esas sombras? (somos nosotros, somos nosotros)
¿De quién son esas voces? (somos nosotros, somos nosotros)
Son los inquilinos.
Somos los inquilinos.

No soy un fantasma,
aún estoy vivo.
¿Por qué te espanta
que esté contigo?

El desenlace fue ingrato para los conservadores que quisieron acabar con Zafio Nerón: Filos, Marenco, Garrocha, Erick, Chaflán, Matías y Lamar tuvieron que pagar una fianza de 30 mil dólares y comprometerse a ofrecer 380 horas de servicio comunitario. Eso era lo que el senador Winegarden esperaba, no ayudaba a la banda por ser buen padre, estaba interesado en tener a los mexicanos de su lado. Él tenía una fundación llamada Our Angels dedicada a ayudar a niños con cáncer.

Tras una negociación, el servicio comunitario pudo ser pagado por medio de conciertos y servicio social a beneficio de la fundación. Era un claro ganar-ganar. Zafio Nerón limpiaba su imagen y el senador Winegarden daba a conocer entre el público joven su fundación con la que se ayudaba a deducir impuestos.

El equipo empresarial de Zafio Nerón y la gente de Capitol convencieron a Filos y compañía de explotar esa imagen provocadora que ya habían causado entre los gringos. Si hay algo que siempre pega es lo que asusta y, en su posición de extranjeros en un país conservador, podían hacerlo, así que decidieron seguir adelante con ello. Tenían la canción perfecta para seguir asustando a las mamás santurronas que mandaban a sus hijos a matar afganos: “Lluvia dorada”.

Aunque la letra estaba en español, la mejor forma de escandalizar a toda la sociedad era por medio del videoclip. Si sonaba en MTV, después se censuraba y luego los fanáticos se indignaban por ello, la rola sería conocida. Otra palomita para Capitol. No había nada que discutir, el segundo sencillo de *Ñ* fue esa rola dedicada a las relaciones parafílicas.

Lleguemos juntos al éxtasis.
Dame tu mano, toca aquí.
Déjame buscar hasta adentro,
en los diamantes que hay en ti.
Tócate, sacude tu cuerpo,
derrama tus gotas sobre mí.

Sírveme del vino tinto
que fluye en ti.
Muérdeme, quiero lamer ese puerto
color carmesí.
Provócame, estás amarrada
conmigo hasta el fin.

Ensúciate, embárrate mi cuerpo,
soy abono para tu jardín.
Limpiaré contigo el suelo,
arrástrate, ser vil.
Sube la temperatura,
soy tu piel febril.

Quiero clavarte,
desflorar tu jazmín.
Manchar tus pétalos de sangre,
pintarlos de carmín.
Plantarte mis semillas,
echarte mi raíz.

El video se basó en *Saló. Los 120 días de Sodoma*. Fueron contratados cuatro actores jovencitos, mayores de edad pero que aparentaban lo contrario. En el video, cada uno de ellos era sometido a maltratos sexuales que aparecían explícitos en el material audiovisual, el cual, fue grabado en súper ocho para aparentar realismo. La rola misma tenía un ritmo sádico y las voces de Marenco que susurraban, gemían y gritaban ayudaron a que el contenido fuera censurado, tal como lo esperaban todos.

Gracias a ello, "Lluvia dorada" fue un éxito. La venta de discos y los plays de YouTube confirmaron que Zafio Nerón estaba en su mejor momento. La muestra definitiva fue cuando la banda lidereada por Filos fue incluida en el cartel del Lollapalooza 2005. Zafio Nerón compartió el escenario principal con Cake, Primus y Weezer. Definitivamente, la banda de la Z sobre la N había encontrado el camino, solo había que seguir recorriéndolo.

En el Lollapalooza, Filos conoció a una modelo adicta a la heroína: Lisa Massolo, mejor conocida en el mundo de las pasarelas como La Pietra. Pronto ella se volvió una pasajera más del Zafiomóvil. Eso hizo que Filos ya no viajara solo y en lugar de tocar su guitarra prefería deslizar sus dedos sobre la piel blanca de la modelo italiana.

A diferencia del disco anterior, *Ñ* gozó de más apoyo de patrocinadores, público y foros para tocar. De hecho, la gira de presentación fue internacional. El tour duró poco más de un año y al

terminar, Filos y La Pietra tuvieron tiempo para experimentar su propia *lluvia dorada*.

Ahora suele comer tortas en Santo Domingo, un local cercano al metro Miguel Ángel de Quevedo. Sigue llegando y yéndose solo, la diferencia es que nadie se sienta a platicar con él. De hecho ha engordado más. En los últimos 12 meses se ha encargado de llenar la ausencia de Alma Rosa con comida. La extraña de la peor manera pero también se siente herido. Ya no sabe qué hacer para dejar de pensar en ella y dejar de atormentarse por todos los años perdidos en los que creyó que la chef cambiaría su obsesión por Filos.

El Gordo toma una vez más su celular y repasa su directorio. Aún tiene el número de Alma Rosa, no se ha animado a borrarlo, *qué tal que un día me necesita y me habla y por tenerlo como número desconocido no le contesto*, piensa el ejecutivo. Tampoco se anima a hablarle, ni siquiera para colgar; no es tan valiente. Prefiere bloquear su celular y darle una mordida más a una torta que vomita ingredientes al otro lado del mordisco.

Al otro lado… Alma Rosa vive autista. Ya no queda nada conocido de su vida anterior: ya no tiene a Zafio, ya no tiene al Gordo. Incluso el restaurante ha ido en picada, lo único que lo mantiene a flote es la ambición de sus ayudantes que luchan por sacarla de la jugada y quedarse con el control del negocio. Esperan que ella se quiebre y abandone definitivamente su posición de chef ejecutiva, todos creen que pueden entrar al quite. La Güera es la única que ha permanecido al lado de su jefa y amiga. Pero no ha sido de mucha ayuda, Alma se pierde más en una depresión silenciosa que la carcome poco a poco.

Escucha los discos de Zafio Nerón una y otra vez en la soledad de su departamento. Ha descubierto colores que permanecían escondidos entre las capas de sonido. Le gusta más esa banda y eso duele porque no los podrá volver a ver. Se consuela al imaginar que un día entrará Filos otra vez por la puerta de su restaurante, solo, sin la compañía infernal de la pelirroja. De hecho es esa ilusión el único móvil que todavía la inspira a llegar a ese lugar. La diferencia es que ya no pone el corazón en lo que hace, este parece haberse echado a perder en el refrigerador de sus emociones.

Una noche más en la que El Gordo despierta de improvisto bañado de sudor en la frente. Sabe que, como siempre, ya no podrá volver a dormir. Va al baño para lavarse la cara y regresa a su recámara para ver la hora: 3:17 de la mañana. Sale al balcón de su departamento y se queda viendo el andar de las nubes perseguirse entre sí. De pronto se le ocurre hacer algo que tiene tiempo sin practicar. Toma la llave de la bodega que tiene en el estacionamiento y baja corriendo las escaleras. Ni siquiera recuerda si su guitarra sigue

ahí o si todavía tiene cuerdas. Le entra un deseo inexorable de repasar sus dedos por los hilos de nylon. Abre la puerta y mueve los escombros de sus recuerdos. Un golpe sonoro de madera lo hace dirigir sus manos a la fuente del ritmo. Encuentra su guitarra de palo pandeada por todos los años y cosas que estaban sobre ella. Aún tiene todas las cuerdas. Cierra la puerta de la bodega y regresa corriendo a su departamento.

Le cuesta un poco de trabajo volver a afinar su instrumento. Y pensar que hace algunos años lo hacía en segundos. Por fin logra entonarla lo mejor que puede. Comienza con las escalas pentatónicas de blues, tal como la hacía para calentar los dedos aquellas mañanas en que no entraba a la clase de las 7 de la prepa y permanecía en la cancha acompañado por varios amigos cuyos rostros no recuerda. Mientras ellos solo se sabían a medias y mal el inicio de “Stairway to heaven”, El Gordo era capaz de tocar rolas de Santana, de Hendrix, de Townshend y de Clapton.

Ahora no recuerda ninguna rola. ¿Dónde quedó aquel sueño por ser un gran guitarrista? La razón emerge desde el subconsciente: Alma Rosa. Por ella dejó su instrumento con tal de no tener ninguna semejanza con el guitarra de Zafio Nerón cuando intentó olvidarse de la ahora chef, entonces y hasta hace un año casi novia.

El Gordo se sienta en la orilla de su cama. La curvatura de su guitarra reposa en su muslo derecho. En tanto, la cabeza del Gordo descansa sobre la cadera de la lira. El olor a madera vieja le recuerda algunos de los mejores momentos de su adolescencia cuando lo único que le importaba era sacar un nuevo riff. Ahora deja bailar sus dedos entre las cuerdas y los trastes en espera de que un sonido lo lleve a otro, así como le sucedía antes.

Lo encuentra. Es un arpegio desolador capaz de dejar sin aire al mejor trombonista: “Everybody hurts”. Lo repite una y otra vez cantando la letra en su cabeza hasta que llega a otra rola que nada más de recordar su nombre se le hace un nudo en la garganta. Sabe que de tocarla terminará llorando, sabe que la letra le queda a la perfección en esta noche. *Si volviera el amor, si tuviera un hermano, un amigo, un sueño en la mano*… Las palabras se quedan estancadas en su garganta. Siente calor en los ojos. Se aferra a su guitarra como si fuera el único soporte antes de caer al precipicio.

A un hombre solo le es lícito llorar abrazado a su guitarra… Recuerda que la primera vez que le habló a Alma Rosa lo hizo con esas palabras prestadas de Filos. Las escuchó en una entrevista, de las pocas a las que asistía el guitarrista. Entonces ya le gustaba esa niña de sonrisa indeleble pero no hallaba la forma de acercársele. Encontró el momento oportuno cuando ella platicaba con su novio, apodado Caifán, de cuánto le gustaba Zafio Nerón. El Gordo la oyó y

se animó a repetir las palabras del músico. Él no tuvo que explicar a qué se refería, ella entró en sintonía de inmediato: había escuchado la misma entrevista.

–¿Te gusta Zafio Nerón? –los ojos de ella tenían un brillo que hasta hace un año veía El Gordo. Él asintió con la cabeza a la pregunta de Alma y aprovechó que llevaba su guitarra. La sacó de su funda y se echó el arpegio de "Sonreír", precisamente la rola con la que Alma Rosa conoció a la banda–. ¡Esa es mi favorita! –gritó llena de emoción ella. El Gordo sonrió, pensó que el camino a la conquista sería fácil, no sabía los años que vendrían…

… pero ahora lo sabe y está tocando una rola que le recuerda todo ello. Está solo y la única mujer en su vida es exactamente la misma de hace años. Eso lo hace sentir peor porque esa única mujer ya no está con él. Nunca fue solo suya y ahora lo es menos… *Esos viejos recuerdos, que como viles cuervos arrancan ya mis ojos*. Llegan las primeras lágrimas enjugadas con la melodía de "Distante instante". Filos tiene razón, a un hombre solo le es lícito llorar abrazado a su guitarra.

Es necio. En lugar de aventar el instrumento al suelo o echarse a dormir sigue balanceando sus dedos entre sonidos en busca de más dolor. Es un volantinero desafiando al vacío que está debajo de su piel. Quiere recordar algo que le taladre el corazón hasta lo más profundo como si con ello pudiera liberar el olor putrefacto de algo muerto alojado en él. *She looked at him and he felt a spark tingle to his bones. 'Twas then he felt alone…* Es un trabajo difícil que debe emprender. Limpiar todo lo sucio, deshacerse de todo lo inservible o, como dice la rola de Dylan que toca:

forgot about a simple twist of fate.

¿Cómo hubiese sido su vida si no hubiera conocido a Alma? Quizás esta noche estaría cogiendo en silencio con su esposa para no despertar al hijo que duerme en el otro cuarto. Ese pensamiento no dura mucho porque el rostro de Rosa se posiciona en el de su esposa imaginaria. Ojalá hubiera podido ser su novio formal. Así se hubiera hartado de pasar cada día con ella y esta noche no la extrañaría. Pero no fue así. Los dedos siguen danzando sobre su escenario de madera y nylon en busca del próximo movimiento desolado.

Quiero decir que estoy harto de mí si algo de ti permanece aquí… No creía que recordara todas esas rolas que tenía años sin tocar. Al menos le llegan a la mente las más dolorosas. Curiosamente, "Sácalo" es un bálsamo, cumple el objetivo pretendido por Jaime López: ser una rola de reconciliación con uno mismo. Por ello, El Gordo se llena de confianza. La falta de sueño lo hace pensar cosas improbables y esta noche le llega el deseo de hablarle a Alma e intentarlo una vez más, solo una vez, la última.

Sabe que no le puede marcar a esta hora, 4 de la mañana, así que esperará hasta la noche para emprender su última oportunidad. Solo hasta que ese objetivo le llena las venas, El Gordo deja a un lado su guitarra. Se mete a sus cobijas y cierra los ojos como el niño desesperado por despertar temprano en la mañana para encontrar los regalos de los Reyes Magos. Los minutos que le cuesta retomar el sueño están llenos de escenas donde, ahora sí, El Gordo y Alma Rosa viven felices juntos y sin complicaciones. Tiene que hacer la llamada, seguro ella la está esperando, seguro es lo adecuado.

–Hola.

–Hola, Alma –su voz está desencajada, es como un crujido de ultratumba. El Gordo suena como si estuviera rasguñando un ataúd. Ella prepara camarones en la cocina de su restaurante; los avienta hacia arriba con su sartén y los vuelve a cachar. Coloca el teléfono entre el hombro y su oreja.

–¿Qué quieres? –una puerta similar a la de un submarino se abre, cae agua en abundancia. Alma deja el sartén en la lumbre, se dirige hacia la puerta de la cocina, la cierra de un azotón–. ¿Me decías? No te escuchó, hay interferencia.

–Hol…

–Mi amor, no te escucho –El Gordo abre los ojos. Se seca las lágrimas. Se incorpora y siente sobre su espalda arena. Las olas se escuchan romper entre rocas; cuando El Gordo dirige su mirada hacia el mar, se percata de que no hay rocas.

–¡Alma Rosa! –grita El Gordo hacia el horizonte, aún con el teléfono sobre la oreja. Avienta el aparato hacia el mar. Escucha un *glup* cuando este cae al agua.

Sus sábanas se inflan hasta su máxima expresión, después vuelven a su tamaño normal. El Gordo abre los ojos. Todo está oscuro. Su respiración está agitada. Tiene miedo de salir de su cama. Descubre que lo anterior solo fue un sueño. Tiembla y cree que al día siguiente no podrá salir de su cuarto. Cierra los ojos. Duerme.

Ha pasado un año desde la separación de Zafio Nerón en 2010 y Filos se ha convertido en uno de los productores más buscados por las bandas nuevas. Su vida parece entrar a una etapa mucho más tranquila, algo que jamás se había imaginado. Ha pasado de ser ídolo a sensei de nuevos talentos. Es extremadamente estricto con sus pupilos, pero cada uno de los que se ha acercado a su batuta ha encontrado, en primer lugar, el reconocimiento por el simple hecho de ser producidos por él y, en segundo lugar, un sonido pulido que no hubieren encontrado solos.

La vida con Sirena ha sido también apacible y muy placentera. Se dan el lujo de viajar al extranjero cuando a ella le sale una chamba

o se divierten paseando por todo México. Se han hecho uno solo. Filos no recuerda haber tenido una relación tan satisfactoria. La vida después de Zafio Nerón sí es posible, el guitarrista ya lo sabe. Incluso piensa en la propuesta que Payola le había hecho antes: sacar su proyecto solista. Ve que a su alrededor todo mundo saca sus discos en solitario y son aclamados. La confianza del compositor es tal que ya lo planea.

La fila de Eje 1 Poniente es tan inmensa que da vuelta en Colima. La noticia se corrió como hilo de media. Nadie se quiere quedar fuera de esta ocasión única: Filos solo con su guitarra en el Alicia. No hubo cartel pegado en los postes de la ciudad, no hubo entrevistas de radio, no hubo notas en los periódicos; simplemente, Filos le habló a Payola y le dio la exclusiva, la única condición era que solo fuera dada por Twitter: *Foro Alicia + Filos + guitarra acústica = hoy en la noche*, fue el mensaje que Payola escribió.

Alma Rosa se enteró de inmediato, la gran noticia se la comunicó La Güera. Los ojos de la chef se iluminaron como hace mucho tiempo no sucedía. Dejó todo lo que estaba haciendo y salió disparada al Alicia a bordo de su Chevrolet Spark. De pronto se detuvo, pensó en hablarle al Gordo para que la acompañara. Se deshizo pronto de esa idea y siguió su camino. Llegó al multiforo a las 2 de la tarde, afortunadamente aún no había tanta gente.

Todos hablan de lo mismo: algunos piensan que es una reunión de Zafio Nerón encubierta, otros que será el lanzamiento del proyecto solista de Filos. Lo cierto es que nadie sabe qué pasará.

–Olga, ¿nada más me puedes imprimir este documento? Después de eso ya te puedes ir –ordena El Gordo a una muchacha de veintitrés años que hace prácticas profesionales con él. Ella acata de inmediato los deseos de su jefe. Imprime, engrapa y lleva las hojas al Gordo.
–¿Se va a quedar hasta tarde? Ya pasan de las ocho –el ejecutivo no se había percatado del tiempo y voltea a ver su reloj. Alza una ceja y asiente.
–Cierto, Olga, ya es tarde. Me voy a quedar a terminar unas cosas, espero no tardarme tanto –un bostezo informa a la muchacha que la noche pasada de su jefe no fue placentera.
–Ya debería irse –Olga hace un movimiento para enfilar su salida, pero se detiene–. A usted le gusta Zafio, ¿no? Creo que hoy van a tocar –la modorra del Gordo se despabila en un instante.
–¿Zafio Nerón?
–Ajá, algo leí. Que según van a estar en el Alicia.
–¿Estás segura?
–No, nada más lo leí de pasadita en el Twitter. Todo el mundo hablaba de eso –la muchacha alza los hombros y sonríe en señal de que ella

no sabe nada más–. Bueno, que descanse.
–Tú también descansa, Olga, gracias –El Gordo se queda un rato pensativo. No duda en el regreso de Zafio Nerón, tampoco duda que Alma Rosa esté formada para entrar al lugar. Su duda es si debe hablarle. Había decidido llamarla en la noche, cuando ella estuviera cerrando el restaurante, pero con esto ya no sabe. Si algo ha de estar esperando ella es a que la dejen entrar al Alicia, no su llamada.

Tin Tan observa con celo al público que se encarga de llenar ese rincón oscuro, cuyas paredes no tardarán en sudar. A su lado, una calaca borracha da la bienvenida alzando su botella de licor, como si les estuviera ofreciendo de ella a los presentes. En el escenario que está adyacente a estos grafittis solo hay un micrófono y una silla. Los rumores de una posible reunión de Zafio Nerón se disipan, quienes llegaron con esa esperanza bajan la cabeza decepcionados.
–Podría ser una conferencia de prensa –expresa una chavita de 16 años.
–No lo creo, ¿con un micrófono? –responde la amiga que la acompaña.
–Lamento decepcionarlas, chavas, pero si fuera conferencia de prensa esto estaría lleno de fotógrafos y reporteros –se agrega a la plática un muchacho mayor que ellas– y veo a pocos colegas.
Alma Rosa compra una Montejo de 25 varos en la barra del lugar, da un primer sorbo mientras su mirada escanea todo el perímetro en busca de Filos. Piensa en permanecer ahí, en algún momento el guitarrista deberá entrar o salir del escenario muy cerca de donde ella se encuentra.

El Alicia se atasca más, aglutina al tumulto clásico de las tocadas de Lost Acapulco. El sonido local escupe rolas de Cecilia Toussaint, es una especie de acto abridor sin que ella esté ahí. Entre las notas de blues, Alma se percata de una risa que ya había escuchado antes. Viene del otro lado de la cortina negra que divide al diminuto backstage con el área del público. Se acerca para asomarse y atisba una cabellera roja. Cierra los puños. Sirena está adentro, seguramente con Filos, riéndose de algo de lo que Alma Rosa también desea reír. Piensa irrumpir en esa reunión y abrazar al músico, pero regresa aquella rienda que la controló en el restaurante. Mejor da media vuelta y regresa a la pared donde estaba. Apura la botella de cerveza a su boca.

La algarabía aparece. Una persona de botines negros amarrados a medias, pantalón gris de mezclilla y playera negra sin mangas desfila junto a su guitarra acústica de caoba impecablemente limpia. Antes de sentarse sobre la silla, voltea a ver a quienes lo observan como un ídolo. Se acerca al proscenio del escenario y les

hace una reverencia. Su pelo largo y chino cae en una deriva que deja sin aliento a algunas mujeres. Al incorporarse, golpea el lado izquierdo de su pecho con el puño cerrado. Ese gesto de cariño al público hace explotar el ímpetu de los presentes.

–Filos, ¡hazme un hijo! –grita un hombre que está hasta atrás. Algunas personas del público ríen. Todos se sienten contentos de estar ahí. El músico se sienta, coloca amorosamente su guitarra sobre su muslo derecho y acerca su boca al micrófono. Sonríe:

–Estás bien bueno, papacito –las risas de todos estallan a la par que los dedos del guitarrista repasan los trastes de madera. Cuando las risas cesan, el músico se apodera nuevamente de la palabra–. Es un gusto verlos aquí. De verdad que para mí esto significa mucho. Sé que algunos esperaban el regreso de Zafio Nerón y –extiende los brazos– como pueden ver, solo voy a estar yo. Espero no les moleste.

–¡No! –es la respuesta al unísono. Alma Rosa ya siente su corazón palpitar más rápido.

–Qué bueno, porque aunque no va a estar Zafio Nerón como banda, sí van a estar sus canciones. Espero recuerden la siguiente.

Como siempre, "Basca blues" abre pista. La emoción es tanta que algunos saltan, otros la bailan, algunos más se limitan a disfrutarla maridada con un trago de chela.

–Ustedes saben que canto horrible…

–¡Como un dolor de güevos! –interrumpe alguien más para alimentar con sarcasmo la buena vibra que se siente. Filos ríe, algo poco común en él cuando está sobre un escenario.

–Claro, peor que un dolor de güevos. Así que espero que me ayuden a cantar las rolas, ¿se las saben?

–¡Sí! –el coro de los jóvenes del Alicia no es entonado, pero lleva el corazón por delante.

–A ver, ¿qué rolas quieren? –una miríada de propuestas se abalanza sobre el escenario. El músico cacha algunas pocas, asiente, dirige miradas furtivas al público, sonríe, no se da abasto. Justo en ese momento comprende con lo que tenía que lidiar Marenco y se da cuenta de que lo extraña. Filos no comprende por qué esa gente está ahí acompañándolo. ¿Qué les ha dado él? ¿Es él o es su música? ¿Cuál es la diferencia entre una persona que está arriba del escenario y las que están abajo? ¿Qué los divide? Ahora bromean y se comunican. Ellos le aplauden y lo piropean, él les toca las canciones que les gustan, pero aunque todos los presentes son similares, siempre serán distintos… A pesar de que Alma Rosa berrea cada una de las rolas tocadas no desdibuja la sonrisa de su rostro. Sin embargo, se siente extraña, está alegre de volver a ver a Filos y melancólica por no tener al Gordo. Se da cuenta de que, exceptuando el intento de concierto en el aeropuerto, es el primer concierto al que

va sin él. Ve las caras de la gente que la rodea. Todos lucen una sonrisa, ¿también esconderán algo que les duele tras esa expresión de felicidad?... El Gordo continúa en su oficina. No ha terminado el trabajo que le faltaba, sigue pensando en Alma Rosa. Juega con su celular entre los dedos. El Samsung se convierte en una especie de flor a la que quita los pétalos en busca de una respuesta: *le llamo, no le llamo, le llamo, no le llamo…* Desde que dejó de ver al Gordo, Alma voltea a ver instintivamente la pantalla de su smartphone solo para revisar si él la ha necesitado. Esta noche tampoco hay nada de él. Quisiera hablarle, pero no quiere mostrarse desesperada, menos arrepentida… Una vez más, El Gordo se dirige al número de Alma Rosa. Es tan fácil pulsar el icono verde, ponerse el auricular en la oreja y hablar que hasta un niño de tres años podría hacerlo. Él no. Mira la hora: 23:50. Se consuela al pensar que quizás Alma no fue al concierto y ya está dormida, no quisiera ser inoportuno y despertarla, quizá mañana será un buen día para comunicarse con ella… Rosa mantiene el celular escondido entre sus manos. A diferencia de la mayoría, no graba el concierto ni toma fotos, ella es de las raras que gusta de ver una presentación en vivo directamente con sus ojos y no mediada por una pantalla táctil de 4.5 pulgadas…

–Ahora ser un forever alone es algo común, quizás una moda. No sé si sea por la atomización de la sociedad, pero el amor parece haberse convertido en el acto humano más individual y egoísta que pueda existir, cuando antes era algo compartido –su discurso es escuchado atentamente por todos. No se imaginan qué rola sigue, quizá es una nueva, ni siquiera Alma Rosa comprende hacia dónde va Filos, pero definitivamente piensa que tiene razón. Aprieta más su celular entre sus dedos–. El tiempo es azaroso, nadie sabe cómo pensará en unas horas, en unos días, en unos años, mucho menos sabemos con quién y cómo estaremos en el futuro. Esta rola la compuse cuando me creía un abandonado… –por enésima vez en este concierto, Filos sonríe– un perro negro y callejero. Ahora no me siento así –voltea a ver hacia el backstage donde permanece Sirena, ambos conectan sus miradas como un beso a distancia. Alma frunce el ceño–. Se las dedico a todos aquellos que sufren la soledad en conjunto, a quienes encuentran su alma gemela mientras besan el mismo polvo, así se llama esta rola: "Besar el polvo", lado B de *Basca blues*–. La presentación fue perfecta para esa rola de ritmo lento y tono grave. Alma y muchos otros recuerdan que hay chelos que acompañan ese tema cuyas notas están grabadas en sus cabezas y ahora son reproducidas mentalmente:

Ya no soporto estar solo,
me he cansado, me he vuelto loco.

Me abrazo a mi propia piel,
imagino ser otro ser.

Alma Rosa siente un deseo desesperado por ser abrazada por alguien y ese único *alguien* no está ahí. Hace instintivamente lo que esa rola dice: entrelaza sus brazos a su propio pecho. Siente un calor inservible, como la llama azul del piloto en las estufas, no es como cuando El Gordo la abrazaba con un sentimiento parecido al fuego alto del horno donde se cocina un pastel hogareño, esponjoso, suave, sabroso. Le cae un poco de cordura, ella nunca podrá conocer a Filos. En ese momento, en ese preciso momento, sabe que ama al Gordo. Voltea hacia el umbral de la puerta, está a punto de salir corriendo hacia el departamento del ejecutivo.

Espolvoréame tus labios,
que tu aliento es consuelo.
Quítame estos resabios
de tanto besar el suelo.

Pero antes de dar el primer paso hacia la salida de esta obsesión, Alma recuerda que El Gordo tiene varias amigas que siempre le han echado los canes. Seguro alguna se aprovechó de su ausencia y sedujo a su no novio. Quizás El Gordo ya es feliz con alguna de ellas. Alma no cree que pueda darle una felicidad similar a la que imagina que ahora tiene el ejecutivo. Tira la toalla sin antes haber subido al ring. Si él es feliz, lo merece, es un hombre bueno, no merece permanecer prendado a una mujer que no entiende su cariño y que no se lo corresponde. Sin embargo, se enoja con El Gordo. En venganza, ella hará lo mismo: se olvidará de él. Toma su celular, abre la agenda de contactos, se dirige a su número, pulsa en Opciones / Borrar: *¿Estás seguro de querer eliminar este contacto? OK*. Ella esperará a Filos.

Para Filos ha sido una noche muy intensa. Está muy emocionado, tenía mucho tiempo sin sentirse tan a gusto sobre un escenario. Su mente se remonta a aquellos años en que odiaba al público mexicano en la creencia de que ellos lo odiaban, y quizás así era, pero definitivamente no eran todos. Siempre hubo algunos que permanecieron al pie del cañón con él y hay otros que se fueron agregando. Ve las caras de los presentes, hay algunos que, como él, rebasan los treinta años, mientras otros todavía muestran barros en sus rostros. El Alicia permite que se sienta cercano a quienes comparten con él ese momento. Quisiera bajar a abrazarlos uno por uno y darles las gracias por estar ahí, por no dejarlo solo nunca.

Una de las rolas que ha permanecido como tabú dentro del

repertorio de Zafio Nerón en México es “Roedores”. Para Filos ha significado la ruptura con su público. Le recuerda el concierto en CU. Ahora, al paso de los años, comprende que quizás hizo mal. Aunque sigue pensando lo mismo, sabe que la forma no fue la correcta. Entre rola y rola, cada vez que las peticiones del público llegan en avalancha, ha escuchado más de una vez el título de ese tema. Sus dedos tiemblan nada más de pensar en volver a tocarla para los mexicanos. Sabe que lo único que falta para reconciliarse definitivamente con ellos, con su público, es tocar otra vez esa canción. Esta noche es la indicada.

–La rola que sigue es muy especial. No por lo que dice o por la historia detrás de ella, sino por un momento que viví… vivimos Zafio Nerón. Quizás algunos de ustedes estuvieron ahí. Entonces la distancia entre el escenario y ustedes no les permitió que las botellas dieran en nuestras cabezas, pero fue una auténtica tormenta de vidrio. Ahora, si gustan lanzar las botellas de sus chelas no les será difícil dar con mi cabeza. La última vez que toqué esta rola aquí en México también fue la última vez que nos presentamos en nuestra primera etapa. Fue el fin.

–¡Roedores! –interrumpe alguien del público. Las miradas se prenden, Filos se pasma por un instante, como si ese grito avecinara una nueva tormenta. Se limita a asentir con los ojos cerrados, como si con ello se asegurara de que la caída de botellas no le dolerá. No hay botellas, solo aplausos–. ¡Roe-do-res! ¡Roe-do-res! ¡Roe-do-res! –comienza a pedir el público. Filos abre sus ojos todo lo que puede, su pupila dilatada por el terror ahora parece haberse extendido por la sorpresa. No lo puede creer, de verdad que no puede creer que esta noche esté sucediendo y sea tan bella. Agacha su cabeza y aprieta sus párpados para que sus lágrimas no escurran. El público lo reconforta, lo vitorea, lo apoya, lo ama. Si la plenitud en la vida existe, Filos acaba de conocerla.

–Gracias –traga saliva para deshacer el nudo de su garganta–. Borreguitos, déjense acarrear por los roedores –la reacción es tan diferente a la de hace tanto tiempo. Ahora no le reprochan la letra, ni siquiera su presencia sobre el escenario. Le piden más. A pesar de ser insaciables, saben dar. Tan simple como un aplauso, tan importante como el aire. Esa es la moneda de cambio, no tiene valor monetario, pero vaya que es emocional.

Un nuevo *gracias* da fin a una presentación de cuatro horas y cachito. Pasa de la 1 de la mañana.

–A quienes gusten quedarse un rato, les podría firmar algo, darles un abrazo o echarnos una chela. Es la única forma en la que les puedo agradecer su apoyo –sí que es raro. A Filos siempre le ha cagado

firmar autógrafos y ahora la idea fue iniciativa suya. Hasta Sirena lo observa interrogante, el músico se ve extrañamente feliz.
Aunque el metro ya está cerrado, algunos aceleran su retirada porque tienen escuela o trabajo dentro de unas horas. Otros comienzan a formar la fila para los autógrafos; Alma permanece a la salida del minibackstage, ya tiene autógrafos de Filos, lo que ahora quiere es a él y lo esperará.

Los voluntarios del Alicia ayudan a enfilar a la gente, les recuerdan que con orden todos saldrán contentos con una firma estampada en una playera, servilleta o flyer de un próximo concierto en ese mismo lugar. Quizás esto alargue una hora más la estancia, así que Sirena decide salir del backstage e ir por una chela. Justo en ese momento, Rosa paga una bebida más. Los brazos de ambas se rozan, Alma observa de reojo a la modelo, Sirena ni se inmuta, está acostumbrada a esas miradas femeninas envidiosas. El despachador baja la caja de hasta arriba de una pila de cartones de cerveza, la coloca en el suelo y mete con extrema velocidad las chelas en una hielera. Regresa a su barra para seguir atendiendo, antes de levantar la cabeza recibe a su nueva clienta con la misma cantaleta con la que recibe a todos:
–Ahorita nada más tengo Monte… –al observar su cara, el muchacho reconoce a la modelo que tiene frente a él–. ¿Sirena? –por un instante la modelo se saca de onda, cierra ligeramente los párpados como si escaneara la cara del despachador en busca de su identidad. Alma Rosa, quien permanece cerca de la barra, mira atenta la escena entretenida en agotar el líquido fermentado.
–¿Taz! ¿Qué haces aquí? –saluda Sirena al ex saxofonista de Skarcha Spacial, la banda cuyo logo tiene tatuado en la espalda baja.
–Ya ves, rocanroleando por todos lados. ¿Quién diría que te vendría a encontrar aquí? –a la par que dice esto, El Taz asiente con la cabeza lentamente, como quien encuentra un tesoro perdido después de mucho tiempo.
–Sí, verdad, quién diría –repite Sirena. El despachador vuelve en sí, se golpea la frente con la palma de la mano derecha y después pasa un trapo húmedo para *secar* la barra.
–Qué grosero, ¿qué vas a tomar? Nada más tengo Montejo frías.
–¿Nada más? Yo esperaba que tuvieras un tequila Casa Dragones de menos –reclama con ironía la pelirroja a sabiendas de que ahí no encontraría una bebida premium. La cara del Taz le asegura que el saxofonista ni siquiera ha oído hablar de esa bebida–. Está bien, dame una Montejo. ¿Cuánto es?
–No te preocupes, la casa invita –regala El Taz al mismo tiempo que destapa la botella. Se la da a la pelirroja y se apoya con ambos brazos cruzados sobre la barra aún derramada de otras cervezas–. ¿Y qué

has hecho? –la única fila en el lugar ahora es para la firma de autógrafos de Filos, así que el saxofonista aprovecha la ausencia de clientes para hacerle la plática a Sirena.

Un chispazo. Un gemido.

–Igual que tú… rocanroleando por aquí y por allá. Con Filos –la modelo lo señala con la misma mano con la que sostiene su bebida. El compositor está sentado en la orilla del escenario plasmando su rúbrica en papeles arrugados que quizá permanecían en las carteras de quienes los ofrecen. También intercambia algunas palabras con quienes lo rodean.
–Sí, ya sabía. *La pareja del rock* les dicen por ahí, ¿no? –Sirena ríe ante el comentario sarcástico.

Otro chispazo. Otro gemido. Una sonrisa, una risa al oído.

–Las cosas que se inventan –dice Sirena para romper un breve silencio que se hace en la conversación. El Taz parece estar más ocupado en recordar otros momentos–. ¿En qué piensas, eh?
–En cosas –no puede evitar mirar de abajo a arriba a esa mujer que tiene enfrente: lleva unos minishorts de mezclilla ajustados a sus piernas, las cuales lucen más carnosas a causa de las medias negras que las cubren. Una blusa guanga que deja ver el tatuaje de su hombro izquierdo no es capaz de camuflar sus senos firmes ni la planicie de su vientre. Como siempre, sus ojos están circundados por sombras negras. Su pelo es regido por una liga que lo lleva hacia atrás en una colita de caballo que muestra su cuello blanco, no existe quien lo vea y no piense en colocar sus labios en ese tramo de piel.
–¡Ah, mira! –Sirena levanta la parte trasera de su blusa para que el ex saxofonista vea el tatuaje que está en su espalda baja. El Taz se despabila pero pronto caerá hechizado de nuevo. Él no solo observa el tatuaje, deja escapar su mirada hacia el talle de la mujer deseando poder colocar sus brazos una vez más ahí. Incluso Alma Rosa, quien todavía husmea la escena de reojo, admira la figura de la modelo; aprieta los dientes y el puño con el que sostiene el cuello de la botella de cerveza.
–¿Puedo? –el saxofonista acompaña la pregunta con el dedo índice de la mano derecha dirigido al tatuaje del logo de su ex banda. No puede resistirse con solo mirar, quiere tocar aunque sea solo un poco de esa piel, esa piel que en otro momento le perteneció. Para no babear, se obliga a hablar con voz trémula, siente que eyaculará palabras estúpidas–. Te quedó muy bien: la estrella verde –mientras habla, El Taz pasa la yema de su índice por el perímetro del tatuaje–, la estela roja y su final blanco. Va con el color de tu piel –recoge su

dedo temeroso de que alguien vea su acto lascivo pero arrepentido por no continuar surcando esa tez blanca.
–¿Qué pasó con Skarcha? –Sirena deja caer el telón de su blusa. El espectáculo ha terminado.
–Ya sabes, nos peleamos y salieron dos bandas. Hubo broncas por el nombre, las rolas, todo –la pelirroja hace un ademán de que va a tomar la palabra, pero primero prefiere hacerlo de su botella para remojar sus labios delgados siempre dispuestos a recibir un beso. Después de ello, sí toma la palabra:
–Filos dice que las bandas de ska son todas iguales. Sobre el escenario piden paz, unión y tolerancia, pero que cuando se bajan se ve que hay uno que impone sus ideas. Los compara con Fidel Castro y así.
–Con todo respeto, Sirena, tu güey era el cacique de su banda.
–Ajá, pero la gran diferencia es que cuando él está sobre el escenario no se porta hipócrita. No dice nada de eso –un movimiento de cabeza del ex saxofonista deja ver a Sirena que él no está de acuerdo con ella.
–Has cambiado, Sirena, antes eras más chévere –parafrasea El Taz a Bart Simpson.
–¿Antes?
–¿Ya no te acuerdas?

Una neblina de marihuana deambulaba por el camerino de Skarcha Spacial. Los nueve integrantes sudaban, bebían cerveza y fumaban algo de yerba. Fue un gran concierto, la gente les demostró una vez más cuánto los amaban y que bailarían cada uno de sus temas hasta morir. El Taz estaba en un sillón con Sirena sentada sobre sus muslos. Él la abrazaba del talle mientras le besaba el hombro. El guitarrista y el vocalista de la banda miraban vouyeristas desde un sillón al otro lado de la habitación la escena que no tardaría en calentarse más. Una mano del Taz se posó sobre los senos de Sirena, los apretó, los sobó, los frotó, los soltó. Alejó su mano para después meterla por la parte interior de la blusa, de nuevo encontró ese centro de atracción para no soltarlo. Ella daba saltitos sobre los muslos del músico, tenía los ojos cerrados y una sonrisa llena de libido. Su pelo rojo estaba recogido hacia un lado para dejar el otro extremo de su cuello libre para la boca del saxofonista de ska, quien ocupaba su otra mano en no dejar ni un centímetro del muslo de ella sin que sus dedos viajaran por él. Su boca se trasladaba entre el hombro y el cuello de la mujer. Ella abrió por un instante los ojos y su mirada se encontró con la del Ladrillo, el vocalista de Skarcha Spacial, quien, sorprendido espiando, rebotó de inmediato la mirada a otro lugar. La sonrisa de Sirena se extendió al imaginarse en un gang bang con los nueve

integrantes de la banda y ella al centro, como si se encontrara en un círculo de slam. Se excitó más. Alejó el hombro de la boca del Taz y a cambio le acercó sus labios para que sus lenguas se enlazaran.

–¿Y cómo terminó un saxofonista vendiendo cervezas en el Alicia? –pregunta Sirena para cambiar abruptamente la conversación que se tornaba coqueteo.
–Después de que Skarcha se separó las pasé negras. Me quedé en una de las dos bandas que se formaron. Nos pusimos Skacial, conseguimos un vocalista, sacamos un disco inédito porque no podíamos usar las canciones de Skarcha, pero mucha gente prefirió a los –el saxofonista abre comillas con sus dedos– *originales* –cierra comillas–. La neta siguieron al Ladrillo.
–Sabes que prende muy bien a la gente. Tiene ángel.
–Sí, pero él y el Tonatiuh, ese pinche guitarrista, nos estaban transando. La última vez que nos vimos nos madreamos –ante el coraje del saxofonista, Sirena permanece impasible, prefiere dar un trago más a su Montejo casi fría.
–¿Y qué pasó?
–De todo. Hasta tuvimos que mandar un comunicado a *La Jornada,* que fue el único medio que cubrió la noticia. En YouTube nuestros fanáticos se empezaron a tirar mierda entre ellos. Muy gacho, la neta –ahora no es coraje lo que expresa el Taz, sino dolor. Sirena también lo siente, acerca una de sus manos a la de él. Alma Rosa alcanza a ver esto y siente un calor extremo subirle desde el estómago hasta la cabeza. Le dan ganas de golpear a la pelirroja, pero se contiene, mejor voltea hacia Filos, quien sigue firmando autógrafos y tomándose fotos. Alma decide acercarse al escenario y esperar el momento indicado para estar con el guitarrista, cualquier pretexto será bueno para llamar su atención.
–Después se reconcilian y se vuelven a juntar –propone la modelo.
–¡Ni madres! Yo no me vuelvo a subir a un escenario con esos pendejos –El Taz saca una de las cervezas que antes había metido a la hielera, la abre y la apura a su boca hasta dejar poco menos de la mitad del contenido–. ¿Cuándo te hiciste ese tatuaje? –el músico intenta recuperar el camino del flirteo.
–Después de la última vez que nos vimos…
–Cuando me cortaste –subraya El Taz. Sirena retira su mano de la de él y se yergue como si se fuera de ahí. El Taz no puede evitar darse cuenta de que los pezones de Sirena están erectos. Al músico le da un miedo indescriptible de volver a perder a esa mujer y a esos senos.
–Sabes lo que pienso de las relaciones largas –responde ella cortante.
–¿Cuánto tiempo tienes con Filos?
–Casi dos años.

–Conmigo no estuviste ni uno –por segunda ocasión, El Taz lleva la botella a su boca y ahora da fin al contenido. Saca otra cerveza de inmediato y la abre con la misma habilidad que a la primera. Le da gusto ver que Sirena sigue ahí con él–. ¿Ya te tatuaste el logo de Zafio Nerón? –pregunta con dolo disfrazado de curiosidad.
–No.
–¿Por qué? –Sirena no responde nada, al menos no con palabras. Coloca sus brazos cruzados sobre la barra dejando ver sus senos deseosos por despojarse de la blusa. Una de sus manos vuelve a encontrar a una de las del saxofonista. Basta un brillo diminuto, casi imperceptible, en los ojos de la modelo para que El Taz lea en ellos una invitación que no puede ni debe rechazar. Firma el pacto con un movimiento de cabeza para señalar la salida del Alicia.

Filos parece un profeta rodeado por sus discípulos, incluso la luz del escenario ayuda a que se forme un resplandor alrededor de su figura para hacer aún más sacra esa imagen a la que Alma Rosa le reza en la noches. Todos le preguntan algo y él les responde sin reclamos. La chef es la única que permanece callada, no halla con qué llamar la atención del músico.
–¿Nos invitas unos tacos, Filos? –bromea un joven casi rapado y con barba de candado. Quienes rodean al músico y él mismo ríen.
–Estaría bueno, pero los voy a hacer una recomendación aún mejor. Esta mujer tiene un restaurante donde se comen los mejores cortes de carne que he probado en este país –Alma no cree lo que está viviendo: Filos la señala con la pluma con la que está firmando autógrafos. No solo eso, recomienda su restaurante, lo que significa que la recuerda. Todos voltean a verla y solo así la cocinera sale de su asombro. Se limita a sonreír y bajar la vista más apenada que orgullosa.
–Los amigos de Filos siempre serán bienvenidos en El Minotauro –invita por obligación a todos, pero su mirada está puesta en el moreno que la había vuelto el centro de atención. La invitación es solo para él–: ¿tú cuándo vas a regresar?
–Cuando tú me digas –contesta Filos mientras resbala su pluma sobre un papel por enésima vez en esta noche. Alma desvela esa sonrisa que enamora a quien la ve, ni siquiera Filos es inmune a ella. Alma lo sabe, la ha practicado para él.
–Nosotros te esperamos todos los días –el plural empleado por la chef no se refiere al equipo de trabajo, se refiere a ella y su corazón.
El músico termina de atender a la última persona de la fila. Se soba la muñeca derecha mientras hace movimientos circulares. Mira nuevamente a Rosa y le dedica una sonrisa. Alma abre la boca para decir algo, pero Filos la interrumpe al voltear en busca de Sirena.

Alma dirige la mirada hacia donde la modelo coqueteaba con su amigo. Ya no hay nadie. Filos siente un golpe repentino en los pulmones que los deja sin aire y provoca que su corazón lata más rápido. El músico acelera el paso hacia el backstage, mueve la cortina negra y tampoco hay nadie. El Alicia ya está casi vacío y no ve la cabellera roja. Baja corriendo las escaleras oscuras y en la barra de abajo tampoco hay nadie. No se detiene hasta que el frío de avenida Cuauhtémoc le sopla en la nuca. De Sirena, ni sus luces. Alma Rosa ha seguido hasta ahí al músico. Está a una distancia considerable para que Filos no se dé cuenta de su presencia. Ella nota en la posición del músico un gran miedo que no puede esconder: sus brazos cuelgan de su cuerpo al igual que su cabeza. Rosa siente lástima, quiere correr a abrazarlo y llenarlo de besos. Da unos pasos…

–¿Es... tás… bien, Filos? –Alma Rosa se acerca con extremo cuidado. El músico no da señales de haber escuchado la pregunta. No contesta y no se mueve. Alma llega junto a él, lo mira. Él la voltea a ver de reojo, eso le basta a la chef para contagiarse del miedo del músico. Ambos saben que algo grave pasa, solo que él lo sufre y ella lo disfruta, esta es su oportunidad–. ¿Te puedo ayudar en algo?

Alma Rosa da un paso tembloroso, siente que del cuerpo de Filos emana una vibra infernal. Duda en acercarse más, podría salir quemada. Pero qué diablos: ahora o nunca. Decide arriesgarse y abraza a Filos. Entrelaza sus manos al cuerpo de piedra del músico. Filos tarda en responder. Alma teme que le suelte un puñetazo o la insulte por tal acercamiento. Nada de eso, el guitarrista coloca su barbilla sobre el hombro de la chef, luego la toma por el talle; no es tan delgado como el de Sirena pero igual es cómodo como para quedarse asido a él por horas. Ella cree que Filos llorará. Por supuesto que no, Filos no llora, traga saliva y se aleja del cuerpo hospitalario de su fan. Filos ve que el único fulgor que hay en la calle es el de la sonrisa de Rosa. Ella ya no sabe si odiar a Sirena por ser la novia de su ídolo o agradecerle por haberse salido intempestivamente del Alicia.

–¿Crees que me puedas llevar a mi casa? –pregunta Filos en voz muy baja, apenada. Eso debe ser un sueño, un sueño estupendo del que Alma Rosa no quiere despertar jamás. Asiente con la cabeza, sabe que no puede pedir ninguna explicación.

Suben al auto de la chef. Filos huele de inmediato el aroma a café que emana de una muñeca de mimbre con semillas de Chiapas. Este detalle diminuto lo hace sonreír, Alma Rosa lo nota y le regala una de sus sonrisas más hermosas: la de comprensión. Antes de prender el Spark, Alma pregunta:

–¿Dónde vives? –Filos duda por un momento. Sirena y él han estado

viviendo en la casa del músico en la Condesa, pero algo le dice que debe ir a la casa de Sirena.
–Vamos a la Anzures, tengo que comprobar algo –Alma pone primera y echa a andar el automóvil.
No tardan más de veinte minutos en llegar al edificio de departamentos. Apenas estacionado el coche, Filos abre la puerta y baja casi corriendo hacia el acceso. Saca la copia de llaves que tiene del departamento de Sirena. El portero lo saluda sin obtener una respuesta a cambio y después mira a Alma Rosa aún sentada dentro del carro. Ambos suben los hombros en señal de que no saben qué sucede. Para entonces, Filos ya cruza el lobby y prefiere ascender por las escaleras, lo que menos quiere es permanecer estático esperando un elevador. Llega a la puerta del departamento de Sirena, hasta ese momento repara en su presencia ahí. Tiene la llave entre sus dedos, el picaporte parece tener un imán que llama a la llave para que se crucen. El guitarrista controla la atracción, antes suspende su respiración y acerca su oreja a la puerta. Puede escuchar los latidos de su corazón y cree poder verlos por medio de un movimiento constante en el lado izquierdo superior de su chamarra de cuero. Adentro del departamento parece no haber nadie. Filos respira una tensa calma. Mete la llave por la cerradura y da vuelta lo más discreto posible. Abre la puerta lentamente, sigue sin haber ruido. La luz de la luna entra por la ventana de la sala. Filos cruza la parte iluminada como una sombra en busca de su cuerpo. Se escucha una risita en la recámara. Filos acude rápido hacia ella y ve dos figuras fusionadas entre sí con la oscuridad. La figura de dos cabezas voltea a verlo a contraluz y como respuesta se divide.
–¡Filos!

||: RIFF VII :||

Is there anybody out there? Is there anybody out there?

Filos está en posición fetal sobre su cama aún tendida. No se ha desvestido. Sus manos tocan la suela de sus botines sucios y eso no le importa, es lo que menos le importa. La luz de un LED de estéreo roza sus paredes oscuras, él trata de alejarse lo más que puede de ella; pareciera que esa luz lo hiere, prefiere darle la espalda y permanecer en la oscuridad. Cierra los ojos y se hunde en su almohada. El random de rolas de Pink Floyd le ayuda a vaciarse. No llora pero quiere hacerlo. Siente un infarto que no se consumará. Quiere irse y tampoco lo logra. Está ahí, arrumbado sobre un colchón que no es lo suficientemente frío como para sentirse muerto. Se pierde y regresa. Se pierde y regresa. Lo repite una y otra vez: Se pierde…

Ohhh, baby, set me free.
Ohhh, I need a dirty woman.
Ohhh, I need a dirty girl.

… y regresa. Guitarrazos hacen que se despierte por momentos. Vuelve a decaer, respira profundo. Siente que sus pensamientos cavan en su piel. Las ideas socavan. Se soba, se rasca, se pega, se besa. El pelo se atora en sus manos temblorosas. Ve la luz. La siente en su piel. Exhala. Vuela. Inhala. Cava. Se pierde y regresa. Cambia de lado, mantiene la misma posición fetal. Se abraza y se miente: es otra persona. Abre la boca y percibe su aliento caliente. Vuelve a ver la luz. Cierra los ojos mientras un piano precede al huracán. Se hunde en su cama. El techo se eleva… se expande. Una voz femenina encanta a sus poros. Se eriza. El escalofrío de sus piernas se traslada pasivamente hasta su pecho al unísono de “The great gig in the sky”. Abre los ojos. Se pierde en el remolino de su ropa y sus sábanas apestosas al aroma de Sirena. El escalofrío se va. Vuelve. Le hace dueto a la voz femenina… grita… Grita… GRITA… ¡¡GRITA!!... exhala. La quijada le tiembla. Las manos le tiemblan. Su vista está nublada. Vuelve a ver la luz, sigue solo. Se abraza.

How I wish, how I wish you were here.

Una lágrima, tan solo una lágrima. Siente más por venir pero no salen, ni siquiera se asoman. Su cuello es invadido por un escalofrío. Se soba, se rasca, se pega, se besa. Socava. Una lágrima. Cierra los ojos. Ve sus lágrimas, las siente y no salen, desaparecen. Inhala. Exhala. Inhala. Exhala. El pecho se le infla y se mantiene así unos segundos. Se pierde y regresa. Exhala y suelta un sollozo breve. Una lágrima. Cambia de posición. Abre las piernas, abre los brazos. Mira al techo. Sus ojos proyectan una película, su película, *nuestra* película. Aprieta los párpados para quemar esa cinta. Aprieta los puños y la mandíbula en un esfuerzo inútil por desaparecer.

Hey you! Would you help me to carry the stone?
Open your heart, I’m coming home.

Levanta los brazos con los puños cerrados para gritar un solo de guitarra. No quiere ver la luz y se esconde debajo de su almohada. Amenaza a la oscuridad. La rabia le anestesia la quijada que permanecía temblorosa aun con los dientes clavados en la almohada. Llora. Por fin llora.

Hello… hello… hello…

Baja los brazos. Se siente débil, indefenso. La cama ahora sí está fría. Llora. Quita la almohada de su rostro descompuesto. Ve la luz.

Come on… come on… now.

Sigue solo. Respira con pausa estertórea. Llora. Regresa a la posición fetal. Se abraza y la recuerda, la siente junto a sí. Mejor entrelaza sus manos. Las acaricia, las soba, las arrulla, las besa. Exhala. Descansa.

Relax… relax… relax…

El té verde provoca que Alma Rosa se pierda entre sus recuerdos. Rebobina lo sucedido anoche. No recuerda nada desde el regreso de Filos a su auto y todo lo que pasó antes es tan maravilloso como si se tratara de un sueño. Ella mira al horizonte con una sonrisa tatuada pero no sabe qué hacer ahora. ¿Qué sigue? El músico está libre de la pelirroja. Rosa se lo repite una vez más: este es su momento. Bebe un sorbo del té y lo vuelve a dejar sobre la mesa del restaurante que siempre ocupa en las mañanas, antes de que el ajetreo inicie.

Sus compañeros la ven con extrañeza, de ella emana una vibra desconocida, nunca antes sentida en ese restaurante. Ni siquiera en los tiempos más alegres de la chef la habían visto así de orgullosa. Alma entrelaza sus manos frías alrededor de la taza, sopla al humo que se teje sobre su contenido. Voltea hacia la puerta de la cocina, justo donde todos cuchichean y la observan.

–¿Me van a seguir viendo o se van a poner a trabajar? –espeta de la nada la chef. Todos corren a sus posiciones aunque el trabajo por hacer es poco. La Güera se acerca a Alma, toma el respaldo de una silla, la retira de la mesa y se sienta frente a Rosa.

–Te veo muy contenta. Hacía mucho tiempo que no te veía así. ¿Qué pasó ayer? –se sienta a la orilla de la silla. La Güera coloca el codo sobre la mesa y deja reposar su barbilla sobre su mano extendida. Tiene las piernas cruzadas. Quiere estar atenta a todo lo que le diga su amiga. Rosa responde con una mirada llena de gozo y solo abre la boca para darle un trago más a su té. La Güera descruza las piernas y se levanta–. Veo que no me quieres platicar. No importa. Me da gusto verte así –entra a la cocina a perder el tiempo con los cocineros.

–¡No escucho músicaaa! –más que una orden, Alma lo expresa como una sugerencia amistosa cantando la última sílaba.

–¿Qué se te antoja escuchar, Alma? –responde un mesero.

–Algo feliz. Es un día bonito –ella aún sigue viendo hacia la calle. El

mesero voltea la mirada hacia el mismo punto de interés de su jefa y sólo percibe nubarrones a punto de precipitarse en una mañana fría. Alza una ceja y suelta una breve risa al pensar que su jefa se ha deschavetado.
–Algo feliz –susurra el mesero mientras da scroll down a las rolas del iTunes–. ¡Hey, Alma! Creo que esto te podría gustar –da play a la rola que suelta unas notas percutidas seguidas por la lira sincopada.
–*Don't worry about a thing, cause every little thing gonna be all right* –Alma se levanta de su asiento coreando a Marley. Sí, afuera está Groenlandia, pero en El Minotauro se siente el Caribe–. ¡Si todos le echan ganas hoy, nos vamos temprano! –promete Rosa. En la cocina se escucha un barullo animoso como respuesta. Cuando Alma entra a esta, la temperatura es alta, todo es movimiento armónico y alegre al compás de la rola. La chef arrebata a uno de sus colegas una carne Wagyu para sazonarla. Mientras esparce sal sobre el corte y chifla el inicio de "Runaway" de Los Pericos siente vibrar su teléfono escondido en la bolsa de su pantalón de mezclilla. Deja a un lado de la carne a medio sazonar el botecito de sal y saca su iPhone. Lee un número que no tiene guardado en la agenda, por un momento piensa en que quizá sea Filos. Imposible, aún no le ha dado su teléfono. Cancela la llamada y aprovecha para apagar el aparato. Hoy no quiere ser interrumpida por nadie.

Lo prometido es deuda: son las ocho de la noche, ya solo quedan Alma Rosa y La Güera en el restaurante, todos los demás se han ido temprano igual de alegres que su jefa. Alma está en la cocina quitándose la filipina negra cuando ve a la mesera acercársele para despedirse.
–¿Qué vas a hacer tan temprano, eh? –pregunta La Güera en un esfuerzo más por saber la causa de la felicidad de su jefa.
–Voy a cenar con alguien muy especial –presume Alma.
–¿Con quién? ¿Lo conozco? –el interés de la mesera la obliga a acercarse a su amiga.
–Sí –responde lacónica Rosa sin poder ocular el rubor que se apodera de su rostro.
–Ojalá un día lo traigas a comer y me lo presentes –expresa La Güera sin poder contener su emoción–. ¿Es guapo? –la pena de Alma se expande a toda su faz. Deja caer su cabeza con tal de que La Güera no la vea como a una niña de primaria que recibe su primera declaración de amor.
–Sí… ¿te puedo decir un secreto? –indaga murmurando Alma.
–Sí, sí, sí. Claro que sí.
–Pero no se lo puedes contar a nadie, ¿eh? ¡A nadie! –ante la amenaza, La Güera lleva sus dedos pulgar e índice a la boca y los

desliza como si tuviera un cierre. Alma se acerca a la oreja de La Güera y, aun cuando el restaurante está vacío, le declara en voz baja–: es Filos –La Güera se incorpora incrédula. Chasquea la boca y mira a su jefa con una ceja alzada.
–No puede ser, Alma.
–Claro que puede ser.
–¿Y cómo pasó?
–Ayer… o mejor dicho, hoy en la madrugada.
–Pero ¿cómo?, ¿ya no anda con la pelirroja con la que vino la otra vez?
–No, ya no. Lo mejor es que se acordó de mí –ante lo dicho, La Güera se queda sin aire.
–¿Se acordará de mí? –pregunta en voz alta la mesera.
–Ash, ¡cállate! –ordena Alma Rosa mientras se adelanta a la salida–. Ya vámonos que se me va a hacer tarde –La Güera se pone en movimiento y sigue a su jefa. Ponen la alarma del lugar y las llaves de los seguros. Afuera todavía está nublado, la luz de la luna es obstruida por una barricada de nubes y el viento frío corre con fuerza. La Güera alza la vista al cielo.
–Con razón decías que es un día bonito –la mesera baja la mirada para dirigirla a su jefa–, a ti no te gustan los días nublados –la luz de un faro nocturno ilumina el gesto orgulloso de Alma Rosa.
–A partir de hoy creo que serán mis favoritos.
–Bueno, Alma. Espero que te vaya muy bien. Mañana me cuentas todo –mesera y chef se dan el beso de despedida. La Güera mete sus manos en la bolsa de la sudadera a la par que acelera el paso hacia el metro Miguel Ángel de Quevedo. Mientras trota para evitar que la lluvia la alcance, se pregunta si Alma Rosa ya perdió definitivamente el juicio o es verdad lo que dice.

Las migajas de recuerdos que Alma tiene sobre lo ocurrido al final de la noche la llevan a Atlixco en la Condesa. Afortunadamente, la calle está libre de autos y puede estacionar el suyo justo enfrente de la casa de estilo art déco en la que hace unas horas dejó a Filos. Quizá sea por el frío: sus manos tiemblan. También siente retortijones en el estómago. No recuerda cuándo fue la última vez que estuvo así de nerviosa. Por primera vez en el día piensa en huir: arrancar su auto y dirigirse a su departamento, el miedo comienza a manipularla. Observa la puerta de madera de la casa y recuerda de chispazo a Filos buscando sus llaves en las bolsas de su pantalón. En cuanto las encontró, regaló una mirada fugaz a la restaurantera, quien permanecía en su auto observándolo hasta el último segundo posible. Aunque ella le sonrió, la mirada del músico fue tan espontánea que no alcanzó a percatarse de la expresión de Alma. Él entró y la chef

rompió en llanto abrazada a su volante.

Inhala profundo y exhala. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Eleva su mano a la altura de sus ojos, ahora ya puede controlar su temblorina. Es momento de bajar, pero ¿qué decir? Es buena idea practicar un poco lo que dirá cuando Filos le abra la puerta.

–¡Hola, Filos! Estaba pasando por aquí y… No, no, no. No puedo decirle eso… Hola, Filos, ayer me quedé preocupada por ti y… ¡No! Tampoco… –vuelve a inhalar y a exhalar– ¡Hola, Filos! Nada más quería saber cómo estabas, me dejaste muy preocupada anoche. Sí, eso sí. –Cierra los ojos y repite–: ¡hola, Filos! Nada más quería saber cómo estabas, me dejaste muy preocupada anoche. No sé si ya comiste, pero te traigo un regalito.

Sin pensarlo más, toma las llaves del auto, abre la puerta y se dirige a la cajuela para sacar un tupper en el que guardó una carne preparada especialmente para Filos. También lleva unos frijolitos refritos y dos cervezas frías, una para Filos y una para ella. El frío arrecia, Alma incluso ve salir vapor de su boca. Saca el itacate para el músico, cierra la cajuela y dirige una nueva mirada a la casa. Se imagina ahí dentro pasando largas horas con Filos. Cada paso que da le parece eterno, como si cruzara una cuadra completa. La puerta parece alejarse en lugar de acercarse. Después de ese largo trayecto, por fin llega frente a la puerta y se pone firmes. Suelta un resoplido vestido de vapor. Ve el timbre, dirige el índice de su mano derecha a él. ¡Maldita sea! Otra vez está temblando. *Seguro es por el frío*, se miente. Toca el timbre y le dan ganas de salir corriendo como una niña que le juega una broma al vecino. Pero se queda ahí, paciente.

–¡Hola, Filos! Nada más quería saber cómo estabas, me dejaste muy preocupada anoche. No sé si ya comiste, pero te traigo un regalito –murmura mientras le da tiempo al músico para que le abra. No pasa nada. ¿Será prudente que le vuelva a tocar? Quizá no escuchó. Prefiere esperar unos segundos más. Un joven de lentes anchos de pasta negra se acerca por la banqueta paseando a su pastor inglés. El perro orina en la planta que está afuera de la casa de Filos para después continuar su camino. La puerta aún no es abierta. Alma vuelve a tocar, apenas aprieta el botón como si con esa sutileza pudiera evitar el enojo de Filos si es que lo despierta o lo interrumpe en algo importante. Pasan más segundos y no hay signos de vida dentro de la casa. El viento sopla en preludio a las primeras gotas de lluvia. Alma levanta la palma de su mano izquierda extendida. Siente caer unas gotas. Toca de nuevo el timbre. Detrás de ella, un haz de luz repentino ilumina la calle. Segundos después cae el trueno a la vanguardia de una lluvia que arrecia. Alma voltea hacia su auto y ve las gotas rebotar sobre la carrocería roja. Devuelve la mirada a la

puerta cerrada. Da un paso para atrás con tal de tener una vista completa de la casa. La lluvia cae sin misericordia, del pelo de la chef escurre una cascada. Baja la mirada para asegurarse de que la comida resguardada en una bolsa de tela no se ha mojado. Toca una vez más el timbre, espera unos segundos inútiles en los que de nueva cuenta nada sucede. Retrocede hacia su auto, sin embargo no se quiere meter aún, de hacerlo, la Ley de Murphy dictaría que justo en ese momento Filos abriría la puerta. No quiere que eso pase. Se recarga sobre el costado de su Spark mojado. Abraza la bolsa donde lleva la comida para Filos confiada en que así se enfriará menos. Pero el músico no abre. Se limpia con la palma de la mano el agua que corre por su rostro, quizás es de la lluvia, quizá son lágrimas. Se resigna, Filos no está y si está no quiere abrirle. Camina lentamente hacia el lado del piloto regalándole unos segundos más al guitarrista para que le abra. Cuando llega a la puerta del carro, tarda en tomar las llaves, juega un poco con ellas entre sus dedos, finalmente las coloca en la cerradura. Por última vez observa la puerta de la casa cerrada mientras abre la de su auto. Se mete y antes de sentarse avienta la comida al asiento del copiloto. Por segunda vez en el día llora abrazada al volante, solo que ahora ya no es de felicidad, sino de decepción.

El panorama ha dado un vuelco. El sol perfora las calles a su máximo esplendor. Las chamarras han sido cambiadas por bermudas y faldas en esta mañana veraniega. El Caribe salió del Minotauro, pero en su lugar dejó Groenlandia. Toda la alegría que Alma Rosa tuvo ayer se quedó en la acera de la casa de Filos. Hoy dejó la sonrisa en el clóset y prefirió vestirse de ojeras y ceño fruncido. Sus compañeros llegan creyendo que este día también será de carnaval, pero les basta ver el rostro malhumorado de su jefa para darse cuenta de que ayer fue una ínsula entre el océano del estrés laboral. Como todos los días, Alma está sentada bebiendo té verde. Mira al horizonte. El sonido de la silla retirada por La Güera la saca de su hipnosis. La mesera se sienta y toma de la mano a su jefa.
–Supongo que no me vas a querer contar otra vez, pero sabes que puedes confiar en mí –La Güera suelta la mano de Alma y se reincorpora a su labor.

Segunda toma. Alma está afuera de la casa de Filos con un itacate para el músico. Ensaya su mejor sonrisa y se aprendió el guión que escribió anoche:
–¡Hola, Filos! Nada más quería saber cómo estabas, me dejaste muy preocupada la otra vez. No sé si ya comiste, pero te traigo un regalito.
Lo practicó durante todo el día. Si bien el ambiente en El Minotauro no fue tan festivo como ayer, Alma cambió su humor al convencerse de

que estaría afuera de la casa de Filos los días que fueran necesarios hasta que el músico le abriere. Afortunadamente, esta noche no llueve, incluso hay un poco de luz diurna a pesar de ser las ocho. Rosa lo toma como buen augurio. Sin embargo, la puerta sigue cerrada. No importa, ha esperado años, unos días más no le harán ningún daño.

Tercera toma. Alma está esperando otra vez a que Filos abra. En su sonrisa hay esperanza.

Cuarta toma. Recuerda a la loca del muelle de San Blas, *y ella estaba siempre en el muelle esperando*. Está tan alegre que le gustaría cantar esa rola en voz alta, prefiere no hacerlo, Filos tiene en pésimo concepto a Maná. La tararea en su mente.

Quinta toma. El chavo que pasea al pastor inglés ya la saluda. Al menos, Alma ya sabe que el perro se llama Chespirito.

Sexta toma. Por primera vez, el itacate que carga Alma Rosa sirve para algo. Unos huesos destinados a Chespirito fueron bien recibidos por el perro y su dueño, quien ya piensa en invitarla a salir, o de menos que los acompañe, a él y a Chespirito, a dar una vuelta por el Parque México y después a tomar un café en la calle de Tamaulipas.

Séptima toma. El guión pierde sentido. El *no sé si ya comiste* le suena extraño. Curiosamente, el *estaba pasando por aquí y…* ya no suena tan descabellado.

Octava toma. *¡Hola, Filos! Ya que no has cumplido con ir al Minotauro, te traje servicio a domicilio*. El guión queda reescrito de esta forma. Suena verosímil, en el Alicia ella lo invitó a que la visitara en el restaurante y él no ha ido, aparte Filos se mostró fanático de su comida.

Novena toma. El dueño de Chespirito por fin se anima a invitarla a dar una vuelta. Alma se niega.

Décima toma. Chespirito y su amo no pasan. Alma se tiene que regresar a su casa con la comida de Filos y los huesos que eran para el perro.

Onceava toma. La puerta se abre. El aire de Alma Rosa se vierte desde los pulmones hacia la planta de sus pies. Coge con fuerza la bolsa donde lleva el itacate para Filos como si con ello pudiera evitar el desmayo que cree no tardará en llegar. Del umbral de la puerta se asoma un rostro desencajado y un cuerpo desguanzado que se mueve con aplomo. Nunca antes lo había visto así: con barba. Alma piensa que Filos se ve guapo con esa barba hirsuta de tres días, aunque le disgusta la ruindad que representa. Sabe que el músico no la ha pasado bien y ella está ahí para cambiar eso.

–¡Hola, Filos! Ya que no has cumplido con ir al Minotauro, te traje servicio a domicilio –Alma sonríe al terminar su línea. El músico, dubitativo, toma la bolsa que le ofrece Alma. Ella se llena de gozo al

sentir rozar sus dedos con los de Filos. Pero eso es lo que menos le importa a él, quien está más confundido y piensa en azotarle la puerta en la cara a esa casi desconocida por el atrevimiento–. Es un Wagyu, igual al que comiste aquella vez que fuiste al restaurante. Vienen también unos frijolitos que están muy sabrosos. También hay unas cervezas. Espero te guste.

–Gracias –rumia el músico a la vez que abre la bolsa por las dos azas para confirmar lo que esa mujer le dice. Cierra la bolsa y ve en la expresión de Alma que ella no se quiere despedir–. ¿Quieres pasar? –invita el músico más por obligación que por gusto mientras se pega al quicio de la puerta. Alma finge sorprenderse pero no tarda en aceptar la invitación.

No hay ninguna luz prendida en la en la casa, solo la ilumina el halo que se cuela de un faro callejero y lo que dice Lucille, la guitarra de B.B. King. Alma da unos pasos al interior de la casa y se detiene, espera que Filos la dirija. Si alguien los viera desde dentro de la casa, solo apreciaría sus siluetas a contraluz, como en las escenas románticas de las películas cuando los protagonistas están a punto de besarse. Sin embargo en esta escena no hay romance; si alguien la viera desde la banqueta de la casa de Filos, la luz ayudaría a percibir claramente a un hombre incómodo y a una mujer obsesionada.

–¿Qué te tomas? –pregunta Filos con frialdad al cerrar la puerta y dar los primeros pasos hacia lo que Alma se imagina es la cocina. Él arrastra los pies al caminar.

–Ahí en la bolsa vienen unas cervezas… si me regalas una…

–¿De cuáles son?

–Cucapá oscura.

–¿Cucapá? ¿Y esas de dónde vienen? –pregunta Filos viendo a Rosa con los ojos entrecerrados a causa de la luz recién prendida.

–De Mexicali. Saben ricas –ya con luz, Alma Rosa aprovecha para escanear con detenimiento la casa de su ídolo. Todo está tirado y desacomodado. Es un caos. Hay vidrios rotos en el suelo y olor a ropa vieja combinado con pescado seco. También hay papeles tirados sobre el piso de duela laminada. Esto la decepciona un poco, nunca había pensado que Filos fuera tan fodongo. El sonido de la cerveza destapada la hace dirigirse a la fuente del sonido. El itacate ya descansa sobre la mesa de la cocina. Filos recibe a Rosa con su cerveza destapada en la mano–. Gracias. Oye, perdón por atreverme a venir así… si quieres me voy –por fin se porta sensata.

–No, no te preocupes. Ya se me antojó tu carne… eso sonó un poco raro –repara Filos con mejor humor.

–Sí –Alma Rosa ríe. Filos se acerca a ella con su chela destapada.

–Salud.

–Salud –ambos dan un trago más largo de lo normal confiados en que

el alcohol hará menos extraña esta situación.
–Por cierto, no me has dicho tu nombre.
–¡Ay, perdón! –la chef se sonroja– todavía de que me autoinvito a tu casa, no me presento. Alma Rosa –le extiende su mano abierta y Filos se la estrecha con un apretón amistoso. Al separarse, el músico se vuelve hacia los estantes de la cocina–. ¿Quieres que te ayude con algo? –Alma se da cuenta de que Filos está buscando alguna cosa y, ahora que se ha dado cuenta de su visita imprudente, no quiere parecer gorrona.
–No te preocupes, Alma. Nada más agarro unos platos y ya comemos.
–Ah, no, no. Nada más traje una carne para ti –responde apenada. Filos la voltea a ver ya con dos platos en las manos.
–Mínimo te quedas a acompañarme, ¿no? –el músico coloca un plato sobre la mesa y se dirige al cajón para sacar los cubiertos. Alma no sabe cómo esconder tanta felicidad. ¡Va a compartir la comida con Filos!
–Está bien, me quedo, pero con una condición: déjame te caliento la comida, se debió haber enfriado –Alma saca los tuppers de la bolsa y los abre.
–¡Qué rico huele! –expresa Filos desde el otro lado de la cocina. Se dirige hacia la mesa para ver la comida–. Se ve muy bien.
–Gracias, la preparé especialmente para ti –confiesa Rosa con rubor en sus mejillas. Él no contesta nada, se hace un silencio incómodo. Filos carraspea la garganta.
–¿No te molesta la música?
–Ah, no. Está bien. En el restaurante siempre tenemos música –Alma se mueve como pez en el agua dentro de la cocina. Ya se apropió de ella. Acercó los tuppers a la estufa y agarró una sartén que estaba en el escurridor. Con el dedo índice tienta su textura y frunce el ceño, ya no tiene teflón y se siente picado–. ¿Dónde tienes el aceite? Nada más necesito tantito para que no se vaya a pegar. Igual la carne no está tan fría.
–El aceite está ahí en la alacena –el músico señala el mueble de lámina a la chef–. Qué bueno que siempre tienen música. Además es buena. Aquella vez que fuim… fui, tenían a Siouxsie, ¿no?
–No me acuerdo –Alma voltea hacia Filos sonriente. Ya tiene la hornilla prendida y la carne ya reposa sobre el que en algún momento fue revestimiento antiadherente–. En menos de cinco minutos ya está. Nada más es para que se caliente –Alma va a la mesa y coge su cerveza, al levantar el brazo, nota que le tiembla, lo esconde para que Filos no lo vea.
–Ya no me acuerdo cuándo fue la última vez que comí caliente –bromea el músico. Alma no lo duda, además de desaliñado, ve a Filos más flaco–. Quiero aprovechar para pedirte disculpas por la vez

pasada.
–No fue nada, Filos –Alma quisiera abrazarlo como aquella vez, él se ve tan frágil. Pero el guitarrista parece haber pintado una raya invisible que ella no se atreve a cruzar. Por segunda ocasión en la noche, hay un silencio incómodo entre ellos. Mientras está lista la comida, Filos revisa con curiosidad lo que hay dentro de la bolsa del itacate y saca una bolsa de plástico transparente con unos huesos.
–¿Y esto?
–¡Ay, perdón! Son unos huesos para… –Alma se detiene. Le avergüenza decir que ha estado parada frente a la casa los últimos días y conoció al perro de uno de sus vecinos– Siempre se me olvida el nombre del perro de mi hermana –miente la chef.
–Ese perro ha de ser feliz de que le lleves huesos de tu restaurante.
–Sí, no sabes. ¡Quico! Se llama Quico –vuelve a mentir Alma como si acabara de recordar el nombre de un perro inexistente. Tiene años sin ver a su hermana que vive en Alemania y no tiene idea si adoptó o no a un perro–. ¿Tú no tienes mascotas?
–No. No me gustan los animales.
–Son muy lindos, en especial los perros. Yo no tengo porque la administración de donde vivo no los quiere.
–¿Dónde vives?
–En la Del Valle –el cálculo de la chef le indica que la carne ya debe estar lista. Se dirige a la estufa y confirma su buen tiento–. Ya está –Alma regresa a la mesa donde Filos había dejado los platos y toma uno de ellos para servir la comida. En tanto, el compositor se sienta a la mesa en espera de que Alma le sirva su comida–. Listo.
–¿Segura que no quieres comer algo?
–No te preocupes, ya comí y no acostumbro cenar.
–Siempre había pensado que los cocineros eran gordos, pero son los que más se limitan con la comida –Filos no puede evitar observar la figura de Alma Rosa al decir esto. Ella luce simpática. Sí, el músico ha conocido mujeres mucho más sensuales, pero Alma es una mujer bella casual, de esas que uno se puede encontrar en un transporte público y quedar prendado.
–Mi papá nada más me dejaba probar de lo que cocinaba, nunca comerlo por completo –Alma se sienta a la mesa con Filos. Lo observa con amor mientras come.
–¿Era chef? –indaga el músico mientras se limpia la boca.
–Sí, por él me dedico a la cocina. El Minotauro lo abrió con uno de sus amigos y desde niña iba en las tardes.
–¡Qué bueno está esto, eh! –el rostro del músico cambia de expresión por un momento. Deja la bruma que permanecía agazapada en su ánimo para dejar pasar algo de luz.
–Gracias.

–Deberías poner tu restaurante aquí en la Condesa, hace falta algo tan rico como esto.
–Sale carísimo poner algo aquí. Aparte allá tengo mis clientes frecuentes –Alma recuerda al Gordo, pero pronto lo desecha de su pensamiento.
–Marenco dice que todos los caminos llevan a Roma… y a la Condesa –A Rosa le da gusto que Filos haga ese comentario porque sabe que él no es dado a eso, normalmente es serio. Pero, a pesar de esta aparente alegría, Filos no oculta su desazón. Además, Alma nota algo raro en él. No sabe qué es y por eso escruta cada uno de sus movimientos: el cuchillo es tomado por la mano derecha y el tenedor por la izquierda. Pica con el tenedor uno de los extremos de la carne y corta finamente un trozo. Baña el pedazo de carne en frijoles para luego llevarlo a la boca. Deja el cuchillo a un lado del plato, toma la servilleta y la lleva a la boca, se limpia. Repite la acción una y otra vez. Se limpia, siempre se limpia. En toda su carrera, Alma nunca había visto que alguien se pasara la servilleta por la boca inmediatamente después de cada bocado, claro, exceptuando a su mamá, quien también tenía la misma manía. Ha pasado mucho tiempo sin pensar en ella, ahora la recuerda.

–Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos que de tu generosidad vamos a recibir. Que la energía obtenida de ellos nos sirva para glorificarte, caminar hacia una mayor entrega y hacia la plenitud, viviendo en las virtudes de la Santísima Virgen María. Te lo pedimos por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén –Fátima, Arturo, Inés y Alma se persignan en absoluto silencio–. Ahora sí, niñas, ¡a comer! –Fátima no lo tiene que decir dos veces, Inés y Alma comienzan a devorar el contenido de sus platos–. ¡Hey, niñas! Tranquilas, la comida no se va a ir.
Alma Rosa creció en un hogar fervientemente católico lidereado por su madre, Fátima. El papá de Alma no es tan creyente, es un clásico feligrés que se acuerda de Dios cuando tiene problemas. En cambio, Fátima siempre se preocupó de que la pureza y el recato fueran las directrices de la educación de sus dos hijas. A la hora de la comida, Inés y Alma siempre debían sentarse derechas, con las piernas juntas, nunca cruzadas porque eso era de suripantas, con el cabello recogido, las manos y la cara limpias, sobre todo eso, la cara limpia. Inmediatamente después de la inexorable oración para bendecir los alimentos, Fátima solía limpiarse las comisuras de la boca con una servilleta, uno o dos toques bastaban para dejarla libre de residuos de comida o saliva a pesar de que aún no empezara a comer. Al igual que Filos, la madre de Alma nunca olvidaba ese movimiento; era tan mecánico que no se daba cuenta. Pero Alma sí. Había veces que no

perdía detalle de él. Lo veía absorta, casi hipnotizada.
–Alma, es de mala educación ver así a los demás mientras comen –educaba Fátima.
–Sí, mami –la menor de la familia debía regresar a lo suyo. En ocasiones veía su servilleta y se preguntaba si ella debía hacer lo mismo que su mamá.

–Alma, ¿sigues aquí? –la despierta Filos. La chef parpadea y mira a los lados reconociendo dónde está.
–Sí, perdón. Me perdí, ¿verdad?
–Sí, ya estoy a punto de terminar –el músico se limpia la boca otra vez. Al ver esto, Alma siente un poco de ansia, como aquella que la invadía cuando su mayor duda era si debía limpiarse la boca también–. ¿En qué estábamos? –trata de retomar el hilo de la conversación.
–Te estaba platicando de los restaurantes de por aquí. Pero te ves cansada, nos vemos otro día, ¿no? –Alma asiente con la cabeza aún ensimismada en sus pensamientos. Le duele que Filos la esté corriendo de su casa y ya no sabe con qué pretexto quedarse.
–¿Vas a querer que te traiga otro servicio a domicilio? –al final, Alma suelta una risita nerviosa.
–No te quiero molestar.
–No es ninguna molestia –Filos vuelve a apreciar en la mirada de Alma esa necesidad de aceptación, como cuando se vio obligado a dejarla pasar. Otra vez se siente comprometido con ella. Lo piensa un momento.
–Mañana voy a tu restaurante –concluye resignado. Ahora no hay rienda que limite la reacción de Alma. Salta y levanta los brazos orgullosa cual niña caprichosa que acaba de escuchar lo que quería. Sin pensarlo, abraza a Filos y le da un beso de despedida en la mejilla.
De camino a su casa, no hay lugar para otro pensamiento en su cabeza que no sea la próxima visita del músico al Minotauro. Quiere llegar a su apartamento lo antes posible para dormir y que amanezca más rápido.

Antes de meterse a sus cobijas, ve el crucifijo que cuida de su sueño sobre la cabecera de su cama. Recuerda que cuando era niña no había crucifijo en su recámara, sino un cuadro de una figura femenina de alas blancas y ropaje claro. Su pelo castaño caía con suavidad sobre sus hombros y su cabeza era rodeada por un resplandor. La figura se inclinaba amorosamente hacia un niño de rasgos caucásicos y rubor en las mejillas acostado en su cama.

El eco de la iglesia envolvía a todos los feligreses. La voz del sacerdote era omnipresente y única. Nadie más podía hablar. Toda la

atención debía estar dirigida a ese hombre vetusto de alba blanca, estola púrpura y voz cascada. Como cada domingo, Alma Rosa estaba en primera fila junto a su familia. Fátima escuchaba con atención la homilía con la cabeza gacha oculta en un velo negro. Alma e Inés aprovechaban el estado de concentración de su mamá para intercambiar miradas y risas mudas que Fátima no pudiera escuchar. Alberto siempre callaba a sus hijas con un pellizco. Solo entonces, las hermanas retomaban la atención en el sermón:
–El Diablo se presenta en distintas formas que intentan seducir a nuestros jóvenes. Busca que lo adoren y así desviarlos del buen sendero, de nuestro sendero. Como creyentes de Jesucristo solo debemos seguirlo a él. Incluso Satanás trató de tentar a Nuestro Señor, *si te postras delante de mí*, le dijo*, todos los reinos de la Tierra serán tuyos*. Jesús no se perdió, contestó al Diablo: *Escrito está: al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo servirás*. Por supuesto, Jesús se refirió a lo que Dios Padre dijo a Moisés: *Temerás al Señor, tu Dios, y a Él adorarás y jurarás por su nombre*. Esto demuestra la valentía de Jesucristo, se enfrentó al Diablo y no se dejó tentar por falsos profetas. Dejó clara su perfección inmaculada y falta de pecado. ¡Qué ejemplo, hermanos míos! Por eso, Él y solo Él es el único digno de ser seguido.

La noche es larga. Alma no puede conciliar el sueño a causa de la emoción. Por su cabeza pasan escenas de la llegada de Filos al Minotauro, pero todas se ven interrumpidas por recuerdos de su infancia. Se molesta cuando eso ocurre. Reinicia la acción con Filos entrando al restaurante. Algunas escenas ocurren en la mañana, otras durante la hora pico en la tarde, otras en la noche cuando ya no hay nadie y El Minotauro está al servicio solo de ellos dos. Esas son las mejores para Alma Rosa porque pueden hacer el amor sobre una de las mesas sin temor a ser cachados por nadie. Imagina su piel tañida por los dedos del guitarrista, imagina sus labios pegados a los de él. Los dos como ella siempre se ha imaginado: uno solo. Hacer el amor en el restaurante es una fantasía que nunca ha podido cumplir, cuando lo intentó alguna vez con El Gordo no pudo, se soltó chillando.

Su papá besaba y abrazaba del talle a una mujer desconocida. La susodicha era delgada, de cabello lacio, negro y tan largo que le llegaba hasta la cadera. Alma no pudo verle la cara. Su padre y esa mujer parecían fundir sus rostros en un beso para no ser descubiertos. Se cortejaban dentro la cocina una tarde en que el restaurante cerró temprano y Alma llegó sin previo aviso. Le sorprendió ver el negocio cerrado y sin gente, ni siquiera los trabajadores. Se preocupó, pensó que algo malo había ocurrido. Entró con sigilo, todo estaba apagado. Le dio un poco de miedo. Se dirigió a la cocina. No tuvo que abrir la

puerta para ver el acto infiel de su papá, una ventanilla la puso, sin quererlo, en primera fila de ese espectáculo ruin. Corrió de inmediato a la salida con los ojos llenos de lágrimas. Cerró la puerta del restaurante con llave, lo mismo hizo con la puerta de ese secreto.

Antes de eso, la infancia de Alma fue placentera. Fue una niña plena, juguetona, cariñosa. Fátima pasaba las tardes jugando con ella. Desde entonces, Rosa le dio a sus ojos la forma de media luna boca abajo que ponen de manifiesto su felicidad. Además, los hoyuelos de su sonrisa siempre contagiaban de buen humor a su mamá.

Sin embargo, su papá no se divertía con Fátima tanto como Alma. Fátima tuvo relaciones sexuales solo tres veces en su vida. La primera en su noche de bodas, la segunda para procrear a Inés, la tercera, dos años después, para que naciera Alma Rosa. Por ello, Antonio le puso el cuerno. La ahora chef nunca ha sabido si aquel beso fue solo un beso entre aquella desconocida y él, una relación larga o una relación adúltera más de muchas que pudo haber tenido su padre. Prometió guardarse para sí la escena y lo hizo; nadie más que ella la conoce. No le reclamaría a su papá, tampoco le rompería el corazón a su mamá con la noticia. Era y es su secreto, valdría la pena guardarlo con tal de que su familia conservara su aparente bienestar.

Pero Alma no contaba con que Inés se rebelaría. Su hermana no aguantó más la rienda de su madre cuando entró a la prepa. Los pleitos iniciaron desde la elección de la escuela. Fátima quería que Inés siguiera yendo a escuelas católicas como hasta entonces lo habían hecho las dos señoritas, pero Inés quería entrar a la Prepa 6 de la UNAM; quedaba cerca de la casa y medio mundo decía que era la mejor. Antonio abogó por su hija y ganaron. Inés cumplió su objetivo: se encontró con un mundo nuevo, en especial en su clase de Lengua. La maestra les dejó leer en una ocasión *El evangelio según Jesucristo*. Inés pensó que sería un libro más de catequesis; nada más lejano de la realidad. Ese libro se volvió un arma indispensable en el arsenal rebelde que Inés usaba contra los argumentos antidisturbios de su madre.

Alma no sabía qué hacer cada vez que Inés y Fátima peleaban por temas religiosos. En una comida, la mayor de las hijas se atrevió a dudar de la existencia de Jesús y a Fátima casi le dio un infarto. No podía creer que una de sus hijas pusiera en duda 17 años de educación y casi dos mil años de historia. Alma se refugió en su recámara chillando abrazada a su almohada. Cada vez que su hermana dudaba de algo, ella también lo hacía y eso le dolía porque hacerlo era casi tan destructivo para Fátima como si le dijera de la infidelidad de su padre.

10 de la noche y Filos aún no llega. Alma se arrepiente de no haberle

dado su celular, quizá se perdió. Está con los codos sobre la mesa y las manos extendidas sosteniendo su cabeza. Mira al horizonte. Los meseros ya colocan las sillas sobre las mesas mientras La Güera pasa una rápida trapeada al suelo.
–¿Ahora no se va a ir temprano, jefecita? –interrumpe la modorra de Alma un mesero.
–No, me voy a quedar un rato más. Solo déjenme está mesa puesta, yo la recojo –La Güera no puede evitar verla de soslayo y negar con la cabeza. Cree que su amiga está mal y no sabe qué hacer para ayudarla.
15 minutos más y todos sigue como antes. La Güera le toca un hombro a Rosa para sacarla de su sosiego.
–Alma, ya nos vamos. ¿Segura que te quedas? –Alma asiente con la cabeza y da el beso de despedida a La Güera.
El escenario ha cambiado. Aunque Alma sigue esperando a Filos, la diferencia es que ya no está afuera de la casa del guitarrista, ahora está adentro de su propio restaurante. Siente calor porque está enojada. Podría aventar las cosas y romper los vidrios nada más del puro coraje al saberse plantada. ¡Cómo pudo haber sido tan estúpida de confiar en que Filos llegaría! Piensa en tomar las llaves de su carro e ir a toda velocidad a casa del músico, volverle a poner su cara de mustia y pasar de nuevo un tiempo juntos. Pero sigue ahí sentada, como si nada ocurriera. Respira profundo: uno, dos, Filos, tres, cuatro, Filos, cinco, Filos, Filos, Filos, nueve, Filos. No puede dejar de pensar en él. Se lo quiere sacar de la cabeza, lleva sus manos a su pelo y comienza a despeinarse. ¡Filos!

Inés cambió su look: empezó a usar ropa ajustada y pintar sus uñas con colores fluorescentes, además combinó el negro de su pelo con extensiones rosas y se hizo una perforación en la nariz. Eso no fue lo más grave, sus constantes salidas dejaban a Fátima con el Jesús en la boca. Había fines de semana en los que la hija mayor no llegaba y ni siquiera avisaba dónde pasaba los días, menos las noches. Por supuesto, Fátima siempre la recibía con un regaño cuando llegaba. Inés ya no hacía siquiera por encarar a su madre. Subía a su recámara y ponía música a todo volumen. Lo peor era que organizaba sus raves particulares en su recámara. Los cristales de toda la casa cimbraban al ritmo de DJ Tanith y otros pinchadiscos que llegaban de la recién unificada Alemania. La verdad es que a Rosa tampoco le gustaba tanto escándalo y debía salirse de la recámara que compartía con su hermana.
–Esa música me altera los nervios –decía Fátima a Alma.
–A mí tampoco me gusta, mami.
Alma se escapaba al Minotauro, el lugar en el que se la pasaba mejor,

en esos momentos. Le gustaba el olor a carne fresca, el ajetreo eterno del ir y venir de los meseros, las tertulias animosas de algunos comensales, las miradas tiernas de los novios y, lo mejor de todo, ver a su papá entretenido ocupando sus manos en preparar una carne y no en manosear a una mujer desconocida.

Cuando le llegó el tiempo de entrar a la prepa, Fátima tenía esperanzas de que Alma sí escucharía su consejo y entraría a una escuela aprobada por ella. Fue otra batalla perdida. Alma se interesó en entrar también a la Prepa 6, deseaba seguir los pasos de su hermana, no como un ejemplo, sino como una espía de sus movimientos. Así como vigilaba a su papá, también estaría al acecho de Inés. Ella era la única capaz de mantener el lazo familiar unido porque Fátima se perdía cada vez más en entrelazar un rosario a sus manos, rezar desde "El símbolo de los apóstoles" hasta "La salve" y confiar en que con eso todos los problemas de la familia se arreglarían. Alma trató de convertirse en un lazo real entre los cuatro integrantes de la familia. No sin decepción de su madre, Alma entró a la Prepa 6.

Entonces apareció el Caifán con sus benditos audífonos. Alma y él eran compañeros de grupo. Desde el principio le atrajo el estilo pandroso del muchacho, era algo que nunca había visto en sus anteriores escuelas en las que los obligaban a llevar el uniforme azul marino en perfectas condiciones. Alma y El Caifán se hablaban y pasaban juntos un poco de tiempo, solo un poco, no fuera a ser que desvelaran sus sentimientos. Al terminar el año, Alma exentó todas, ya no planeaba ir a la escuela y pretendía seguir su objetivo familiar. Pero Luisinho y Pez la invitaron a *una salida a Xochimilco* a la que según iban a ir todos los del grupo. Se verían en el lagartijero de la escuela a la una de la tarde. Sin embargo, como Luisinho y Pez eran muy cuates del Caifán, ella supuso que era una trampa para una cita.

Y sin esperarlo, Alma Rosa se encontró con que el Caifán le dio un diablito con el cual ayudarse a cargar aquel secreto. Cuando él le colocó los audífonos sobre sus orejas conoció el alivio y la quietud. La música de Zafio Nerón se volvió un motor y un refugio, una fogata para los sentimientos desoladores que le llenaban la cabeza, un amor para combatir su pesimismo. Años después, Alma comprendió a su madre, quizás ella siente la misma pasión y excitación al ver la imagen de Jesucristo crucificado en la iglesia que la que Alma siente al ver a Filos sobre un escenario con su lira. Siempre los ven hacia arriba, en contrapicada, con la vista al cielo y las luces sobre ellos, inalcanzables.

Un día más con sabor blanco en la boca. No importa qué sazón tenga la comida, toda sabe igual: papel mojado. Parece una vaca que solo

mastica, solo mastica. Come porque tiene que comer, no porque crea necesitarlo. Lo único que necesita no está a la mano, nunca podrá tenerlo, es escurridizo. La cara de Alma Rosa está hinchada y de color rojizo. El borde de la almohada dejó tatuada su huella sobre un costado de su rostro. Su pelo despeinado se enmaraña con el aire formando ruinas. *Esa mujer está sola*.

Se tomó unas vacaciones. Tiene días sin escuchar nada de música. Ahora la odia, trata de extirpársela ocupando su lugar con programas de televisión de aplausos huecos y risas falsas. El pulgar pulsa una vez el botón que cambia de canal: un hombre de traje negro y corbata rosa baila "Sexy movimiento" de Wisin y Yandel con una mujer de culo operado apenas cubierto por minivestido mientras los otros conductores del show aplauden y un locutor incita a la gente a que haga bulla; el pulgar oprime de nuevo esa textura de goma: Bugs Bunny viste una bata blanca y rasura con una navaja al imberbe cazador a la par que entona "El barbero de Sevilla"; la yema del dedo siente una vez más el botón azul del control: primer plano de Pedro Armendáriz con una gorra militar: *¿Y si le hubiera tocado nacer sin ninguna ventaja?, como nacieron muchas de esas mujeres…* Corte a primer plano de María Félix con los ojos pelados y la expresión combativa… *¿Qué clase de mujer hubiera sido usted?*... Corte a primer plano de Pedro Armendáriz de gesto socarrón… *¿Una mujerzuela?* Corte a primer plano de María Félix de reacción efusiva… Corte a over shoulder de María Félix propinándole una cachetada a Pedro Armendáriz; el switch de canal vuelve a entrar en acción: un bote de crema da vueltas sobre su propio eje enmarcado por un cuadro de margen roja intermitente, debajo del recuadro un número telefónico brilla. Un sello fija una estrella: *PROMOCIÓN SI LLAMA AHORA!!!!*; otro canal y otro canal, uno más después de ese que será el inicio de una cadena interminable que comienza e inicia de nuevo, no acaba jamás. Los canales de televisión pasan sin atención como los días de Alma Rosa. No importa cuánta luz haya, cuánto ruido rodee sus oídos, todo es un cuadro borroso del que no se distingue nada.

–En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo –los dedos persignados de Fátima se acercaron a la boca trompuda de Alma Rosa que se preparaba para darles un beso. La mano de la madre temblaba. Las mujeres lloraban. Se abrazaron después de la bendición. Se amarraron una a la otra, no querían soltarse. Alma sabía que había fracasado. Misión sin cumplir: su hermana huyó hacia Alemania en cuanto consiguió una beca para estudiar alemán en Berlín, le urgía vivir en el epicentro mundial de la cultura rave. Después, sus padres se mudaron a Oaxaca. La presión alta de su

papá ya no aguantaba la altura ni el estrés de la vida en la Ciudad de México–. ¿Nos vas a venir a visitar? –preguntó su madre ilusionada.
–Sí, mami –el abrazo se degradó a unas manos entrelazadas. Sus miradas se cruzaban. Alma le regaló a su madre la vista una vez más de los hoyuelos de su sonrisa. Fátima la imitó. Se soltaron.
–Ahora sí, ya está todo listo en su nueva casa, señora Fátima –El Gordo salía de la casa limpiando sus manos con un pedazo de papel.
–¡Muchas gracias! –la mamá de Alma Rosa abrazó al Gordo–. Te encargo mucho a mi hija, eh. No quiero quejas.
–No se preocupe, yo se la cuido –el ejecutivo y la chef intercambiaron miradas. Arturo y Fátima se abrazaron y permanecieron estáticos debajo del umbral de su casa istmeña y su nueva vida. Alma y El Gordo se alejaron al automóvil del ejecutivo. Antes de entrar al Toyota negro, Alma observó de nuevo a sus papás. Su mano extendida se despedía. Subieron al auto. El Gordo apretó el acelerador y Alma comenzó a llorar como si con ello pudiera corregir la tarea mal hecha: no pudo mantener a su familia unida. El Gordo trató de animar a su no novia con música de Zafio Nerón durante todo el regreso. A la mente de Rosa llegó una nueva tarea: conocer a Filos. Si ella entrare a la vida del músico, el mundo de Alma Rosa sería mejor, justo como cuando escucha su música.

Fin de las vacaciones. Hay que regresar a la terrible realidad. A la monotonía de un día más sin sabor: llegar al local, meter la llave en la cerradura de la puerta, abrirla, correr a quitar la alarma, abrir las ventanas, prender la luz de la cocina, prepararse su té verde, saludar a los cocineros que comienzan a llegar, sentarse a la mesa para tomar su té, pedir música, recibir a las primeros clientes, santiguarse en cuanto pagan, entrar a revisar cómo va todo en la cocina, pelearse por las órdenes que tardan, preguntar al cajero cómo les fue hoy, esperar a que los trabajadores salgan, poner la alarma, cerrar con llave, salir, dormir, despertar, llegar al local, meter la llave a la cerradura de la puerta, abrirla… La televisión no se diferencia a la vida.
–¡Alma! –La Güera nunca grita, por eso Alma Rosa se preocupa, algo malo debió de haber pasado. La chef no tarda en salir de la cocina para encontrarse con una sorpresa. Abre los ojos, la boca, el corazón. Filos está otra vez en el restaurante. La chef dirige la vista a la puerta, no quiere que entre pelirroja alguna que arruine ese momento. No entra nadie. Desearía correr a abrazarlo, pero no, recuerda que está enojada con él por no haber cumplido su palabra de que llegaría *mañana*. En cuanto Filos ve a la restaurantera, se deshace de la bolita de personas que ya le pide autógrafos.
–Hola –saluda el músico. Eso es suficiente para que el coraje se extinga. Alma le da un beso en la mejilla y lo abraza.

–Quedaste en venir hace como dos meses –reclama con residuos del coraje.
–Dos meses no son nada de tiempo –si Filos supiera que cada minuto era para Alma Rosa como ver completa una sesión de diputados en el Canal del Congreso no diría eso con tal desdén–. ¿Ahora sí me vas a acompañar a comer?
–Será a cenar.
–Lo que sea.
–Sí, sí quiero –*¿Te quieres casar conmigo?,* es la pregunta a la que da respuesta Alma Rosa.

Es justo como se lo había imaginado: ella riendo de los comentarios de Filos mientras él la piropea a través de las felicitaciones por tan buena comida. Alma expide felicidad intensa que se encarga de darle sendas bofetadas a La Güera, a los meseros y a todo aquel que dudaba de su salud mental. Lo que más le gusta es que la pesadumbre del músico ya no se asoma en sus ojos ni en su cuerpo derrotado. Filos se rasuró, a la chef le gusta pensar que lo hizo para verse bien para ella. El músico lleva el pelo recogido en una colita que deja asomar su cuello moreno. Alma está haciendo un esfuerzo tremendo por no abalanzarse sobre él y llenarlo de besos. Está excitada y ansiosa por encontrar el momento idóneo para apoderarse por completo del guitarrista.

Ese momento no llega, al menos no esta noche. Filos termina de comer cuando el restaurante ya está vacío, incluso sin trabajadores. Al finalizar la velada, Filos abandona el local sin despedirse aprovechando que Alma lleva los trastos sucios a la cocina. Cuando ella se da cuenta de la ausencia del músico se cuestiona lo ocurrido. ¿Filos de verdad estuvo ahí? Acaricia sus manos aún calientes por la excitación y la adrenalina. Se niega a pensar en que haya sido una ilusión. Todo fue muy real: el grito de La Güera, la gente pidiendo autógrafos a la estrella de rock, la invitación a cenar, sus risotadas, todo. Se abstrae en sí misma tratando de convencerse de que no se lo imaginó. De pronto recuerda a Norman Bates y las conversaciones que tenía con su madre ya muerta en *Psicosis*.

Ufff. No fue una ilusión, La Güera se lo confirma con una sonrisa de oreja a oreja al saludarla al día siguiente.
–Tengo que aceptar que pensé que ya estabas loca, Alma –confiesa la mesera sentada con Alma a una mesa.
–La verdad, yo también pensé lo mismo. Todavía no me lo creo –responde ruborizada la chef.
–¿Y se van a volver a ver? ¿Va a venir otra vez?
–No sé. Se fue sin despedirse –Alma baja la cabeza frustrada. La

Güera la toma de la mano y la mira fijamente. Luego se levanta para iniciar sus tareas.

Semanas después, Filos aparece de nuevo y sin aviso previo. Otra vez es de noche. En El Minotauro están nada más Alma y La Güera cantando a todo pulmón "The suburbs" de Arcade Fire mientras apuran vasos llenos de Glenmorangie 12 años sin rocas. El músico escucha desde afuera los gritos semientonados de las mujeres que no lo oyen tocar la puerta. Parecen estar divirtiéndose mucho y eso desilusiona a Filos, quien esperaba encontrarse con la actitud desesperada de Alma por él. Da media vuelta para irse y regresar en otra ocasión, más temprano y cuando la chef no tenga fiesta, cuando lo necesité a él así como él necesita a alguien en este momento.

Un grito apenas audible lo interrumpe en su camino hacia su Mazda. Al voltearse se encuentra con una Alma desequilibrada y tambaleante, fumigada. Ella trata de moverse hacia el músico pero azota al primer paso. Filos y La Güera corren para levantarla.

–Qué pena que me veas así, Filos –repite Alma una y otra vez con palabras tropezadas mientras se dirige a una silla. La Güera tampoco puede consigo. Filos se siente extrañamente sobrio acompañado de esas mujeres. No sabe qué hacer: si ser el responsable que las lleve a salvo a su casa o entonarse lo más pronto posible. Alma vomita sobre el suelo de su restaurante, La Güera apenas alcanza a recogerle el pelo negro para que no se manche. Mientras la chef ve salir de sí lo que hace unos instantes le provocaba náuseas, ve de reojo a Filos. Se siente muy apenada. Esta peda inició justo con él como tema de conversación. Alma quería vomitar su cariño por Filos, dejarlo en el suelo, tal como ahora vomita una masa espesa color madera.

–No te preocupes, Alma, ahorita te vas a empezar a sentir mejor –anima Filos.

–Gracias –responde la chef después de limpiarse la boca (igual que su madre) con una servilleta que le alargó La Güera. Ninguno de los tres quiere ver al otro, todos observan la nada y no se dan cuenta de que de las bocinas emanan los acordes de "Somebody told me" de The Killers. Filos no puede aguantar las ganas, se apropia de un vaso medio lleno que permanecía huérfano sobre una mesa y apura su contenido. Alma y La Güera sonríen: ¡la fiesta ha comenzado!

La Güera se acerca a Filos armada con una botella de whisky llena. Le sirve y le pregunta con la mirada si desea hielos. Un guiño le responde que sí. En lo que va a la hielera, la mesera baila al compás de "Take me out" de Franz Ferdinand. Filos voltea hacia Alma, quien sigue sentada, desparramada, sobre su silla viendo su vomitada. La mirada del músico llama la atención de la chef; sus ojos se cruzan. El volumen de la música es subido por La Güera, así los pensamientos

se quedarán afónicos y podrán nadar de a muertito en la rivera de alcohol. No vale pensar, solo hay que actuar sin ataduras.

"I bet you look good on the dance floor" de los Arctic Monkeys hace que Alma se levante de un solo movimiento instantáneo. Va hacia Filos, nada la detendrá ahora. Él traga saliva al verla venir, aún no está los suficientemente pedo como para cometer estupideces. Alma echa sus brazos sobre los hombros del músico, él la toma instintivamente de la cadera. Esa sonrisa tan bella de Alma Rosa hace su aparición. Filos queda deslumbrado a causa del fulgor de la mirada acompañada por la sonrisa que cuelga de ella. La chef cierra los ojos e inclina levemente la cabeza. Se acerca a Filos, siente sus labios tímidos, cálidos, cerrados con llave, les suelta un beso que él apenas responde con frialdad; hay un aroma que emana de la boca de la chef que no le late al músico. Filos se aleja de ella para apurar su vaso de whisky, quiere depurar su boca con el aroma ahumado de la bebida, Alma toma esto como una limpieza de su beso; el músico acaba con el contenido de su vaso por completo. Alma Rosa tiene otra vez aquella mirada de pena, de desilusión. Corre al baño con unas lágrimas escurriéndose por su rostro. *Oh, mother, I can feel the soil falling over my head*, escucha Filos al darse cuenta de lo incómodo que se siente en ese lugar. La Güera lo observa con reclamo antes de acudir a ayudar a su amiga.

Cuando las mujeres salen del baño ya no encuentran a Filos. Se esfumó. Alma reaparece armada con un trapeador, mientras La Güera carga una cubeta con agua y aromatizante. Ambas limpian la suciedad que quedó en El Minotauro. En unas horas hay que abrir y nadie debe notar que ahí quedaron esquirlas de un corazón roto.

No entiende qué pasó, no entiende qué le pasa desde que rompió con Sirena, aunque en realidad nunca rompieron. Bastó con ver la sombra de la pelirroja haciéndole un blowjob a un desconocido para que él diera por terminada la relación. La modelo no ha sido siquiera para hablar y dar su versión de lo ocurrido, no se ha arrastrado arrepentida a los pies del músico. No sabe nada de ella. No quiere saber nada de ella. ¿No?

En cuanto estaciona su Mazda, Filos tiene una quemazón en los dedos que debe ser curada con las cuerdas de nylon de su lira acústica. Otra vez tiene la sensación que lo obliga a refugiarse en el cuerpo curvilíneo de esa caja de cedro. Y ella está ahí, esperándolo. Siempre dispuesta para él, ella nunca lo engaña, no le miente. Filos es su mundo. Sin él, ella no es nada, solo un pedazo muerto de árbol. En las manos de ese hombre, ella es esencia de arte, una gota de agua que da vida a la vida misma.

Las yemas de los dedos de Filos recorren cada centímetro de ella con dulzura. Ella habla por él. Duele que su canto sea

melancólico, lento, casi estertóreo. Después de unos minutos probándose, todo parece haberse acomodado. Filos reinicia una línea que ya había tocado. Le gusta cómo suena ese blues muerto, solo debe ponerle las palabras correctas. Piensa en ella, en su pelo quebrado color rojo haciéndole contraste a su piel blanca. Su voz ahora inaudible mintiéndole: *te amo*. Recorre los trastes de la guitarra como si se tratara del cuerpo de Sirena. Inicia en los tobillos para subir por sus largas piernas brillosas; su cadera, su vientre plano que se eleva hasta la cima de sus senos, su cuello terso. El rostro está desdibujado, como si alguien hubiese pasado un trapo con thiner sobre una obra maestra. Los dedos repiten una vez más el riff de lira.

Increíble es que aún me despierte con tu nombre en mi cabeza,
que las madrugadas no me pertenezcan y en mis sábanas haya una batalla interna.
Las noches las dedico a rascarme el cerebro y a sudar por esa ausencia.
Tengo lágrimas secas en mis mejillas y palabras atoradas en la boca.

No creerías la profundidad de estas llagas con las que apenas vivo,
son cielos tormentosos que duelen al cerrar los ojos.
Sé que no tienen cura, estarán ahí para recordarme que no estoy loco
y que mi desgracia es un rehoyo que yo estoy cavando solo.

Imaginar, soñar, pensar y desear son verbos ya cansados en mi mente.
Amor, cariño, compañía y felicidad: sustantivos sin significado, son palabras… solo palabras.

Odio a las personas que me aman y me gusta sentir ese maltrato.
Por eso si me ves peleando con mis ideas, no las inhibas, provócalas.
Odio a las personas que me aman y me gusta sentir ese maltrato.
Por eso no creas mi saludo con el ceño, perdóname y abrázame.
Quiero saber qué siento.

Calores imaginarios de personas que me dejaron sin antes haber existido,
visitas de la muerte a mí, pero que no la tomo de la mano por temor a que también me deje.
Lo peor es que veo el futuro en mi cuerpo que sigue exactamente igual que en el pasado.
Tengo una vida aburrida escondida tras una sonrisa apestosa a furia y tristeza.
No te pido ayuda porque no la quiero, o quizás es lo que quiero que pienses que yo creo.

Increíble es que aún me despierte con tu nombre en mi cabeza,
pero creo que ya no recuerdo ni tu rostro ni tu olor ni tu voz.
Te reconozco en otras personas que hacen latir mi corazón
recordándome que aún estoy vivo,
pero sé que no olvidarte es lo que hace que todavía me levante.

Odio a las personas que me aman y me gusta sentir ese maltrato.
Por eso si me ves peleando con mis ideas, no las inhibas, provócalas.
Odio a las personas que me aman y me gusta sentir ese maltrato.
Por eso no creas mi saludo con el ceño, perdóname y abrázame.
Quiero saber qué siento.

Acerca apresurado su cuaderno para escribir la letra y las notas de la lira. Al terminar le pone un nombre tentativo a su nueva canción: "Maltrato". La toca de nuevo con la intención de que ya no le duela lo que dice, pero antes se queda dormido acompañado por la calidez de su eterna compañera.

Otro timbrazo hace que Filos deje a un lado de su diván *Sonetos de la muerte* de Gabriela Mistral. Es la cuarta ocasión que alguien toca y si hay algo que le caga es que lo interrumpan cuando lee, toca la lira o compone. Sale de su cuarto de estudio, cruza toda su casa y al abrir la puerta se encuentra con una cara conocida. Se obliga a sonreír.
–Alma, qué gusto. Pasa –al igual que aquella primera vez en que le abrió, se pega al quicio para dejarla entrar. Pero Alma Rosa no accede, no se mueve, permanece estática viendo fijamente al músico. Él ya no percibe en su mirada desesperación, ahora observa coraje–. ¿Estás bien? –de la nada, la mujer le roba un beso. Antes de que el músico pueda responder, ella se aleja. Lo mira por un instante breve, después le suelta una cachetada–. ¡Qué te pasa? –Filos se soba la mejilla golpeada. Los ojos de la chef se llenan de lágrimas. Otra vez se queda congelada. Los dos se observan con una extraña excitación disfrazada de ira–. ¡Estás loca!
–¡Por ti! –arguye Alma. Filos azota la puerta en la cara de la chef, justo como pensó hacerlo la primera vez que ella lo visitó. Como al principio, Alma vuelve a estar afuera de la casa de Filos con la puerta cerrada.

Qué pena. Le da vergüenza extrema nada más de pensar en que él la vuelva a ver. Pero Alma Rosa no quiere dejar de ver a Filos, así que cada noche se estaciona en la esquina de Fernando Montes de Oca y Atlixco, cerca de la casa del músico, y trata de atisbar un poco de lo que ocurre dentro. Lo ha visto ir al Oxxo, salir a fumar un poco de cannabis en su pipa e incluso ha podido escuchar la música que él pone. Esta noche sucede algo totalmente fuera de lo común: dos

carros se estacionan frente a la casa. De uno desciende Marenco, del otro Garrocha. La emoción inunda a Alma Rosa. Se siente como una paparazzi con la exclusiva de una reunión secreta de una parte de Zafio Nerón. Los dos músicos tocan a la puerta, en cuanto Filos abre, los tres se abrazan con efusividad. La chef se atreve a salir de su auto y cruzar la calle unos segundos después de que el guitarrista invita a pasar a sus amigos. Pega el oído a la puerta tratando de escuchar lo que ahí se dice. Lamentablemente, no oye nada.

–¿Cómo estás, Filos? –investiga Garrocha preocupado por su amigo mientras caminan por la casa en dirección al estudio del anfitrión.
–Ahí la llevo. He salido de peores.
–Oh, sí. Si lo sabremos nosotros –recuerda Marenco–. ¿Has hablado con ella? –refiriéndose a Sirena.
–¡No! Ni quiero. Pinche vieja, por mí que se vaya a parar a Sullivan –después de esta afirmación, Garrocha observa dubitativo a su amigo, como si se tratara de convencer de lo que dice–. ¿A ustedes qué tal les va con…? –cambia de conversación Filos antes de que lo sigan cuestionando.
–¿Liquid Infinite? –completa Marenco. Filos asiente. Los tres ya están dentro del estudio–. Muy bien. Vamos a tener un concierto en El Plaza y luego nos vamos a Argentina. ¿Has escuchado nuestras rolas?
–Son las que ya conocía, ¿no? –ahora es el vocalista quien asiente–. Sí y ya saben que me parecen una mierda –los tres amigos ríen en lugar de revivir viejas discusiones a causa de esas canciones–. ¿Quieren algo? Saben que pueden ir al refrigerador y tomar lo que quieran.
–No, no te preocupes. Venimos de rápido –responde Marenco–. ¿Ya te enteraste de la nueva noticia?
–¿De cuál?
–Espera. Primero hay que reunirnos. Garrocha deja su iPad sobre una mesa mientras espera que Matías Tapia conteste la llamada de Skype del argentino.
–¿Matías? –Filos se sorprende.
–Sí. En realidad nosotros tampoco sabemos de qué se trata. Aprovechó que íbamos a andar por acá, nos dijo que viniéramos a visitarte y, una vez juntos, le marcáramos. Después de hablarte en la mañana, le avisamos que como a esta hora esperara la llamada –platica Marenco en lo que toman asiento. El manager contesta. Filos, Garrocha y Marenco ven a Erick y Chaflán con su manager al otro lado de la cámara, en Los Ángeles. Después de los saludos obligados, Matías toma la palabra.
–Bueno, al grano. Sé que todos tienen cosas que hacer. Erick y Chaflán ya saben más o menos de lo que se trata –después de mirar

a los mencionados, el manager vuelve a dirigir la mirada a la cámara de su computadora para que los tres músicos que están en México lo vean de frente–. ¿Cómo empezar?
–¡Ya!, Matías –exige desesperado Garrocha.
–Bueno: en el número de esta semana de la *NME* viene una nota sobre las reuniones que se esperan para el próximo año. Hablan de Black Sabbath, The Stone Roses, Blur, los clásicos de siempre: Led Zeppelin y Pink Floyd, y… ¿quién más creen?
–Nosotros –adelanta Marenco.
–Así es. Les voy a leer lo que dice –en la cámara se ve la portada de la revista con una foto de Kasabian–: *Sin importar que la banda mexicana tiene alrededor de un año de haberse separado, el pretexto perfecto para reunirse es el festejo del 20 aniversario de su fundación. El próximo año, Zafio Nerón cumple dos décadas de carrera. El quinteto fue creado en 1992 en la Ciudad de México, sin embargo, se afincaron en Los Ángeles hasta el año 2000. Los únicos integrantes inaugurales que quedan son Marenco y Filos, vocalista y guitarrista, respectivamente. Zafio Nerón tiene cinco discos de estudio* bla, bla, bla, bla. En cuanto esta revista salió, me empezaron a saturar de llamadas y correos preguntándome cuándo se daría el anuncio oficial, cuándo iniciaría la gira y cosas de ese tipo. Lo mejor es que también me llegaron ofrecimientos de lugares hacia dónde llevar la gira. Podría ser algo grande. Muy grande… ah, y los de la disquera ya andan emocionados con lanzar el disco de éxitos, una caja conmemorativa, ya saben. ¿Qué opinan? –un silencio breve se apodera de la reunión.
–Por mí no hay problema –expresa Erick.
–A mí me gusta mucho la idea –secunda Chaflán. Ahora las miradas están puestas en los que están en la casa de Filos.
–A nosotros no está yendo muy bien, Matías –excusa Marenco.
–Lo sé. Pero también créanme cuando les digo que son cosas muy grandes. Podrían hacer la gira y luego continuar con su banda.
–Marenco, yo no tengo ningún problema en que Zafio Nerón se reúna y dejar un tiempo Liquid Infinite –anima Garrocha viendo a su compañero de proyecto alterno.
–¿Tú qué dices, Filos? –pregunta Erick. El guitarrista se rasca la cabeza antes de contestar.
–Ustedes saben lo que pienso de toda esa mercadotecnia de la disquera. Pero más allá de eso, creo que en este momento me vendría muy bien estar sobre un escenario tocando. Estoy harto de estar en mi casa –las miradas se posan sobre Marenco, quien pierde su mirada como quien se concentra.
–No sé –todos resoplan y cierran los ojos un poco decepcionados.
–Piénsalo con la almohada… o con Samantha, Marenco, ¿OK?
–OK.

–Parapetuliqui, metuliqui, petuliqui. Saca la pática, mulática, petúlica. Saca la pan, saca la pum, saca la pan, chin pum –al terminar el trabalenguas, Payola remoja su garganta con un trago de agua. Ve el reloj de la computadora que tiene a su izquierda: 17:57. Tiene tres minutos para entrar al aire. Verifica que el cable del auxiliar esté bien conectado a su iPod. Voltea la mirada a la computadora de la derecha, se sorprende una vez más de la audiencia que el Ustream Producer dice que tiene: 350 personas. Llena de nervios, exhala.

–¿Pasa algo? –pregunta su invitado.

–No, al contrario. Todo muy bien. Solo espero que no se vaya la señal –"Broche de oro" de El Personal, la rola con la que la conductora anterior terminó su programa, llega a su último compás. En el Sam Broadcaster, Payola da play a un ID que mezcla con el guitarrazo final de la canción –20 segundos y entramos–. Su invitado asiente con la cabeza. La periodista se coloca sus audífonos y abre el canal 1 de la mezcladora. Jala aire–: muy buenas tardes, sé bienvenido a la edición número 10 de este aún nuevo programa de Grita Radio llamado Kumbala. Yo soy Payola Soria y quienes tienen puesta la cámara pueden ver que nuestro flamante invitado ya está sentado aquí en la cabina. Desde la primera edición de Kumbala les prometí que habría invitados fantásticos y qué mejor forma de inaugurar esta parte fundamental del programa que con Filos, guitarrista y compositor de Zafio Nerón. Filos, un honor que hayas aceptado la invitación –hábilmente, Payola abre el canal 2 de la consola antes de que su entrevistado comience a hablar.

–Muchas gracias por la invitación, Payola. Me da gusto ser testigo de tu faceta de conductora de radio o tele, o de lo que sea que se trate esto –Payola ríe con esa risa que tiene enamorados a muchos de sus radioescuchas.

–En las siguientes dos horas vamos a platicar de todo, ¿no? –Payola señala un poco amenazante con el dedo índice a su invitado, quien se limita a asentir con la cabeza–. ¿Sí van a venir los otros zafios?

–No, nada más estaré yo. Erick y Chaflán siguen en Estados Unidos, y Garrocha y Marenco están en ensayos.

–¡Qué mal! Garrocha me prometió que haría lo posible por estar acá. Pero bueno, ¿te parece que primero escuchemos una canción y luego empecemos a platicar del esperado regreso de Zafio Nerón?

–¿Qué vamos a escuchar?

–Como en sus conciertos, hoy abrimos con "Basca blues" –la conductora que también la hace de su propia operadora cierra los micrófonos al tiempo que da play a su iPod y abre el canal donde está conectado el auxiliar. A través de la cámara que vigila todos los movimientos de la cabina, los ahora 400 escuchas pueden ver a

Payola y Filos reír amistosamente sin poder escuchar la razón de su alegría. Ellos platican de cómo la periodista se mudó de estación. La entrevista reinicia al terminar la rola:

–Hace dos semanas dieron a conocer el anuncio oficial de su regreso por medio de su sitio oficial. ¿Qué más me puedes decir sobre esto, Filos?

–En realidad tengo prohibido contar los detalles. Para eso, tengo entendido que a ti y a todos tus colegas ya les llegó la invitación de la conferencia de prensa.

–Ajá. Es la próxima semana. Supongo que ahí nos dirán fechas y todo lo importante, pero platícame cómo se dio, por qué se animaron… –Filos comienza a contar a grandes rasgos la reunión en su casa y la primera actitud reacia de Marenco. Al paso de los minutos, Payola, Filos y los ahora 500 escuchas, entre los que se encuentra Alma Rosa, disfrutan de una entrevista que aborda experiencias de cuando Payola vivía con los músicos en el departamento de Gardena, giras, grabaciones y algunas anécdotas dignas de trivia. Casi al final del programa, Payola toca una de las rolas insignia de la banda:

–Nos queda media hora de programa y 10 se nos van a ir en la próxima canción. Espero que los otros 20 minutos sirvan para que nos expliques lo que sucedió en el Vive Latino, Filos. A todos todavía nos queda la duda de por qué abandonaron el escenario después de "Asunción" –el guitarrista asiente una vez más mientras las primeras notas de esa rola comienzan a sonar:

Ese borrego quiere ser una nube,
andar por el cielo y arrear al rebaño,
tocar las montañas con su sombra.
Ese borrego quiere ser una nube.

Quiere sentir su lana blanca y blanda
con el viento como vehículo;
sentirse libre, sin destino,
su única obligación: verse lindo.

La tristeza lo pondrá gris,
llorará a montones;
su berrido asustará a los niños.
Ese borrego quiere ser una nube.

Para sus compañeros es un loco,
Ven con nosotros*, le dicen.*
Para el pastor es un disidente,
un animal desobediente.

Ese borrego quiere ser una nube,
no quiere ser trasquilado,
desea tejer con su lana
un vestido nublado.

Una madrugada,
guiado por las estrellas,
viajó hacia la nada
sin sus cosas y sin reservas.

Guardaron silencio en su grey,
no recordaban haberlo exiliado.
Ese borrego quiere ser una nube*,*
recordó el viejo rey.

Camina solo, no tiene prisa.
Ese borrego es un ostracista.
Pierde el aire cuando alza la vista
y ve jugando a las nubes con la brisa.

Ese borrego quiere ser una nube,
no quiere ser trasquilado,
desea tejer con su lana
un vestido nublado.

Un grupo de aves da vueltas sobre él, luego aterriza.
Parece que tenemos un cordero trashumante*.*
El borrego niega con la cabeza,
Yo solo quiero seguir adelante.
Se arrodilla y les suplica:
Llévenme con ustedes, por favor, es lo único que quiero.

Las aves se consultan con la mirada,
se toman su tiempo.
Minutos después le regresan su sonrisa al borrego.
De pronto, las pezuñas del borrego se elevan.
Por primera vez en su vida no siente nada debajo de ellas.
¡Súbanme! ¡Más!
El borrego llora, ve caer sus lágrimas en terreno fértil.
¡Llévenme hasta donde nadie ha llegado jamás!
Quiero encarar al sol y jugar con el conejo de la luna.
¡Arriba! ¡Arriba! ¡Todavía más!
¡Más alto! ¡Hasta el penacho más alto del mundo!
El borrego está en el cenit de su gloria.
Ríe, ríe, ríe. Llora.

Una sombra inmensa envuelve al rebaño,
el pastor voltea hacia arriba,
los borregos lo imitan sin temor al regaño,
solo ven el cielo aborregado.
Bajan la cabeza sin darle importancia,
siguen comiendo como si él no pasara.

Ese borrego ya es una nube,
se siente feliz en el cielo,
se regocija con el viento
ahora que no necesita aliento.

–¿Crees que "Asunción" sea el himno de Zafio Nerón? –indaga Payola al regresar de rola.
–No lo sé. Es un caso curioso. Por su duración no podía ser sencillo, además tampoco permitía hacerle una edición para radio por la narrativa de la letra. Pero es una rola que no puede faltar en vivo –responde Filos.
–Pero se hizo muy famosa por todo el problema del supuesto plagio, ¿no?
–Ah, ni me lo recuerdes.
–Para quien no sepa, poco después de que salió *Ser humano desechable*, disco en que viene esta canción, comenzaron los rumores de que "Asunción" era un plagio de "Birdland" de Patti Smith. En YouTube pueden ver videos comparando las dos rolas. El supuesto plagio era en música y en el sentido de la letra, ¿no es así?
–Lo peor era que esas acusaciones ni siquiera venían de Patti, sino de algún chavito que no tenía nada mejor que hacer y que no sabe nada de música. Las melodías sí son similares, pero están en tonos diferentes. Y lo de la letra, bueno, eso era lo más risible. Decían que era porque en ambas los protagonistas piden que alguien los eleve. Es absurdo, en la letra de Patti, la transformación se da por otra razón. En "Asunción", el borrego es una especie de Juan Salvador Gaviota. Lo único bueno fue lo que decías: la canción se dio a conocer.
–Bueno, regresemos al tema, recordemos un poco del Vive Latino en el que ustedes no terminaron su presentación, el de 2009: ustedes estuvieron el domingo en el escenario principal. Si no mal recuerdo, salieron después de La Gusana Ciega y antes de División Minúscula –Filos asiente con la cabeza–. ¿Por qué no cerraron el festival? Es decir, tocar al último.
–Porque no quisimos –contesta lacónico el guitarrista.
–Bueno, en cuanto salieron todavía había un poco de luz de día y yo calculo que había, fácil, 80 mil personas esperándolos.
–Sí, se veía lleno.
–Entonces, salieron y, como siempre, iniciaron con "Basca blues",

luego siguieron “Fortaleza de papel” y “Muchacha de ojos endebles”. Al terminar, fue turno de “Asunción”. Filos, ¿por qué se bajaron al terminar esa rola? Les quedaban unos minutos de su set. ¿Qué pasó? Todo iba muy bien.

–Por eso, porque todo salió muy bien. Fue perfecto. Sonará mamón, pero el momento fue mágico. Como nunca, las entonaciones y los movimientos de Marenco fueron emotivos, además, todos sonamos muy bien. Eso no fue todo. ¿Recuerdas que pasó?

–Llovió, ¿no?

–Ajá. Pero antes, con esa rola, al menos nosotros desde el escenario veíamos al sol esconderse detrás del Palacio de los Deportes. Era el ocaso y había esa luz especial de esa hora del día. Imagínate eso desde nuestra posición: frente al sol que se ocultaba, por así decirlo, en el mar de gente. Además no era solo la imagen, ese *mar*, toda esa gente, estaba coreando cada sílaba de Marenco, no como en otras canciones en las que repiten solo las últimas palabras de los versos. Acá, de verdad se sabían a la perfección la letra. No solo la cantaban, la sentían. Veía en sus caras que lo disfrutaban. Y, puta, Marenco, neta que se lució ese día. Desde que grabamos “Asunción” me dijo que se puso a ver otra vez videos de Peter Gabriel en su etapa de Genesis porque sabía que podía actuarla de algún modo. Ahí lo logró. Juro que por poco se eleva como el borrego. Conforme la rola fue avanzando, en el cielo se empezaron a juntar muchas nubes, como un rebaño, el cielo se aborregó, como dice la canción. Mira, lo recuerdo y hasta se me pone la piel chinita –interrumpe el relato–. Y justo en una de las partes más especiales de la rola, tanto en la letra como en la música, cuando Marenco dice: *ríe, ríe, ríe. Llora*. Empezó a llover, Marenco se quedó estático y abrió los brazos; como respuesta, la gente lo imitó, como si fuera una ola o especie de plegaria. Sé que tú y todos los que estuvieron ahí no me dejarán mentir. Se sintió una vibra muy especial, la gente no paró de cantar, ni siquiera se movieron por la lluvia. Siguieron ahí como si nada pasara. Sus rostros mojados, sus cuerpos apretados por la multitud, el calor que tuvieron que soportar antes, nada de eso importó. No sé cómo describir ese momento. Un poco parecido a un orgasmo, algo así. Al terminarla de tocar, sabía que no podíamos superar eso… ¡Ah! ¡Ya sé cómo qué se sintió! Como el final de *El perfume* de Süskind. Ese momento colectivo en el que todos se hacen uno mismo; algo muy emotivo. Nunca antes había sentido eso sobre el escenario. Por eso me bajé. Luego nos empezaron a corear lo de culeros y hubo algunas bronquitas en el público. Entiendo a la gente que se enojó porque no tocamos más tiempo, pero simplemente no podía ser. Al siguiente día hice algo que nunca hago: leer las notas y las crónicas de nuestros conciertos. Todos y, déjame ser sincero contigo, hasta tú, Payola, le dieron más

importancia a que nos bajamos del escenario. Su miopía no les permitió hacer una crónica en la que se mencionara la comunión que se sintió, lo de la lluvia lo mencionaban como un hecho aislado, no como parte esencial del instante. Yo que lo sentí como uno de los momentos más especiales de mi vida y en las notas no había ni un asomo de eso. Me decepcioné. Los cinco pensamos igual: fue una anécdota inolvidable en nuestra carrera. Después me di cuenta de que no éramos los únicos que pensábamos así. Un día Marenco me enseñó un video de YouTube y en los comentarios había gente que recordaba esa experiencia casi religiosa.

–Guau, ahora que lo dices. Sí recuerdo que fue muy especial y me arrepiento de no haberlo puesto en mi nota. ¿Y por qué nadie lo decía? Muchos de los rumores de su separación iniciaron desde ahí.

–Sí, lo sé. No lo dijimos porque lo queríamos guardar como nuestro secreto. Pensábamos que para todos lo demás lo importante fue nuestra salida, así que para qué perder energías explicándoles otra cosa. Ahora te lo cuento porque uno de mis deseos de esta gira que estamos a punto de iniciar es que vuelva a sentir eso, que pase algo parecido.

–Filos, gracias por compartir esto aquí, en este lugar y con nosotros, de verdad. Pero te tengo la mala noticia de que ya se terminó mi tiempo. Nos queda espacio para una canción, ¿con cuál te gustaría cerrar?

–Hubiera estado bien cerrar con “Asunción” –ríe el músico–. Se me ocurre “Filosofía de bar”.

–Bueno, la edición 10 de Kumbala ha llegado a su fin. Gracias por haber escuchado esto, –la locutora dirige la mirada al músico– Filos, te vuelvo a agradecer tu tiempo y te reitero la invitación para que nos vuelvas a visitar, sabes que esta es tu casa –ahora regresa la vista a la cámara que está dentro de la cabina–. Y a ti que estás al otro lado de las bocinas, te espero mañana. Yo soy Payola Soria. Linda noche.

Atlixco luce tranquila en esta noche fría de enero, el único ruido que se aprecia es el *hay tamales oaxaqueños, tamales calientitos* que se aleja. Como ya se ha hecho costumbre, Alma Rosa está afuera de la casa de Filos en espera de que el guitarrista regrese de la entrevista con Payola; *quizá llegue un poco tarde*, piensa la chef no sin que un ligero ardor de celos le recorra las venas al pensar que la periodista puede disfrutar de tener cerca a su ídolo. La fantasía de Alma es interrumpida al ver el Mazda del músico hacer su aparición. El guitarrista clava el automóvil para meterlo a su cochera y en cuanto baja para abrir la reja escucha una voz de pedregal.

–Filos… –él conoce esa voz y no quiere dirigir la mirada hacia quien lo llama. Cierra los ojos. Del otro lado de la acera, los celos de Alma

Rosa ya no son un ligero ardor de celos, sino que su sangre hierve de envidia–. Bonita entrevista.
–Gracias –contesta desinteresado el músico aún sin dirigirle la mirada a su interlocutora.
–¿Me perdonas? –suplica Sirena con voz arrepentida, da un paso hacia Filos. Él cierra los ojos con la esperanza de convencerse de que la voz que escucha es producto de una fantasía y que la pelirroja no está ahí. Sirena da un paso más. Filos huele otra vez el aroma de ella que tanto trabajo le costó borrar de su ropa y su cama. Al otro lado de la calle, Alma Rosa permanece petrificada. No sabe si acudir en ayuda de Filos para enfrentar a Sirena o quedarse espiando la escena–. Te extraño –ahí es el acabose. El músico voltea hacía ella. Sirena luce devastada y a pesar de ello está hermosa. Su pelo rojo está despeinado, algo poco común en la modelo. Pero es su rostro lo que más impacta a Filos: sus pupilas parecen ser el fondo profundo de un pozo de lágrimas inacabables que escapan arrastrándose lastimosamente por su piel blanca; las sombras de las lágrimas dejan huellas negras en sus mejillas. Siente lástima por ella. Niega con la cabeza y Sirena siente frío al pensar que no la perdonará.
–¿Por qué habría de creerte? –pregunta con voz entrecortada Filos.
–Porque estoy aquí. Nunca había hecho esto.
–¿Y lo otro sí lo habías hecho? –Sirena no responde. Cierra los ojos. Su gesto se descompone en mil dunas.
–Te amo –susurra. Filos se enoja. Le da la espalda.
–¡No! ¡Ahora no me vengas a decir esto! –acompaña con aspavientos. La encara–. ¿Sabes cómo me sentí? ¿Tienes idea del trabajo que me costó convencerme de que ya no estarías aquí? Y ahora, después de meses, vienes.
–¿Todavía me quieres? –el músico es quien no responde en esta ocasión. Prefiere dirigir la vista al suelo–. Filos, si estoy aquí es porque quiero estar contigo. Yo también he estado muy mal. Contigo estaba bien… muy bien –recuerda arrepentida viendo a la nada.
–¿Y entonces? –cuando Filos levanta la vista, Sirena observa los ojos cristalinos del músico a causa de las lágrimas. Se ve reflejada en él, tan frágil. Aunque Sirena rompe en llanto, no se vence; abre los brazos.
–Filos, ¿me abrazas? –por un momento que a Sirena le parece eterno, lo único que se queda entre sus brazos es el viento gélido de la noche que acarrea hojas secas de los árboles. Pero en un segundo todo cambia. Filos se envuelve a ella, Sirena se envuelve a él. Derraman sus lágrimas juntos.
Al otro lado de la acera, Alma Rosa clava sus uñas en las vestiduras de su auto.

||: RIFF VIII :||

Uno de los salones del Hotel St. Regis de Reforma luce repleto de gente con cámaras fotográficas o de video, otros van armados con un micrófono adornado con el logo de un canal de televisión, algunos más con una grabadora de reportero que les servirá para precisar la información que escribirán a la vuelta de las hojas del press kit o en su iPad.

Poco común pero atractivo: Zafio Nerón ofrece su primera conferencia de prensa desde su desintegración. A los reporteros les llegó una invitación que no dejaba claro el objetivo de la cita; ya todo mundo sabe del regreso y espera que esta mañana de enero en que las redacciones de espectáculos necesitan una noticia caliente se den todos los detalles. Algunos de los asistentes platican animosamente de lo que se perdieron en el concierto de anoche, varios comen del catering y uno que otro redacta la nota pendiente de ayer. Aunque la cita es a las 11 y son las 11, todos saben que las conferencias inician tarde.

El de *Milenio* trata de ligarse a la chava que viene de *Rolling Stone* internacional.

–Es la primera vez que me encuentro a alguien de la *Rolling* en algo de aquí –filtrea con el pésimo inglés con el que entrevista a bandas anglófonas el del diario. La corresponsal prefiere sonreír y girar la cabeza a otro lado tratando de evitar al encimoso.

Payola entra al salón confiada en que la conferencia no ha iniciado sin ella. Al ver que todos continúan en su receso de la chamba, decide coger unas galletas del catering y servirse un cafecito antes de sentarse. Si no come algo ahora, puede que en alguna de las otras órdenes de trabajo no tenga esa posibilidad.

La última vez que fue a una conferencia de Zafio Nerón fue para la presentación de *Ñ,* cuando todavía vivía con ellos en Los Ángeles. No deja de causarle variedad ver que allá y aquí el ritual previo a una conferencia de prensa es el mismo: los camarógrafos de tele peleándose el centro de su entarimado colocado hasta atrás del salón para tener el mejor ángulo, los periodistas de radio colgando el micrófono en las bocinas del sonido local para guardar el audio de la conferencia, los reporteros escritos dejando sus grabadoras en la mesa donde se sentarán los cinco músicos.

Payola toma asiento en la penúltima fila, nunca le ha gustado estar hasta adelante, además sabe que después le podrá sacar más información a Marenco o Garrocha en caso de que Filos no suelte prenda. Igual le emociona la reunión. Es tan fanática de esa banda como cualquiera de los chavos que se desgañitan en los conciertos al corear la voz de Marenco. Sorbe un poco de su café y prende su iPad.

Ve de reojo que se le acerca El GarRafas.
–Pensé que tú les habías organizado esto –asegura el hombre obeso de voz impostada y pelo largo, locutor de *Universal Stereo*.
–No, esto ya es por cuenta de su gente.
–Muy buena tu entrevista del otro día, creo que ha sido la mejor que te he escuchado en mucho tiempo.
–¡Claro! Ya quisieras hacer entrevistas como las mías –ríe Payola acompañada por el coro del también locutor.
–¿Tienes algo después de esto?
–Los de Sony van a hacer una presentación de los discos que van a sacar los próximos meses.
–Discos gratis, me encanta eso.
–Odio mi trabajo –asegura con sarcasmo la periodista.
Sin presentador, sin espectáculo, sin bombo ni platillo, sin grandes bienvenidas, Erick, Garrocha, Chaflán, Marenco y Filos aparecen en la plataforma del salón. Los acompaña un traductor que a nadie llama la atención. Las cámaras fotográficas inician su propio concierto con los flashes que inmortalizan ese instante. Sus ejecutores gritan: *Filos, por acá; Muy bien, ya tengo enero, ora una pa' febrero; ¡Marenco!, ¿te puedes quitar los lentes?; Gózala, Garrocha, gózala; ¿Se puede una abrazados?; La cámara es tu amiga, Chaflán; A ver, pajarito, pajarito;* ellos gozan de su algarabía particular, se esconden en la mirilla de su cámara y la masa amorfa que producen para bromear sin temor a represalias. Deben aprovechar este momento en el que pueden divertirse un poco porque puede que en la tarde les toque cubrir un incendio, a unas lobukis de Polanco en la fiesta pirrurris de presentación de un vino o chutarse un informe aburrido en una secretaría de estado.

Hay un silencio breve cuando los cinco músicos toman asiento. Filos está colocado hasta la orilla, se nota que le cagan este tipo de obligaciones y prefiere estar en un lugar donde tenga la salida cerca. A su izquierda está Chaflán, sonriente y viendo algunas caras que apenas le dejan distinguir las luces que pusieron los de televisión; a su izquierda está Marenco mandando besos a las reporteras y abrazos a los periodistas que reconoce; a su izquierda está Garrocha abriendo su botella de plástico para tomar un poco de agua; a su izquierda está Erick apagando su celular para no ser interrumpido durante los siguientes minutos, se coloca el smartphone en la bolsa de la solapa del saco. Finalmente está el traductor. Los músicos se voltean a ver como cuando están a punto de iniciar un concierto, solo que ahora sus manos no tienen nada que tocar, por eso juegan con ellas o con algún objeto que tengan cerca.
–Bueno, amigos de la prensa, sean bienvenidos a la conferencia de Zafio Nerón. La dinámica será la siguiente: pasaremos de inmediato a

la ronda de preguntas y respuestas para tener un poco más de tiempo con el fin atender a todos los medios posibles. Así que si gustan comenzar –el traductor pasa la estafeta al vocalista de la banda.
–Llenamos –bromea Marenco viendo los ojos verdes de la modelo-reportereja de *Tv Azteca* para ver si así provoca su risa y puede ver saltar sus senos a través del escote–. Ya escucharon la mecánica, tropa –agrega con tono profesional dirigiéndose a la multitud de periodistas–, los siguientes minutos seremos todos suyos. Vamos directo al grano, sabemos que tienen preguntas, así que disparen –simula con el dedo pulgar de su mano un tiro al aire. De inmediato, una oleada de brazos levantados y yos y aquís se abalanzan. El vocalista le da la palabra a una mujer joven de lentes.
–Carolina Mendieta de *Warp*: ¿por qué estamos aquí? –ríe antes de terminar la pregunta al igual que muchos de sus colegas.
–Porque es tu trabajo, pelotuda –responde con buen humor Garrocha para provocar más risas.
–No, bueno, es que sabemos que se reúnen, pero cuál es objetivo de esta conferencia –se defiende la joven–. ¿Van a dar las fechas de la gira?
–Muy buena pregunta, podemos empezar por ahí –serena Marenco–. Efectivamente, les venimos a presentar las fechas de la nueva gira. Como son 20 años, haremos 20 fechas. ¿Ya tienen listo el video? –el vocalista se dirige al staff de producción de la conferencia. Los aludidos asienten con la cabeza–. Los invitamos a ver este video –anuncia dirigiéndose a los periodistas.
Las luces bajan en fade para que una pantalla localizada atrás de los cinco músicos se vea. El video comienza: un joven con una playera estampada con una Z sobre una N se graba a sí mismo con la cámara de su celular. Está en las escalinatas del Ángel de la Independencia: *16 de junio de 2012- Estadio Azteca*. La bulla en el salón del hotel no se hace esperar. A Payola y muchos de sus colegas se les pone la piel chinita de solo pensar en un concierto de Zafio en el Coloso de Santa Úrsula. El video continúa con una joven de pelo negro y chino caminando junto a la Minerva. También se graba con su celular. *18 de junio- Estadio 3 de marzo de Zapopan, Jalisco.* Una a una, cada sede y fecha es desvelada por los propios fanáticos de la banda. Al final del video de 5 minutos, las grabadoras, cuadernos, micrófonos y cámaras de televisión ya tienen registradas las 20 fechas:

16 de junio – Estadio Azteca (México DF)
18 de junio – Estadio 3 de marzo (Zapopan, Jalisco)
19 de junio – Arena Monterrey (Monterrey, Nuevo León)
21 de junio – Staples Center (Los Ángeles, Estados Unidos)
23 de junio – United Center (Chicago, Estados Unidos)

24 de junio – Madison Square Garden (Nueva York, Estados Unidos)
27 de junio – Centre Bell (Quebec, Canadá)
30 de junio – 02 Arena (Londres, Inglaterra)
03 de julio – Palau Sant Jordi (Barcelona, España)
06 de julio – L'Olympia (París, Francia)
08 de julio – 02 World (Berlín, Alemania)
11 de julio – Stadio Giuseppe Meazza (Milán, Italia)
13 de julio – Shangai Grand Stage (Shangai, China)
16 de julio – Tokyo Dome (Tokio, Japón)
17 de julio – Rod Laver Arena (Melbourne, Australia)
21 de julio – Estadio Nacional de Chile (Santiago, Chile)
24 de julio – Estadio River Plate (Buenos Aires, Argentina)
28 de julio – Parque Olímpico Cidade do Rock (Río de Janeiro, Brasil)
29 de julio – Estadio Atanasio Girardot (Medellín, Colombia)
31 de julio – Tribuna Antiimperialista (La Habana, Cuba)

–Mike Gorki de *Reuters*: me llama la atención la fecha de Cuba. Será su primera vez, ¿no es así?, ¿qué esperan de ella?
–Sí. Es toda una incógnita. Pocas veces una gira, del músico que sea, del género que sea, va para allá. Al menos yo nunca he ido, ni siquiera de vacaciones –Marenco voltea a ver a sus compañeros que también niegan con la cabeza–, así que creo será una sorpresa para todos.
–Marina Herrero de *W Radio*: ¿para la fecha del Estadio Azteca abrirán todas las gradas o solo será una parte?
–Hemos pensado robarle a U2 su escenario que gira –la broma de Garrocha causa algo de jolgorio– pero no creo que lo logremos, así que como no tenemos escenario que gira, habrá una parte que no se abrirá… a menos que quieran vernos el culo toda la noche.
–Mauricio Solís de *El Universal*: tomando en cuenta que es una gira de celebración, ¿tienen pensado invitar a alguna fecha a Yuca, Chava y… –como si pidiera permiso para pronunciar el próximo nombre, el reportero mira a Filos que mantiene la vista en el techo del salón sin ocultar su desinterés por la conferencia– a Blanco? –al igual que el reportero, los cuatro integrantes de Zafio miran a Filos, quien levanta la ceja. El único que se anima a hablar es Marenco.
–Es buena idea. Podría darse.
–A Blanco definitivamente no –interrumpe Filos–. Siguiente pregunta.
–David McKenzie de *NME*: ¿grabarán DVD de esta gira?
–Aún faltan algunos detalles para cerrar eso, pero es muy probable que sí. Ustedes saben que es rara la gira actual que no registra los conciertos. Lo que sí está confirmadísimo es que… –Marenco hace un silencio de suspenso– la fecha del Madison será transmitida en vivo por YouTube –los ojos de casi todos los asistentes se abren en su

totalidad por la sorpresa. Algunos aplauden.
–Ramiro Cruz de *Ventaneando*: Filos, hay rumores de que ya regresaste con Sirena, ¿es cierto? –el guitarrista fulmina con la mirada al reportero de voz afeminada que lo cuestiona.
–Ya esperábamos algo así. Qué bueno que pasa –responde Marenco–. Ni Filos ni nadie de nosotros va a responder ese tipo de preguntas–. Marenco ya está dando la palabra al siguiente periodista cuando Filos espeta:
–A ver, cabrón –dirigiéndose al de *Ventaneando*–, ¿quién eres tú para preguntarme de mi vida privada?
–Eres una persona pública, Filos –responde con bizarría el increpado.
–Tú también porque sales en la tele, ¿no?, pero a nadie le importa tu pinche vida.
–Ya, Filos –calma Chaflán.
–Jennifer Guthrie de *Rolling Stone*: ¿tendrán grupo telonero?
–Sí, hay un músico hijo de mexicanos nacido en Estados Unidos que toca blues muy sucio. Se llama El Diletante. Es algo así como un Bob Dylan del siglo XXI.
–Froylan Mas de *Indie Rocks!*: serán la primera banda mexicana que podría llenar el Estadio Azteca, ¿qué se siente?
–Será todo un orgullo. Aunque es una lástima eso que nos dices, que seamos la primera banda mexicana que podría llenar el estadio más importante de… México, hasta suena incongruente, ¿no? A estas alturas ya era para que hubiera muchas bandas nacionales que llenen el Azteca y no esperarnos a que venga U2 con su escenario que gira –Marenco voltea a ver sonriente a Garrocha.
–Gary Butter de *Spin Magazine*: ¿hay posibilidad de que alarguen la gira?
–No es la intención. Tratamos de visitar los lugares más significativos y en muchos de ellos ya hemos tocado y habrá algunos nuevos, por ejemplo, Cuba. Como pueden ver –Erick extiende su brazo a sus compañeros para señalarlos–, no hay fractura entre nosotros y seguramente seguiremos tocando juntos. Esta es simplemente nuestra fiesta de 20 años. Después vendrán más.
–Michael Bravo de *Billboard*: ¿planean disco nuevo?
–No hemos entrado al estudio, pero Filos, ya saben cómo es, tiene nuevas rolas. Será cosa de tener un tiempo libre y grabarlas.
–Mayra Moheno de *Marvin*: desde el año pasado hay rumores de que podrían estar en Vive Latino, ¿qué hay de eso?
–Pues no nos han invitado. Igual no es nuestro plan entrar a un festival por ahora.
–Aurora Mallo de *AP:* Garrocha, Marenco; su proyecto alterno está funcionando, ustedes sí estarán en Vive y en Primavera Sound, ¿qué pasará con él?

–Lo dejaremos descansar –Marenco abre la botella de agua que tiene enfrente provocando una pausa en la que el silencio se apodera del salón–. La casa grande es la casa grande y hay que atenderla. Vive y Primavera serán las últimas tocadas por ahora de Liquid Infinite.
–Ismael Calzada de *Radio Fórmula*: Filos, no respondiste la pregunta sobre Sirena –Filos golpea la mesa y niega con la cabeza. Se pone de pie y baja el cuello para alcanzar el micrófono colocado sobre la mesa: –Ustedes no entienden, ¿verdad? –el guitarrista desaparece entre la oleada de flashes que los fotógrafos ejecutan para captar el momento en que Filos abandona la conferencia.
–Íbamos bien. Gracias –manifiesta enojado Marenco–. Qué mal, por unos pocos pagan todos. Gracias a los que sí vinieron a hacer preguntas interesantes. Esto ya terminó –el vocalista y sus tres compañeros restantes se ponen de pie y salen del salón entre las súplicas de algunos reporteros que claman por la presencia de los músicos. El traductor explica en inglés lo ocurrido a los reporteros anglosajones que permanecen con cara de WTF?
–¡Pinches víboras! –reclama a los de la prensa del corazón El GarRafas. Pero al grupito de aludidos se les resbalan los insultos y recriminaciones. Están satisfechos, ellos ya cumplieron con su chamba. Sus camarógrafos captaron el momento en que Filos los insultó y será cosa de curarse en salud al redactar la nota y editar el video.
Matías Tapia estuvo atento a la conferencia todo el tiempo. Recibe a Filos tras bambalinas con unas palmadas en la espalda.
–Pinches maricas –rumia Filos.
–Y todavía bien indignado el güey –Matías se coloca una mano en la cadera mientras arremeda con movimientos afeminados al último reportero–: oye, Filos, no respondiste la pregunta de mi picador –Matías estalla en carcajadas que provocan una sonrisa del músico, quien ya está sentado en un sillón, mientras unos brazos lo entrelazan por detrás el cuello y una boca le da un beso tronado en la mejilla.
–Van a tener que salir separados, Sirena, si no les van a dar más cuerda –recomienda el manager a la modelo.
–Esos güeyes valen pito –responde Filos mientras Garrocha, Marenco, Chaflán y Erick hacen su aparición igual de emputados que el guitarrista.

Suena “Amaneceres” de Los Músicos de José en El Imperial. Después de la conferencia se armó una especie de after party para celebrar el anuncio del nuevo tour. En una de las mesas platican Matías, Garrocha, Chaflán, Erick, Marenco, Samantha Winegarden, Payola, Sirena y Filos.
–Aquí nos conocimos –le presume Sirena a Samantha su primer

encuentro con el guitarrista–. Ya sabes, andaba bien apático, ya hasta se iba a ir.
–¿Filos? No te creo –ironiza la ahora esposa de Marenco.
–¿Siempre ha sido así?
–Desde que yo lo conozco, sí.
–Y también desde que yo lo conozco –se mete a la plática Payola. Las tres ríen. De ellas, la que más cocteles de vodka ha apurado ha sido Samantha, quien ya comienza a soltar la lengua.
–¿Y qué tal era con las mujeres? ¿Se le acercaban muchas? –pregunta la modelo a Winegarden.
–Esa pregunta te la puede responder mejor Payola –Samantha echa la bolita a la mencionada. La periodista se pone colorada. No sabe si Filos le ha platicado a Sirena de los viajes en el Zafiomóvil cuando cruzaban todo Estados Unidos y ellos se sentaban juntos.
–¡Qué? ¿Anduviste con Filos? –se interesa Sirena. El volumen hace que todos los de la mesa las volteen a ver. Payola se apena más y no responde, así que la modelo voltea a ver a Filos–. ¿Anduviste con Payola?
–No, no anduvimos.
–Sabes que me puedes contar –asegura la modelo como una invitación a que le relaten la historia.
–Es que no hubo nada. Nos acompañábamos, y hasta ahí –Filos soslaya los ojos de Sirena para encontrarse con los de Payola.
–Sí, Sirena. Pero te aseguro que entre Filos y yo no hubo nada.
–Más les vale. Si no, ya sabes –Sirena hace movimiento de tijeras con sus dedos mientras mira la entrepierna del músico. El ambiente de la mesa se alegra más, pero no tarda mucho en tornarse un poco incómodo.
–Ya que estamos en esas… –anuncia Samantha– ¿No te da miedo encontrarte a La Pietra ahora que vayan a Milán, Filos? –Marenco sabe de lo inoportuno de la pregunta de Winegarden y le dirige una mirada que sirve de rienda. Se hace un silencio, incluso el funk emanado de las bocinas parece haber perdido el volumen. Todos saben lo nefasto de aquella historia y prefieren no recordarla.
–¿La Pietra es la italiana que…? –todos asienten antes de dejar terminar su pregunta a Sirena.

Cuando cruzaron miradas por primera vez, Filos agachó la cabeza. No creía que aquellos ojos azules hermosos lo observaran con tanto deseo. Él estaba afuera de los camerinos conviviendo con gente de M83 y Cake. En tanto, Primus lucía sus mejores notas en el SBC West Stage del Lollapalooza 2005. Aún faltaban algunos minutos para que Zafio Nerón se estrenara en uno de los festivales más importantes del mundo y Filos pasaba el rato bebiendo Bud Light.

Desde que vio a esa mujer estilo chica ye-ye no pudo quitarle la vista de encima. Ella estaba también en camerinos, lamía una paleta a la par que reía de los comentarios de unos chavos de staff que trataban de ligársela, ella apenas les hacía caso, lucía más interesada en ruborizar al músico mexicano. Filos soslayaba su mirada a través de John McCrea; el frontman de Cake también le servía como barrera para esconderse del acecho de la chica ye-ye. Sus miradas se encontraron por segunda vez, Filos nuevamente agachó la cabeza. La carcajada de la mujer se escuchó hasta donde estaba el músico, eso lo incomodó. Decidió regresar a su camerino para preparar los detalles de la actuación.

Ya sobre el escenario, Zafio Nerón demostró que no era una banda improvisada como algunos críticos atacaron, se ganaron el cariño del público y no faltó quien los declaró como una de las mejores presentaciones del festival. La banda mexicana entregó todo de sí. Un reseñista de la *Rolling Stone* comparó lo que recién vio en Chicago de la banda mexicana con la soberbia actuación de Carlos Santana en Woodstock.

Al bajar del escenario, Filos, Garrocha, Marenco, Erick y Chaflán no podían creer la vibra que se sintió en los 45 minutos que duró su concierto. Otros músicos los felicitaron de inmediato al tiempo que les destapaban unas chelas, pero la satisfacción de los cinco músicos era más embriagante.

La mezcla de emoción, adrenalina y excitación hicieron sentir a Filos que era el momento adecuado para fumarse un churro que cerrara la efeméride con broche de oro. Ninguno de sus compañeros de grupo le hacía a la mois, solo cuando estaba El Yuca tenía quien lo acompañara. Desde la salida del otrora baterista, el guitarrista tenía que buscar por su cuenta quien lo surtiera y le hiciera segunda, aunque muchas veces terminaba drogándose solo. Alguien le roló el dato de que los chavos de staff que había visto antes estaban vendiendo lemon skunk, nada más de recordar ese tipo de marihuana al músico se le hizo agua la boca. Cuando encontró a sus dealers, vio que la chica ye-ye seguía con ellos. Quedó pasmado, por un instante pensó en dar media vuelta y buscar a alguien más que le vendiera unos gramos de cannabis. La mujer volteó a verlo y le hizo una seña con la mano para que se acercara. Ora por urgencia, ora por obediencia, ora por antojo, Filos acudió al llamado.

–¡Hola, Filos! –saludó la mujer como si conociera al músico desde hace años. Lo abrazó efusivamente y le dio un beso tronado en la mejilla, muy cerca de la comisura de la boca. Los muchachos con los que hablaba lo felicitaron por el concierto. Hubo un momento breve de silencio en que las notas de “We are all on drugs” que Weezer interpretaba en el escenario sirvieron para romper el hielo, como si

estuviera dedicada a ellos. La chica ye-ye estalló en carcajadas imitadas por los dos chavos de staff y, tímidamente, por Filos. Ella tomó con discreción al mexicano de la mano para darle una bolsita de plástico. Él le sonrío agradecido. Acto seguido, la chica ye-ye se despidió de sus acompañantes y se dirigió a la salida; antes de desaparecer volteó para ver una vez más al guitarrista. Filos la siguió sin preocuparse por verse discreto ante los dos jóvenes. El perfume Chanel 5 de la mujer sirvió como señuelo para que Filos siguiera sus pasos. La persiguió hasta su Ferrari F430. Ella se recargó en la carrocería de su auto rojo para esperarlo. Cuando el músico la alcanzó, se colocó juntó a ella. No la miraba.

–Gracias –musitó Filos. Ella lo volteó a ver con esos ojos azules profundos, no hubo necesidad de que dijera nada, el músico estaba a gusto junto a ella.

–Soy Lisa Massolo –le ofreció su mano derecha–, pero me dicen Pietra.

–Mucho gusto, Pietra –estrecharon sus manos–. Bonito carro.

–Sí, ¿verdad? Como soy imagen de la campaña, tengo que ir con él a todos lados.

–¿Eres modelo? –la ojiazul contestó asintiendo con la cabeza.

–¿Me vas a compartir de lo que te di?

–¿Qué me das a cambio? –negoció Filos.

–En mi hotel tengo más –apenas terminaba de invitarlo a pasar la noche con él, Filos ya estaba dándole la vuelta al carro para subirse al lado del copiloto.

El Ferrari paró en el número 21 de East Bellevue Place. Desde antes de bajar, Filos quedó admirado de la fachada del Sutton Place Hotel, uno de los más elegantes de la ciudad de los vientos. Al parecer, la noche terminaría mucho mejor de como se la había imaginado: drogándose con una modelo hermosa en un hotel de lujo. Le latía el corazón al máximo. Su emoción era tanta que no puso atención al camino a la habitación. Tenía ojos solo para el culo de la ojiazul y tacto para proteger su bolsa de plástico. Filos y la modelo se detuvieron afuera de la puerta de una habitación. Antes de girar el picaporte, la mujer advirtió al músico:

–Espero que no te moleste que estén unos amigos –aún hipnotizado por el caminar de la chica ye-ye, Filos negó.

El humo no permitía ver más allá de la mano estirada y el ruido era ensordecedor dentro del cuarto. El músico identificó algunas notas de “Halleluwah” de Can. Sintió que se adentraba a un lugar desconocido. La ojiazul lo tomó de la mano. Filos no la veía, ni siquiera el perfume Chanel 5 de ella sobrevivía a la densidad de la marihuana combinada con tabaco. Ella se sentó en el suelo sobre una alfombra

aterciopelada. Filos la imitó. A ese nivel se veía el cuarto a medias, la altura más baja permanecía inmune al humo agazapado arriba. Después de repasar el cuarto con la mirada, Filos se dio cuenta de que su acompañante no se avergonzaba de cruzar las piernas en posición flor de foto a pesar de llevar minifalda; podía ver el camino de sus muslos blancos hacia su braga. Parecía que la mujer quería estar acorde a la estética del cuarto y dejaba al descubierto sus niveles inferiores. Hasta entonces, Filos reparó en que quizá la cabeza de ella también estaba invadida por el humo, igual que la habitación. Sacó la bolsa que La Pietra le había dado antes, se la ofreció. Ella se la dio a una mano que apareció de la nada desde el cenit, como en una pintura apócrifa de *La creación de Adán*. Otra mano entregó un churro a Filos. Él miró hacia arriba, sólo vio nubes de marihuana. Entendió que era un regalo de un Dios que habitaba ese cuarto. Prendió presto un extremo del joint. Inhaló, sintió su sabor cítrico bien equilibrado y de permanencia larga. Sacó el humo de su boca disfrutando el paso del aire por sus labios. Intentó compartir con La Pietra, ella negó con la mano, esperaba su propio regalo que le enviaría alguien desde la atalaya. Mientras Filos disfrutaba de su droga, observó a La Pietra despojarse de su ropa. La deseó, pero estaba demasiado ocupado en apurar su cigarrillo. Una vez desnuda, la ojiazul lo observó y entonces fue el músico quien se sintió incómodo con su vestimenta, aprensó su cigarrillo entre sus labios y se quitó todo lo que traía. Ese Edén ya tenía a su Adán y a su Eva; faltaba la manzana prohibida. No tardó en llegar. Una jeringa cayó en la mano de La Pietra, la modelo flexionó su pierna para que la planta de su pie le quedara cerca. Miró a Filos y le dedicó una sonrisa pícara. Se picó y del azul de sus ojos comenzó a escurrir un maremoto. Sus ojos parecían derretirse. Tanto más líquido ingresara a su cuerpo, sus pupilas se precipitaban aún más. Ella mostró la jeringa vacía a Filos al terminar su contenido, él aceptó con la cabeza y le dio una última aspirada a su toque. La mano de aquel Dios le alargó una jeringa nueva y una liga. Filos apagó su cigarro y aventó la liga a otro lugar, no necesitaba resaltar sus venas. La aguja penetró con frialdad su piel. Se ayudó del dedo pulgar para vaciar su contenido, lo hizo lentamente. La heroína tomó su cauce de inmediato, el guitarrista sintió una calidez recorrerle todo el cuerpo. La Pietra puso una mano en la rodilla del músico. Él dejó caer su mano sobre la de ella: se conectaron. La Pietra cerró los ojos para escuchar mejor la música de los alemanes. El músico hizo lo mismo. Cuando los volvió a abrir, una mujer desnuda estaba detrás de La Pietra, le platicaba algo al oído sin quitar la vista del músico, parecía recriminarle algo. Filos cerró los ojos de nuevo. Sintió que las yemas de unos dedos sobaban sus muslos. Esas manos dibujaban círculos y líneas, pensó en las líneas de Nazca y en una nave extraterrestre manejada por La Pietra

desnuda. Pensó en sus senos pequeños y en su vientre plano. En su culo. En sus ojos azules goteando. Entonces Filos sintió frío. Un viento gélido le rasguñaba la piel. Extendió las palmas de las manos como si fuera a rezar un “Padre nuestro”, sintió caer unas gotas de agua. De pronto le dio comezón en la cabeza. Peinó su pelo seco con una mano, la cual parecía ser una escobilla que limpiaba la piel hecha tierra sobre su cabeza, mientras los cabellos eran cachanilla desértica. *Polvo eres*… Llevó su otra mano para barrer por completo la tierra que cubría su cráneo. Bruñó el hueso, todo lo que estaba sobre de él cayó al suelo. Extendió su mano de nuevo en posición de rezo, el chipi chipi continuaba, guardó algunas gotas en su palma y las llevó a su cráneo para trapearlo. Se sintió fresco. Abrió los ojos: La Pietra hacía tijeras con la mujer que un rato antes le hablaba al oído. Filos volvió a cerrar los ojos para dejarse caer de espalda sobre el pasto aterciopelado y dormir en ese jardín de las delicias.

Despertó ido. Se sintió un poco melancólico poco antes de darse cuenta de su desnudez y avergonzarse de ella. Vio a La Pietra dormida frente a él, abrazada a aquella mujer. Buscó su ropa para salir lo más rápido de ese lugar que desconocía. Al ponerse de pie, observó más cuerpos desnudos. Parecía una cámara de gas con cuerpos inertes, fumigados a causa del humo que ya había desaparecido. Se vistió lo más rápido posible y sin hacer ruido; no sirvió de nada, La Pietra despertó mientras él tapaba su piel morena.
–¿Por qué te vas? –cuestionó la modelo. Filos tardó un poco en responder, no pretendía hacerlo.
–Porque tengo que estar con mis compañeros.
–¿Me vas a invitar a desayunar?
–Ya me voy.
–Me voy contigo –La Pietra quitó los brazos de la mujer que la apresaba y también comenzó a vestirse. El músico mostró cierta molestia que La Pietra prefirió ignorar. Antes de salir, Filos revisó su celular para comprobar las incontables llamadas perdidas. Respondió con un mensaje a Marenco para avisarle que estaba en camino.

El desayuno fue tenso. Todos miraban con hostilidad a La Pietra, sobre todo Marenco. A ella no parecía importarle la actitud inhóspita de todo el equipo de Zafio Nerón. Prefería hacer bromas que solo eran respondidas por una sonrisa comprometida e incómoda de Filos. Marenco y Erick se pararon de la mesa antes de pagar la cuenta, pidieron que Filos los acompañara.
–¿La conoces? –inició el interrogatorio Marenco.
–La conocí ayer –respondió Filos.
–¿Y sabes quién es?
–Una modelo de Ferrari.

–Sí, le dicen Pietra, ¿no? –precisó Erick.
–Güey, ¿sí sabes que es toda una junkie? –señaló encabronado Marenco.
–Ayer nos echamos unos… –Filos miró a los ojos a sus compañeros antes de narrarles su experiencia– churros y cogimos toda la noche. Nada más –desvió la mirada a otro lugar.
–No hay que ser muy inteligente para saber por qué le dicen La Pietra a una mujer muy flaca y sin vida en la vista –el enojo de Marenco parecía incrementarse con el desdén de Filos–. Yo la conocí en una fiesta a ella y a varios de sus amigos. Son bien autodestructivos. Te lo digo de una vez, Filos, aléjate de ella si no te vas a meter en muchos pedos.
–¿Es amenaza?
–Es recomendación.
El regaño concluyó ahí. Zafio Nerón terminó su desayuno y reinició su andar por las carreteras de Estados Unidos a bordo del Zafiomóvil. Algo había cambiado para entonces: Payola ya no estaba y su lugar era ocupado por La Pietra. Como era de esperarse, nadie la quería ahí por el mal que pensaban le podría causar a Filos. El único con el que se llevaba bien la modelo italiana era Bill Lamar. Había veces en que, cuando Filos dormía, ella se iba a acompañar al chofer mientras manejaba el Zafiomóvil. Fuera de él, todos la odiaban. Samantha Winegarden la apodó Yoko.

Los problemas no se hicieron esperar entre ellas y, por ende, entre Marenco y Filos. Además, a pesar de que los conciertos del final de la gira de *Ñ* iban bien, a todos les preocupaba que aún no había canciones nuevas para el próximo disco. Filos se sentía muy presionado por componer algo de calidad y eso lo hacía bloquearse. Lo cierto es que la presencia de La Pietra tampoco ayudaba, cada vez que el guitarrista tenía un tiempo libre, ella se lo robaba para drogarse juntos. Después de muchos años, Filos tenía con quien drogarse, eso le gustaba.

La tensión hizo que la banda se tomara el 2006 como año libre. La Pietra no dudó en llevarse a Filos a Milán. Ahí lo tenían todo, y por todo se entienden drogas de todo tipo: marihuana, cocaína, heroína, LSD, cristal, codeína, metanfetaminas, hongos psylocibes, ketamina y muchas otras. La heroína se convirtió en la favorita de la pareja. Solo cuando Filos sentía sosiego entre sus venas dejaba de preocuparse por componer canciones, por la banda y por toda su vida, lo único que le importaba era disfrutar del rush, ese cenit que cada vez era más difícil de alcanzar.

Un día, La Pietra llegó chillando de coraje al apartamento de Vía Senato. Su agente le contó que los de Ferrari habían cancelado su contrato gracias a los constantes rumores sobre sus adicciones.

Además, su cuerpo ya mostraba claramente los estragos del jaco: su hermosa piel blanca se había convertido en un paño rasposo de color rojizo, sus labios carnosos se resquebrajaban, estaba más flaca de lo normal, sus huesos parecían ganchos que cargaban tiras de mimbre y, lo peor de todo, sus hermosos ojos azules se volvieron una nonada, estaban secos. Al entrar, encontró a Filos en posición de flor de loto al centro de la sala, su torso se tambaleaba lentamente, sus ojos estaban entreabiertos, él apenas la veía por entre las persianas de sus pestañas. Cuando el músico escuchó el portazo dado por la modelo giró la cabeza hacia ella. Su reacción fue mecánica. Tomó el control de un estéreo:

–Tienes que escuchar esto. Por un canal suena un cuarteto y por el otro canal otro. Se llama Ornette Coleman –balbuceó el músico.
La Pietra se colocó también en flor de loto en lo que Filos le preparaba su dosis. El guitarrista le alargó la jeringa que había usado antes para que ella se picara. La modelo estiró su brazo para alimentarse de su elixir, su piel lucía partes grises y una hondura roja que no había cicatrizado, introdujo en ella la aguja, le dio un ligero ardor que fue paliado por el cauce de la droga. Fue tanto su alivio que se olvidó de sacar la jeringa, la dejó conectada a ella. Filos se acercó para quitársela. Ella no se inmutó, ya viajaba por otro lugar. El músico regresó a su posición inicial. Esparció un poco de ese azúcar marrón acompañado de agua y ácido cítrico sobre una cuchara, la alzó para quemarla con un encendedor. Vio cómo el sólido se volvió líquido rodeado por unas burbujas que hacían su aparición. Apagó el encendedor. Decantó a la jeringa el contenido de la cuchara. Dio unos golpecillos al cilindro de plástico. Tomó la jeringa entre sus dedos medio y anular, con el pulgar accionó el émbolo. Por cuarta vez en el día sintió un orgasmo inconmensurable. Su cabeza cayó hacia atrás y su mandíbula quedó abierta. Sus ojos inexpresivos giraron, ya no veía a La Pietra, ya no veía nada, nada más escuchaba la orquesta de ruido que tenía a su alrededor. Se sentía cruzado por balas de sonido que viajaban en vaivén a través de su cuerpo. Él trataba de esquivarlas pero siempre era tarde, le impactaban y dejaban como herida un ardor que solo podía eliminar al rascarse con fuerza. Un sonido aparte apareció de la nada, era un zumbido tímido que llegaba desde el subsuelo, no era producido por ningún instrumento. Filos pegó la oreja al piso. El zumbido permanecía ahí, silenciado. De pronto, cuando el músico había olvidado la miríada de sonidos, una balacera de notas musicales fue disparada hacia él. Las notas llegaban desde trompetas que parecían anunciar el apocalipsis. Filos tenía que gritar para sentir que no se hundía entre ellas. El sonido de las trompetas era cada vez más fuerte, lo apretó hasta dejarlo sin aire,

yacido sobre el suelo. Era como sentir un elefante sentado sobre su pecho barritando directo a sus oídos. El zumbido del subsuelo inició de nuevo, entonces acompañado por un movimiento trepidante. Cual gato, el músico se sentó de un solo movimiento y se agarró con sus uñas al suelo que se partía en fisuras de las que emanaban sonidos bajos a gran volumen, debajo del suelo había bocinas gigantescas. Poco a poco, las trompetas callaron ante el woofer subterráneo que agrietaba el suelo. Los ojos de Filos volvieron a girar, le regresó la vista. Atisbaba pequeñas gotas de un líquido iridiscente saltar sobre las bocinas que había debajo del suelo. Pensó en atraparlas entre sus manos. Comenzó a saltar sobre los precipicios que se habían formado para recoger una a una esas gotas fulgurantes. Atrapó una, estaba helada. Se sentía como una cápsula de gel. La llevó a su boca, pero se evaporó poco después de que le escaldara la lengua. El sonido infernal de las trompetas volvió a aparecer de la nada. El ruido que llegaba al lado derecho parecía un viento del norte capaz de aventar el cuerpo del músico por metros. En cambio, el sonido que percibía en la oreja izquierda era mullido como una cama. Filos comenzó a dar vueltas desesperadas sobre su propio eje para intercambiar las sensaciones. No lo logró. A la derecha siempre estaban las trompetas densas y a la izquierda los bajos tersos. Miró nuevamente hacia los precipicios, entre las gotas de gel saltaba un encendedor. Comprendió que la única forma de callar esa música era quemando el sonido. Se aventuró a saltar en los woofers, era como estar sobre un brincolín. Sentía que a cada salto se elevaba más. Alcanzó el encendedor y lo prendió, de su boquilla emanó una luz azul intensa. Las gotas de gel se pintaron del mismo tono de la flama. Incluso el cuerpo de Filos dibujó un borde índigo. Apagó la flama y todo desapareció en la oscuridad. Accionó el encendedor y los azules aparecieron de nuevo. Mientras tanto, las trompetas elevaron su volumen otra vez; sonaban más fuerte que en las ocasiones anteriores. Con la mano libre, Filos se tapó el oído derecho, mientras con la otra prendía y apagaba rápidamente el encendedor. La flama era cada vez más fuerte, alta, intensa y cálida. Además, cada vez que aparecía, los sonidos cambiaban su textura hacia una similar a la que se escucha bajo el agua. Filos continuó prendiendo y apagando el encendedor hasta que los azules se expandieron completamente como en un big bang. Era como flotar en el éter, lo disfrutó por un instante que parecía no terminar. Después empezó a nadar dejando una estela negra. El cuerpo de Filos era como el pincel grueso y manchado de carbón que arruinaba la belleza de una pintura impresionista. Cuando todo quedó pintado de negro, Filos murió.

Sentada a su lado estaba su madre, quien al verlo con los ojos

abiertos dio un salto de alegría.
–¡Filos!, gracias a Dios –el guitarrista se dio cuenta de que en su piel había una infinidad de chupones conectados a cables, en su nariz había un respirador. Intentó hablar pero no tuvo el aire suficiente para emitir palabra alguna–. No te esfuerces, mi'jito. Voy por el doctor –la señora desapareció del cuarto. El guitarrista comenzó a sentir comezón y tenía mareo. Cerró los ojos tratando de recordar lo que le había pasado. Un doctor ingresó con actitud prepotente acompañado por una enfermera.
–Ahora que ya sabes que no es nada divertido, espero que ya no te sigas picando… Músicos. –Filos sintió rabia por el comentario, ¿quién era ese viejo de bata blanca para juzgarlo?
–Sáqueme de aquí –ordenó fúrico el guitarrista.
–Lo haría con mucho gusto, pero no lo puedo hacer –una enfermera asintió con la cabeza en señal de que los signos vitales eran los correctos. El médico le guiñó un ojo–. Si tienes suerte, en unos días podrás estar encerrado en un centro de desintoxicación. ¿Tienes alguna molestia?
–Tengo comezón y mareo –contestó lacónico el músico. Entonces fue el médico quien asintió la cabeza dirigiéndose a la enfermera. Ella sacó una jeringa llena con un líquido transparente. Tomó el brazo de Filos y le inyectó la sustancia.
–Eso es para que no te pongas ansioso durante tu estancia aquí, que espero sea corta –Filos intentó increpar al médico pero fue tanto su sopor que se desvaneció.

Marenco, Matías Tapia, Erick y la madre de Filos lo miraban con atención cuando volvió a abrir los ojos. La señora tenía los suyos llenos de lágrimas. Los otros tres tenían el ceño fruncido.
–¿Qué me pasó? –preguntó el guitarrista con voz cansada. Marenco se paró de su silla y le aventó un ejemplar de *The Sun* con una nota que resaltaba "She is a rolling stone" y una foto de La Pietra drogada. Filos tiró el tabloide al suelo–. No van a creer lo que dice ahí, ¿o sí? –Marenco tomó asiento. Matías fue quien se animó a hablar.
–La cosa no es que lo creamos nosotros, es que lo entiendas tú. Desde el inicio, Marenco y Erick te lo advirtieron y ahora ve dónde estás –el manager se levantó para recoger la revista, la dejó en un buró que estaba junto a la cama del hospital–. Cuando te sientas mejor, léelo. Quizás ahorita no recuerdes lo que te pasó, pero esto –señaló la revista– te ayudará a recordar, aunque sea un poco.
–Tuviste una sobredosis, casi te mueres –alcanzó a decir la madre de Filos antes de estallar en llanto. Filos trató de disimular su espanto y se limitó a tragar saliva.
–No te vamos a platicar más. Léelo. Regresamos en la próxima hora

de visita –los tres hombres le dieron paso a la mamá de Filos. Esperaron a que ella le diera la bendición a su hijo y un beso en la frente. Antes de salir, Matías sentenció–: por cierto, te tienes que desintoxicar. Si no lo haces es el fin de Zafio Nerón. Es simple: si no estás desenchufado, no volverás a entrar a Estados Unidos.

Cuando quedó solo, nada le importaba más que volverse a picar. Comenzó a sudar frío. No pasó mucho tiempo cuando una enfermera ingresó al cuarto.

–¡Por fin! Si me traes algo de heroína te pagaré bien –sedujo el guitarrista a la mujer de blanco, quien ni siquiera lo volteó a ver. Aprovechó la ansiedad de Filos para inyectarle una dosis de metadona. Aunque se sintió mejor, la sensación de esa droga no era tan agradable como la del azúcar marrón. Durante varios minutos, Filos se entretuvo viendo hipnóticamente la blancura del techo del hospital. Desvió su vista hacia el tabloide, lo tomó con algo de remordimiento, le apenaba que alguien lo cachara leyendo algo tan bajuno como *The Sun*. Podía sentir el palpitar acelerado de su corazón. Al ver la portada, se percató por primera vez de la imagen inmunda de la modelo italiana.

She is a rolling stone

Lisa Massolo abandonó a su novio en plena sobredosis

Sin duda fue una tarde movida: su agente le dio a conocer la cancelación de su jugoso contrato con Ferrari y al llegar a su apartamento se encontró con su novio, el guitarrista de la banda mexicana Zafio Nerón, en plena sobredosis. La modelo italiana de 27 años llamó al 118 (número de emergencias en Italia) y en lugar de esperar a que atendieran a Filos, prefirió huir del lugar.

Filos detuvo la lectura. En su mente solo recordaba un portazo: cuando llegó La Pietra. Caviló un rato sobre la supuesta huida de la modelo. No recordó nada. Retomó la lectura:

Cuando los paramédicos ingresaron al lujoso apartamento de La Pietra, como se le dice en el mundo de las pasarelas a la modelo, se encontraron a Filos con depresión respiratoria y con baja frecuencia cardiaca provocadas por una sobredosis de heroína. El músico de 31 años fue ingresado al hospital San Raffaele de Milán. En tanto, la modelo se refugió en casa del actor de teatro Giorgio Rivera.

–¿Actor de teatro? Si él es el que reparte la droga a todos los actores y modelos de Italia –rumió Filos. Continuó:

En el apartamento fueron encontradas una gran variedad de drogas y

bebidas alcohólicas. Anteriormente, este diario ya había dado a conocer las fiestas que se realizaban en casa de la modelo italiana y donde ya se sabía proliferaban todo tipo de sustancias, así como personajes de la farándula y el deporte europeo.

Hasta el momento, La Pietra no ha querido hacer declaración alguna sobre lo ocurrido. Por otro lado, el músico mexicano sigue internado en el hospital.

–¿Qué piensas? –inició el interrogatorio Matías cuando volvió al cuarto acompañado de Marenco.
–No lo creo. Recuerdo cuando ella llegó, no cuando se fue.
–¿Y por qué no está aquí, Filos? –cuestionó con mala leche Marenco. Filos respondió con una mirada llena de odio. En el fondo compartía la misma duda.
–Ustedes podrían haberla corrido.
–Oh, no. No hemos tenido el gusto de verla –expresó con sarcasmo el vocalista–. Por cierto, le debes otra a Winegarden. Con todo esto y recordando lo del escándalo de Texas ya no te querían dejar entrar a Estados Unidos. Gracias al papá de Samantha vas a poder hacerlo, la condición es que lo hagas desintoxicado –la ira de Filos se elevó. Podía aguantar las recriminaciones a La Pietra, pero no a su adicción, o, mejor dicho, a la debilidad que suponía que él fuera un adicto.
–Si quisiera, ya la hubiera dejado.
–¿Al menos te ayudó para componer algo? Te recuerdo que tenemos que lanzar otro disco –el silencio de Filos dio certeza a Matías–. Marenco y Garrocha han compuesto algunas rolas. Podríamos meterlas.
–¡Qué? No, no, no. Antes quiero revisarlas.
–Está bien, como quieras. Lo tendrás que hacer en Estados Unidos porque están allá. No te las vamos a traer a Italia –condicionó Marenco con la complicidad de Matías.
–Tenemos hasta abril de 2007 para entregarle el disco a Capitol. Ya les pedimos una vez prórroga, no lo podemos hacer otra vez. Tu desintoxicación podría durar un mes, quizá menos si pones de tu parte. Nos quedarían tres meses, Filos. ¿Crees poder hacerlo? Si no cumplimos, se cancela el contrato y debemos pagar. Lo que es más, si tú no te desintoxicas no volverás a entrar al gabacho y sabes que eso significaría el final de la banda –el silencio del guitarrista era tomado como un buen augurio por el manager y el vocalista. Sabían que estaban dándole por el lado que más le dolía a Filos.
–Quiero hablar con Lisa.
–Perfecto, habla con ella. Aquí tienes tu celular –Matías le alargó el aparato al músico y un papel con varios teléfonos. Filos los observó por un momento–. Quiero estar solo.

–Haz lo correcto –vocalista y manager abandonaron el cuarto. Filos no tardó en desplazarse por el directorio hasta el número de La Pietra. Apretó un botón verde para llamar: un timbrazo, dos, tres, cuatro, cinco, lo mandó a buzón. El guitarrista intentó una vez más: el mismo resultado. Una tercera ocasión: lo mismo. El coraje lo invadió; si tanto lo quería, ¿por qué lo dejó cuando pudo haber muerto?, ¿por qué no se quedó con él? Seguro había una respuesta lógica, trató de respirar y tranquilizarse. Deseó tener un poco de heroína, solo con eso podría encontrar la calma. Recordó el papel que le había dado Matías. Ya lo tenía arrugado en su mano derecha; lo planchó entre sus manos y leyó los números de casa y celular de Gioirgio Rivera. Agradeció la perspicacia de su manager. Marcó el número celular pero la llamada nunca entró. Intentó con el número de casa. Al tercer timbrazo escuchó la voz ronca de un hombre al que ya conocía.
–Giorgio, quiero hablar con Lisa, sé que está contigo.
–¿Eres tú, Filos? Hermano, todos hemos estado muy preocupados por ti. Estamos preparando una fiesta para recibirte cuando te recuperes.
–Quiero hablar con Lisa.
–Em… –con ese titubeo, el guitarrista se imaginó a Giorgio planeando un pretexto mientras Lisa le hacía señas con la mano de que no estaba–. *No está, hermano. ¿No pasó a verte?*
–Por aquí no se ha parado. Sé que está contigo. Pásamela.
–Suenas a que no te han dado tu medicina –el italiano rió de su chiste al otro lado de la línea. A Filos no le causó ninguna gracia.
–¿Dónde está Lisa? –el italiano guardó un silencio breve.
–No te voy a mentir: se fue a Alemania.
–¿Alemania?
–Sí, conmigo estuvo unas horas nada más. Me dijo algo de que se vengaría de los de Ferrari siendo la imagen de Porsche. Ya sabes cómo es cuando se le mete una idea en la cabeza.
–¿Se fue? ¿Así, nada más?
–Así, nada más. Entonces, ¿cuándo regresas para llamar a todos los mucha…? –Filos cortó la llamada.
Avara, se repetía en su cabeza. Ese dealer tenía razón. Esa mujer era una pinche interesada. Lo dejó botado para buscar un contrato mientras él agonizaba. El coraje invadió el rostro de Filos, se sentía caliente y podía tentar la vena de su frente excitada. No fue un abandono cualquiera, casi lo deja morir. Aventó el celular al suelo y se ocultó debajo de la sábana blanca del hospital. Cerró los ojos para evitar su llanto, esa mujer no merecía sus lágrimas.

Quizás era Italia, quizás Alemania, Francia, España o México. No sabía dónde estaba, pero lo único que le importaba era conseguirse

una dosis de azúcar marrón. Estaba tan desesperado que se arrancaba los cabellos por mechones. Tenía escozor en todo su cuerpo, escalofríos constantes en su nuca, sabor metálico en la boca. Le dolían los ojos, la cabeza, el estómago, la espalda y las rodillas. Quizás estaba en un manicomio. Llegó a esa conclusión al ver por enésima vez las paredes blancas. Su habitación solo tenía una puerta, la cama y un baño que apestaba a vomitada y cagada frescas.

No sabía si era de día o de noche, pero para él sólo existía una luz: el alivio de la heroína. Filos se acercaba desesperado a la puerta, iniciaba tocándola suavemente, suplicaba una jeringa llena; después se alocaba, pateaba, rasguñaba y le repartía puñetazos a la puerta a la par que insultaba a las personas de afuera; exigía ayuda a gente que no veía. Nadie contestaba. Eso era lo peor: el silencio. Nada causaba ruido ahí. Era como estar completamente sordo. Gritaba, gritaba mucho para escucharse aunque fuera a sí mismo. También se rascaba para oír el contacto de sus uñas cortas con su piel. Casi podía escuchar las células muertas desprenderse de su epidermis.

Por momentos se sentaba a la orilla de su cama, se dejaba caer de espalda al colchón tratando de evocar la sensación de aquella noche en el hotel cuando se inyectó por primera vez. No lo lograba. Se sentía extraño, cansado; no había dormido en días. Quizás lo que estaba viviendo era un mal sueño o quizás estaba en otra sobredosis. Lo único que quería era sentir el calor del jaco líquido en su sangre, el acelere de sus sentidos. Las sábanas lo apresaban. Las tiraba al suelo. Se colocaba en posición fetal, unos minutos después cambiaba de lado y repetía la acción sin acabar. Sus pies se golpeaban entre ellos sin ritmo. No podía dejar de moverse. Pasaba sus manos por su rostro una y otra vez. Se apretaba, se exprimía, se lastimaba.

Escuchó un portazo. Sonrió al percibir un poco de ruido. Cuando volteó la mirada hacia la puerta no había nadie. Escuchó otro portazo en la dirección contraria. Nada había, ni siquiera puerta. El sonido de las puertas imaginarias al cerrarse invadió la mente del guitarrista. Alguien salía, sabía que alguien salía, no que entraba. No sabía quién, solo escuchaba el aire cortado por la hoja de metal: *¡ZUMP!* Pegó su espalda a una de las paredes blancas mientras las puertas seguían siendo cerradas. Trataba de huir de ese ruido que le provocaba un miedo infundado. Se pegó tanto a una pared que comenzó a sentir como si ascendiera en ella, pero de nada servía porque seguía escuchando cómo las puertas eran cerradas. Escuchó la voz blanca de La Pietra: *Porsche*. Filos volteó la vista en dirección de la voz. Ella hablaba con alguien por teléfono al otro lado del cuarto. Lucía desesperada y miraba sobre su hombro a Filos. Él no pudo decir nada, intentó gritar sin éxito, ni siquiera logró despegarse de la pared cuando vio el cuerpo de la modelo dirigirse hacia la puerta y cerrarla

con fuerza. Hasta entonces pudo bajar de la pared y fue corriendo hacia el lugar por el que salió la modelo. Pegó su cabeza al suelo y atisbó un poco de luz que entraba por debajo de la puerta. Acercó su boca a la abertura:
–Lisaaaaaaaaaaa –luego pegó el oído a la puerta. Unos tacones que demostraban un caminado perfecto se alejaban. Conforme el taconeo desaparecía, el latido de un bombo que descansaba en su cama ascendía en contrapunto del sonido del calzado. Filos se incorporó. Pegó el hombro a la puerta e intentó empujarla con toda su fuerza. Hizo dos intentos que lo hicieron caer vencido al suelo. No pudo abrir. Entonces solo se escuchaba el bombo al ritmo de su respiración: con golpes más espaciados y débiles. Asustado, Filos regresó a su cama arrastrándose. Envolvió al bombo entre sus brazos, lo golpeó para que no dejara de latir.

La entrada a Estados Unidos fue un agasajo para los fotógrafos, parecía que la orden era encontrar el peor ángulo del músico para exponerlo como un drogadicto demacrado. Sin embargo, lo peor no era eso, el problema no era afuera, sino adentro. El guitarrista se sentía muerto. Abandono era una palabra incapaz de definir lo que vivía. Se sentía una persona sin valor, por eso La Pietra lo dejó yaciendo moribundo sobre el suelo, como una cucaracha cuya existencia nadie extrañaría. Nadie.

Ni siquiera podía hacer lo que se suponía sabía hacer mejor. No le salía ninguna canción, ninguna melodía. Se exasperaba. También su guitarra estaba muerta, solo era un trozo de madera, nada más. Llegar a los estudios Gold Star era un suplicio. Todos lo miraban con impaciencia mientras él se excusaba con silencio. No tenía nada que decir a su favor.

Un día, Marenco le alargó unas hojas, eran las canciones que había compuesto con Garrocha. De inicio, Filos observó con sospecha al vocalista, hacer las canciones era su chamba, no la de él. Matías se dio cuenta de la tensión que se vivía, así que dejó su lugar en la consola junto a Nakazawa para estar con los músicos, sabía que debía jugar el papel de juez imparcial. Filos accedió a leer las letras, lo hizo en voz alta:

Relojes caminan hacia atrás
matando momentos cuando nos vimos,
pateando lugares de convivencia usual.
Luces blancas cambian mi pensar.

Dejó de leer. Observó a sus compañeros con decepción.
–¿Quién escribió esto? ¿Saúl Hernández? –Marenco y Garrocha se miraron entre sí, agredidos. Matías propuso que Filos leyera otra rola.

El guitarrista tomó aire:

En el bosque de los simios
el aire corre como ríos,
el pelo se me eriza
al oler tu sonrisa.

–No mames –ni siquiera los miró. Filos colocó su mano sobre su frente como si quisiera mitigar el dolor de cabeza que le causaban esas letras–. A ver, una más:

Confundido, tiempo al tiempo debo dar
y ahora solo resta esperar.
Si las nubes solo bajan a olvidar,
los volcanes me recordarán.

–Esto está muy bien… –los rostros de Marenco, Garrocha y Matías cambiaron de expresión, estaban a punto de agradecer a Filos el comentario– para que lo cante Ricky Martin –primero levantó las hojas como si quisiera restregárselas en la cara, luego las aventó al suelo. Filos continuó–. No son rolas para Zafio Nerón. No sirven.
Marenco se puso de pie iracundo, se acercó a Filos.
–Al menos nosotros estamos escribiendo canciones. Tú no haces nada –antes de que Filos pudiera responder algo, Matías atajó.
–¡Hey! ¿Se tranquilizan? Así no vamos a llegar a ningún lado –el manager se colocó entre Filos y Marenco. El vocalista argumentó.
–¿Cómo te atreves a venir y tirar nuestras rolas si tú no estás haciendo nada, eh, Filos? ¿Qué quieres? ¿Que nos esperemos a ver si un día antes de la fecha de entrega te cae la inspiración y grabamos todo en unas horas? No mames –Filos también se puso de pie.
–Si por algo estamos aquí es por mis rolas… no por ti. En cualquier esquina encontramos alguien que cante, pero claramente no son capaces de hacer un buen verso.
–¿Me vas a despedir como a Blanco?
–Cuando alguien no funciona, lo mejor es reemplazarlo.
–Está bien. Estás despedido de Zafio Nerón –sentenció Marenco. Todos se sorprendieron. El vocalista aprovechó el silencio para explicarse–: lo acabas de decir: Cuando alguien no funciona, lo mejor es reemplazarlo.
–Perfecto, me voy –antes de que Filos hiciera cualquier movimiento, Matías estalló en furia.
–¡Nadie se mueve de aquí! –Matías nunca se había dirigido a ellos de esa forma, tan fúrico. Incluso Filos se quedó pasmado–. Tú, Filos, vuélvete a sentar. Marenco, tú también. Erick, Garrocha y Chaflán, hagan un círculo, todos sentados en el suelo. Ahorita –chasqueó los

dedos. Los músicos obedecieron aún impresionados por el coraje de su manager–. ¿Quieren hacer esto? Vamos a hacerlo. Uno por uno, van a ir diciendo lo que les caga de los demás. Ojo, si se quedan aquí es porque están dispuestos a aceptar los comentarios, quien no quiera escucharlos tiene la puerta abierta, pero no podrá regresar –tomó aire y paneó su mirada por los músicos–. Vamos a empezar por los comentarios a Filos. Vas, Chaflán. El baterista lucía triste por el ambiente en el que se encontraba, titubeó un poco antes de empezar.

–Filos, te juro que no es personal, sabes que me caes muy bien…

–Vas a comentar los defectos de Filos, Chaflán, no sus virtudes –interrumpió Matías. Chaflán guardó silencio un momento, después tomó la palabra de nuevo.

–A veces siento que me haces menos. Me queda claro que no es homofobia porque de ser así nunca habría entrado a la banda, pero siempre he sentido que me crees un imbécil, que no estoy a tu altura. No te voy a mentir, hay veces que sí he pensado en dejar la banda porque me siento como el patito feo, sobre todo por ti, Filos.

–¿Por qué no lo has hecho? –preguntó sorprendido Erick.

–Porque… amo esta banda –después de estas palabras casi mágicas, el ambiente se relajó, aunque sin llegar a ser amigable.

–Erick –dio la palabra Matías.

–¿Por dónde empezar? Filos, eres muy arrogante. Claro que tienes talento, claro que eres un gran músico, un poeta incluso. Pero eso no te da derecho a tratarnos como tus músicos. No somos Filos y Zafio Nerón, somos Zafio Nerón, integrado por cinco músicos, cada uno con sus virtudes y sus defectos, por eso somos un equipo. Muchas veces tus comentarios dejan entrever que tú lo podrías hacer todo solo, que no necesitas ayuda de nadie. Filos, déjate apoyar. Estamos contigo en este momento tan difícil para ti, pero nuestra paciencia no va a ser eterna. Y sí, también amo esta banda.

–Garrocha.

–Nunca voy a olvidar nuestros primeros dos encuentros, Filos. En los dos vi tus dos caras… o no caras, capas. En CU, cuando nos conocimos, conocí al Filos que todo el mundo allá afuera conoce, al antipático, al intolerante, al que hace todo por caerle mal a la gente. En cambio, cuando te encontré aquí en tu primer día en Los Ángeles conocí al Filos que pocas veces vemos, al más humano. Creo que ahorita estás luchando entre esas dos capas. La de abajo, la que vemos pocas veces, quiere salir, pero la de arriba no la deja, insiste en ser tu máscara o caparazón, qué sé yo. ¿Recordás qué hiciste cuando te encontré en tu primer día aquí? –Filos negó con la cabeza–. Me abrazaste, así, sin más. No le podemos echar la culpa a que estabas borracho porque nunca haces eso ni cuando estás en pedo. Quiero que ese Filos esté aquí con nosotros, al menos en este

momento. Hazlo, por esta banda que yo también amo.
–Marenco.
–Te odio, cabrón. No sabes cuánto me chingas la madre –arguyó con voz temblorosa a causa de su enojo–. He visto tus arranques de furia y los he aguantado. He dejado pasar tus groserías. He ignorado tu complejo de superioridad. Te he defendido en muchas entrevistas haciéndole de abogado del diablo. He estado contigo en tus peores momentos, como ahora en el hospital y en tu desintoxicación. Y no eres capaz de agradecerlo, no te he escuchado decir nunca *gracias*, ni a mí ni a nadie de aquí. Después de todo en lo que te he apoyado, llegas y te pitorreas de lo que hemos escrito, de lo que hemos trabajado Garrocha y yo una vez más para protegerte. No se vale, no es justo –Marenco agachó la cabeza. Suspiró.
Matías esperaba que Filos se defendiera insultando a sus compañeros. Pero no fue así, por primera vez, todos lo vieron en una actitud mansa, vencida, agachona.
–¿Puedo salir? –preguntó el guitarrista viendo a Matías, quien asintió con la cabeza. El músico se puso de pie y salió del estudio. A todos les sorprendió algo: pidió permiso. El Filos de siempre hubiera salido sin hacerlo.

A un hombre solo le es lícito llorar abrazado a su guitarra. Si se hubiera visto a sí mismo, Filos se hubiera burlado de aquel hombre incapaz de controlar su depresión. Caminaba como el agua puerca de los charcos que fluye junto a la banqueta esperando un agujero para resguardarse. Ya había recorrido los peores tugurios de Los Ángeles. Quería empedarse, perderse en gotas de alcohol destilado en su estómago. Lo único que le importaba era sentir la quemazón de un whisky y soltar su conciencia en la rivera de las bebidas. No pudo hacerlo, por más que intentó, permaneció impasible, sobrio. Lo que tomó era noble y suave con él, no agresivo y acusador como lo esperaba.

Sentía algo corroer su piel por dentro y un sabor ácido en la boca del estómago. Por más que intentaba sacárselas, esas sensaciones no se iban. ¡Qué chingados era eso? Hubiera dado todo por tener una navaja y abrir su piel en busca del agente extraño, revisarlo, tentarlo, quizá probarlo para después tirarlo al suelo… como a él.

La luz llegó. Encontró la forma de sacar eso que sentía. Al hallar un callejón se adentró en su boca de lobo. Bajó el cierre de su pantalón y sacó su pene, no estaba erecto pero aun así se masturbó. Se obligó a sí mismo a sentir un poco de placer entre la maraña de sentimientos que tenía. Eso no era placer, era lástima. Era mejor lastimarse, así sentiría un dolor real por el cual quejarse. Eyaculó.

Sintió sopor después de ello, sus piernas enflaquecieron por un momento demasiado fugaz como para disfrutarlo. Filos volvió en sí. Revisó entre la penumbra que nadie lo hubiera visto, alrededor solo había insectos que no le hicieron caso. Regresó del umbral del callejón a la calle iluminada que, sin embargo, al músico le seguía pareciendo demasiado oscura.

Todavía sentía aquella comezón y el calor en el estómago mientras caminaba noctívago por esos rumbos que conocía: Venice Beach. Hizo un intento más por sentirse bien, así que se dirigió a un lugar que hacía mucho tiempo no visitaba.

Conservaba su aroma a sándalo. Una mujer de rasgos orientales se desnudaba al ritmo de "Sexyback" de Justin Timberlake. Era delgada, de cara fina; chaparrita de cabello lacio y largo. Senos pequeños aunque de buen culo. Pero ella no era la razón por la que Filos se encontraba ahí. Podría haber sido Hermelinda Linda la que se desnudaba y al guitarrista le hubiese dado igual. Tomó un lugar pegado a la esquina, donde la luz apenas iluminaba lo suficiente; Filos parecía aferrado a permanecer en el lado oscuro. El mesero lo reconoció y le prometió una gran noche, no sin antes pedirle un autógrafo que el músico dio con desagrado.

"Sexyback" se mezcló con "Fix you" de Coldplay. Los movimientos de la oriental se hicieron aterciopelados, delicados. Ella daba lo mejor de sí mientras Filos parecía más entretenido con las luces del lugar. Cuando el mesero se acercó para dejarle su whisky, Filos aprovechó para preguntarle por una bailarina.

–¿Musa? –confirmó el mesero.

–Sí, creo que así se llama –respondió Filos. El mesero bajó su cabeza para decirle algo al oído al guitarrista:

–Mi Filos –dijo el de camisa blanca y chaleco negro–, yo me encargo de que hoy tú te la pases bien chingón –después se incorporó y le dio unas palmadas en el hombro al músico.

Otras tres bailarinas pasaron al escenario mientras Filos agotaba el contenido de un vaso más que no le producía ningún efecto. No importaba que las mujeres frente a él estuvieran buenísimas, él se estaba durmiendo. Bostezaba sin ningún reparo. Ya pensaba en largarse de ahí. Al menos ya no sentía aquella comezón, se sentía casi bien.

Al sonar la primera nota de "Plug in baby", las luces dirigieron las miradas hacia las escaleras para subir al escenario. A Filos se le fue el aire al ver pasar una ráfaga de cabellos dorados correr hacia el tubo central al tiempo que entraba la batería. Musa dio vueltas corriendo por todo el perímetro del escenario para dejarse ver ante todos los presentes. Los que ya habían pasado la sorpresa del inicio aplaudieron, los demás seguían pasmados al no saber si estaban

soñando; Filos era uno de ellos. El vigor que Musa imprimía en cada movimiento hizo despertar al guitarrista. Entonces se sintió bien. Las caderas y la piel blanca de la argentina, su cabellera de oro, sus senos y su mirada eran el placebo perfecto para el músico. Lo mejor de todo: Musa lo miraba constantemente como si le estuviera dedicando su baile.

I'm so tired of playing… el ritmo dio un giro de 180 grados. Toda la fuerza de Muse se desvaneció entre la solemnidad de Portishead. Musa se tocaba en el escenario, se fingía desconsolada, perdida, tímida, virgen. No se veía falsa. Cualquiera hubiera creído que esa era su primera noche ahí aunque ella bailaba en ese lugar desde que Filos llegó a Los Ángeles. Musa se despojó lentamente, siguiendo el camino del bajo, de su chaqueta de cuero hasta que dejó ver a todos el llano de su vientre y la elevación de sus senos cubiertos por un sostén negro. Aprovechó los riffs de lira para quitarse los pantalones de mezclilla deslavada y arrojarlos al extremo contrario de donde se encontraba Filos. Al parecer coqueteaba con otros. (Puta). Ella dirigió sus manos a su espalda. Antes de desabrochar el velo que vestían sus senos miró al guitarrista, le guiñó un ojo, sonrió y dejó caer esa prenda que emprendió un viaje al suelo similar al de las hojas en otoño: sinuoso y lento, al ritmo de la rola. Los movimientos de la bailarina hipnotizaban, cada nota de la música encontraba eco en el cuerpo de ella. Una vez desnuda, escaló el tubo. Se mostraba fuerte para sostener su cuerpo en dos brazos, pero sus movimientos eran delicados, suaves, íntimos. Terminó la canción y con ella el show de Musa, quien se perdió de la mirada de Filos en tan solo un pestañeo.

El músico permaneció unos minutos más en lo que terminaba su escocés. Poco antes de que emprendiera la retirada, el mesero pasó junto a su lugar levantándole el dedo pulgar y la ceja derecha en señal de buena suerte. Filos no entendió esos gestos hasta que vio acercársele a Musa. La mirada de ella era tan penetrante que lo dejó perplejo. Saludáronse de beso en la mejilla y la bailarina se sentó en las piernas de él. Entonces llevaba una minifalda que apenas le cubría los muslos y el mismo sostén negro que unos minutos antes había caído al suelo.

–A veces uso "Lluvia dorada" –contó ella al autor de la rola con su voz sexy. Pero Filos ponía más atención en qué parte del cuerpo de Musa colocar las yemas de sus dedos. Su piel se sentía tan tersa que obligaba a recorrerla toda.

–El día que quieras te la toco… –respondió lascivo mientras su mano derecha surcaban los muslos de ella hacia su vagina. Ella cruzó las piernas para no dejarlo entrar. A cambio le dio un beso en la boca.

–¿Me invitas un trago? –propuso la bailarina.

–¿Y si nos vamos a un privado? –Filos pidió el privado y la pareja se movió a una cabina. Musa se sentó en las piernas de Filos frente a él. El músico no tardó en quitarle el sostén y lamer sus senos blandos. Mientras las manos se arrinconaban en el culo de ella.
–¿Por qué tienes el culo frío, eh? –preguntó Filos.
–No sé, siempre lo tengo así.
–¿Entonces es un reto calentártelo?
–Prueba –retó ella. Filos colocó sus manos en la espalda de ella e hizo un movimiento hacia delante en el que Musa pensó que la dejaría caer.
–Me vas a tirar –reclamó ella entre risas.
–¿Cómo crees? Bueno, sí, te quiero tirar, pero no al suelo –Musa calló. Se siguieron besando. Cuando Filos tenía sus labios pegados al cuello de ella, la bailarina aprovechó para ofrecerle un mejor servicio. Pegó su boca al oído de Filos:
–Aquí al lado hay un hotel. Pide la habitación 415 –al terminar de decir el número, se puso el sostén y se escondió tras bambalinas. Filos le habló al mesero, pagó su cuota y salió disparado a la habitación 415.

Era un lugar limpio, cómodo, olía bien. Seguro era un refugio que solo podían disfrutar unos cuantos afortunados de los cuales Filos se incluía en la lista. El músico pasó por todos los canales de la televisión en busca de algo que le hiciera la espera más corta, no encontró nada, solo pornografía tras pornografía. Había unas bocinas y cable para conectar iPod, pero no llevaba su música. Decidió acostarse y esperar a que su amante tocara la puerta. No tardó mucho.

Al otro lado de la mirilla lucía una mujer de lentes oscuros, güera y caderas más anchas gracias a la oblicuidad del vidrio. Filos abrió la puerta, ella lo saludó con un nuevo beso en la boca.
–¿Me extrañaste, papi?
–Mucho.
Musa dejó su bolsa en una mesita. Intercambiaron besos hasta que ella lo alejó suavemente con su mano pegada al pecho de él.
–Espérame, vete desnudando.
Ella se metió al baño en tanto el músico obedecía a la bailarina convertida en escort. Salió en lencería rosa adecuada para el tono blanco de su piel. No fueron directo al encuentro, ella bailó una vez más. Se subió a las sillas, a la mesa, a la cama. Filos no podía creer que tanta vitalidad estuviera destinada solo a él. Cuando ella se acercó, él la abrazó y le volvió a besar sus senos. Se acostaron. Filos parecía un becerro prendido a su madre. Ella entonaba ligeros gemidos falsos. La escort lo separó para bajarse. Puso el condón con la boca demostrando maestría en su servicio. Filos la disfrutaba demasiado. Cómo pudo haber esperado tanto tiempo para estar con

ella.

Antes de continuar, el músico se ocupó de besar cada palmo de la piel de ella; no quería dejar ninguno solo sin morder, lamer o babear. Ella se dejó, hasta llegó a decirle, mentirle, que lo amaba. Aunque Filos no lo creyó se sintió bien. Los gemidos de ella se acrecentaron cuando la penetró. Qué culo. Filos no podía dejar de tocarlo… pero seguía frío.

Platicaron un poco de Buenos Aires, también de cómo había llegado cada uno a Los Ángeles. Ella se dedicaba a la prostitución desde que estaba en Argentina, aclaró que nadie la padroteaba, que era 100% independiente, nada más tenía un taxista que la llevaba y protegía en todos los lugares. Hubo una vez en que un cliente, hijo de un líder del Partido Demócrata Cristiano, la golpeó y amenazó con matarla si se enteraba que lo denunciaba. Ella prefirió agarrar todos sus ahorros y mudarse a Estados Unidos.

Después del intermedio continuaron con otra relación hasta que Filos ya no pudo más. El cansancio y el alcohol que había bebido durante todo el día le pasaron factura. Ella se quedó un rato abrazada a él mientras seguían platicando. De verdad le dio un servicio de girlfriend experience. Ella vio la hora y le dio un beso más a Filos antes de meterse a bañar. Eso le movió algo al guitarrista. ¿Por qué se metía a bañar? Le había dicho que lo amaba y se lavaba sus besos. Otra vez sintió que algo corroía su cuerpo y aquel calor en la boca del estómago regresó. Cerró sus puños. Se sintió basura otra vez. Ni siquiera una prostituta estaba dispuesta a llevarse algo de él, aunque fueran solo unos besos. Sabía que ella no lo amaba pero no por ello dejaba de dolerle. Se sintió usado e inservible. Su respiración se aceleró, sentía que iba a estallar. Ella salió del baño ya vestida. Ni siquiera le dirigió la mirada a Filos, mucho menos un hasta luego. Tomó su bolsa y desapareció. Más allá de quedarse solo, Filos se sintió abandonado… desechado.

La hubiera golpeado pero no pudo. Ella se fue demasiado rápido como si huyera de la peste. Lo único que Filos pudo hacer fue ir al lugar donde poco antes la argentina había tirado al caño sus besos. Vio húmedo el suelo y recordó el culo frío de ella. Cerró los puños a la par que el calor de su estómago aumentaba. El ardor se elevó hasta hacer erupción; Filos vomitó sobre las huellas de sus besos. Permaneció ahí un instante: tirando todo su interior a la coladera. Cuando terminó, se pasó la mano por la boca para limpiarse los hilos de baba. Escupió lo que quedó entre sus dientes y lengua. Fue al lavabo para enjuagarse con agua limpia. Se vio al espejo y volvió a sentir una pulsión que emanaba desde su más profundo ser. Su mirada se posó sobre el papel de baño, el cual fue desenrollado por el músico. Llevó su pergamino de textura suavizada a una mesa y

sacó aquella pluma que siempre lleva consigo para momentos parecidos. Escribió como hace mucho no lo hacía. La pluma no era empuñada por su cerebro, ni por su lengua, menos por su corazón, sino por sus besos muertos.

Eres foco de infección,
cortejada por gente ruin.
Doncella lasciva de miseria,
recógeme a mí.

Piel desnuda es tu vestuario,
tu sonrisa infiel me convenció.
Báñate en mi sudor,
mientras yo mendigo amor.

Mujer de mil máscaras
y sin nombre fijo.
Virgen de los parias,
recibe entre tus piernas a tu hijo.

Actúa,
sé protagonista de mi mezquindad.
Bésame los labios
hasta que los veas sangrar.

Eres foco de infección,
cortejada por gente ruin.
Doncella lasciva de miseria,
recógeme a mí.

Tu lengua limpiará
la suciedad de mi acto.
Abraza a este humano
que ya no tiene tacto.

Sé que no te enamoras,
que no soy suficiente,
que tu amor es por hora,
que solo soy un cliente.

Te lavas mis caricias y mis besos,
desaparecen de tu cuerpo.
Son como yo: un desecho
que no se levanta del suelo.

Eres foco de infección.

Aquello que Marenco le había recriminado a Filos casi se volvió realidad, la diferencia fue que el guitarrista no llegó con composiciones un día antes de entregar el disco, sino dos semanas previas al Día D. De hecho, no solo llegó con dos rolas que abrieron el camino a otras siete, también llegó con el nombre del próximo disco: *Ser humano desechable*, epónimo de la rola compuesta después del encuentro con Musa.

"Ser humano desechable" y "Muchacha de ojos endebles" fueron grabadas el mismo día en que Filos las dio a conocer a sus compañeros. A partir de ello, cada día grabaron dos canciones. Al parecer, Zafio Nerón estaba recuperando su magia como banda, sin embargo, la relación entre Filos y Marenco se continuó desgastando. Todos los días, el vocalista proponía que se incluyera alguna de las canciones que había escrito. Se había vuelto su mayor capricho. Ni siquiera Garrocha hacía tal esfuerzo por grabar sus letras. A final de cuentas, Marenco no pudo convencer a ninguno de sus compañeros. Odió más al guitarrista.

Esas dos semanas bastaron para terminar un disco exprés en el que todos tenían puestas sus esperanzas. Matías y Nakazawa creían que era el mejor álbum de la banda mexicana. Ya por la competencia interna, ya por todo lo que le sucedió a Filos en el inter, ya por la madurez de todos como músicos, ya por la urgencia de sacar el álbum, *Ser humano desechable* tuvo el visto bueno de la gente de Capitol.

Lo primero que blogs y revistas en línea dieron a conocer al público fue el primer sencillo: "Besos de ceniza", nada que ver con la canción de Timbiriche.

El humo del tabaco teje sus telarañas.
Labial color del carbón, impía su sonrisa.
Llena está de veneno, destruye las entrañas;
atrapa con sus labios y besos de ceniza.

Despide un olor seco, se clava en el deseo.
Causa adicción, enfermo; disfruto su tormento.
Las colillas son rejas, me aferro como reo
de cadena perpetua podrido a paso lento.

En los mismos textos donde se incluía el link de la rola, la crítica especializada hilvanaba sesudos análisis cuya conclusión aseguraba que "Besos de ceniza" se refería a lo vivido por el compositor con la heroína; una especie de catarsis que le sirvió para expiar su adicción. En las entrevistas realizadas a la postre, el guitarrista nunca lo aclaró, lo único que puntualizó fue que tiene versos alejandrinos.

Días después de dar a conocer "Besos de ceniza", los blogs

nuevamente festejaron una noticia más sobre el nuevo disco de Zafio Nerón: el tracklist.

1. “Ser humano desechable”
2. “Besos de ceniza”
3. “Rosa de los vientos”
4. “Errante”
5. “Estatua”
6. “Magdalena”
7. “Muchacha de ojos endebles”
8. “Ritornello”
9. “Asunción”

Con esa noticia, se *filtró* un fragmento de cinco minutos de “Asunción”. Ello hizo que la expectativa sobre el nuevo disco de la banda fuera cada vez mayor mientras la información que se daba era a cuentagotas. El ánimo del público era intenso. Todo adquirió certeza cuando se dio a conocer la portada del álbum con la fecha de lanzamiento, conciertos de la gira y la noticia de que se filmaría un DVD del tour, cuyo nombre sería tomado de una de las rolas nuevas: Errante.

Sumado a todo ello, el festival Coachella de 2007 confirmó que, por primera vez en su historia, tendría tres headliners con sangre latina: Manu Chao, Rage Against The Machine y Zafio Nerón. Definitivamente, ese año llevó a la banda a un peldaño más alto de lo que estaba. Los críticos quedaron fascinados con el álbum, algunos incluso lo ponderaban como uno de los mejores de la década. Zafio Nerón estaba de regreso.

En 2008, a mitad de la gira mundial, la BBC Radio 1 invitó a la banda a realizar una sesión en vivo en sus estudios. Ese se convirtió en uno de los shows más íntimos que Zafio Nerón tenía desde sus primeros años, por ello, la tensión entre guitarrista y vocalista salió a flote de una forma descarada.

–La siguiente canción habla sobre el desgaste de una relación. Es como quitarle el velo a lo que antes nos encantaba y ver sus carencias… sus debilidades. Se llama “Rosa de los vientos”.

El riff catastrófico lleno de efectos wah wah ya era reconocido por los fanáticos que presenciaban la presentación en el estudio y quienes lo escuchaban a través de la radio o la señal de internet. Hasta ese momento, Marenco había visto exclusivamente al público, pero en esa rola fijó la vista en Filos, como si se la dedicara a él.

Por fin nos alejamos de la nube gris
y vemos de cerca el horizonte,
pero la nube se extiende,

come luz, eso se siente.

Pide tributo, no escucha rezos.
Huracán intruso que roba el Norte
a nuestra rosa de los vientos.

Tu mirada directa al mistral,
donde el caos ahora es manso;
tus ojos son de arena y cristal,
donde antes estaba el remanso.

Timón a la deriva;
no hay brújula en este barco
que rocas a medias esquiva.

Nuestra falla es submarina,
tiene tres puntos cardinales.
Te excedes en deseos carnales,
tu actitud es más que femenina.

Poseída estás por el viento del Norte,
pero mantienes tu sequedad.
Esto no se mantendrá a flote.

A un paso del naufragio
es más fuerte la zozobra.
Me rindo, es mi última maniobra,
me retiro con adagio.

De tu amor solo queda el rocío,
es un barco varado,
es un pez muerto en el río.

–A veces estamos en una batalla interna con nosotros mismos… o con otras personas –el vocalista miró sobre su hombro a Filos–. Esta rola habla un poco del dolor que enfrentamos al no podernos levantar de la lona. Se llama “Magdalena”:

Magdalena:
Ve a tu Jesús sobre el ring,
derrama sangre como tú lágrimas.
Y lo creías intocable.
Míralo caer.

La lona está muy lejos del trofeo,
pero él permanece ahí,
quiescente.

Está inconsciente, moribundo.
Yace en el sima de su orgullo.
Cayó de un solo golpe
desde la cima de su mundo.

Nuestro morbo nos obliga a verlo.
Cada gota derramada
alimenta nuestro placer por la violencia.

Y tú lloras, Magdalena.
Reirías si fuera al revés.
Anda, toma una piedra
y lánzala sin pena.

Magdalena:
Ve a tu Jesús sobre el ring,
derrama sangre como tú lágrimas.
Y lo creías intocable.
Míralo caer.

Al terminar "Magdalena", Filos musitó algo que solo para Marenco fue audible. El vocalista dirigió nuevamente la mirada al guitarrista; en su expresión había ira. Incluso el público que presenciaba en la cabina la sesión se sacó de onda. Para los escuchas no fue diferente, se hizo un silencio sepulcral en el que más de uno actualizó el sitio de la BBC y, quienes oían la señal por radio, lo golpearon pensando que era una falla de la transmisión. Sin embargo, era una *falla submarina* que estaba saliendo a flote en ese momento. Finalmente, Marenco reparó en que estaba en una transmisión en vivo y continuó con su diálogo con el público.

Zane Lowe, el locutor que debía entrar entre canción y canción, lucía nervioso, tuvo que servir como referí entre la lucha de miradas que sostenían Marenco y Filos. No había necesidad de que los músicos se dijeran nada, sus gestos, movimientos y hasta la posición en que se encontraba uno del otro (casi se daban la espalda) decían más que los insultos que pudieran repartirse.

De eso no hubiera existido ningún problema si solo se hubiese tratado de una transmisión de radio, sin embargo, la banda había contratado a un cineasta joven (fanático de Scorsese) para que documentara cada fecha del tour, incluida esa. Así que la tensión entre los músicos quedó registrada en el DVD de Errantes.

La sesión de la BBC no fue lo único captado por la cámara del documental. También la última fecha de la gira en el Nokia Theatre de Los Ángeles a finales de 2009.

Perdido, como en una rotonda,
inicio pero no acabo jamás.
Eternamente sacado de onda,
soy un fondo de caricatura, namás.

¡Inútil! Correteo mi cola,
busco la esquina de un cuarto circular.
Otra vez tarareo la misma rola,
aquella que recordé por el azar.

Doy vuelta por el recodo,
giro sobre mis talones,
regreso al mismo nodo
de mil y un eslabones.

Como la conversación repetitiva del abuelo,
emulo al disco rayado.
En mi partitura hay un ritornello
que me hace volver al pasado.

Regreso por la glorieta,
persigo un espiral.
Como el ave Fénix y su vuelta,
mi comienzo es el final.

Creo que esto ya me había pasado antes.
Lo contaré hasta que el infinito esté al revés:
estoy anclado a un ciclo rampante;
¿quieres que te lo cante otra vez?

Qué paradójico. Zafio Nerón cerró un ciclo con “Ritornello”. Antes de alejarse del micrófono, Marenco citó a Morrison: *this is the end, my only friend*, el público nunca se imaginó que esas palabras se refirieran al próximo fin de la banda y no al simple final del concierto. Después se abrazó con Erick y Chaflán para la reverencia al público; Filos estaba hasta una de las orillas. Guitarrista y vocalista nunca se miraron, su relación estaba claramente rota.

Los cinco entraron a su camerino acompañados por Matías. Querían estar solos un rato, con tanta tranquilidad como se pudiera. Marenco sacó un Gatorade del frigobar; Erick, Chaflán y Garrocha le pidieron sendas bebidas, Filos prefirió servirse personalmente un escocés en las rocas. Cada uno tomó su asiento, guardaron silencio. En los pasillos se podía escuchar el ajetreo de los trabajadores del foro urgidos por terminar su jornada e irse a sus casas. Marenco apuró el contenido de su botella de pet y secó el sudor de su rostro

con una toalla que tenía rodeándole el cuello. Después miró a Filos. Se puso de pie y se le acercó. Todos vieron la escena extrañados. Luego el vocalista le extendió su mano abierta al guitarrista. Filos, el más sorprendido de los cinco, lo observó dudoso.

–No quiero que terminemos así, Filos –rompió el témpano de silencio Marenco todavía con su mano extendida, la cual permaneció varios segundos más así.

–¿A qué te refieres? –preguntó el guitarrista aún sin estrechar la mano de su compañero. Sus manos preferían abrazar al vaso de whisky.

–A que no podemos, bueno, yo no puedo seguir así. Por la paz –Filos miró de reojo a sus demás compañeros, quienes lo veían pidiéndole que le diera la mano a Marenco. Más por obligación que por gusto, Filos accedió–. Bueno, ahora que ya dejamos atrás las broncas, les queremos comentar algo –el vocalista miró con complicidad al tecladista–: Garrocha y yo vamos a iniciar un proyecto alterno. Queremos aprovechar que terminamos la gira y tenemos un tiempo libre para probar con otras cosas. Esperamos no lo tomen a mal –la mirada de todos demostraba su pasmo.

–Sí, eso me gustaría dejarlo bien claro –agregó Garrocha–. No queremos dejar Zafio Nerón, simplemente creemos que nos vendría bien darnos un break… indefinido. Esta gira estuvo muy pesada, creo que nos lo merecemos.

–¿Y qué pasará con Zafio? –se interesó Matías.

–Eso es de lo que queremos platicar con ustedes. ¿Cómo ven? – todos guardaron silencio. La noticia fue un auténtico balde de agua fría.

–Todos aquí sabemos que esta gira no ha sido la más… ¿cómo decirlo?, agradable en cuanto a nuestra dinámica interna –intervino Erick–, pero yo no lo creía tan grave como para desintegrarnos.

–No es desintegración –defendió Marenco–, es más bien un break, como decía Garrocha. Es algo muy común. Ya cumplimos con los discos del contrato, este es nuestro tiempo para hacer algo diferente.

–¿Van a tocar sus canciones? –la pregunta de Chaflán dio en uno de los clavos. Marenco asintió con la cabeza.

–La verdad… –la voz de Filos llamó la atención de todos– yo también me siento muy cansado. Tampoco lo veía como el fin de la banda, pero bueno, estas –abrió comillas con sus dedos– *vacaciones* –cerró comillas– nos podrían hacer bien.

–¿Entonces estás de acuerdo? –interrogó Matías. Filos resopló.

–Sí.

–¿Cuándo lo anunciamos? –preguntó el manager con la cabeza baja, melancólico. Otro silencio invadió el cuarto. De nuevo se percataron de los chiflidos y martillazos de los trabajadores del foro que desmontaban parte del escenario–. Yo diría que cuanto antes.

–A mí… perdón, pero ¿de verdad estamos hablando de ya no volver a tocar juntos indefinidamente, o sea, que puede que ya no toquemos juntos? –la desazón de Chaflán le hizo un nudo en la garganta a todos.
–Volveremos a tocar juntos, Chaflán –consoló Marenco.
–Vamos a México; anunciémoslo en México. Todos juntos –interrumpió Filos–. Allá empezamos, allá terminamos. Si Zafio Nerón va a estar inactivo, yo no tengo nada que hacer en este país.
–¿Es definitivo, eh? –preguntó nuevamente el baterista mirando al suelo. Pero esa vez nadie le respondió, todos prefirieron ocupar su boca en apurar sus bebidas.

||: RIFF IX :||

La idea de casarse no le había llamado la atención, hasta ahora. El matrimonio es algo disparatado, rebasado, solo viable para las mujeres que desean terminar su vida lavándole los calzones a alguien que pretende adueñarse de ellas; la vida no es una película de Disney, pensaba. Pero ahora está sentada en la mesa de un salón de fiestas observando a su mejor amiga bailar su primera canción como mujer casada. La Courtney baila con su recién esposo “Samba pa’ ti”, ellos dos son los dueños de la pista y lo disfrutan. Están fundidos en un abrazo tierno y rígido, quien los ve puede asegurar que así terminaran sus vidas: juntos. Ella se ve tan vivaz, tan alegre, tan amorosa.

Sirena la observa, se recuesta en el hombro de Filos para ser abrazada. Suspira por su amiga, comparte su dicha. El vestido de

mujer enamorada le entalla a la perfección a La Courtney, quien ni siquiera se molesta en mirar a Sirena, por el momento, solo tiene ojos para su esposo. Ellos se conocieron cuando trabajaban para un sitio web: ella era fotógrafa y él diseñador gráfico. De eso hace casi 7 años. Durante el primero se caían gordos, no se hablaban, incluso se insultaban a espaldas del otro, pero en una peda de fin de año conocieron sus otras caras. Sí, parece un cliché: pasaron del odio al amor. A partir de entonces se volvieron inseparables. De los 6 años restantes, fotógrafa y diseñador han compartido sus vidas, sus frustraciones, sus éxitos, sus cuerpos, su casa. En realidad, la boda es más que nada un acto simbólico porque sus vidas no cambiarán en nada, después del salón se irán a acostar a la cama que los abraza cada noche.

La pelirroja es madrina de la novia, la acompañó en todo el proceso para preparar la boda. Sin embargo, no compartía su idea, Sirena no entendía cuál era el afán por casarse, por firmar un papel que se volviera bola y grillete, por ponerse un anillo que funcionara más de barrote. No lo comprendía y sigue sin comprenderlo, pero, de casarse, le gustaría tener una ceremonia parecida. Es como un sueño. Ella no se casaría estando en sus cinco sentidos, ni loca pretende estar cazada. Ni loca. Y antes La Courtney pensaba igual.

–Me estoy comiendo mis palabras, ¿verdad?

–Completitas, Courtney –las amigas chocan sus copas llenas de Petillant Brut. Beben–. ¿Qué se siente ser ahora la señora *de* Capdevila?

–No. A ver, espérate –Courtney deja la copa sobre la mesa–. Él es el señor *de* Cantú –ambas ríen–. Es en serio, eh. Ya quedamos que nuestros hijos van a llevar primero mi apellido, luego el de él.

–Ya veo quién lleva los pantalones.

–Y también las faldas, Sire… también las faldas –aprovechan un silencio breve para cortar un pedazo más del pastel, comerlo y luego tomar de su vino espumoso–. ¿Tú para cuándo? ¿Quieres que te aviente el ramo directo a tu lugar?

–Claro que no.

–Vete en este espejo –La Courtney se señala a sí misma–. En la boda de Betty yo decía lo mismo y mírame ahora. Vestida de blanco: pura y casta –sabe que miente y por eso ríe, igual sabe que su esposo tampoco llega puro y casto al matrimonio.

La parte de toda boda en la que la novia avienta el ramo no se hace esperar. La Courtney se coloca frente al entarimado del conjunto musical que en ese momento descansa y en su lugar el sonido local deja escapar las notas de “Florecita rockera” de Aterciopelados. Las solteras que buscan hacerse con el ramo están a la espalda de la novia; de todas ellas, Sirena es la más alta pero también la menos

interesada en tomar entre sus manos la docena de azaleas. Eso no le importa a La Courtney, quien antes de aventar el arreglo voltea a ver a su amiga a la par que la señala.

A la una, a las dos, a… las… ¡tres! La Courtney avienta un trapo que es cogido por una de sus primas que se fue con la finta. Todos ríen de la broma. Va de nuevo, la novia promete que ahora sí aventará el ramo. Al terminar la cuenta regresiva la fotógrafa solo amaga con el lanzamiento. Algunas de las solteras le reclaman, mientras los hombres y las mujeres que observan sentados desde sus lugares ríen al igual que la novia. Esta vez sin conteo, La Courtney avienta el ramo, esto toma desprevenidas a casi todas. El arreglo floral golpea en el techo del salón y cae justo frente a Sirena. Está a sus pies, junto a sus tacones negros, pero la modelo no se agacha por él. Prefiere negar con el dedo índice a su amiga que la ve con reclamo por no aprovechar su buena puntería. La prima que antes se fue con la finta logra coger el arreglo floral y celebra por el buen agüero obtenido.

Filos no se salva. Después de que el señor de Cantú quitó la liga con la boca, un grupo de hombres solteros se aglutina a la espalda del novio. El guitarrista no solo luce desinteresado, sino que se coloca hasta atrás del pelotón de varones. A diferencia de su esposa, el diseñador no la hace de emoción y lanza el pedazo de lencería con fuerza, Filos lo ve ir directamente hacia él, pero afortunadamente una mano se atraviesa en el camino. El músico resopla y mira a Sirena contento por mantener su soltería intacta. Lástima, aunque la modelo no quería atrapar el ramo, quería que Filos si cogiera la liga, le hubiera gustado darse el lujo de demostrar que ni la liga ni el ramo mandan sobre la dirección de sus vidas.

Durante el abrazo de despedida al terminar la fiesta, La Courtney se propone como madrina de la boda no anunciada de Sirena. La modelo prefiere tirar de a loca a su amiga y salir del salón abrazada a Filos. La pareja sube al automóvil del músico, antes de arrancar se da un beso tierno en la boca, como si con eso comprobara que no necesita de una ceremonia para firmar su amor. Filos echa a andar el automóvil. Esa era la señal esperada, un Spark sigue el camino trazado por el Mazda; al volante va Alma Rosa, quien se tuvo que quedar esperando la salida de la pareja en las inmediaciones del salón. Últimamente los sigue a hurtadillas a todos lados: a los ensayos de Zafio Nerón realizados en un estudio de Coyoacán, a los compromisos sociales de Sirena en Polanco, al cine, a los restaurantes. Donde estén ellos, está ella, siempre disfrazada con una máscara de invisibilidad, vestida con una capa de sigilo. Sirena y Filos no se han dado cuenta del acecho, sus ojos han estado más ocupados en apreciarse mutuamente. Esta noche no es la excepción,

a pesar de que las calles a esta hora de la madrugada son poco transitadas, ni el músico ni la modelo se percatan del auto que los persigue. A final de cuentas, no hay peligro. Alma Rosa no es una amenaza, lo único que quiere es estar cerca de Filos.

Lo observa dormir. Le hace piojito en su cabello largo no tan brilloso ni sedoso como el de ella, sin embargo le gusta sentir las yemas de sus dedos atrapadas entre sus chinos. Él no se da cuenta, sigue dormido. Su felicidad actual es indescriptible, y pensar que hace unos meses perdió a Filos por un arranque pasional del que no se arrepiente pero que no le causó el placer de cuando era una veinteañera. Primero, después de la ruptura, trató de mostrarse indiferente, Filos no sería al primero en perder de esa forma. Días después, la depresión la empezó a resquebrajar, se dio cuenta de lo especial que es el músico para ella. No es que lo necesitara, Sirena es una mujer independiente, completa, que sabe vérselas por sí sola. A pesar de ello, estar con Filos le provoca un gozo único que no había experimentado ni con El Gallo ni con El Taz ni con ninguno de sus amantes espontáneos. Entonces supo que Filos era algo más que un amor vacuo.

Piensa en Betty viviendo con su esposo en una casa del Infonavit en el área metropolitana de Monterrey y en La Courtney en su luna de miel en Santorini. De las tres, Betty siempre fue la más romántica, la que sí soñaba con esposo e hijos; cumplió su sueño. La Courtney y Sirena preferían vislumbrarse en una vida sin límites, su plan era pasar su vejez juntas y, mientras ese momento llegaba, disfrutar de su piel sin arrugas y la energía que ello representara. Ahora el plan ha cambiado; aunque, por supuesto, nadie le puede asegurar a Sirena que La Courtney no se divorciará en un año y el plan inicial volverá a su punto original.

¿Y si no? Esa pregunta es mortal para Sirena. Morir sola no está en sus planes, de hecho, nunca en su vida ha estado sola y no quiere experimentar esa blanda furia, como alguna vez lo escuchó de Maldita Vecindad. Después de la muerte de su papá encontró al Gallo y desde entonces a una larga fila de compañeros hasta llegar a Filos. Su lista de amores no obedece a que sea una nalga pronta, como muchos la han definido, sino a que teme quedarse sin nadie, sin embargo eso tampoco significa que deba atarse a una persona.

Alma Rosa está desazonada pero estable. Tiene tanta práctica y talento en la cocina que aún en su estado errabundo demuestra su buena sazón, aunque a ella le parezca lo contrario. El Minotauro también está en una extraña estabilidad, ya no está en picada como hace unos meses cuando Rosa *salía con* Filos, pero tampoco disfruta de su mejor etapa, como cuando El Gordo todavía llegaba a comer.

Ya se le ha hecho costumbre visitar la casa de Filos todas las noches, es una especie de bendición nocturna. No importa que las cortinas estén cerradas y a veces escuche la voz empedrada de Sirena adentro. Supone que la modelo volverá a engañar a Filos y ella estará ahí con él para consolarlo otra vez. La cosa es esperar. Cada vez que se imagina el momento de su gloria sonríe sola al volante de su auto; procura no reír, hacerlo sería como declararse oficialmente loca. Ella no está loca, está enamorada y así en la guerra como en el amor todo se vale, su táctica es la paciencia.

Esta noche no puede conciliar el sueño, se siente ansiosa, con demasiada energía como para permanecer acostada en su cama. Va a la cocina para prepararse un té verde que la ayude a tranquilizarse. Por más paciente que sea, hay noches en las que la desesperación le gana. Quisiera ir a casa de Filos y volverle a plantar un beso nada más del puro gusto de sentir otra vez sus labios. Pero le sigue dando pena que la vea, no sabe qué piensa Filos de ella ahora, después de que él le azotó la puerta en la cara. Pone un poco de música para animarse, por supuesto, Filos le compuso una canción para momentos como este:

Girasol marchito,
estático en el frío de la noche.
Permaneces impávido
al viento que roza las hojas de los árboles.
Te camuflas con la penumbra,
la devoras, la digieres y generas luz con tu sombra.

Tus pétalos llovieron sobre el suelo,
ahora brillan desde ahí.
Forman una pista de fulgor nadir
que ilumina tu apariencia de adormidera.
Insomne, sin pudor,
te muestras en desvelo.

Te camuflas con la penumbra,
la devoras, la digieres y generas luz con tu sombra.
Para tu fotosíntesis usas la energía del sereno,
pero antes esperas a que la luna duerma primero.

El manto oscuro te sirve de cobijo,
pero te queda holgado.
Te puedes mover, espíritu noctívago,
cual sonámbulo sin rumbo fijo.
Erras somnoliento; sin tus pétalos
no podrás volar al sueño.

Sobre el alba alistas tu descanso.
Te recuestas sobre
el río de miel que se derrama sobre el suelo
y ahoga inmisericorde a la luna.
Te pegas a tus sábanas de 500 hilos matutinos y,
sin embargo, despabilas tu estado onírico.

Te camuflas con la penumbra,
la devoras, la digieres y generas luz con tu sombra.
Para tu fotosíntesis usas la energía del sereno,
pero antes esperas a que la luna duerma primero.

No pudo pegar los ojos en toda la noche. Está parada frente a su ventana observando cómo el crepúsculo matutino llena de luz la ciudad. Aquí los gallos no cantan, pero la vida citadina reinicia al son de algunos gaseros desmañanados y tráfico en sordina. Bosteza con tanta fuerza que siente que la quijada se le traba. Sería inútil intentar meterse a las cobijas a esta hora, ahora que sí se siente cansada. La luz diurna le da una idea en la que no había pensado antes. Se emociona. Por ahí ha escuchado que la suerte sí existe y se pasea por las calles en las mañanas, por eso solo los que se levantan temprano la conocen. De pronto le angustia que se le haya hecho tarde, que la suerte ya haya caminado por Atlixco. Si se apresura, quizás Alma Rosa todavía la alcance.

El chiflido de "Kill Bill" *in crescendo* y el ruido de la vibración del celular sobre el buró de madera despiertan a Sirena. Aún sin abrir los ojos, susurra:

–Filos, ya está sonando tu despertador –el aviso no funciona, Filos continúa profundamente dormido. La modelo resopla molesta. Acerca su boca a la oreja del músico, jala todo el aire que puede–: ¡Filos! –ahora sí, el guitarrista se exalta. Alcanza a escuchar el final estresante de la melodía chiflada; se estira y abre los ojos. –¿No puedes elegir otra canción para despertar? Esa me pone nerviosa –reclama la pelirroja aún soñolienta.

–¿A poco no te hace despertar rápido?

–A mí sí, pero no es a mí a la que debe despertar –Filos se aleja del cuerpo desnudo de Sirena y se sienta en la cama mientras se talla los ojos con las manos–. ¿Adónde vas tan temprano?

–A ensayar. Marenco tiene una cita con el doctor en la tarde.

–¿Marenco? ¿Qué tiene? –por primera vez en el día, Sirena abre los ojos; atisba un haz de luz que se cuela por las cortinas. Filos voltea a verla para responderle, pone su mano sobre el brazo delgado de la modelo para acariciarla.

–Nada grave. Al parecer Samantha está embarazada –los ojos de

Sirena centellean una chispa de felicidad.
–¡Ah, qué lindo! Me lo felicitas –las caricias de Filos se transforman en un beso en la boca con sabor a aliento matutino.
–De tu parte. Me voy a bañar.
–Está bien. Yo me voy a volver a dormir –Sirena cierra los ojos con una sonrisa dibujada en el rostro.
Como siempre, Alma Rosa estaciona su Spark en la esquina de Atlixco y Fernando Montes de Oca. Justo donde puede apreciar la puerta y el zaguán de la casa de Filos sin temor a ser descubierta. Quizá, si alcanza a la suerte, le toque ver cómo Sirena y Filos se pelean, o cómo al salir él, Sirena invita a otro hombre a la casa, quién sabe, lo que sea que separe a la pareja sería una buena muestra de la existencia de la suerte. Es más: está segura de que Filos no quiere más a Sirena pero tampoco halla la ocasión indicada para deshacerse de ella. Prende la radio para hacer la espera menos tediosa: *He doesn't really love her anymore and years ago he's been sleeping on his own.*

Reclina el asiento hacia atrás. Se siente muy cansada, le gustaría tomar una siesta; no lo hace, cerrar los ojos significaría perderse un gran momento. Trata de concentrarse en la música que transmite la radio. De repente el cansancio le gana a sus párpados y los hace cerrarse. Ella de inmediato se despoja del sosiego sacudiendo fuertemente su cabeza. Lleva una hora haciendo guardia y lo único que ha pasado por la calle son algunos automóviles con niños uniformados y paseantes mañaneros con sus perros; de la suerte, ni sus luces.

Antes de salir de la casa, Filos entra al cuarto para despedirse de Sirena, quien permanece dormida; sus piernas escapan de la prisión de las sábanas y reflejan un lago de luz que le recuerdan unos versos de Armando Rosas: *Te presentaste desnuda, brillabas como el metal*. Quisiera hacerle el amor, pero debe contenerse; se conforma con acercarse a ella y plantarle un beso tierno en la frente.

Lo ve salir y no hace nada. Alma Rosa no prende su Spark ni intenta movimiento alguno por perseguir a su ídolo. No es que esté petrificada, es que su objetivo de hoy no es Filos, sino Sirena. Prefiere esperar a su enemiga aunque no sabe qué hacerle, ni siquiera sabe si le hará algo, pero hoy dejó su casa con la corazonada de que algo bueno obtendría de seguir a la modelo. Aquella rola que escuchó en la radio hace unos momentos se clava a su mente, no puede sacar de su cabeza las voces histriónicas ni el ritmo operístico: *I'll kill the lady and become his wife*. ¡Carajo! Odia cuando eso sucede, quizá pase todo el día con repeticiones aisladas de esa rola de Descartes a Kant. Intenta enterrar esos sonidos y versos con música de Zafio Nerón. El resultado es una mezcla horrenda de palabras y ruidos que, sin

embargo, le sirven de arrullo y la hacen cabecear hasta que cae vencida sobre su volante.

Pasa el cepillo con parsimonia por su pelo ardiente para congelarlo en una posición invariable. Sus bucles rojos descienden a sus hombros blancos desnudos. Le sonríe al espejo para sonreírse a ella. Ese gesto es su única conexión con el mundo real porque cada cepillada la ensimisma en sus propias reflexiones. Ni siquiera se percata de los movimientos aterciopelados de su cuerpo al ritmo de "Tengo frío" de Ely Guerra. Prefiere continuar embelesando sus sentidos con su propia belleza, lo único capaz de hechizarla. Ese momento del día es íntimo como pocos, le permite observarse a través de sus ojos y conocerse por medio del simple movimiento de sus manos desde la cabeza hasta el cuello. Las respuestas a algunas de sus dudas las ha encontrado cuando amansa la parte más rebelde de su cuerpo: su cabello; si es capaz de controlarlo, Sirena tiene la fuerza suficiente para conducir su destino. Por eso se toma todo su tiempo.

El sonido de un claxon las hace volver en sí. Una se yergue dispuesta a continuar su acecho, la otra deja sus ataduras enredadas a una púa de plástico; la primera está dispuesta a hacer todo para conseguir lo que quiere, la segunda no quiere perder lo que tiene; Alma Rosa quiere rellenar la oquedad que siente, Sirena sale a la calle para deslumbrar al sol. Antes de que la modelo ascienda al taxi bicolor cruza accidentalmente la mirada con Alma Rosa. De inicio, la chef se pasma, pero intercambia sus ojos de sorpresa por una sonrisa amistosa. Por simple efecto espejo, Sirena también sonríe y sube al auto color dorado con vino; sabe que ha visto esa cara antes, no recuerda dónde. El taxi inicia su andar, Rosa lo sigue a una distancia prudente para que la pelirroja no la vuelva a ver.

El taxi se detiene en Circuito Médicos en Satélite. Sirena se apea e ingresa al Starbucks que luce, afortunadamente para Alma Rosa, semilleno. Desde afuera, la chef observa que la modelo se sienta a esperar a alguien; hay altas probabilidades de que Alma Rosa haya alcanzado a la suerte esta mañana. La chef accede también a la cafetería y se agazapa en una mesa alejada de la modelo pero que le permite vigilarla en todo momento. No solo Rosa observa a la pelirroja, todos los hombres del lugar desvían la mirada algunas ocasiones para encontrarse con la figura esbelta de Sirena. Ella, acostumbrada a estas actitudes, ignora todas las miradas, incluida la de su perseguidora.

Un hombre de camisa rosa arremangada entra a la cafetería. No tarda en encontrar la melena roja en uno de los extremos. Alma Rosa se percata y saca su celular para dirigir con discreción la cámara hacia la modelo y el desconocido mientras se abrazan efusivamente.

El hombre da a la modelo un beso tronado en la mejilla. Sirena sonríe. Alma Rosa se congratula de su desmañanada, está segura de que se topó con la suerte. En adelante solo deberá esperar a que la modelo deje clara ante la cámara su infidelidad a Filos.
–¡Hija de su madre! –musita la chef al ver que el hombre de camisa rosa toma la mano de Sirena sin recelo alguno de que alguien los vea. Alma Rosa aprovecha para tomar unas fotografías–. Cómo puede ser tan descarada –se indigna.
En la mesa, el hombre saca su Galaxy y pone música de Carla Morrison para amenizar la charla.
–¿Esa es la de *Soy tu fan*, no? –se interesa Sirena.
–¡Sí! Me encanta.
–A mí no. No me gusta su voz chillona.
–Pues no sabes de lo que te pierdes.
–¿Sí es cierto que trabajaste en ese programa?
–¡Sí! Se armó un equipo lindísimo y la historia es magnífica.
–La verdad la vi poco, pero de lo poco que vi me gustó. ¿Estuviste maquillando? –el hombre de camisa rosa asiente con la cabeza mientras el mesero entrega un Chocolate Cream Frapuccino para Sirena y un Espresso Clásico para el maquillista. Al otro lado, una mesera deja sobre la mesa de Alma Rosa un Té China Green Tips; la chef no pone atención en su bebida, está absorta tratando de descifrar lo que Sirena y el hombre platican.
El objetivo de la cita no tarda en salir:
–¿Por qué no me invitaste a tu boda, maldita? –increpa Sirena. El aludido lleva con delicadeza una mano a su pecho y gesticula sorprendido por el reclamo. Antes de responder toma de su café.
–Porque fue algo muy íntimo, amiga. Solo estuvimos Leonardo y yo con el chamán.
–Me hubiera gustado ir, ¿no hicieron fiesta después?
–No, nos fuimos a nuestra luna de miel luego luego. Nos fuimos a Curazao, ¿lo conoces? –la modelo niega–. Deberías irte tú también de luna de miel para allá.
–Yo todavía no me caso…
–Ya te estás quedando, amiga –se abre un silencio en la plática solo interrumpido por la voz de Carla Morrison: *Quiero aprender a entender al mundo contigo*.
–Cristi, ¿te puedo contar un secreto? –cierra el silencio Sirena. Cristi se acerca al cuerpo de la modelo. Alma Rosa se enfurece más, no deja de tomar video y fotografías de esos escarceos entre la pareja–. Ya me está dando el gusanito por… –el hombre aguarda a que Sirena diga la siguiente palabra– casarme –por fin expresa la modelo con la vista al suelo. Su acompañante la abraza y la felicita.
–¿Y por qué lo dices así? Tan tímida. ¿Filos no quiere casarse?

–Creo que sí. Las veces que hemos platicado de eso él habla de su familia en el futuro, pero si no hemos hablado más en serio del tema ha sido por mí –el maquillista niega con la cabeza.
–Tú y tu idea de no formalizar nada –antes de continuar su regaño, el hombre toma de su café–. ¿Es la primera vez que piensas en casarte? Digo, me refiero a que si es la primera vez que piensas con quién quieres casarte.
–Sí. Ni siquiera cuando viví con El Gallo lo pensaba. No me preocupaba mucho por el futuro... Creía que siempre sentiría lo mismo por todas mis relaciones. La Courtney me platicaba lo mismo en su boda…
–Mi abuelo decía: nunca digas de esta agua no beberé porque terminarás ahogado en ella –el maquillista y Sirena dibujan una sonrisa–. Me da mucho gusto, amiga. Sabes que lo que necesites, puedes contar conmigo.
–¿Cómo fue tu boda?
–Fue una boda mística. Leonardo consiguió al chamán que nos casó. Nos fuimos a la Riviera Maya. Fue muy lindo: nosotros dos en la playa, nadie más. La unión no es ante Dios o el gobierno, sino ante la otra persona (tu pareja) y la naturaleza. Es simbólica, aunque bueno, todas son simbólicas, pero esta lo es más porque no tiene ninguna validez religiosa o legal, solo espiritual –el hombre da un trago más a su Espresso–. ¿Por qué me preguntas? –ahora es Sirena la que gana tiempo tomando de su frapuccino.
–Quizá te copie –contesta lacónica.

Por segunda vez en el día y como cada noche, el Spark de Alma Rosa está estacionado en acecho del músico y la modelo. Aunque la chef se siente muy cansada no se puede ir a la cama sin su bendición: ver o escuchar a Filos, solo hasta que eso ocurre se da permiso de acostarse para soñar con él. En su mente las rolas de la mañana siguen mezcladas en un mix nefasto y redundante, parecido a un loop. Como pocas veces, la espera es inaguantable. Pasan de las 10 de la noche. Por lo general, a esta hora se escuchan las risas de Sirena y la voz juguetona de Filos, es su hora para cenar juntos. Pero ahora no es así, al parecer Filos está solo, acompañado por un blues irreconocible para ella.

La púa surca el plato de vinilo. El guitarrista fuma cannabis recostado sobre el diván de su estudio y apura un vaso con whisky 12 años. El humo del cigarrillo baila al sosiego de la guitarra de Django Reinhardt. Qué momento más confortable para el músico: su gusto saciado por las notas ahumadas de la bebida, su olfato agradecido por el aroma de la marihuana, su tacto excitado con la textura de la piel del diván, su vista fija en el señuelo del humo del churro, su oído

satisfecho de escuchar la definición perfecta de ese instante traducido en las notas de “In a sentimental mood”.

Arriba una combi negra al frente de la casa de Filos. De ella descienden 12 personas ceñidas a un traje blanco de luces, coronados con un sombrero aterciopelado hilvanado con hilos dorados, y empuñando sendos instrumentos. La última en apear es Sirena, también ataviada con un sombrero charro prestado por uno de los trompetistas. Se agolpan afuera de la puerta de la casa. Quien carga la vihuela mira a la pelirroja esperando a que ella dé la señal de arranque; la modelo inhala y exhala nerviosa, después de ello asiente con la cabeza. El vihuelero hace que sus muchachos se suelten con los primeros compases. Guitarras y trompetas comienzan la acción.

Escuchar unos segundos basta para que Filos suelte una mentada de madre y suba al máximo el volumen de su tocadiscos, lo suficiente para que la voz mal entonada de Sirena no sea percibida por el guitarrista. *Pasaste a mi lado con gran indiferencia*. Alma Rosa no puede creer lo que ve: Sirena al pie de la puerta de Filos declarándole un supuesto amor eterno, mientras esa misma mañana se citó con un desconocido que la manoseaba. La chef voltea hacia las fotografías impresas que tiene entre sus manos, las cuales delatan el flirteo de Sirena con el hombre de camisa rosa con el que se vio. Se convence de que las fotos deben ser entregadas lo más pronto posible. Sirena no puede seguir engañando así a Filos, piensa Alma Rosa.

Termina la primera rola y los mariachis se ven entre sí dudosos de la salida del ser amado.

–En esta sale, señorita, en esta sale –anima un violinista. Nuevamente se arrancan los 12 músicos, ahora tañendo con un placer más hondo sus instrumentos para invocar la apertura de la puerta que se mantiene cerrada. *Por llevarte a los altares, cantaré con alegría*. Alma Rosa no lo puede soportar más, se dispone a salir de su auto y callar de la forma que sea el canto pseudoamoroso de Sirena, pero en cuanto ella sale de su Spark ve que Filos abre la puerta de su casa, se queda inmóvil. El enojo de Filos por haber sido interrumpido en uno de sus mejores momentos del día no supera en emoción a la sorpresa de haber recibido, por primera vez en su vida, una serenata. Después de abrir la puerta, el músico no tarda mucho en abrazar a Sirena y darle todos aquellos besos que se tuvo que guardar en la mañana. Enfundados en el abrazo, Sirena le pide matrimonio. Él se aleja de ella unos centímetros para contemplarla: su sinceridad fulgura, al igual que aquella noche en la que le pidió disculpas; en sus pupilas se aprecia ese diminuto punto blanco que deja de manifiesto la presencia de su alma en esa proposición. Él contesta con un beso cargado con la misma sinceridad. De fondo, los mariachis celebran la consumación

de su objetivo. *Si nos dejan, hacemos con las nubes terciopelo*. Alejada de toda esa alegría, colocada en la penumbra de su corazón, Alma Rosa derrama una lágrima seca enjugada con el sobre que guarda las fotos de la nueva infidelidad de Sirena.

||: **RIFF X** :||

Ya no huele a ropa sucia combinada con pescado seco. El buen olfato de Alma Rosa identifica notas de jazmín y ciruela, también hay un poco de vainilla del inconfundible aroma que envuelve a Sirena y que a su vez ha quedado impregnado en las paredes de la casa de Filos. Por segunda vez en su vida, Alma Rosa entra a la casa de su ídolo, pero ahora no fue invitada por él, de hecho, él no está, tampoco Sirena. Recorre los pasillos de la casa. Le agrada ver la morada de su ídolo limpia y cuidada, no como aquella vez en la que entró y debía esquivar vidrios rotos y papeles tirados en el suelo. Se nota el claro toque femenino en el arreglo de los muebles, el orden de los adornos y, por supuesto, el olor.

Se detiene en la cocina y observa la mesa que compartió con Filos. Suspira. Desea comer de nuevo con él y sabe que lo hará pronto; bastará con que el guitarrista vea las fotos que Alma le va a dejar para que mande por un tubo a Sirena. Curiosea cada rincón de la casa en busca de un lugar en el que pueda dejar el sobre con las fotos sin que la modelo las encuentre antes. Lotería: abre la puerta del estudio de Filos.

La saluda un librero que ocupa una pared completa, Alma Rosa acude a él. Ve libros alineados correctamente y otros apilados en cajas de cartón en la base del librero. Los revisa con paciencia: abre *Cuando éramos niños* de Benedetti, luego hojea *Romancero gitano* de Lorca para después ojear *Páramo de sueños* de Chumacero. Toma unos manuscritos con versos volando aislados, la parvada de letras es cazada por rayones histéricos; Alma Rosa pega las hojas a su pecho como si abrazara al mismo Filos, sabe que son sus palabras. Besa las hojas y las deja en su lugar, no quiere dejar constancia de que ella estuvo ahí, claro, a excepción del sobre con las fotos.

Adyacente al librero, en la pared contigua, se encuentra un mueble parecido a un ropero que resguarda en su interior infinidad de cajas de plástico con discos de música, también hay vinilos y cassettes. No parece haber orden, junto al *Fuente y caudal* de Paco de Lucía, se asoma el homónimo de Boston, entre el *Fractales* de Otaola y el *Little queen* de Heart se esconde el *Viaje al espacio visceral* de Guillermo Briseño, alineados en una pila hay álbumes de Sui Géneris, Tom Waits, Cabezas de Cera, Jerry Lee Lewis, Alonso

Arreola y Frank Zappa.

No hay polvo en ningún lugar. Librero y disquero parecen ser auténticos altares. Pegado a otra pared, descansa un diván de cuero color vino. La chef se acerca y alcanza a percibir el aroma de Filos, se recuesta ahí un momento. Siente celos al pensar que el músico y Sirena han reído acostados en ese mismo diván. Quizá Sirena ve el cielo estrellado mientras está recostada en la misma posición que Alma Rosa, pero con las piernas abiertas y Filos penetrándola; en cambio, la chef está vestida y observa el techo. Se levanta decepcionada y deja sobre el diván el sobre color crema; no tiene nada escrito, simplemente resguarda cinco fotos en las que Sirena y su amigo de camisa rosa se toquetean.

Al salir del estudio no se dirige a la puerta de la calle, sino a la de la recámara. Ahí ve el tocador en el que la modelo se cepilla el pelo rojo y se pinta las sombras negras de sus ojos; la chef toma asiento. El frasco de perfume Dior se presenta, Alma Rosa lo toma entre sus manos: huele a Sirena. Piensa en aventarlo al suelo pero recula, nadie debe notar que ella estuvo ahí. En lugar de romper el frasco, lo abre y acciona la boquilla dirigida a su cuello. Se observa al espejo:

–¿Cómo me veré pelirroja? –musita.

Ella preguntó por la mujer que quiero.
La vi a los ojos… suspiré.
Me pidió su nombre,
yo propuse describirla.
Le dije:
sus ojos prestan luz a la luna,
tiene aroma edénico que me levita,
labios de pastel,
figura frutal,
piel de terciopelo,
sonrisa que me vuelve ciego.
No le quiero bajar las estrellas usadas,
le quiero hacer una constelación que lleve su nombre.
¿Quieres saber más?
Pregunté,
asintió con la cabeza,
me le acerqué,
susurré a su oído:
su nombre es impronunciable para los poetas,
es envidia de las musas,
no la merecen ni los profetas,
junto a ella, las valquirias se debilitan.
¿Quieres saber dónde está?

Interrumpí sin despegarme de ella;
respondió afirmativa,
pedí prestada su mano derecha,
la pegué a mi pecho:
ahí vive, ahí la cuido.
Está escuchando percusiones.
¿Puedes sentirlo?
Ella respondió sí *con los ojos cerrados.*
Quité la mano de mi pecho,
la llevé a su corazón.
Ahí es donde quiero estar yo.
Toque la puerta y no me abrió.
Apretó los ojos y clausuró la boca.
Nuestra amistad ya estaba rota.

–Fuera del final, esta rola define a la perfección cómo me siento ahora con Samantha –confiesa Marenco al terminar de ensayar por enésima vez "Errante". Los músicos llevan horas encerrados en un estudio de grabación preparándose para su regreso y su primer concierto en el Azteca. Chaflán está sentado cómodamente en el banco de su batería; Erick permanece de pie, pegado a una pared con su bajo colgado; Garrocha se arrima un puf para descansar entre rola y rola; Marenco está en posición de flor de loto sobre el suelo alfombrado; Filos reposa sobre uno de sus amplis y fuma un cigarro. Matías Tapia y Nakazawa permanecen dentro de la cabina de grabación consultando detalles técnicos del audio.
–Yo también –agrega el guitarrista, quien de inmediato atrae las miradas de todos–. Quiero platicarles algo –continúa Filos al saberse centro de atención. Con esta introducción, el interés es mayúsculo. Los músicos dejan de digitar sobre sus instrumentos–: me voy a casar con Sirena –ya por asombro, ya por incredulidad, todos quedan mudos por un momento–. Es en serio –completa el compositor–. Y no solo eso: lo queremos hacer antes del inicio de la gira –todos están boquiabiertos, aún no digerían la primera noticia y la segunda es todavía más difícil de tragar–. ¿No me van a felicitar? –el primero en ponerse en pie e ir a abrazar a Filos es Chaflán, después de él se forma un círculo en derredor del guitarrista. Uno a uno, los ahí presentes regalan buenos deseos.
–¿Vas a poder con la preparación de la boda y los ensayos? –indaga Matías.
–Sí, ya le dije a Sirena que no voy a poder estar presente en todo y aceptó.
–¿Nos vas a invitar a la boda? –pregunta Garrocha.
–¡Seguro!

–¿Va a ser por la iglesia y todo? ¿No que Sirena no se quería casar? –recuerda Erick.
–Pues cambió de opinión. Anda muy diferente desde que regresamos. Y no, no va a ser por la iglesia ni por el civil. Va a ser mística o algo así, me dijo. De esas en las que hay un chamán.
–¿En la playa? Esas por lo regular son en la playa, ¿no?
–La nuestra no. La haremos aquí en la ciudad para no descuidar los ensayos.
–¿Y la luna de miel? –cuestiona con coquetería Marenco.
–Será en dos partes: la primera durante la gira y, la segunda, la buena, cuando la gira termine.
–Lo tienen todo pensado, ¿eh?
–Oigan –interrumpe Nakazawa desde la cabina de producción–, ¿si se acuerdan de que justo hoy empezamos a transmitir los ensayos por Livestream? –las caras de todos expresan que era un detalle pasado en alto–. Por cierto, Filos, por acá también te mandan felicitaciones –da a conocer el ingeniero de audio antes de soltarse en carcajadas, poco después coreadas por las de todos.

El hilo de media se corrió de inmediato.
Olga tiene su LG sobre la mesa con la pantalla hacia arriba. De pronto, el teléfono vibra. La mujer suelta la mano de su acompañante para revisar el mensaje llegado: alguien la etiquetó en Facebook. Lo lee, sonríe, mira al Gordo a los ojos, vuelve a tomar la mano de su compañero.
–¿Otro mensaje de Movistar? –bromea el ejecutivo.
–No. Es del Face. Que uno de los de Zafio Nerón se va a casar –el gesto del Gordo se transforma de jocoso a serio.
–¿Uno? ¿Quién? –la mujer vuelve a ver su celular.
–Filos, el guitarrista –dice desinteresada Olga. El Gordo disfraza su sorpresa, asiente con la cabeza.
–Sí, el guitarrista –repite.

Está a punto de finalizar una de sus mejores obras. Después de cinco largas sesiones, El Gallo da los últimos toques a un tatuaje de un cráneo pintado sobre la espalda de un joven con la mitad de la cabeza rapada y la otra mitad con el pelo largo. “Red witch” de Maligno musicaliza el cierre de esta pinta. El tatuador es tan cabrón que no descuida los trazos al acompañar con headbanging la rola.

Al terminar, El Gallo toma una fotografía del tatuaje. Este trabajo es de los que deben ser presumidos en el portafolio profesional. El muchacho mitad calvo mitad melenudo se pone su playera después de aprobar su pinta y agradecer la chamba. El tatuador no se había dado color de que la playera de su cliente tiene una Z sobre una N estampada.

–¿Zafio Nerón? –pregunta El Gallo señalando la efigie. El muchacho baja la cabeza al extender la playera con sus manos. Asiente–. ¿Por qué no te tatuaste este logo?
–Porque está muy choteado en los tatuajes, ¿no? Ha de ser como el de los Rolling, de esos que hasta haces con los ojos cerrados –a pesar de que mueve la cabeza afirmativamente, el tatuador recuerda que a Sirena no le ha pintado la Z sobre la N.
–Pues algo. Yo he tatuado a la Sirena, la novia del Filos, y ella no lo trae.
–¿A poco? Chance ahora con lo de la boda viene a que se lo hagas.
–¡Boda? –repite sobresaltado El Gallo.
–Sí. Hoy estaba viendo el ensayo en internet y se les olvidó que lo estaban transmitiendo. Filos les contó a los otros de la banda que se van a casar antes del concierto –sin querer dar más detalles, el muchacho se despide con un choque de puños para después salir del local. El tatuador no se recupera de su espasmo. Deja de headbanguear.

Se haya enterado ya o no de la boda de Sirena y Filos, de cualquier forma, la chef va a quedar destrozada por la mala nueva. La Güera no se quiere ni imaginar la reacción de Alma Rosa al conocer la noticia; la incertidumbre le causa náuseas. Prefiere que su jefa no llegue al restaurante, es mejor que viva su dolor en su departamento, sería muy difícil verla una vez más dirigiendo las actividades con la cabeza gacha y la voz entrecortada. Aunque parezca que no, el humor de Alma Rosa tiene mucho que ver con el sabor que al final tienen los platillos y, por ende, el humor de los comensales y sus respectivas propinas.

Al dejar una carne T-Bone sobre la mesa de unos clientes, La Güera gira sobre sus talones para ir a la cocina por otro plato. Entonces le llama la atención una maraña de pelos rojos entrando al Minotauro. Por un momento fugaz recuerda el diluvio de pelos rojos de Sirena, pero quien entra no es la modelo, sino su jefa; lleva colgada una sonrisa de oreja a oreja que deja claro que la chef aún no ha escuchado nada sobre la boda.

Algo horrible está por suceder. Intentar que Alma no se enteré, al menos por hoy, es prácticamente imposible. La Güera decide que ella será el heraldo de tan vil anuncio. Resopla. Comienza su andar hacia la cocina. Abre la puerta. Alma Rosa está rodeada por todo su equipo, quien la piropea por su nuevo look. Una mirada de La Güera basta para avisarle a sus compañeros que no deben filtrar información alguna; los compañeros entienden la orden, prefieren seguir llenando de flores el pelo rojo de la chef.

La Güera toma por la espalda a su amiga. La chef se ve tan

diferente… tan falsa. No es Alma Rosa, es alguien que ya perdió la rienda de sus pensamientos. La mesera se obliga a saludar a su jefa como si nada pasara, como si fuera un día común y corriente.
–Te ves bien –adula con hipocresía velada La Güera; Alma Rosa no lo percibe.
–Gracias –responde la chef acariciando su pelo–. ¿Cómo me veo? –sonríe como si le fueran a tomar una foto.
–Bonita –rebota lacónica La Güera.
–¿Cómo va todo? Ya sabrás por qué me tardé, la estética de Xavier siempre está…
–Oye –interrumpe–, tengo que contarte algo. ¿Podemos ir a tu carro? –aunque accede a la invitación, la expresión de Alma Rosa se torna seria. Una vez dentro de la cabina del Spark–: no sé cómo decirte esto.
–¿Es algo malo? Güera, me estás preocupando.
–Es que veo que no te has enterado, pero…
–¿Pero qué?
–Filos se casa –*Filos se casa* repite una y otra vez el eco de la mente de Alma Rosa, como si se tratase de unas colinas deshabitadas. *Filos se casa*. La chef sonríe pero sus cejas se arquean de tristeza. *Filos se casa.* La boca empieza a temblarle. *Filos se casa.* Llora. *Filos se casa.* Derrama lágrimas de tristeza que creía Filos ya no le arrancaría más. *Filos se casa.* La Güera la abraza, la consuela. *Filos se casa.* Alma Rosa berrea; entiende el motivo de la serenata de anoche. *Filos se casa… con Sirena.*

Entran besándose. Las felicitaciones de todos los conocidos y los desconocidos les aumentaron la pasión por permanecer pegados el uno del otro esta noche y todas las que vengan después. La ropa estorba a las manos. Sirena quita la chamarra de Filos, él desabotona el pantalón de mezclilla de ella. Están tan calientes. Se desean tanto como la primera vez que tocaron sus pieles. La diferencia es que ya se conocen a la perfección. Saben sus movimientos sobre el escenario, cómo reaccionan ante la nota tónica y la duración aproximada del concierto. Sin embargo, han logrado evitar la rutina: Sirena siempre tiene algo nuevo que mostrar; Filos, una palabra envuelta en amor. Esta noche es suya. Nada la puede arruinar…

Al menos hasta que llegan al diván. No se dan cuenta de la presencia del sobre color crema hasta que Filos acuesta a la modelo sobre el cuero color vino y el papel emite un sonido al ser aplastado. Sirena se incorpora para mirar lo que causó el ruido. Ella y Filos se percatan del sobre. Lo abren:
Foto 1: Sirena abraza a Cristi.
Foto 2: una vez sentados, el hombre de camisa rosa toma de la mano

a la modelo.
Foto 3: Sirena le susurra algo al oído al hombre.
Foto 4: la pelirroja tiene una de sus manos sobre el muslo de su acompañante.
Foto 5: otro abrazo muy efusivo.
–Sirena, ¿todavía estás viendo a este güey? –adiós pasión. Sirena se sienta.
–Claro, él fue el que me dio la idea de hacer la boda mística. Así se casó él con su novio.
–Sabes que me caga la madre.
–Sí, Filos, pero es mi amigo.
–Amiga, dirás –el guitarrista suelta una breve risa después de su chiste.
–Bueno, eso no importa. Lo que sí importa es saber cómo llegaron estas fotografías hasta aquí adentro –músico y modelo giran la cabeza hacia todos lados buscando una ventana abierta o alguna huella del intruso. Temerosa, Sirena toma de la mano a Filos–. ¿Se habrán metido a robar?
–No creo. Al parecer todo está en su lugar –el guitarrista rectifica nuevamente con la mirada y se levanta para checar en los otros cuartos. Sirena se queda sentada sobre el diván, se abrocha el pantalón–. No, eh –grita desde la sala Filos–. Todo está en orden –el músico regresa al cuarto–. Para mí que esto es más de algún paparazzi. ¿Hay algún mensaje al reverso o en el sobre? –la modelo voltea las imágenes: todo en blanco. El sobre no tiene nada más dentro.
–No, Filos. No hay nada.
–Sí, para mí que es un paparazzi, pero muy pendejo porque a tu amiguito se le ve lo… –el guitarrista tuerce la mano– a leguas.
–¡Ash! –Sirena frunce el ceño–, macho tenías que ser…
–No, corrección –el músico se acerca a la modelo–: tu macho. ¿Podemos seguir en lo que estábamos? –Sirena abre nuevamente su pantalón y avienta el sobre con las fotos al suelo, donde no estorben.

Regresa al salón de Xavier para recuperar el color negro de su pelo; la acompaña La Güera. La expresión de Alma Rosa es lastimera. En la radio, Martha Debayle habla sobre la infidelidad. La chef ni siquiera pone atención a lo que sale de las bocinas, para ella solo es ruido blanco, como el que se escucha en el canal 3 de la televisión; ese ruido en el que a veces, al igual que como pasa con las nubes, se pueden encontrar figuras conocidas, definidas. Eso le pasa a Rosa. El ruido no es caótico, al contrario, llega el momento en que es armónico, rítmico y afinado, como la lira de Filos. Alma no se da cuenta, pero La Güera la ayuda a pasarse de la silla de espera al sillón giratorio para

que Xavier deshaga el trabajo de ayer. La chef sigue concentrada en el ruido blanco, lo disfruta como la mejor canción que haya podido escuchar jamás. Se encuentra en un extraño estado de sopor. Le sonríe al espejo al verse con los pelos rojos y las cejas negras. Detrás de ella, su amiga le confirma al estilista que el pelo de la chef debe regresar a su color original. Xavier no reclama, conoce a la perfección el fanatismo de Alma por Filos y, por supuesto, también está enterado de la boda. Todo el mundo está enterado de tan importante enlace a estas alturas.

La conductora de la radio no es la excepción. A propósito del tema, recuerda que las infidelidades pueden ser perdonadas, así como hizo el guitarrista de Zafio Nerón con la modelo de pelos rojos. La sola mención de Filos hace que Alma Rosa regrese en sí. Ahora el ruido blanco es una voz femenina perfectamente audible que habla de su ídolo y de la mujerzuela con la que se va a casar. El tema se centra en la boda de Filos y Sirena. Alma aprieta los puños. Xavier acomoda el pelo de la chef. La Güera hojea una *Quien* de hace seis meses. Nadie se da cuenta, pero la claridad llega a la mente de Alma Rosa. El ruido de hace unos momentos se ha convertido en un sonido en alta definición. Debayle se pregunta cuál podría ser el menú de una boda roquera. El menú, claro. No todo está perdido. La chef tiene una última oportunidad para conquistar por medio de su sazón a Filos. Yergue la cabeza y pasa una de sus manos por su pelo aún rojo, decide que lo conservará así. Se pone de pie ante el asombro de Xavier. Sale de la estética seguida por La Güera. La boda es todo o nada.

Sirena y La Courtney están en una casa de la Nápoles. Esperan sentadas en un lobby externo con un laguito donde nadan pequeños peces dorados. Las amigas observan el ir y venir de los pescados en espera del chamán recomendado por Cristi. Después de unos minutos, aparece un hombre vestido con pantalón blanco, huaraches y una guayabera, su rostro moreno presenta algunas arrugas y su pelo largo es cano casi por completo. Al saludarlas, envuelve con ambas manos las extendidas por la modelo y su amiga.

–Balam Estrada, para servirles –se presenta el hombre. Después de que Sirena y La Courtney dan sus nombres, la modelo inicia la plática:

–¿Balam? ¿Qué significa?

–Es maya, significa jaguar. Nací en Guatemala –responde el hombre mientras las dirige a su oficina.

–¿Y cómo llegó al DF? –se interesa La Courtney.

–Mi familia huyó del genocidio durante el gobierno de Efraín Ríos después de que dos de mis hermanos desaparecieron. Primero llegamos a Chiapas, pero cuando mis papás murieron decidí mudarme para acá –ya están en la oficina del chamán habitada por macetas con

palmeras bambú. Se escucha música de relajación. Toman asiento.
–¿Les puedo ofrecer algo?
–No, así está bien. Gracias –responde la modelo–. Venimos a pedir información sobre las bodas. Me lo recomendó un amigo mío, se llama Cristi… bueno, Cristian. Se casó con su novio Leonardo en la Riviera Maya.
–Sí, los recuerdo –dice Balam sin emoción–. ¿Ustedes también se quieren casar en la playa? –La Courtney y Sirena se voltean a ver. Ríen.
–No, nosotras no somos pareja –aclara Sirena–. Ella va a ser como mi madrina. Me caso con Filos de la banda Zafio Nerón, ¿la conoce? –el chamán niega con la cabeza–. No se preocupe, es músico y tiene muchos ensayos. Yo estoy arreglando todo lo de la boda.
–Está bien –dice lentamente el chamán, como si no estuviera convencido del compromiso de Filos–. Bueno. Te explico un poco para que se lo puedas decir a tu novio: esta ceremonia está basada en la unión de los opuestos. Cada uno de los elementos de dichos opuestos, es decir, en lo físico, lo mental y lo espiritual, se unen en un mismo ser. Las virtudes de uno son complementadas por las del otro. Para ello es importante que la ceremonia se realice en un lugar al aire libre y, sobre todo, en contacto con la naturaleza. Puede ser una playa, un jardín, un bosque, en fin, lo que ustedes elijan. De esta forma, la naturaleza se convierte en un testigo y un agente de importancia fundamental para el enlace, en este caso, su caso, entre la unión de lo femenino con lo masculino. Por supuesto, pueden invitar a cuantas personas quieran. Aunque, lo primordial es que tú y tu novio se sientan comprometidos con lo que están haciendo. Es cierto que este tipo de ceremonia no tiene ninguna validez legal, sin embargo, el enlace es totalmente serio, extremadamente simbólico y por ende espiritual. ¿Cuándo se quieren enlazar?
–Antes del 16 de junio.
–Ah, todavía tenemos tiempo –el chamán cuenta con los dedos de sus manos–: lo que queda de marzo, luego abril, mayo y un poco de junio. Casi 4 meses. ¡Muy bien! –se acerca una libreta–. Y dices que quieren hacerlo antes del…
–16 de junio –Sirena checa el calendario de su celular, en tanto, el chamán recorre con el dedo índice sus fechas disponibles.
–¿Qué les parece el 9? Es sábado –Sirena tuerce la boca.
–¿Podría una semana antes? ¿El 2?
–Sí. Perfecto. ¿Esa fecha entonces? –la pelirroja asiente con la cabeza–. ¿Quieren hacerlo aquí en la ciudad o en alguna playa?
–Lo tenemos que hacer aquí. Filos, mi novio, no puede salir de viaje antes del 16 de junio. ¿De verdad nunca ha escuchado hablar de Zafio Nerón? –pregunta la novia aún incrédula. El chamán sonríe.

–No, de verdad. La única música que escucho es esta –el hombre canoso cierra los ojos y señala su oreja con el índice de su mano derecha. Sirena y Courtney ponen atención a unas campanas replicando sosegadamente emanadas de las bocinas de una grabadora Sony. Balam abre los ojos para continuar–. Entonces, ¿será aquí en el DF?
–Sí. ¿Tiene algún lugar que nos recomiende?
–Yo no tengo convenio alguno con los jardines o salones. Ustedes son libres de elegir el lugar que prefieran. Eso sí, lo mejor es que sea alguno que sea al aire libre o un salón con un jardín para lograr mayor cercanía con la naturaleza.
–Bueno, padr… –Sirena se detiene. Ríe–. Disculpe, ¿cómo le puedo decir?
–Díganme Balam.
–Bueno, Balam. En un ratito tengo que cumplir algunos compromisos, pero seguramente lo vendremos a molestar otra vez.
–No es ninguna molestia –las mujeres y Balam se levantan de sus asientos. Estrechan manos una vez más para despedirse.

Tenía tanto tiempo sin observar el cielo que ya no recordaba lo triste que es verlo sin estrellas, es como estar en una cueva sin salida; cuando hay estrellas, al menos se puede vislumbrar la esperanza de algo mejor, pero cuando no las hay queda la resignación de estar encerrado. El Gordo fuma un cigarro en el balcón de su departamento, por momentos voltea hacia su recámara para encontrarse una vez más con el cuerpo dormido de Olga. A veces le da pena la diferencia de edades entre ellos, ella apenas es una jovencita recién egresada de la universidad, él un solterón. Cuando ella todavía mamaba del pecho de su madre, El Gordo se masturbaba pensando en Alma Rosa.

La chef debe de estar destrozada por la noticia de la boda de Filos. El ejecutivo se la imagina postrada en su cama, con el maquillaje corrido, vestida en pijama y comiendo helado mientras escucha por millonésima vez las canciones de Zafio Nerón. Le gustaría enfrentar el duelo con ella, comer de ese bote de helado. Sin embargo, acercarse a Rosa sería regresar al mismo círculo vicioso de siempre. *Perdido, como en una rotonda. Inicio pero no acabo jamás*. Sonríe. Ha pasado tanto tiempo de su vida con la chef que las canciones de Filos también han permeado sus vivencias. También las puede sentir propias. Acaba su cigarro, avienta la colilla al abismo de concreto que fluye debajo de su balcón; le gustaría convencerse de que así como el tabaco ahora es ceniza, su amor por Alma Rosa ha sido incinerado por el candor juvenil de Olga. Regresa a la cama para cucharear a la jovencita.

La prensa del corazón engrandece el casamiento de Filos con Sirena como *LA BODA DEL ROCK*. Aprovechan para hacer recuentos de las parejas roqueros-modelos: Pete Doherty-Kate Moss, Ronnie Wood-Ana Araujo, Gustavo Cerati-Chloé Bello, Brian Ferry-Jerry Hall, Mick Jagger-Carla Bruni, Axl Rose-Erin Everly y una interminable lista. Algunas arpías, hombres y mujeres por igual, destazan la forma de ser del inmundo músico mientras alaban la clase de Sirena. *Él no es para ella*. Algunos otros echan a andar la quiniela de cuánto tiempo durará el cuento de hadas. Sin haberlo querido, Filos pasó de la portada de la *Rolling Stone* a ser parte de la cuadrícula de portada de la *TvNotas*.

Fiel a su costumbre, Alma Rosa compra la revista de la que Filos es portada. La sangre le hierve al leer los insultos hacia su ídolo. Ellos no saben lo magnífico que es el músico, no conocen nada de él, al menos no como ella. Ni siquiera cree que Sirena tenga la conexión que la chef asegura tener con Filos. Es que ellos, Alma y Filos, son energías gemelas, el complemento adecuado, la suma perfecta.

Ya no está triste, tampoco siente la furia inicial que experimentó cuando La Güera le dio la mala noticia. Es raro. Está extrañamente tranquila, incluso emocionada. El Gordo está muy equivocado: Alma Rosa está muy lejos del bote de helado y se encuentra muy cerca de las brasas ardientes. Hay quienes creen que su buen humor es una máscara, que cuando cierra la puerta de su departamento y se sabe sola se resquebraja en llanto. No es así. La Güera y todos los que piensan eso están mal porque cuando ella llega a su casa hay felicidad, mueve los dedos al ritmo impuesto por la lira de Filos, chifla y camina bailando por cada rincón de su casa.

¿Qué va a hacer? Es la pregunta que todos se hacen en El Minotauro. Prevén que algo está por venir. Alma Rosa no puede estar así de entera. La Güera y otros compañeros de la chef buscan con lupa y microscopio los cachitos de emociones que Alma debe estar tirando por ahí. Sus sonrisas, sus miradas, el tono de su voz y hasta la posición de sus manos son objeto del escrutinio general, pero nadie ha encontrado nada.

¿Qué va a hacer? Alma Rosa lo tiene muy claro: lo primero es conseguir el contacto de Sirena; es seguro que Filos le ha de estar relegando toda la organización de la boda a ella; en primer lugar, porque es Filos, en segundo, porque él está inmerso en los ensayos para iniciar la gira. Una vez conseguido el contacto con la modelo, con todo el pesar de su corazón, deberá hablar con ella y ofrecerle sus servicios de banquete. Ya sabe que al guitarrista le encantan las carnes y que la modelo prefiere las ensaladas. Eso es un gran punto a favor porque así les podrá vender un banquete personalizado; nada de que el menú lo protagonicen el espagueti y el pollo a la algo como en todas las bodas. Tratándose de Filos, seguro querrá algo que se

salga del protocolo. Por supuesto, ella se encargará personalmente de la preparación del plato de Filos. Es después de este punto donde hay un problema: no sabe qué sigue. El final esperado es que Sirena desaparezca y que ella y Filos vivan una vida tranquilos, sin que nadie entrometa su maraña de cabellos rojos entre ellos. Pero cómo lograrlo. ¿Qué va a hacer?

Let's go, girls.

I wanna rock!

Samantha y La Courtney le tienen preparada una sorpresa a Sirena: prácticamente la secuestran para llevarla a un woman's club.

Zafio Nerón tiene lista una noche de juerga inolvidable para Filos, la última de su vida como soltero. Al terminar el ensayo, los músicos proponen llevar al guitarrista a un table dance.

Sirena dice no querer, pero bien que quiere. *Un ratito nada más*, le dice al grupo de mujeres encabezado por La Courtney. Ellas le dan el avión, aunque, de hecho, ni siquiera la modelo cree lo que pide.

Filos no se hace del rogar. Es el primero en guardar su instrumento y salir del estudio de grabación. *¡Vámonos de putas!*, exclama lleno de emoción desde la calle.

El griterío de mujeres es ensordecedor. Un hombre lleno de músculos frota su entrepierna con su pantalón recién quitado. Sirena y su séquito toman asiento muy cerca del entablado.

Aplausos por doquier. El locutor acaba de anunciar que la mesa más escandalosa será engalanada por alguna de las bailarinas del lugar. Filos y Zafio Nerón se establecen donde no puedan ser reconocidos, pero sí bien atendidos.

La Courtney desparece de la mesa. Sirena ya supone qué fue a hacer; ella aprovecha para mandar un whatsapp a Filos: *Fui a tomar un café con La Courtney. Dile a Marenco que Samantha está con nosotras*.

Las bailarinas y los meseros saludan a Marenco como si lo conocieran de toda la vida. Matías, Nakazawa, Erick y Garrocha aplauden llenos de excitación, Chaflán por diversión. Filos siente que su teléfono vibra, lee el mensaje de Sirena. *Está bien. Nosotros vamos a echarnos unas chelas después del ensayo,* responde.

:)

:)

Esa sonrisa pícara con la que La Courtney vuelve a tomar asiento la delata.

Un mesero se acerca a Marenco, quien le extiende un billete de 200. El vocalista se da cuenta de que Filos lo observa, le sonríe y le levanta el dedo pulgar. El guitarrista le enseña el dedo medio.

Romeo sube al escenario. Porta un traje de torero que deja ver su paquete guardado en la entrepierna. La Courtney lo saluda

emocionada. Sirena tapa sus ojos con una de sus manos.

Alexa aparece con un atuendo para belly dance. Realiza una danza de los 7 velos apócrifa. Sus movimientos pélvicos están dedicados a Filos, todos lo saben porque ella no le quita la mirada de encima. Romeo deja ver su pecho lampiño y su estómago de lavadero. El griterío de las mujeres se hace mayor. Sirena sigue cegándose.

Ninguno de los zafios parpadea, han quedado hipnotizados por la danza de la mujer de velo negro y caderas anchas. El traje de luces yace en el suelo. Su dueño ahora baila en tanga arengando las emociones de las féminas.

Nada cubre el escultural cuerpo de Alexa. Señala a Filos y con el dedo índice le pide que se acerque. El guitarrista se para de inmediato. Romeo baja de su escenario. Se planta frente a Sirena, ella sigue tapando sus ojos con una de sus manos, sin embargo tiene una sonrisa de oreja a oreja incapaz de ocultar su emoción.

El mesero al que Marenco pagó 200 varos sube una silla al escenario de Alexa. Ella le pide a Filos que se siente ahí. Él obedece. El torero en tanga se sienta en el regazo de la modelo. Ella grita pero no quita la mano de sus ojos. El bailarín toma inteligentemente la mano libre y la recorre por todo su pecho.

Alexa se pone de espalda a Filos y se agacha dejándole ver su trasero en todo esplendor. Filos quisiera tocar, pero recuerda al supuesto paparazzi que pudo haber entrado a su casa y pega sus manos a sus piernas. No vaya a ser que ahora le tomen unas fotos a él. Muerde uno de sus labios aguantándose el impulso de tocar. Sirena no quita la mano de sus ojos. El torero continúa recorriendo todo su cuerpo con la mano prestada de la modelo. La Courtney, Samantha y las demás mujeres no dejan de gritar.

La mujer se sienta en las piernas de Filos. Él sigue con las manos tiesas. Ella da pequeños saltos y pega sus senos al pecho del músico. Romeo controla la mano libre de Sirena. Se aprovecha de eso para que sus dedos asen el hilo de su tanga. Obliga a la modelo a que baje la prenda interior. Ella grita y por fin quita la mano que tapaba sus ojos. Ve el pene de Romeo. No se aguanta la emoción y se lo toca, recoge su mano de inmediato. Le sonríe al bailarín como la niña que acaba de hacer una travesura que tenía prohibida.

No puede desperdiciar la oportunidad de tener sentada a Alexa. Filos por fin tienta los muslos y la cintura de la bailarina. Termina el acto de Romeo. Se despide de Sirena con un beso en la mano.

Alexa le da un beso de piquito a Filos para anunciar el fin de su número. Sirena apura el tequila de su vaso mientras La Courtney le pregunta cómo se sentía el pene de Romeo.

Filos agota el whisky de su vaso a la par que Marenco investiga qué tan duras estaban las nalgas de Alexa.

Mientras Sirena y Filos pasan la noche siendo cortejados por bailarines en paños menores, Alma Rosa se desvela buscando un contacto directo con la modelo. Primero llega al sitio de una agencia en el que, por cuestiones de seguridad, no se dan números telefónicos ni correos electrónicos de las modelos. El único contacto es un teléfono de oficina. Esa opción no es la mejor. A pesar de que la idea de hablar con la modelo le purga, debe hacer el esfuerzo por encontrar un contacto directo con ella, es de vital importancia que la falsa pelirroja se encargue del menú de la boda.

Una vez más regresa a Google y una vez más echa a andar el doodle interactivo de un caballo en movimiento. Ese caballo la debe de llevar a algún lado. Debe haber unas palabras mágicas para llegar a Sirena de un solo click. Hasta ahora ha buscado *modelo Sirena*. Aparecen muchas reseñas sobre la pelirroja y, sobre todo, noticias de cuando se reconcilió con Filos. No vale la pena pasar a la segunda página de resultados, lo más seguro es que los subsecuentes sean similares a los 10 sitios primeros.

Pero hay una opción que Alma Rosa no ha experimentado: Twitter. Con un poco de suerte encontrará algo que le sirva. Accede a la red del pájaro azul con la cuenta olvidada del @MinotauroRest. Busca *modelo Sirena*, le aparecen muchos tuits referentes a la pelirroja, sin embargo, son de seguidores o personas que hablan de ella. Hay otra opción de búsqueda, es un poco descabellada, pero puede ser que si busca solo *Sirena* obtenga mejores resultados. Lo hace. Sonríe. Se felicita por su buen tiento. *Qué bonita sonrisa*, dice alguien por ahí. *¿Dónde está Sirena?, ¿dónde está Sirena?,* comenta otra persona. ¿La razón? Una fotografía de la pelirroja tapándose los ojos con una mano y su sonrisota de oreja a oreja. No se distingue bien dónde está, al parecer es un antro. La fotografía no fue subida por Sirena, sino por un usuario llamado @lacourtney42. La foto de la modelo tapándose los ojos está acompañada por un mensaje que dice: *Divirtiéndonos*.

Alma Rosa da scroll down y lee con detenimiento lo escrito por @lacourtney42 en ocasiones anteriores. *Cansadísima de ver salones, pero muy feliz. Ahora a casita,* es otro de los mensajes. *¿Sabían que Balam significa Jaguar en maya? Sire y yo lo descubrimos hoy*, dice más abajo. *Estoy muy emocionada!!! Mi amiga Sirena se casa y yo seré su madrina*. ¡Eureka! Alma Rosa acaba de dar con el clavo. A falta de contacto con la modelo, lo más cercano es esa mujer apodada La Courtney.

@lacourtney42 Qué tal. Estamos interesados en hacer el

catering de la boda de Sirena. ¿Alguna forma en la que podamos contactarlas? Saludos, escribe Alma Rosa. Espera frente a la pantalla a que haya respuesta alguna. Mientras aguarda sin parpadear, le entra un temor incontrolable de que ya hayan encontrado un salón y quién les haga el catering. Aunque no es probable. De ser así, quizá La Courtney ya habría compartido una foto del lugar o tuiteado algo al respecto. Checa la hora: 2:37 am. Es mejor ir a dormir. Ojalá mañana el tuit sea respondido.

Filos abre los ojos, atisba las luces que se cuelan por las cortinas, siente junto a sí a Sirena. Se voltea para verla de frente, aprecia sus cabellos rojos derramados sobre la almohada blanca. Ella le da la espalda. La modelo siente la mirada de Filos, pero no quiere voltear a verlo, cree tener pegado un post it en la frente con la palabra *infiel* escrita. Se finge dormida. Filos le da un beso en el hombro. Ella continúa su disimulo: inhala y exhala apaciblemente. Otro beso en el hombro. ¡Maldita sea! Es increíble que la simpleza de esos besos pueda prender más a la modelo que el pene del gigoló de anoche. Estira los brazos y bosteza, lo actúa lo mejor que puede. Finge despertar.
–Filos, ¿estás despierto? –pregunta como si no supiera la respuesta.
–Sí –responde lacónico el guitarrista.
–¿A qué hora llegaste?
–No recuerdo. ¿A las cinco de la mañana? –se cuestiona a sí mismo en voz alta.
–Tengo que confesarte algo –la modelo se voltea para encarar a su prometido–: ayer no fui a tomar un café. La Courtney y Samantha me prepararon una despedida de soltera en un bar de strippers –Filos no reacciona, mira fijamente a la pelirroja–. Me bailó un torero, pero te prometo que yo me tapé los ojos así –de nuevo tapa sus ojos con una mano, al igual que como lo hizo anoche–. La Courtney me tomó unas fotos que no me dejarán mentir –Filos sonríe.
–Lo suponía. ¿Crees que no conozco a Samantha? –Sirena baja la mirada. Nunca antes se había sentido culpable de haber hecho algo así y, sobre todo, nunca antes se había visto en la necesidad de *confesarlo*–. Ahora que lo dices –la modelo vuelve a levantar la mirada–, no me sorprendería que lo hubieran planeado Marenco y Samantha. A mí me llevaron a un table. Pero yo no mentí, sí nos fuimos a echar unas chelas después del ensayo –ah, Filos. No se podía quedar sin clavar una estocada echándole en cara a Sirena que él no mintió. Ella vuelve a bajar la mirada, él se da cuenta de lo que acaba de decir. Aunque podría enmendarlo con una palabra, esta es una de esas cosas que deben ser corregidas con acciones como, por ejemplo, un beso. Ora por la excitación no finalizada anoche, ora por

el calor de la mañana, ora por el placer de fundir una vez más sus cuerpos, Filos y Sirena hacen el amor. Al parecer sí podrán compartir su vida en pareja el resto de sus días.

–¿Qué crees? –pregunta La Courtney a Sirena por teléfono después de mediodía.
–¿Qué creo?
–Ayer me llegó un tuit de un restaurante que quiere hacer el catering de tu boda. Se llama El Minotauro, ¿lo conoces? –podría ser la cruda, pero la tardanza con la que contesta Sirena se debe a la mala memoria que a veces tarda en echar a andar la maquinaria.
–Sí. Lo conozco. Es al primer lugar donde Filos y yo fuimos a comer juntos. Se come muy rico.
–Tengo el teléfono de reservaciones, ¿les marcamos?
–A ver, ¿cuál es el número? –la modelo se arrima una pluma negra y un papelito. Anota el teléfono dictado por su amiga–. ¡Gracias! Yo marco.

–El Minotauro, buenas tardes –contesta un muchacho al otro lado de la línea.
–¡Hola! Oye, una preguntota: ayer me llegó un tuit suyo en el que se ofrecían para hacer el catering de una boda, ¿hay alguien con el que pudiera hablar de eso? –quien está al otro lado del teléfono cree que es una broma, ni siquiera se acordaba de la existencia de la cuenta de Twitter, piensa en colgar, pero antes de ello va a consultarlo con Alma Rosa.
–Permítame tantito –pide el muchacho.
–Gracias. Espero –al alejarse el joven del auricular, Sirena alcanza a oír “Epic” de Faith No More que suena en el local. Recuerda que esa se escuchaba en sus tiempos de cuando se iniciaba en el rock. Punto para El Minotauro: buena música.
–Bueno –interrumpe una voz femenina los recuerdos de Sirena sobre el pescado que muere asfixiado al final del videoclip de la rola.
–¡Hola! ¿Con quién hablo? –la voz femenina reconoce la voz de pedregal que le habla al otro lado de la línea.
–Alma Rosa, chef ejecutiva de El Minotauro –contesta con los puños cerrados instintivamente–. ¿Sirena?
–Sip. Ayer una amiga recibió un tuit en el que se ofrecían para hacer el catering de mi boda. Me gustaría saber un poco más.
–Sí. Mira, sabemos que te vas a casar y nos gustaría ofrecerte nuestro paquete de catering para boda, dado que en alguna ocasión Filos y tú vinieron a comer aquí y recordamos que les agradó nuestra carta. ¿Ya tienen a alguien que se encargue de su menú?
–Nop. Por eso hablo, me interesa su propuesta. ¿Sabías que fue el primer restaurante al que Filos y yo salimos después de conocernos?

–informa la modelo creyendo que la mujer con la que habla se enorgullecerá.
–¿De verdad? –la sorpresa con la que Alma Rosa contesta no es actuada. No puede creer lo recién dicho–. Bueno, pues –contesta todavía sacada de onda–, creo que será un honor acompañarlos en su boda –qué asco tener que hacerle la barba a Sirena. Alma Rosa sabe perfectamente que no será un honor porque esa boda no debería llevarse a cabo.
–¿Cuándo los podríamos ver para platicar más sobre el menú y así?
–Hoy mismo si quieren.
–Mejor mañana para que Filos pueda ir –esa idea no es del todo agradable para Alma Rosa, aunque parezca contradictora con el amor que siente por el guitarrista. Aún le da un poco de pena que Filos la vea y no sabe cómo podría reaccionar él al enterarse de que la mujer que le robó un beso será la encargada de preparar la comida de su boda. Sin embargo, Filos se enterará tarde o temprano de que Alma Rosa preparará su banquete.
–Perfecto. Los esperamos con gusto.
–Está bien. Chaucito.
–Bye –antes de colocar el teléfono en su base, Alma Rosa le enseña el dedo medio al aparato–. Pendeja –susurra pensando en la modelo–. Fue al primer lugar adonde Filos y yo salimos después de conocernos –arremeda. Finalmente avienta el aparato con violencia ante la mirada juzgadora del muchacho que contestó el teléfono.

Alma Rosa prepara la mesa más discreta y exclusiva para los novios. Acorde a los horarios de Filos, cree que llegarán al anochecer. Incorrecto. Ni es al anochecer y Sirena no llega con el guitarrista, sino con La Courtney y lo hacen poco antes del cierre. La Güera es la encargada de encaminarlas a la mesa preparada por la chef, donde ella ya las espera con unas carpetas de muestra.

El apretón de manos con La Courtney es como cualquier otro: apenas fuerte y efímero. El saludo con la modelo es inesperado por la chef, quien al extender la mano se encuentra con un abrazo y un beso en la mejilla como respuesta. Alma Rosa percibe de nuevo el perfume Dior de la modelo, solo que ahora está mezclado con el aroma inherente de Sirena; cualquier hombre quedaría hechizado con él; Alma Rosa no, para ella es la huella de azufre de un beso de Judas.

Las tres toman asiento entre risas actuadas y una conversación banal. Sirena no le quita los ojos de encima a Alma Rosa, como quien remueve entre los recuerdos buscando una fotografía. La chef siente la mirada indagatoria de la pelirroja. Simula no darse cuenta. Solo hasta ahora se pregunta si Filos le habrá contado del affair que tuvo con ella. Traga saliva.

–Te recuerdo de algún lado –dice Sirena tratando de animar a la chef a que le ayude a encontrar la fotografía. Alma Rosa sonríe.
–Yo los atendí aquella vez que vinieron… –*la misma vez que salieron por primera vez como pareja*, piensa la chef. Rosa les alarga las carpetas a Sirena y La Courtney–. ¿Filos no va a venir? –se anima a preguntar, un poco para cambiar de conversación y otro poco por la sorpresa y felicidad de que no haya llegado del brazo de Sirena.
–No –responde cortante la pelirroja.
–¿Lo esperamos?
–No, no va a venir –reclama sin ocultar su despecho la modelo–. Me choca que haga eso. Primero me dijo que sí y hace rato me habló para decirme que siempre no, que se alargaron los ensayos.
–Si quieres podemos dejarlo para otro día –propone Alma Rosa llena de alegría. Le encanta ver el enojo de su enemiga.
–No, de una vez, ya estamos aquí. Si lo hacemos hasta que a Filos le dé la gana nunca nos vamos a casar –*nunca nos vamos a casar*: música para los oídos de Alma Rosa.
Sin habérselo propuesto, Alma Rosa hilvana una telaraña sólida para tener el control absoluto de la boda. Resulta que Sirena aún no ha conseguido un salón que le guste y se adecúe a las características recomendadas por el chamán. Pero contrario a este, la chef sí tiene contactos con distintos salones, jardines y haciendas con los que ha trabajado. No duda en recomendárselos a la modelo.

Mientras Alma Rosa va en busca de los contactos, Sirena y La Courtney se quedan en la mesa hojeando las carpetas donde ven fotografías y descripciones de distintos menús. De pronto, un saludo las hace levantar la cabeza:
–¿Sirena? ¿Qué haces por acá? –pregunta El Lüger, el locutor de *Los 40 Principales* con el que Sirena salió unos días. La modelo se pone de pie para saludarlo y abrazarlo. En ese mismo momento, Alma Rosa vuelve a la mesa. Se queda petrificada al ver cómo el locutor toma del talle a Sirena después del abrazo. La modelo sonríe y lo mira a los ojos. Alma Rosa recuerda la mirada que le echaba Sirena al despachador de chelas aquella vez en el Alicia, la noche que le fue infiel a Filos. Quizás esta noche vuelva a serlo.

Al darse cuenta de la presencia de Alma, Sirena corta la conversación con el locutor y este se despide. Durante casi una hora, el trío de mujeres discute sobre lo ideal para la boda. Sin embargo, la chef solo tiene cabeza para un pensamiento: seguir a Sirena esta noche, vaya adonde vaya.
–¡Ya me acordé dónde más te he visto! –exclama de pronto la modelo–. Una mañana te vi afuera de casa de Filos. Estabas en tu carro. Tenías el pelo negro, ¿no? –eso no se lo esperaba la chef. El recuerdo la toma totalmente en curva. Siente que un calor febril le

invade la frente y se le derrite el rostro en gotas de sudor.
–Sí… –responde lentamente para ganar segundos en lo que encuentra una respuesta coherente– tenía el pelo negro. Estaba… –la excusa llega– esperando a un chavo con el que salí un tiempo. Tiene un pastor inglés que saca a pasear todos los días en la tarde; se llama Chespirito.
–¿El chico? –pregunta jocosa La Courtney. Sirena ríe.
–No, el perro –aclara la chef–. Nah, pero ya lo pasado, pasado –ningunea Rosa.

Al despedirse en la puerta del restaurante, Sirena acepta que sea El Minotauro el encargado del catering de la boda. Alma Rosa agradece la confianza y ahora es ella quien abraza a la modelo; no lo hace por simpatía, sino para apresurar la salida de la modelo y así poder seguirla para descubrirla en una nueva infidelidad.

En cuanto La Courtney y Sirena se dan vuelta para dirigirse al auto de la primera, Alma Rosa entra al restaurante para encargarle el cierre a La Güera, quien acepta negando con la cabeza, pues supone lo que su jefa va a hacer y desea que no cometa alguna estupidez. De esto no se da cuenta la chef y sale sin despedirse. Alma entra a su Spark y pisa el acelerador para alcanzar el Renault de La Courtney.

Un semáforo en rojo obliga a que La Courtney pare su carro; Sirena y ella platican del torero llamado Romeo, no se percatan de que Alma Rosa está detrás de ellas. La chef está segura de que Sirena está en camino a una nueva infidelidad, su única duda es si La Courtney la dejará hasta el lugar donde la espera el amante o la dejará en una esquina cual prostituta. No despega la vista de la cabellera roja, ni siquiera parpadea.

Ese trayecto le es familiar a Rosa. Ella lo recorre todas las noches para llegar a casa de Filos y obtener su bendición, podría andarlo con los ojos cerrados. Le cae el veinte de que quizá la modelo se dirige a la casa de la Condesa. *¡Zorra!*, piensa la chef al imaginarse a la pelirroja cogiendo con su amante sobre el diván del estudio de Filos. Golpea el volante y quisiera aventarles el carro para terminar de una vez por todas con ese estorbo llamado Sirena. Se contiene. Sabe que si es prudente tendrá su recompensa a cambio.

Ahora la conversación de las amigas gira en torno a Alma Rosa. Sirena y La Courtney están de acuerdo en que les parece algo friki, pero se nota que es toda una profesional de los fogones. Tampoco dejan pasar la ocasión para criticar el tono rojo de su tinte y reír a causa de él. Arriban a la Condesa. Al dar vuelta en Atlixco, ven a Filos fumando de su pipa en la puerta de la casa. Sirena arquea las cejas, recuerda que está enojada con él.

No puede evitar sonreír al ver que el plan se le ceba a la

pelirroja. También se alegra porque ve a Filos. Alma estaciona su auto en un lugar donde no pueda ser descubierta y ella sí pueda observar lo que va a suceder:

Filos levanta la palma de su mano para saludar a La Courtney, quien responde con el mismo movimiento desde su auto. Sirena se apea del Renault y a leguas se nota que desvía la mirada del músico. Para Alma Rosa este gesto es una prueba fehaciente del coraje de la modelo por ver su plan adúltero echado a perder, no le pasa por la cabeza que quizá sea por el coraje producido por la cancelación de la cita de la tarde en El Minotauro. La Courtney se echa a andar para dejar que la pareja arregle sus problemas. La única testigo es la chef. Sirena permanece en la banqueta a la luz de un faro, Filos no se mueve de la puerta, aspira una vez más de su pipa con marihuana. Por fin, el músico da el primer paso hacia la modelo y dice algo inaudible para Alma Rosa. ¡Maldita sea! La modelo sonríe y ya no evita la mirada de Filos, al contrario, le echa los brazos.

Ese abrazo es la carnada perfecta para pescar un recuerdo que estaba sumergido en lo más profundo del inconsciente de Alma Rosa. Se remonta casi 20 años al día en que descubrió a su papá fajando con la mujer desconocida en la cocina de El Minotauro. Hasta esta noche, eso era lo único que recordaba, no lo que sucedió después.

Antes de entrar a su casa, Alma Rosa se vio en un espejo que siempre cargaba en su mochila para revisar que sus ojos ya no estuvieran llenos de lágrimas. Estaba anocheciendo. Permaneció varios minutos afuera de la puerta, no sabía cómo reaccionaría al ver a su madre. Quizás acusaría a su padre, quizá lo encubriría. Ella quería lo segundo con tal de no arruinar la felicidad familiar. Giró el picaporte lentamente y accedió sin hacer ruido. Todo en el piso de abajo estaba oscuro. Subió por las escaleras tomada del barandal y aún con el corazón estrujado. Algo de música empezaba a colarse por el pasillo, era algo muy extraño, robótico, artificial; no comprendía a Kraftwerk como su hermana Inés comenzaba a hacerlo.

La voz regañona de Fátima interrumpía las voces sintéticas de la música. Por momentos, había reclamos de Inés. Música, gritos y el recuerdo de lo visto en la tarde estresaban a Alma Rosa. Se acercó al cuarto que compartía con su hermana. Ahí discutían Fátima e Inés. Rosa no se atrevió a entrar, se quedó observando la escena desde el umbral de la puerta.

Cuando Fátima giró sobre sus talones para regresar a su cuarto y rezar lo más tranquila posible, se dio cuenta de la presencia de su hija menor, mas no mostró emoción alguna, todavía estaba ofuscada por la pelea con Inés; por supuesto, no reparó en los ojos

rojos de Alma Rosa. Por otro lado, Inés subió el volumen de la música desobedeciendo las órdenes de su mamá y se echó a su cama; tampoco reparó en los ojos rojos de su hermanita.

Alma Rosa bajó a la sala. Ahí se mantuvo silenciosa, camuflada con la oscuridad. Sollozaba en secreto para no ser descubierta. Rezaba. Pedía a su ángel de la guarda que la ayudara a no sentirse triste. Pasaron horas, incluso la música de Inés enmudeció. De pronto, escuchó el inconfundible sonido del Opel de papá estacionarse. Tragó saliva. Se pasmó, se quedó quiescente sobre el sillón. Arturo entró chiflando una canción irreconocible para Alma Rosa. Al ver que todo estaba apagado abajo, dejó las llaves en el llavero que había junto a la puerta y subió las escaleras. Fátima le dio la bienvenida al pie del último escalón. Arturo abrazó con pasión a su mujer y la besó. Alma Rosa los vio. Quedó confusa: ¿por qué si su papá besaba a una mujer en el restaurante entonces besaba como si nada a su mamá? ¿De verdad había pasado lo que vio en El Minotauro?

Sí. Sí pasó. Durante años, Alma Rosa trató de convencerse de que lo que vio en El Minotauro había sido una ilusión, un impulso de su imaginación infantil. Ahora, mientras ve a Filos y a Sirena abrazados, comprende que es posible engañar a la persona que uno más ama. Vuelve a sollozar como aquella vez en la sala. Así como le repugna Sirena, le repugnó entonces su papá. Siente náuseas. Vomita sobre la muñeca de mimbre rellena con semillas de café que aromatiza el Spark. Echa a andar su auto en dirección a su casa.

Ahora sí sucede lo que todos creen. Al cerrar la puerta de su apartamento, Alma Rosa se resquebraja en llanto. Las piernas le languidecen y cae derrotada sobre el suelo. Ahí se queda un rato hasta que las lágrimas dejan de lamerle el rostro. La fuerza que le queda le sirve para prepararse un té verde. Lo sorbe poco a poco en su recámara hasta quedar dormida.

Despierta y aún es de noche. No sabe qué hora es y no sabe cuánto tiempo durmió. Todavía se siente débil. Recuerda a Sirena y le da reflujo. Apura lo que quedaba de su té inacabado. Recuerda a su padre y le dan náuseas. Evoca el coraje que sintió al verlo tocando un cuerpo que no era el de Fátima. Se acuerda de que se propuso mantener unida a su familia y no lo logró. Recuerda que se planteó el objetivo de conocer a Filos y hacerse su novia, tampoco lo cumplió. Esta es una de esas noches en las que todo vale verga. Agarra su teléfono y marca un número al que hacía mucho tiempo que no hablaba.

–Hola.

–Hola, mami.

–*¿Alma? ¿Estás bien?* –se exalta Fátima. Un silencio responde por la chef.
–No. Mami, ¿te puedo contar algo? –se anima a musitar la falsa pelirroja. Fátima se levanta de la cama y se dirige a la sala para no despertar a su esposo.
–*Sí, mi'jita. ¿Qué pasa? Te oyes muy mal.*
–¿Cómo está papá?
–*Bien.*
–¿Y qué sabes de Inés?
–*Nada. Hace mucho que no habla* –contesta desesperada la madre de Alma Rosa.
–¿Y tú?
–*Yo bien, pero qué tienes tú, Alma* –no contesta de inmediato, la chef toma aire.
–¿Sabías que papá te fue infiel? –por fin, Alma Rosa se deshace de la loza tan pesada que cargaba desde hace veinte años. Ahora el silencio es de su madre.
–*Sí, Alma* –responde con pesadumbre Fátima. Lo único que evita que el silencio se apodere del momento es la respiración nerviosa de ambas–. *¿Por qué lo preguntas?*
–Porque… lo vi.
–*¿Lo viste? ¿Dónde?*
–En El Minotauro –Fátima no entiende, su esposo no ha pisado el DF en más de quince años.
–*¿El Minotauro? ¿Cuándo?*
–Cuando estaba en la secundaria. ¿Cómo supiste, mami?
–*Él me lo contó*.
–¿Te lo contó? –pregunta sacada de onda Rosa.
–*Sí, él me lo dijo hace unos años. ¿Por qué no me contaste antes?*
–Porque… no quería que se separaran. Éramos felices todos juntos –Alma y su madre callan un instante recordando los buenos tiempos–. ¿Todavía lo quieres?
–*Con toda mi alma, hija*.
–¿Por qué?
–*Porque soy su mujer. Cuando nos casamos prometimos estar siempre juntos* –Fátima toma un respiro–. *Lo que yo siento por él es algo que vivirá después de nuestra muerte*.
No importa la distancia, no importa el silencio, no importa la oscuridad, no importa que se sienta deshecha, el mundo de Alma Rosa se vuelve colorido, armónico, cálido… feliz. Ahora todo encaja. Hacía falta una pieza del plan, ya la encontró. Aleja el teléfono y repite viendo a la nada:
–Algo que vivirá después de nuestra muerte.

||: RIFF XI :||

Su papá era un contador chapado a la antigua: estricto, cerrado y conservador. Venía de una familia de militares cuyo gran orgullo era un brigadier que había luchado hombro a hombro con Álvaro Obregón en la revolución. Quien más presumía las anécdotas del familiar ilustre era el abuelo de Filos en las sobremesas. Para mantener el control de las tertulias, el abuelo Filomeno se armaba de un fuete que no dudaba en utilizar si alguien hacía un movimiento, mueca o ruido de más durante la comida o después de ella. Quien osaba desobedecer las órdenes del Teniente Coronel Filomeno Hinojosa se exponía a ser golpeado con la vara.

Gracias a eso, Filos odiaba ir a Reynosa a casa de quien supuestamente debía ser el consentidor. En lugar de que el abuelo Filomeno le diera domingos, navidades y cumpleaños adelantados, le soltaba cuerizas extraordinarias. Si el ahora músico regresaba lleno

de moretones a la Ciudad de México después de vacaciones no era precisamente por jugar en la tierra. El mínimo movimiento que disgustara al abuelo Filomeno era suficiente para desatar su ira y la del fuete.

El papá de Filos, también de nombre Filomeno, mamó ese tipo de educación desde el moisés y se ocupó de que Filos la mamara también a la fuerza, aunque ya sin fuete; a su papá le bastaba el puño cerrado. A pesar de que Filomeno padre no era militar, no le temblaba la mano para educar a su único hijo. Filos no hubiese sido hijo único si el destino no hubiera preferido hacer que su mamá abortara dos veces de manera espontánea. Así, en lugar de haber sido el mayorazgo, el músico hubiera sido el menor de la familia. Ni modo, *así lo quiso Diosito*, decía su madre llena de dolor cuando platicaba la historia.

Después se enteraron, Filos y su madre, de que Filomeno padre sí había sembrado sus semillas en otras tierras. Filos tenía dos medios hermanos, ambos de diferente madre. A partir de entonces, el ahora músico comenzó a enfrentar a su papá. Una noche, cuando Filos aún tenía 12 años, se atrevió a madrear a su propio padre; esa vez no se dejó zarandear, zapear ni zapatear. Se dieron con ganas, parecían dos enemigos a muerte en lugar de ser padre e hijo. Filomeno no volvió a recibir a su hijo en su casa y, con todo el pesar de la madre, Filos tuvo que irse a vivir a aquel rancho asqueroso de Reynosa con el anciano cascarrabias armado con un fuete.

Filos perdió dos años de secundaria gracias al cambio a Tamaulipas y a que, una vez ahí, hacía todo lo posible por desobedecer al abuelo viudo y eso incluía no ir a la escuela. De hecho, no regresó nunca más a un(a) (j)aula. Eso no significó que dejara de estudiar, al contrario, fue cuando descubrió sus dos grandes amores: las letras y la música; la música y las letras.

Lo único rescatable que tenía la casa del abuelo era un cuarto de estudio que perteneció a la abuela. El abuelo Filomeno una vez encerró a Filos ahí como castigo, por eso lo descubrió. Nada más había un escritorio y varios libreros; todos y cada uno de los estantes estaban llenos no solo de libros, sino también de polvo y telarañas. Se veía que nadie había entrado ahí en años.

–Teniente Coronel, ¿por qué tiene tantos libros guardados? –se atrevió a preguntar Filos una vez que agarró a su abuelo casi de buenas.

–Eran de tu abuela.

–¿Era maestra?

–No, tu abuela iba para monja pero me la robé antes de que le dieran el hábito –rió al recordar la anécdota–. Le gustaba leer y escribía poemas.

–¿Usted nunca le escribió un poema de amor? –el aparente buen

humor se desvaneció. El Teniente Coronel le sorrajó un coscorrón al muchacho.
–Eso es de jotos –sentenció.
Filos nunca conoció a su abuela y por eso se sentía a gusto en su estudio: era como estar con ella, conocerla a través de los libros que poseyó. Poco a poco devoró todos esos poemarios. Sor Juana, Sabines, Paz, Benedetti, Neruda, Rimbaud, Parra, Allan Poe, Garcilaso de la Vega, Góngora y Argote, Gustavo Adolfo Bécquer, Lope de Vega, Baudelaire y García Lorca se volvieron sus maestros y acompañantes en las horas de castigo. Llegó el momento en que Filos buscaba ser aprehendido a propósito para que el abuelo lo mandara al estudio; el músico no se atrevía a ir solo porque leer y escribir sólo era para afeminados, decía el abuelo Filomeno.

Era como una auténtica jaula de oro, pero de verdad, no como la de Los Tigres del Norte. Podía pasar del paraíso al fango de la política mexicana. Sabines se convirtió en su favorito. Aprendió de tercetos, cuartetos, sonetos, alejandrinos, endecasílabos, hiatos y sinalefas. Hizo sus primeros versos que terminaban en el bote de la basura hechos trizas, no fuera a ser que el abuelo Filomeno descubriera sus joterías:

Un, dos, tres,
¿no me ves?,
pinche pez.

Cuatro, cinco, seis,
alas en los pies,
fumas al revés,
año/día/mes.
¿No sabes quién es?

Se acompañaba por una lámpara de escritorio vieja, pero la luz no emanaba de ella, sino de los libros. Cada página, cada palabra, cada coma, abducía más al jovencito entre ese universo de tinta negra. El color amarillento de las hojas y su olor seco eran como estar entre arena movediza: cualquier movimiento lo hundía más, más y más. Muy pronto se ahogó y traspasó a aquel mundo escondido al otro lado de la hoja.

En el mundo real, ese que transcurría fuera de los libros, había veces, muy pocas, en las que el abuelo Filomeno derrochaba alegría. Uno de esos días tomó al muchacho del cuello y se lo llevó a un prostíbulo.
–Ya es hora de que te hagas un hombre –animó el abuelo a un doncel Filos, quien la neta también andaba emocionado con eso de estrenarse. Sin embargo, el encuentro no fue muy placentero. Escogió

a una mujer de alrededor de 25 años más o menos bonita: con una llantita aceptable, pelo negro rizado, piel morena, culo parado, senos pequeños y pezones grandes y oscuros como las moras negras.

Todo iba bien hasta que Filos le dio unos besos en la boca, la cual le apestaba a tabaco. Eso pudiese haber sido pasado por alto evitando cualquier contacto bucal con la prostituta, pero ella tenía guardado un hedor peor que liberaba cada vez que levantaba los brazos. Esa fue una de las horas más asquerosas que pasó el recién desquintado Filos.

Un mediodía en el que supuestamente el joven estaba en la escuela, pero en realidad deambulaba por la calle Agustín Lara esquina Javier Solís de la colonia Santa Cecilia, se encontró con un grupo de vagos armados con guitarras de palo oriundas de Paracho, Michoacán. Se veían de la misma edad que él, ninguno sobrepasaba los 15 años y se entretenían cantando rolas de Chava Flores.

Leche, tu té, chocolate, tu avena o café.
Te sacaba las muelas picadas, dejaba las buenas.

Filos se quedó al otro lado de la acera viéndolos divertirse. Cada uno de esos versos vulgares hacía estallar las carcajadas de los jóvenes de pelo largo. Uno de ellos, el que cantaba, vio al puberto de casquete corto al otro lado y le hizo una seña con la mano para que se acercara. Filos era miedoso, siempre temía que el fuete lo estuviera persiguiendo, así que se quedó impávido escuchando a los otros disfrutar de su güeva desde la otra banqueta.

Sin embargo, pa'cerlo bonito,
un imbécil se puso Expedito.

Las carcajadas eran monumentales. Momentos después no solo estaba el grupito de flojos, ya había personas adultas aplaudiendo, riendo y coreando esas letras. Hasta entonces Filos se animó a acercarse. Nunca antes había escuchado música tal. Las radios estaban inundadas de las letras vacuas de "Me he enamorado de un fan" o "Devuélveme a mi chica". Un alumno de Garcilaso de la Vega no podía rebajarse a escuchar esa basura. En cambio, lo que tocaban esos jóvenes era nuevo para Filos; y no solo nuevo, también era bueno, muy bueno y divertido.

–¿Quién es? –venció su timidez Filos para preguntar al guitarrista.

–¿No lo conoces? No conoce a Chava Flores –dijo este a sus compañeros que de inmediato rieron. Filos se abstrajo y la vergüenza regresó. Dio media vuelta para irse a vagar por otro lado–. ¿A ti quiénes te gustan? Seguro nos sabemos alguna. ¿"Cuando seas

grande"? –preguntó el vago.
–No conozco esa.
–¿Tampoco? ¿Qué haces entonces? ¿Estudiar? –las risas del grupito se presentaron de nuevo.
–Leo –contestó Filos ya enojado de ser la botana.
–¡Leer? ¡No mames! Nadie lee –entonces sí, incapaz de soportar más bajada, Filos se dirigió a otro lado.
–¡Ñoño! –alcanzaron a gritarle los otros.
A partir de entonces, cada vez que esos vagos se encontraban a Filos en la calle le tiraban carrilla, ya por su pasatiempo de ñoños, ya por su corte de casquete corto, ya por su timidez; cualquier pretexto era bueno para humillarlo con risas sonoras y señalamientos vergonzosos.

No obstante, nunca antes la música había sido algo interesante para Filos. Desde que escuchó aquellos versos de Flores entendió que la música tiene mucho que decir por medio de sus letras.

–¡Tenías que ser de la capital! –regañó en alguna ocasión el abuelo Filomeno al jovencito cuando se enteró de que no había dicho *presente* ningún día en todo el curso escolar. Ya se dirigía el anciano por el fuete mientras seguía insultándolo–: igual de irresponsable que tu papá. ¡Traidores los dos! –esa afirmación calentó al adolescente.
–¡Yo no soy igual que mi papá!
–¿Ah, no? Los dos son unos cobardes, ni parecen ser Hinojosa –el abuelo Filomeno era cada vez más decrépito, por lo que aquel día la decepción y el cansancio pudieron más que su coraje. Se sentó en la sala y contó una historia no conocida por su nieto–: tu papá huyó de aquí cuando era su turno de hacer el servicio militar. ¡No quiso! Un Hinojosa huyendo de la patria, ¡qué vergüenza! Se fue de aquí sin decir nada, ¡como las ra-tas! Eso es lo que son ustedes. En lugar de cumplir sus responsabilidades con México, tu papá prefirió irse de pingaloca. Se robó a su noviecita y se fueron pa'la capital.
–Usted también se robó a mi abuela, Teniente Coronel –osó a interrumpir Filos.
–¡De qué hablas? Yo ya era alguien cuando tu abuela se vino conmigo. Ya tenía todo. En cambio, tu papá no era nadie y sigue sin serlo –aunque Filos también odiaba a su padre, las palabras del abuelo Filomeno lo enfurecían. Sin embargo, le hizo honor a los insultos y salió corriendo de la casa mientras el abuelo reafirmaba su idea.

El adolescente regresó a la Ciudad de México antes de cumplir 15 años. Su madre le habló al abuelo para que lo regresara y el anciano lo encaminó con mucho gusto al primer camión con dirección al DF.
La casa de Cuajimalpa lucía muy diferente sin todas las cosas de

Filomeno padre.
–Ya no regresará nunca más –aseguró la madre de Filos el mismo día que firmó el divorcio.
–¿Y la casa y todo?
–Ahora son nuestras. Tu papá está obligado a mantenernos hasta que cumplas 18 años. –¡poco más de tres años de vacaciones pagadas! Eso era lo único que Filos quería. De Reynosa se trajo sus libros favoritos y estaba dispuesto a comprarse más con el dinero de su padre adúltero.

Un día, Filos estaba repasando el dial de AM sin encontrar algo que le que llamara la atención. Entonces escuchó una armónica tocada con tal sentimiento que se quedó anclado a una frecuencia. Ni siquiera sabía qué estación era, pero una armónica no se escuchaba en cualquier lado, mucho menos emitiendo ese dolor. “Azul”, “Paria’s blues”, “Un mediodía triste”, “Me miraba a los ojos”, “Polvo en los ojos” y “Patios de cristal” le abrieron las orejas al jovencito. Esa música se agazapaba en lo más recóndito de su ánimo. Imposible no dejarse llevar por la dulzura de la armónica, la acidez de la guitarra y, sobre todo, las letras hirientes y lastimeras de José Cruz; era como escuchar a los poetas malditos hundidos en la podredumbre de un blues.

Filos supo entonces qué quería hacer el resto de su vida. Si sus versos no eran de la calidad de Sabines, al menos podría hacer música y sus letras. No podía ser peor que escuchar a Timbiriche. Encontró su sendero; solo faltaba hacerse de una guitarra para poder transmitir de manera completa el vacío que sentía en su ser.

Su madre, entonces convertida en secretaria pero siempre tan consentidora con él, le cumplió su capricho: una Gibson… sin amplificador. Eso era lo de menos, Filos devoró horas sumido entre seis cuerdas, ya fuera con el apoyo de un *Guitarra Fácil* o de su oreja pegada a un mixtape de la programación de Rodrigo de Oyarzabal en *Radio Educación*. Era como tocar a una mujer, claro que sin el olor a tabaco y el hedor de axila. Se fundía con ella. Los movimientos de los dedos de la mano izquierda eran como susurrarle palabras románticas a una linda muchacha; bueno no, no eran palabras románticas; su blues no era romántico, su blues era punzante como intentar sacar una astilla de su piel que no sabía en qué momento había penetrado. No era difícil ponerle letras al sufrimiento de la lira, no era difícil componerle melodía a la sangre de tinta negra. Filos sabía que estaba hecho para eso, hecho para esas *joterías*.

Se olvidó del estúpido casquete corto que había lucido desde mocoso y dejó crecer su cabello. Ya era tiempo de que Filos sintiera un poco de placer y le valiera verga lo que otros pensaran.

Necesito amor, ámame.

No era una orden, era una súplica. El último ingrediente para preparar la música azul ya estaba listo: una decepción amorosa. ¿De qué sirve rebajarse a aprender "Tú y yo somos uno mismo" si la niña que a uno le gusta prefiere a los chicos *malos*? *¿No ves que yo estoy podrido?,* pensaba Filos al recordar aquel *NO* rotundo que una niña de falda gris a cuadros le había propinado. *Soy lo suficientemente malo como para enfermarte,* le respondía Filos en su mente.

Qué día. Él llegó a la secundaria de esa niña, se colocó en una esquina con su Gibson sin amplificador y esperó a que ella saliera. Lamentablemente, la susodicha lo hizo acompañada de sus amigas. El jovencito tardó unos minutos en sacudirse la vergüenza. Cuando lo logró, interrumpió el camino de su prospecto y se arrancó con el éxito de Timbiriche al que le había hecho un arreglo blusero. Poco antes se había enterado en las maquinitas que a esa chava le latía la música de Diego Schoening y compañía.

Esas risas, las de la niña de sus ojos y las de sus amigas, jamás las olvidaría. Vaya humillación, eso era suficiente para no volver a arriesgarse. Toda una escuela fue testigo del despeñadero emocional de Filos.

Un cuaderno, una lámpara a media luz y la Gibson eran suficientes para llorar todo lo que debía ser desahogado. Para entonces, Filos ya no versionaba las desgracias de otros, sino las suyas, reales o no, eso no importaba. Bastaba con que una mujer no lo volteara a ver para que él se sintiera lo suficientemente miserable como para hacer una canción.

Pero era necio. Un día se le ocurrió regresar a la misma secundaria, aunque ya no para hacer el ridículo y mucho menos para hacer un intento más por conquistar a la niña que prefería a los chicos malos. Mientras Filos tocaba "Cat's squirrel" de Cream, vio cómo la que se pitorreó de su amor se subía a la moto de un chico de, fácil, 25 años. Filos se sentó a unas cuadras de la salida de la escuela, así que estaba confiado en que ningún testigo de su espectáculo anterior lo volvería a ver. Así fue, nadie lo recordaba o fingían no recordarlo. Los que se le acercaron prefirieron escucharlo tocar la guitarra a pesar de que no cantara.

–¿Te sabes algo de Zeppelin? –retó un muchacho de pelo chino largo que más bien le hacía parecer que llevaba un casco. Filos asintió con la cabeza.

–¿Cuál quieres? –el reto estaba acordado. Los *ohs* del público aparecieron–. ¿Esta? –el riff de

"Since I've been loving you" fue interpretado por Filos ante el asombro de los chismosos que lo veían hacia el suelo, donde permanecía sentado como si pidiera limosna.

El chavito de pelo chino no podía quedarse atrás, así que le pidió prestada la lira a Filos, quien dudó un poco, pero finalmente se la dio. El estudiante no podía echarse otra más que “Stairway to heaven”, no porque fuera su mejor arma, sino porque era la única que se sabía a medias de Zepp. La interpretó pesimamente. Hasta sus compañeros lo criticaron por destruir esa joya, y con mucha razón. Eso era suficiente para Filos, su nombre acababa de ser limpiado, ya se podía ir. Recogió sus chunches y se dispuso a regresar a su casa cuando el estudiante que lo retó lo detuvo.

–Oye, tocas muy chido. ¿Armamos una banda? Obviamente tu tocarías la lira –rió con timidez el del casco de caireles color petróleo.

–¿Una banda? ¿Y qué tocaríamos?

–No sé, eso que tú sabes tocar –Filos lo consideró un momento para después responder afirmativamente–. ¿Tú qué tocarías?

–Tengo un bajo en mi casa y un amigo que canta –como si fueran adultos, los chamacos se estrecharon las manos–. Me llamo Raúl, pero todos me dicen por mi apellido: Blanco –antes de decir su nombre, el guitarrista vaciló un poco, le daba pena.

–Soy Filomeno –masculló.

–Está bien, *Filos*.

Dicen que yo no te conozco…

Su vista estaba fija en alguna imagen de su mente. A pesar de la frialdad nocturna, ella experimentaba un calor febril que fluía por sus venas. Reía. Tañía su piel. Sentía corroer su sangre hirviente por todo su cuerpo causándole un ansia incontrolable. Un arrebato la orilló a tomar el volante de su Spark y manejar 10 horas seguidas durante la noche. Alma Rosa estaba casi sola, la única compañía que tuvo en el trayecto fue la música de Zafio Nerón. Cantaba, sonreía, hablaba… sola. Volteaba al lado del copiloto y acariciaba la figura ausente de Filos. Le susurraba palabras de amor, le contaba lo que pensaba, besaba la nada. Lo veía; él desaparecía.

que yo debo estar loco soñando en tu querer…

Iluminados por el crepúsculo matutino, sus padres la recibieron con sorpresa y espanto. Sorpresa porque no avisó su llegada, espanto porque el vacío de su alma se había derramado a su apariencia. Ella estaba bien, claro que estaba bien. Reía, cantaba, saltaba, platicaba. Tañía su piel, se alimentaba de un calor falso. Estaba rebosante de alegría. No, no se sentía mal. ¿Por qué todo el mundo está empeñado en pensar que estaba mal? Le presumió su mejor sazón a sus padres, también sus mejores movimientos frente a una estufa, hasta chiflaba de felicidad. Sí, ella puede jugar con fuego y salir ilesa.

saben que estoy enamorado así…

Abrazó a mamá, abrazó a papá y se sonrojó por el mutismo de su

amado que no habló en toda la comida. Filos parecía más interesado en dibujar su ausencia. Alma Rosa no lo tomó a mal, lo quiso más, lo abrazó, lo acarició, le declaró su amor, lo disculpó con sus padres. Le pellizcó un muslo para llevarlo a la cama.

desesperado que ya no sé qué hacer…

Hizo el amor con sus sábanas disfrazadas de Filos. Les cantó, les lamió la piel, les entregó su vida. Ellas estaban frías. Ellas le rozaban la piel, la acariciaban, la protegían. Veía a Filos; desaparecía. Alma Rosa le lloraba, le suplicaba, le mendigaba. Reía. Alma Rosa estaba bien, muy bien. Tan bien que se divertía, tan bien que disfrutaba de un cuerpo tieso, de un cuerpo helado, de un cuerpo que no estaba con ella.

Que me salgo en las noches…

Huyó de la prisión de cuatro paredes, un techo y el suelo. Sobre todo, de las sábanas sin rostro, sin expresión, sin calor. Corrió persiguiendo a la luna roja con un lazo de lágrimas. Deambuló por la orilla de un lago. Atrapó a la luna roja, la bajó de su pedestal de estrellas y la ahogó en el agua, le escupió. Reía. Llevaba una mano a su pecho para controlar su alegría. Caminó sin rumbo fijo, sin saber lo que buscaba, sin la prisa de encontrar algo concreto. La luna roja se mecía en el lago de lágrimas.

a llorar mi locura y a contarle a la luna lo que hiciste de mí…

La saludó un árbol melenudo, un árbol lúgubre, solitario… como ella. Su anfitrión la invitó a caminar sobre la alfombra verde de sus frutos; Alma Rosa obedeció. Se adentró a su territorio, sintió la tierra seca debajo de sus pies. La abrazó el frío. Se recargó en el tronco del árbol. Sintió calor, mucho calor, quemazón. Se alejó del tronco para ver su ropa raída, incinerada. Levantó la vista para ver la copa negra del árbol, distinguió sombras jugando entre las ramas. Sonrió.

que abrazado de un árbol, le platico mis penas…

Distinguió un cartel rojo con calaveras y tibias cruzadas pegado al tronco. Desobedeció la advertencia y recogió un fruto. A pesar de la oscuridad se veía sabroso; era verde y duro, quizá jugoso. Alma Rosa se alegró. Rió. Chifló. Tañó su piel al volver a sentir frío. Guardó la manzana, la compartiría después con Filos.

como aquellas parejas de un oscuro jardín.

El 2 de junio llega soleado, pero al igual que en el video de “November rain” pronto se nublará. 170 invitados y Filos esperan en una hacienda recomendada por Alma Rosa a que Sirena arribe. Balam Estrada termina de prender algunos inciensos que aromatizan el jardín lleno de orquídeas. Filos limpia el sudor de sus manos en su pantalón de lino blanco, siente nervios de que Sirena se arrepienta a la mera hora y lo deje plantado.

Un Mercedes Benz descapotado se estaciona a la entrada de la hacienda. Los murmullos encadenados avisan al guitarrista y al chamán que la novia ha llegado. La emoción aumenta. Todos quieren ver a la pelirroja, incluso Alma Rosa sale de la cocina para presenciar el desfile de su enemiga.

El taconeo anuncia la entrada de la novia. ¡Qué hermosa se ve! Ella deslumbra, es un volcán en erupción. Mientras camina acomoda su vestido completamente blanco. Lleva unos tacones abiertos que dejan al descubierto aquel tatuaje de una banda llamada Violeta, la cual nadie recuerda más. Gracias a esos tacones, se le ven unos chamorros duros, sabrosos. Sus piernas reflejan una luz especial; sus muslos, su culo, todo es un campo de nieve por el que cualquiera pondría a esquiar su lengua o sus dedos calientes. La siguiente parada a la vista está en sus senos semitapados por un escote amplio. Su pelo rojo baña sus hombros cual lava recién expulsada. La modelo sonríe a todos los que se encuentra camino al altar; incluso a Alma Rosa, a quien además le regala un guiño que la chef responde con otra sonrisa.

Al verla pasar, Rosa encuentra algo nuevo en Sirena: a falta de anillo de compromiso en el dedo anular, presume un tatuaje de una Z sobre una N a la altura de la muñeca. Alma Rosa aprieta los puños y la quijada, se mete de nuevo a la cocina ante la mirada vigilante de La Güera, quien cree que las ojeras de su jefa se han ennegrecido más. La Güera sabe que este día no debe separarse de Alma Rosa, teme que la obsesión por Filos la orille a cometer una locura.

La chef sale corriendo y llorando a su Spark. La Güera la sigue discretamente, en tanto sus compañeros están en chinga preparando los filetes de ternera día y noche que engalanan el menú de la boda. La mesera observa que su jefa abre la puerta del auto y saca una manzana verde brillosa. Alma Rosa da media vuelta para regresar a la cocina. Antes de ser descubierta, La Güera gira sobre sus talones y se echa a correr hacia el salón.

Alma Rosa tarda un rato en volver al trabajo. La Güera está curiosa. No deja de darle vueltas en la cabeza esa manzana.

Minutos después, uno de los meseros entra acelerado a la cocina para avisar a sus compañeros que Filos y Sirena ya se dieron el beso de marido y mujer. Apenas termina de decir lo anterior, la actividad en la cocina se intensifica. Todo debe estar listo. El gran momento de la comida se acerca. Alma Rosa reaparece, lo hace con el ánimo cambiado: luce emocionada. Aún resguarda entre sus manos el fruto verde. Lo deja sobre una mesa.

–¡No la toques! –regaña Rosa a un cocinero que ya alargaba el brazo hacia la dichosa manzana. Todos en la cocina la voltean a ver. La chef se siente incómoda, carraspea la garganta y soslaya la mirada. Se

acomoda la filipina blanca–. Yo voy a preparar el postre de Filos –avisa. La actividad continúa.

Something in the way she moves… La fiesta inicia. En el tinglado, la banda de Yuca, el ex baterista de Zafio Nerón, comienza a musicalizar la jornada. Algunos de los invitados corean la rola de Harrison, otros prefieren tomar sus asientos y varios más comienzan a platicar animosamente en espera de la comida. Hay quienes se preguntan si Zafio Nerón se subirá al escenario para echarse un palomazo aprovechando que el Yuca está en la batería.

La música se cuela a la cocina, donde el personal a cargo de Alma Rosa derrocha adrenalina… Sirena y Filos toman asiento en la mesa presidencial del salón; los invitados admiran la belleza de la pareja… La Güera no pierde de vista a su jefa, está segura de que el postre que prepara para Filos llevará algún ingrediente no anunciado en la receta y ella quiere saber cuál es… Los aplausos no se hacen esperar. Los invitados exigen que Filos suba al escenario a acompañar al ex baterista de Zafio Nerón. El guitarrista se pone de pie finalmente causando más vítores… El barullo de la fiesta alcanza a la cocina. Uno de los cocineros se asoma al salón y regresa de inmediato para avisar a sus compañeros que Filos, Marenco, Garrocha, Chaflán y Erick se están subiendo al entablado. Alma Rosa sale para presenciar el concierto improvisado de Zafio Nerón seguida por gran parte de su equipo; aprovechan que ya todo está listo. El público saca celulares para grabar el momento… La Güera se queda en la cocina para examinar la dichosa manzana.

Parecería que ensayaron “Hallelujah” de Leonard Cohen o que llevan 20 años tocándola. La banda ejecuta con soltura esa rola que hace mover los pies a todos los invitados a un ritmo lento… Alma Rosa suspira al ver una vez más a su ídolo sobre un escenario, siente que la música de Filos la abraza, para la chef eso es una prueba irrefutable del amor que él siente por ella pero no se anima a exponer…

La Güera se acerca al lugar donde Alma Rosa preparaba con delicadeza la manzana; agarra el fruto, tienta su textura sólida, se le antoja darle un mordisco. Toma una rodaja y la lleva a su nariz para olerla; percibe un aroma frugal. Levanta una ceja, pensaba que esa manzana de vista tan sabrosa tendría un mejor olor, algo más dulce y menos parco. Deja la rodaja en donde la tomó. El antojo por darle una mordida se desvanece en su preocupación por el origen del fruto. Sin embargo, también empieza a dudar de ella misma, ¿no será que Alma Rosa de verdad está bien y es ella quien se está imaginando cosas? Por si las dudas, seguirá al acecho de su jefa. Sale de la cocina para ver la actuación de Zafio Nerón y vigilar a su amiga.

La Courtney aprovecha el palomazo y desenfunda su Canon 7D para tomar sus mejores ángulos: un over shoulder de Sirena aplaudiendo con Filos de fondo, ligeramente fuera de foco, tocando el solo de lira; un two shot del momento en que Filos se coloca frente a Yuca, Sirena haciendo la mano cornuta mientras se despeina, y los invitados convertidos en público con celulares y tabletas levantadas. Todos los presentes desean capturar de alguna forma el palomazo en el que Yuca se reúne con su antigua banda. Y es que de verdad suenan bien. Parece que ensayaron hace unas horas y no que llevan casi quince años sin compartir un escenario. A Payola se le cuecen las habas por redactar una crónica y entrevistar a los protagonistas de la noticia. Es la única periodista ahí y debe aprovecharlo; se le hacen tinta los dedos. Observa a la gente con sus dispositivos levantados, si alguno de ellos se atreve a subir el video que toman, le madrugarán la exclusiva; y sabe que alguien lo hará, por eso ella necesita algo más, algo que le pueda ayudar a redondear el texto que ya se imagina.

Aplausos, muchos aplausos. También chiflidos y piropos. Los invitados que acaban de disfrutar de un concierto íntimo cuyo boletaje no estuvo en venta y que ni siquiera estuvo anunciado quieren más. Pero es hora de la comida. Cocineros y meseros regresan a la cocina en lo que Filos, Marenco, Garrocha, Erick, Chaflán y Yuca se abrazan sobre el proscenio del entablado, La Courtney toma fotos y Payola se imagina la retórica con la que describirá el final de la actuación. La Güera y los otros meseros se forman en preparación a un show de cinco minutos con el que animaran a la gente previo a sus alimentos; ella regala una última mirada a Alma Rosa, sabe que a partir de ahora deberá atender sus mesas y no podrá vigilarla. Alma Rosa también observa a La Güera, lo hace como quien busca un cómplice, alguien que le dé fuerza para dar el siguiente paso. La Güera entiende a la perfección el mensaje y se espanta, pero es hora en que la fila de meseros avanza para divertir a los comensales.

Los meseros dan vueltas a la pista de baile, se adentran por los pasillos que forman las mesas mientras airean sus servilletas y piden los aplausos de los presentes, quienes, aún animados por el concierto, regalan con alegría el sonido de sus palmas. La Güera atrae las miradas masculinas, sin duda alguna es la que más llama la atención gracias a su pelo dorado y sus ojos turquesa, pero ella no presta atención a las miradas lascivas, está ensimismada pensando en el estado de ánimo de Alma Rosa. El show llega a su apoteosis: meseros y meseras forman un círculo para después prender fuego a sus servilletas sobre las charolas. Las luces bajan y las únicas fuentes de iluminación son las chispas de fuego manipuladas por los hombres y mujeres de chaleco negro, quienes deshacen su círculo y vuelven a caminar por todo el salón. Poco a poco, las ascuas de fuego

desaparecen y los meseros regresan en chinga a la cocina para comenzar a servir.

Las pláticas de los comensales giran en torno a lo bien que va la boda: una ceremonia solemne y original, el regreso de Yuca con Zafio y el espectáculo de los meseros. Todos esperan que la comida eleve aún más el nivel de este enlace. Y lo hace. Los filetes de ternera día y noche dejan satisfechos a los invitados. La Güera recibe varias felicitaciones dedicadas a la chef, ya por ser una verdadera felicitación, ya por un esfuerzo de los comensales para intercambiar palabras con ella.

–Aman tu comida –piropea La Güera cuando lleva trastes sucios a la cocina y se encuentra con Alma Rosa, quien se limita a sonreír–. ¿Estás bien?

–Sí, nada más un poquito cansada. Ya tendré tiempo de descansar –vuelve a sonreír. Por extraño que parezca, sus característicos hoyuelos no se aparecen en sus sonrisas.

–Alma, ¿de dónde sacaste la manzana que no quisiste que nadie tocara? –cambia de conversación La Güera. Rosa gira hacia el lugar donde cortó el fruto como si no supiera de qué le habla su amiga.

–Ah. Era una manzana cualquiera –dice con desinterés la chef. La respuesta no convence a La Güera, pero no sabe qué contestar.

–Bueno, voy a empezar a servir los postres.

–Sí, los postres –suspira la chef–. Oye, yo le sirvo el suyo a Filos –La Güera asiente al llevarse unos platos con manzanas rebozadas en trufa.

Los postres de manzana se van apoderando de las mesas. Mientras algunos comienzan a comerlos, en la mesa principal, Filos sigue esperando su plato. Ve el ir y venir de meseros cargados con sendos postres y ninguno se detiene frente a él. Sirena se percata de la desesperación de Filos y le ofrece de su postre, el guitarrista acepta que la modelo le dé de comer de su plato. Quienes se dan cuenta del gesto amoroso, sonríen; Alma Rosa, que está saliendo de la cocina y también los ve, hierve en celos.

La chef ejecutiva carga entre sus manos un plato blanco perfectamente limpio. El contenido del plato tiene brillo propio: es una manzana cortada en rodajas bañadas con trufa. Cada una de las rodajas tiene un moño azul que ornamenta la presentación. Sirena aplaude; Filos sonríe. No se percata de la mirada que le echa Alma Rosa; nadie lo hace. La chef deja con delicadeza el plato frente a Filos. No deja de observar al guitarrista. La Güera se detiene a mitad de la pista de baile para no perder detalle. Se imagina que Alma Rosa sacará de un momento a otro una pistola, un cuchillo o algo para dañar al músico. Pura imaginación, nada de eso sucede.

–Buen provecho –dice Alma Rosa. Filos levanta la mirada del postre,

ve a la chef. Ella le sonríe, de nuevo se ven sus hoyuelos. Filos responde con un esbozo de sonrisa.

Antes de que Filos pueda tomar una rodaja, Alma Rosa se le adelanta y roba una. Se la come ante el asombro del músico y de Sirena. Veneno dulce. Alrededor se forma un murmullo que la chef no atiende, ella roba otra rodaja del plato. La Güera actúa. Va corriendo adonde Alma Rosa y trata de alejarla del plato. El murmullo se vuelve bullicio. Los comensales observan el forcejeo de la güera con la falsa pelirroja. Sirena luce incómoda, Filos encabronado. No entienden lo que sucede. Otros meseros ayudan a La Güera a alejar a Rosa de la mesa principal, pero entre el tumulto, Rosa se ase del mantel y lo jala, causando la caída de los platos de Filos y Sirena. El guitarrista estalla.

–¡Qué pedo? ¿Te lo quieres comer? ¡Cómetelo! –reprende el músico a la chef, quien al ser regañada por su *enamorado* empieza a llorar. De fondo, algunos de los invitados, bien educados, mientan la madre a la loca que provocó el escándalo. Los meseros llevan a rastras a Alma Rosa hasta la cocina. La dejan sobre una silla; ella mantiene la vista ida, profunda en el horizonte, regresa la música de ruido blanco que escuchó por primera vez en la estética. Mientras los meseros regresan a sus actividades para simular que ahí no pasó nada y llevarles otros postres a los novios, La Güera se queda con su amiga. La toma de una de las manos.

–Alma, ¿qué te pasa?, ¿estás bien? –Rosa responde, pero no con palabras, sino con su cuerpo. Se empieza a asfixiar, pela los ojos del susto y lleva sus manos a su cuello, como si intentara quitarse algo que le evita respirar. La Güera se asusta. Llama a una ambulancia. Rosa se desvanece.

Tarde o temprano esto debía pasar. Siempre fueron más sus diferencias que sus semejanzas. Quizás ella solo sirvió de clavo para sacar otro clavo. Lástima. El clavo salvador se dobló y terminó por no ser funcional; el clavo original se quedó en el mismo lugar, sin importar qué tan oxidado esté, sigue enclavado a su corazón. Hace casi una semana que Olga cortó al Gordo. Él no se siente mal por la muchacha 16 años menor que él, sus suspiros todavía son por Alma Rosa. La soledad del Gordo ha regresado con bríos renovados. Ahora la mentada Soledad lo coloca con la boca abierta comiendo el borde de una banqueta mientras ella le da de patadas en la nuca. Así se siente El Gordo. Pinche Soledad, tan culera.

Podría llamar a la chef, hace mucho que no sabe nada de ella. Pero recuerda que una vez le habló y ella no contestó. Ella siempre le contestaba. El Gordo se animó a hablarle el día posterior al concierto de Filos en el Alicia, el día posterior a la infidelidad de Sirena, el día posterior al ride de Alma Rosa a Filos. Mientras todo eso sucedía, El Gordo estaba en su casa viendo infomerciales e indeciso entre hablarle a la chef al siguiente día o no. Le habló. Pero no sabe que justo esa noche Alma Rosa borró su número y que estaba tan contenta por el inicio de su *relación* con Filos que no quiso contestar la llamada de un número desconocido cuya única utilidad hubiera sido interrumpir su idilio imaginario. Lástima. A veces así pasa. Para El Gordo el desaire de su llamada era la muestra definitiva de que Alma Rosa ya se había olvidado de él.

Está dentro de su departamento cual león enjaulado. Da vueltas por todos lados: del baño a la sala, de la recámara a la cocina y viceversa. Está realmente desesperado. Se sienta de nuevo sobre su sillón, abre su ultrabook para despejar su mente. Decide desperdiciar un poco de tiempo en Facebook. Da scroll down a fotografías de comida, frases de superación personal sacadas de Wikiquote y memes que en otro momento le parecerían hilarantes. Uno de sus amigos comparte el video de *Reforma* con el palomazo de Zafio Nerón en la boda de Filos y su respectiva crónica.

El Gordo se interesa. Ojea el título, no le pone mucha atención. Da play a un video tomado por uno de los invitados de la boda. Lo observa, sin emoción, completo. Al terminar, pretende regresar a Facebook para perder más tiempo, pero algo lo detiene: ahora sí lee con cuidado en el título de la nota.

La boda del rock: un reencuentro y una ambulancia

Filos y Sirena se casaron, Yuca volvió a tocar con Zafio Nerón y una ambulancia se llevó a la chef; todo sucedió en una boda que nadie olvidará.

Payola Soria

…*una ambulancia se llevó a la chef*. ¿Habrá sido Alma Rosa?, se pregunta El Gordo. El corazón le late con fuerza, como si el órgano quisiera leer por sí mismo la nota. El ejecutivo regresa a la lectura.

"¿Están listos?", con esta pregunta inició el palomazo de un Zafio Nerón convertido en sexteto. Todos, invitados a la boda y músicos, asentimos. La piel chinita nos invadió, estábamos presenciando un concierto único, exclusivo para nosotros, en el que, además, se estrenaba una formación nunca antes escuchada de la banda de la Z sobre la N.

Eran el recién reincorporado Yuca en la batería, Erick en el bajo, Garrocha en los teclados, Marenco en la voz, Filos en la guitarra y Chaflán en el pandero. No importó que fuera una presentación inédita al cien por ciento, la banda sonó como si se tratara de la alineación que lleva meses ensayando para su próximo tour internacional. Palomearon "Hallelujah" de Leonard Cohen, además de "Roedores" y "Fortaleza de papel" de su autoría.

Fueron 18 minutos de paroxismo. Celulares, tabletas, cámaras fotográficas, todo lo que sirviera para inmortalizar el momento fue levantado. El grupo se expuso alegre, cómodo sobre el escenario. Desplegaron profesionalismo, derrocharon potencia sonora, nos regalaron lo mejor de su talento.

Al inicio de la fiesta, los músicos se negaban a tocar juntos. Filos y Sirena fueron declarados unidos por un chamán maya a las 13:50 hrs., posteriormente, los invitados tuvimos que dejar el jardín adornado con orquídeas y aromatizado con incienso para acceder al salón de la hacienda donde se efectuó la boda. Ahí la sorpresa fue mayúscula: el ambiente ya era amenizado por una banda cuyo baterista era nada más y nada menos que Yuca, el baterista de los primeros dos discos de Zafio Nerón. Ahí comenzaron los deseos por un palomazo: "Otro día", respondía Filos; "No sé si Filos quiera", argumentaba Yuca; "Estaría", respondía sin interés Marenco. Nadie aseguraba nada.

El clamor por el palomazo fue tal que Filos tuvo que abandonar la mesa presidencial del salón y colgarse una guitarra prestada. El guitarrista se enfundó en un abrazo amistoso con su amigo y ex compañero de banda, quien permanecía escondido entre sus tambores y platillos. Después subieron los otros integrantes. Lucían ese extraño nervio que aun los músicos profesionales muestran

cuando alguien les pide de forma imprevista que toquen. Se tomaron unos minutos para organizarse. Marenco sacó su tableta, de donde leyó la letra de “Hallelujah”, los demás checaron rápidamente acordes para después improvisar los pequeños detalles que escapan a las partituras. El público esperaba ansioso, ya charoleaban las pantallas de celulares dirigidas al escenario.

El palomazo terminó con un abrazo sólido entre los seis músicos. Sus sonrisas, sus ojos, sus instrumentos brillaron igual que su música. El grupo demostró que está en el mejor momento de su carrera; suena brutal y eso que apenas nos mostró una probadita. Sin duda alguna, el Estadio Azteca caerá rendido ante los pies de un coloso dionisiaco llamado Zafio Nerón.

La chef sale en ambulancia

Posterior al reencuentro de Yuca con Zafio Nerón, tocó turno a la comida. Sin embargo, la chef encargada del catering tuvo que ser llevada a un hospital al sur de la ciudad para ser atendida por probable intoxicación. A pesar de ello, nadie más en la boda sufrió consecuencias en su estado de salud a causa de los alimentos.

El menú de la boda estuvo compuesto por…

El Gordo no se interesa en terminar de leer la nota porque hay una pregunta rondándole la cabeza: *¿habrá sido Alma Rosa?* Se decide a hablarle, solo para asegurarse de que ella está bien. Toma su Samsung y le marca. Nadie responde. Se preocupa. Hace un nuevo intento que tiene el mismo resultado. Habla al teléfono del Minotauro, le contesta un muchacho desganado que le informa que la chef está en el Hospital Médica Sur de Tlalpan. El Gordo abandona su departamento a toda prisa.

Se encuentra con La Güera en la sala de espera, ella tiene ojeras y se nota adormilada. Sin embargo, su apariencia no es tan funesta, quizá Rosa no está del todo mal. El Gordo toma un respiro. Se acerca a la joven, la saluda y ella lo abraza. Le agradece que esté ahí.

–Los papás de Alma vienen en camino –dice La Güera como si con ello se quitara un peso de encima.

–¿Cómo está Alma?

–Bien… estable. Llegó a tiempo –responde aún con la cabeza gacha.

–¿Qué le pasó? –La Güera levanta la cara, toma un respiro profundo.

–Se envenenó –el rostro del Gordo es de quien se preocupa, pero a la vez se enorgullece de su buen tino. Esperaba escuchar algo así. Invita con un ademán a que La Güera se siente para que le platique la historia. La mesera accede. El Gordo la imita–. Creo que también quería envenenar a Filos –El Gordo cierra los ojos como si con ello

pudiera descifrar la intención de Alma.
–No entiendo… bueno, sí entiendo, pero, ¿cómo?
–Desde que empezamos a planear la comida de la boda ella estuvo muy extraña. Se aisló, aunque no se veía triste, sino todo lo contrario, contenta o ilusionada. Gordo –clava sus bellos ojos turquesa en el ejecutivo–, Alma está loca.
–¿Cómo se envenenó?
–Con una manzana.
–¿Con una manzana?
–Sí –La Güera guarda silencio unos segundos para acomodar sus ideas–. No sé si lo planeó así o qué. En la boda, el postre fue manzanas con trufas y ella metió en el postre de Filos una manzana envenenada y comió de ella. Afortunadamente, Filos no comió porque el plato cayó al suelo.
–¿Cómo envenenó la manzana?
–Al parecer es una manzana venenosa. Tú conoces dónde viven sus papás, ¿no? –El Gordo asiente–. La sospecha del doctor es que en esa parte del Istmo hay un árbol conocido como el *árbol de la muerte* y su fruto es muy venenoso. Alma fue a visitar a sus papás hace unos días. Y en la cocina de la hacienda no dejó que nadie se acercara a una manzana: la del postre de Filos. Yo casi la pruebo, pero cuando la olí se me quitó el antojo. Creo que también mandaron a examinar la manzana que era del plato de Filos para comprobarlo. Como sea, Alma se salvó porque nada más comió dos pedazos –la mesera suspira para dar punto final al relato.
–¿Puedo pasar a verla? –La Güera le alarga un gafete de visitas. El Gordo se lo coloca y empieza a caminar con pesar. No sabe cómo lo recibirá esa mujer a la que tanto ama. Siente ganas de ir a orinar, se le retuerce el estómago, traga saliva y le sudan las manos. Llega a la puerta del cuarto donde reposa Alma Rosa, jala aire antes de asomarse. Exhala. Da un paso, observa que la chef está recostada en posición fetal dándole la espalda a la puerta. El Gordo toca para avisar su entrada; Alma Rosa no responde. Ingresa a paso lento, le llama la atención el pelo rojo, cree que se ha equivocado de cuarto. Pronto se deshace de esa idea; conoce a la perfección la figura de Alma dibujada por las sábanas, y esa es, sin duda, su figura. Toma asiento en una silla colocada junto a la cama. No dice nada; las palabras se le quedan atragantadas. La observa.
–¿Gordo? –pregunta la chef. El ejecutivo se sorprende.
–Sí, Alma. ¿Cómo supiste que era yo?
–Conozco tus pasos –ambos guardan silencio.
–¿Cómo estás? –El Gordo quisiera agarrarla de la mano, pero ella está completamente tapada. Alma Rosa tarda en responder. Antes de emitir sonido, se voltea. El Gordo la ve tan desanimada, no es la Alma

Rosa vital que dejó de ver hace casi dos años.
–Quiero que me ayudes… Ya no quiero sentir esto… –se le corta la voz– me siento muy mal.
–Estás viva, Alma –anima El Gordo–, eso es lo que importa.
–No. No quiero seguir viviendo así –la chef saca una de sus manos de entre las sábanas, se la extiende al Gordo. Él entiende a la perfección la señal. Vuelve a sentir esa piel nívea que tanto extrañaba.

Alguien toca el timbre desesperadamente. No es tan tarde, pero el chirrido causa estragos en las cabezas de Filos y Sirena, aún crudos, calientes y cansados de la boda. Piensan en no abrir, en ignorar al indeseable que osa interrumpirlos en su luna de miel hogareña. El teléfono de Filos empieza a sonar. Sirena chasquea la boca malhumorada. El guitarrista se resigna a atender la llamada.
–Es Payola –le avisa a Sirena. Contesta la llamada; se limita a escuchar, asentir con la cabeza y arquear las cejas–. Voy –se pone unos pantalones y una playera–. Payola está aquí afuera. Suena preocupada.
Sirena abraza su almohada, no pretende recibir a la visita. Filos sale del cuarto para abrirle a la periodista, quien al ver la puerta moverse accede a la casa sin pedir permiso.
–No mames, no mames, no mames, no mames –repite exaltada Payola. Sirena escucha el ajetreo desde su cuarto, se levanta y se pone una bata.
–¿Qué pedo, Payola? ¿Qué te pasó? –pregunta el músico sacado de onda.
–No es qué me pasó a mí, es qué te iba a pasar a ti.
–¿A mí?
–¿Qué le iba a pasar? –entra en escena Sirena. Payola trata de controlar su acelere, observa a la pareja.
–Tomen asiento –el músico, la modelo y la periodista se sientan en la sala. Payola saca un cigarro, ofrece la cajetilla a sus anfitriones, quienes niegan con un movimiento de manos. La invitada espera a expulsar la primera fumarola para hablar–: te iba a envenenar. Esa pinche loca te iba a envenenar –Sirena y Filos arquean las cejas, se miran, no entienden de qué habla Payola–. La chef, la de su boda, quería envenenarte, Filos –la pareja se queda sin aire, Sirena toma la mano de su esposo. Filos recuerda el día en que Alma Rosa le robó un beso y que él la corrió, sobre todo, recuerda que ella le aseguró que estaba loca por él.
–A ver, más despacio, Payola. ¿Cómo que me quería envenenar? –Payola vuelve a llevar el cigarro a su boca antes de contestar.
–Tu postre estaba envenenado, el que se cayó al suelo.
–Pero ella le arrebató de su postre a Filos –interviene Sirena.

–Es porque esa vieja está obsesionada con él –señala al guitarrista con el cigarro humeante–. No sé si pensaba tener un final a lo *Romeo y Julieta*, le entró el arrepentimiento o por qué comió del postre de Filos, pero por eso ella terminó en el hospital.
–¿Tú cómo sabes?
–Filos, tengo mis contactos en los hospitales –presume con gran orgullo la periodista–. Me platicó esto: la manzana de tu postre no era una manzana normal, sino que es de un árbol que se llama… espérenme, por aquí lo apunté… –la periodista revisa dentro de su bolsa buscando un papel. Lo encuentra– *Hippomane Mancinella*. Es un manzanillo muy venenoso. Que según su tronco quema si lo tocas, que si quemas su madera el humo te puede intoxicar y, lo importante, su fruto es venenoso, mortal.
–¿La chef está muerta? –pregunta Sirena.
–No, se salvó. Pero por poco no la cuenta –lleva otra vez el cigarro a la boca.
–Hay que denunciarla –propone la modelo–, si ya intentó asesinar a Filos, puede que lo vuelva a intentar –los tres guardan silencio, asienten lentamente con la cabeza.
–Payola, ¿te puedo pedir un favor? No lo publiques ni se lo platiques a nadie más, menos a Matías, seguro a él le encantaría que esto se supiera. Mejor dejémoslo entre nosotros tres.
–Pierde cuidado, Filos –asegura Payola al tirar la ceniza del cigarro en un cenicero.

Tiene insomnio. Está sudando. Le da vueltas una y otra vez al mismo pensamiento, al mismo sentimiento. Voltea a su lado, observa a Sirena durmiendo apaciblemente. Retira con delicadeza su brazo que sirve de almohada a la pelirroja. Se levanta. Va a su estudio. Se encierra. Siempre que no puede dormir toca “Espíritu noctívago”, le sirve como somnífero. Ahora no funciona. Todavía siente correr por su sangre algo cálido que no lo deja quieto. Encuentra una hoja en blanco, se la acerca. Escribe algo para Alma Rosa.

La excitación aumenta conforme el sol se dirige al Poniente, pero en esta ocasión la brújula conduce al Sur. Caminan, corren, manejan, piden ride; no importa cómo llegar, no importa si es en taxi, micro, combi o carro, lo importante es llegar. División del Norte, Calzada del Hueso, Tlalpan, todo alrededor se satura de personas con playeras estampadas con una Z sobre una N. El andén de la estación Estadio Azteca del tren ligero vomita peatones. Llevan la piel eriza, los ojos brillosos, la sonrisa pintada.

Hay venta de playeras, de la discografía completa del grupo en MP3, de tazas, de caballitos y de revistas donde Filos y compañía sirvieron de portada. Hay que caminar codo a codo, hombro a hombro;

con una mano dentro del bolsillo evitando que los carteristas se hagan con la cartera o, peor aún, el boleto. *¿Te sobran, te sobran?... ¿Te sobran boletos?,* suplican desesperados los revendedores, quienes no pueden hacer su agosto en pleno junio: el concierto está agotado. Policías a caballo y policías a patín resguardan las entradas y los alrededores del estadio, hay más de 2 mil 500 azules. Frente a las entradas un Lobo pregona con altavoz en mano y voz trémula: *Cada persona con su boleto en mano, por favor*.

Una vez con el pedazo de papel foliado y membretado con el logo de Ticketmaster en la mano, hay que alargárselo a una muchacha enfundada en una chamarra azul con gris que lo escanea. La pantalla del aparato dice *Go*. Ahora, como diría Chico Che: los nenes con los nenes; las nenas con las nenas. Elementos de seguridad cachean a quienes ingresan. Hay que sacar lo que se carga en los bolsillos, enseñarles que son las llaves de la casa, la cartera, el celular, la cámara de fotos (no profesional), el encendedor y los cigarros.

–Uy, esta hebilla no pasa –advierte con cierto tono de mofa el elemento de seguridad de Lobo.

–Dame chance, no voy a andar arrastrando los pantalones –suplica la víctima.

–No, ni modo. No pasa –la víctima se quita el cinturón mientras el Lobo señala un tambo en el que hay que dejar lo confiscado.

–Como si no supiera que se los quedan ustedes –masculla el indignado mientras se aleja.

–Al terminar el concierto puedes pasar por él –enfrenta el Lobo divertido por el enojo del indignado.

Los pasillos se pueblan. Algunos se detienen a comprar una hamburguesa o un jocho, otros se quedan entretenidos en el stage que montó Coca-Cola para divertir a la gente en espera del concierto, algunos más se van a observar cómo los de *Reactor* transmiten en vivo desde la explanada. El ambiente vibra en dirección a un mismo sentido: la cancha del Azteca.

El escenario es modesto; U2 no prestó el que gira. Sin embargo, eso no impide que la gente se divierta platicando con los cuates, besando a la pareja, jugando con el celular; incluso hay quienes piden con alegría *chichis pa' la banda, chichis pa' la banda* a una chava subida en hombros que no tarda en enseñarle los senos a los lujuriosos, ellos estallan en silbidos, piropos, gritos y aplausos. La venta de cervezas está en su esplendor. Hace un calor de la chingada y la emoción eleva la temperatura. Algunos comienzan a corear un *pa pa ra pa pa eu eo, pa pa ra pa pa eu eo*, como un canto genérico compuesto por los tacvbos y apropiado por el público para clamar por la presencia de la banda de su preferencia en el escenario.

La espera es lenta. No hay nada más desesperante que un segundo que nos aleja de lo que queremos. El sonido local entretiene con lo mejor del rock en español al público que aguarda el inicio del concierto: “El final”, “Pobre de ti”, “Lamento boliviano”, “Azul casi morado”, “Pachuco”, etcétera. Algunos cantan, sienten que la quijada se les llena de adrenalina, la pasión corroe la nuca, las lágrimas se empiezan a aglutinar, la respiración se sincopa, el corazón se apasiona en un redoble sostenido.

Anochece. Las estrellas y la luna toman sus asientos de lujo en el cielo. Las luces de las gradas se apagan. El músico abridor tratará de lucirse ante quienes no quieren escucharlo.

Alma Rosa espera ansiosa sentada a una mesa con sus manos entrelazadas pegadas a su boca. Mueve las piernas sin ton ni son. Truena sus dedos. Rechina los dientes. Tararea algo desafinado para acallar su mente. El Gordo cruza el umbral de la puerta. Saluda a la chef, le ofrece su brazo.
–¿Lista para el concierto?
–¡Sí!

Cinco camionetas, una para cada Zafio, los conducen al estadio. Se whatsappean entre ellos. Filos, Marenco, Chaflán, Erick y Garrocha también están emocionados. Ya quieren hacer teamback, dedicarse palabras de aliento, aplaudirse y ascender las escaleras, encontrarse con el mar de cabezas, la música de los aplausos y los gritos de emoción.
El Diletante, el músico abridor, agradece con una reverencia al público su paciencia y escucha.
–¡Se quedan con Zafio Nerón! –el escándalo es infernal. 90 mil personas se desgañitan, como si con ello pudieran acelerar el inicio del concierto.

Las esposas de los zafios aguardan cómodamente en un palco. Sirena soba la panza embarazada de Samantha. El hijo de Marenco suelta una patadita, Sirena se emociona, justo como lo hace el público al ver apagarse nuevamente las luces. Todos reconocen aquel riff que penetra un breve silencio: “Basca blues”.

Alma Rosa y El Gordo toman sus asientos. La chef observa agradecida al Gordo por regalarle este concierto; en sus ojos hay esa chispa que solo las mujeres enamoradas generan, o que solo los hombres enamorados ven.

“Basca blues”, “Los inquilinos”, “Lluvia dorada”, “Espíritu noctívago”, “Magdalena”, “Fortaleza de papel”, “Filosofía de bar” y “Ser humano desechable” alimentan las almas de los presentes. Hay un momento

de silencio de la banda interrumpido únicamente por los *oe oe oe oe Ne rón Ne rón* del público. Marenco hace un movimiento con la cabeza a Filos, quien se dirige al micrófono. El guitarrista va a decir algo; mientras camina al centro del escenario carraspea la garganta:
–La siguiente canción es nueva –el barullo interrumpe a Filos, quien espera a que la gente lo deje hablar de nuevo–. La montamos hace apenas dos semanas. Habla sobre... –Filos se detiene, clava la mirada en el mar de gente, busca el fulgor de la sonrisa de Alma Rosa. No lo encuentra. Resopla–. Bueno, ya la escucharán. Se llama "Amar sola", esperamos que les guste.
Filos regresa a su lugar en un extremo del escenario tocando el flamante riff.

Un beso anónimo la despertaba
cada mañana, ansiosa, ilusionada.
Y aunque del dador no conocía nada,
se enamoró de él, se hizo su esclava.

Le regaló sus noches y sus días,
el cálido abrazo de una sonrisa:
rictus vacío de mujer sumisa.
Confundió tristezas con alegrías.

Frente al espejo practicaba un hola
que después ella misma respondía;
ese era su ritual para amarse sola.

En un acto de infinidad amorosa
mató con suspiros a su propia alma;
hizo derramar la sangre de una rosa.

Alma Rosa rompe en llanto. Toma la mano del Gordo. Él le sonríe, la besa en la boca, mientras los grillos continúan su propio recital. Los labios de los enamorados se separan. El ejecutivo empuña de nuevo su guitarra; antes de continuar con esta presentación íntima observa a todos lados del parque; no hay nadie, solo ellos dos. Alma y él son los dueños de ese espacio al aire libre, al menos por este instante.
–Alma… te amo –esa afirmación nunca antes dicha se le escapa de la boca. No hace nada por recogerla. La aludida no responde, arquea las cejas a causa de un dolor punzante en el corazón que no ha podido extirpar. El Gordo toca algo en la guitarra para reforzar su declaración. Alma Rosa cierra los ojos. Trata de estar ahí, con él.
Si mis plegarias no fueran a la virgen, sino a ti…

| CODA |

I

Filos, Blanco y Marenco metieron los boletos en los torniquetes del metro. Cada uno cargaba con sus instrumentos a cuestas: Filos, una guitarra de palo de Paracho, Michoacán; Blanco, un bajo con miniamplificador; y Marenco no necesitaba más que su voz.

Bajaron sus instrumentos de sus hombros y los desenfundaron en el andén de la estación Tacubaya. Estaban nerviosos, ya algunas personas los acechaban con las miradas. Hicieron un círculo e improvisaron algunas líneas; varios curiosos se acercaron a ellos. Llegó el convoy.

Ascendieron sin pelearse por alcanzar un lugar, se quedaron parados en el cuadro formado entre las puertas del tren. Filos, Marenco y Blanco se miraron a los ojos y un segundo después se arrancaron con “London calling”. Un vagonero que vendía gomitas se

les quedó viendo con recelo y sin temor alguno interrumpió el inicio del concierto.
–¿Quién les dio permiso de tocar aquí, eh! –gritó desde el otro lado del tren mientras se acercaba al trío. Los noveles músicos se sacaron de onda, no sabían que debían *sacar* un permiso para tocar en el metro. –¿Quién les dio permiso de tocar aquí! –repitió el vagonero cuando estaba lo suficientemente cerca como para que Filos y compañía se fumaran su tufo a thiner. Los muchachos negaron con la cabeza.
–¡Ya! Déjalos tocar –intervino un señor que estaba sentado. El vagonero desairó al interruptor.
–¿Con quién hay que sacar permiso? –preguntó Blanco con miedo. El vagonero no respondió, pues el convoy arribó a Juanacatlán y abrió las puertas. El que vendía gomitas se colocó en el umbral de la puerta interrumpiendo el cierre con un pie puesto en ella; le chifló a uno de sus compañeros, quien no tardó en acudir en su ayuda.
El par de vendedores intentó correr al trío del tren. Filos se prendió y no hizo caso de la exigencia. *Permita libre el cierre de puertas*, comenzó a clamar el convoy.
–¡Ya, cabrones! –regañó un usuario.
Uno de los vagoneros agarró de la playera a Filos para obligarlo a salir del tren; el guitarrista se zafó y chasqueó la boca. Mientras tanto, el otro vagonero empujó a Marenco hacia el andén y obtuvo mejor resultado con Blanco gracias a la actitud mansa que expuso el vocalista al ver una fusca oculta en el cinturón del comerciante. Blanco salió por propio pie al ver el arma y Filos tuvo que hacerlo para no dejar solos a sus compañeros.

Una vez afuera del tren, los vagoneros condujeron al trío hacia un pasillo solitario. Ahí aprovecharon para golpearlos y robarles sus instrumentos, carteras, relojes y la poca morralla que llevaban. El par de hampones se alejó chiflando la letra de “El asalto chido” entre risas.

II

La furia con la que El Bala cerró la puerta del camerino interrumpió la plática de Filos, Marenco, Yuca, Blanco y Chava. El quinteto se le quedó viendo con un poco de temor a su manager, quien, temblando de ira en la puerta, mentó madres.
–Pinche bola de culeros –rumió el hombre de pelo largo y arete en la oreja.
–¿Qué pedo, Bala? ¿Qué pasó? –investigó el vocalista de la banda poniéndose de pie al igual que sus compañeros.
–No, no, no. Siéntense –ordenó el manager. Una vez que los músicos obedecieron, El Bala inició el relato–: ya me lo esperaba, pero bueno… van a tocar con playback. Nada más van a salir a hacerse

pendejos –Filos y compañía creyeron que lo dicho por El Bala era broma, sin embargo el coraje del manager era vehemente–. Estos güeyes ya me pidieron la lista de rolas que van a tocar para –abrió comillas con las manos– *preparar las grabaciones* –cerró comillas.
–¡No mames! Yo no voy a salir a ser su payaso –expresó con el mismo enojo Filos.
–Les dije eso y me contestaron que si no queremos, la puerta está muy ancha. ¿Cómo ven? ¿Nos vamos?
–No, a ver, esperen –interrumpió Marenco con una sonrisota–. Y si mejor…

El hombre de traje de corte italiano y lentes anchos sostenía el micrófono a la altura de su pecho, esperaba a que el floor manager le diera cue para reiniciar el show.
Tres, dos, índice al conductor:
–Estamos de vuelta en *Siempre en domingo* y ahora les queremos presentar a una nueva banda de rock que está volviendo locos a los muchachos: los Zafio Nerón. Escuchémoslos.
Switch al escenario que poco a poco prende sus luces. Ahí estaban Yuca en la batería, casi en la oscuridad total; Chava ante su teclado, Blanco haciendo como que tocaba su bajo, Marenco gesticulando la letra de "Fortaleza de papel" y Filos *tocando* su lira de espaldas. Una persona del staff alentaba al público a ponerse de pie y aplaudir, algunos bailaban, uno que otro gritaba, pero la gran mayoría era un borrego obedeciendo órdenes del floor manager.
Llegó el momento del solo de guitarra: Filos por fin se puso frente al público causando el alarido natural de los pocos fans que había en el foro 2 de Televisa San Ángel. En tanto, Raúl Velasco checaba en la escaleta qué era lo que seguía después; al inició no se percató de la treta que emprendían los roqueros que ocupaban su escenario. Filos no se puso de frente para impresionar al público mientras *interpretaba* su solo, sino que lo hizo para retirarse su instrumento. Atrás de él, Yuca se paraba de su batería para intercambiar lugar con Chava, Blanco exageraba los movimientos en su bajo y Marenco desfasaba su gesticulación a propósito; a pesar de eso, la rola sonaba impoluta, sin cambios. El público, tanto en casa como en el foro, se quedó atónito. No creía lo que estaba viendo: Zafio Nerón estaba burlándose del playback. Los roqueros de hueso colorado celebraron el engaño, no compartían el desencanto del conductor del programa, quien pidió de inmediato que se le cortara el audio a la banda y las cámaras lo enfocaran a él.
Esa fue la primera y última vez que Zafio Nerón pisó *la fábrica de sueños*.

LETRAS

Una ofrenda al ombligo de la luna

Riff II

Nací con orgullo sobre esta tierra
de muertes iluminadas con flores,
donde el himno nos pide la guerra.
Es un molcajete de mil y un sabores.

Aquí no sobrevives si no rifas.
Debes cantar y reír cual Tin Tan.
Hablar como nos enseñó Cantinflas.
Comportarte siempre como caifán.

Me regodeo en el verso de Paz.
Ligo gracias a Mauricio Garcés.
Me divierte de Catrina el disfraz,
igual que Ponchito y su mal inglés.

Guardo del pasado nuestro tesoro:
la semilla arraigada de raíz.
Tortilla, cuchara vestida en oro.
Lo suficiente para ser feliz.

Soy tan pasivo como el ajolote.
Soy como la sombra de la cactácea.
Ruin chingaquedito, vil ahuizote.
No es de bronce, más bien raza grisácea.

No soy Santo pero lucho sin máscara.
Maestro de las artes del relajo.
Una nota más de la canción de Lara
oriunda de'ste Callejón del Cuajo.

María Sabina, mi curandera.
Dolores del Río, mujer del drama.
Me pierdo en el baile de la rumbera.
Saben que La Llorona es quien me llama.

No nos derrumba ningún cataclismo.

Siempre erguidos estarán nuestros rostros.
Todos diferentes pero uno mismo.
Serpiente y águila somos nosotros.

Sonreír
Riff II

Permaneces toda la noche en vela,
tu fuego está en vilo.
Quizás ella también te sueña.

Se impregnó en tu cabeza.
Vive ahí,
entre tus pensamientos se enreda.

No cometas la clásica falla
de tu pasado impreciso
en el que no ganaste nada.

Amigo,
no la hagas reír,
solo hazla sonreír.

No seas un bufón
rebajado a carcajadas
que se vuelvan tu prisión.

Mejor haz que pierda el aire,
que cuando te vea
no piense en nadie.

Amigo,
no la hagas reír,
solo hazla sonreír.

Muchacha de ojos endebles
Riff III

De lanzafuego mirar,
la muchacha de ojos tristes
derrite su hielo ocular.

Escurre lágrimas de ascuas,
de rojo prende su cara.

Dirige al Sur su mirada.

Cuando la ciega el enojo
apunta con una pistola.
Ella dice tener buen ojo.

¡Disparará a quemarropa!
Será un destello mortal.
Esa mujer está sola.

Provoca heridas panópticas
con un recuerdo indeleble.
Muchacha de ojos endebles.

Roedores
Riff V

Sonríe, roedor;
aguza los dientes con los que muerdes.

Sé sigiloso en tu camino.
No hagas ruido.
Ocúltate en la penumbra
cuando tengas un descuido.

¡Aguas! No dejes huellas.
Tus patas manchadas de lodo están,
esconde entre ellas tu cola,
no te la vayan a pisar.

Roe toda la carne del hueso,
sacia tu hambre.
Engulle hasta la más pequeña hondura.
No dejes nada para nadie.

Roedor, también camaleón.
Mudas de piel, ideas y color.
Eres el ave que mancha al pantano;
tu aroma: el mismo del caño.

Punta de la pirámide social,
te llaman alfa por tu jerarquía,
cenit de la línea vertical
máxima expresión de la hipocresía.

Sonríe, roedor;

aguza los dientes con los que muerdes.

Ataca, jura, injuria, promete,
cambia, cumple, debate, firma, perora,
transa, burla, ríe, ¡ROE!

Roe toda la carne del hueso,
sacia tu hambre.
Engulle hasta la más pequeña hondura.
No dejes nada para nadie.

Sonríe, roedor;
aguza los dientes con los que muerdes.

Fortaleza de papel
Riff V

Paso la vida rompiendo papeles
de aquí cuando llueve, de allá cuando hay fuego.
Y no pregunto el porqué de los hechos,
yo sólo obedezco a mi dinero.

Viajo de cabeza, directo al bache de mi conciencia.
Y es ahí donde veo una fortaleza de papel.

Caen rayos de un laberinto
que encuentro en un orificio.
Y busco la raíz para regalármela a mí.

Lava verde escurre de mi mente;
cae sobre el tiempo del suelo.
Las sombras de mis dedos
sacan sangre de sus cerebros.

Viajo de cabeza, directo al bache de mi conciencia.
Y es ahí donde veo una fortaleza de papel.

Ya llego al horizonte que dibujo en una foto.
Toco hojas de los árboles que no hablan a la luz del día.
El agua aquí es pura y nadan peces de colores.
El sol aquí ya no calla y por siempre me acompaña.

Y es aquí donde veo una fortaleza de papel.

Filosofía de bar
Riff V

¿Qué pasaría si ayer hubiera muerto?
De mi familia nadie lloraría,
entre mis amigos no habría melancolía,
desconocidos no se enterarían
y mis ex novias dirían:

yo no lo quería,
era un machista,
nunca hizo nada,
solo me desnudaba.
No quiero saber nada de él,
no lo quiero volver a ver.

¿Qué pasaría si el mundo se acabara hoy?
No buscaría tus piernas en el mismo lugar,
te dejaría en aquella esquina
para que alguien más pase por ti.
Fumaría otra vez de aquellos cigarros.

Noche de excesos,
a ver si así aprendo.
Apaga las luces
salgamos de aquí.
Déjame solo,
nunca existí.

Filosofía de bar:
todas las respuestas están en este lugar.

¿Qué haría si no fuera yo?
Sería un limosnero de corbata y dinero,
un asesino de lo que traigo aquí dentro.
Estaría perdido en una cantina,
buscando en el alcohol quién soy yo:

un pájaro libre,
una mancha en el suelo.
El recuerdo sellado
del olvido alado.
El polvo en el aire
del que nadie sabe.

Filosofía de bar:
todas las respuestas están en este lugar.

¿Y si esto es un sueño?
Enciérrame aquí, no me dejes salir.
Vivir despierto
es morir lento.
Fallecer durmiendo,
el final de mi cuento.

Aquí pensamos entre vasos,
borramos nuestros fracasos.

Filosofía de bar:
todas las respuestas están en este lugar.

Los inquilinos
Riff V

Busca en la alfombra,
chance hay un tesoro.
Debajo de tu cama,
puede que haya monstruos.

Casi es medianoche,
tú esperas visitas.
Prende una vela,
reza un Ave María.

Toma un rosario,
guárdalo en tus manos,
cierra los ojos.
Ven a mis brazos.

No soy un fantasma,
aún estoy vivo.
¿Por qué te espanta
que esté contigo?

Dicen que tu casa
era cementerio,
que sacrificaban
a los enfermos.

Vives entre almas
olvidadas.
Cuerpos difuntos
que no callan.

Presencias comunes
por toda tu casa.
Gente con heridas
que busca una salida.

No soy un fantasma,
aún estoy vivo.
¿Por qué te espanta
que esté contigo?

¿De quién son esas sombras? (somos nosotros, somos nosotros)
¿De quién son esas voces? (somos nosotros, somos nosotros)
Son los inquilinos.
Somos los inquilinos.

No soy un fantasma,
aún estoy vivo.
¿Por qué te espanta
que esté contigo?

Lluvia dorada
Riff V

Lleguemos juntos al éxtasis.
Dame tu mano, toca aquí.
Déjame buscar hasta adentro,
en los diamantes que hay en ti.
Tócate, sacude tu cuerpo,
derrama tus gotas sobre mí.

Sírveme del vino tinto
que fluye en ti.
Muérdeme, quiero lamer ese puerto
color carmesí.
Provócame, estás amarrada
conmigo hasta el fin.

Ensúciate, embárrate mi cuerpo,
soy abono para tu jardín.
Limpiaré contigo el suelo,
arrástrate, ser vil.
Sube la temperatura,
soy tu piel febril.

Quiero clavarte,
desflorar tu jazmín.

Manchar tus pétalos de sangre,
pintarlos de carmín.
Plantarte mis semillas,
echarte mi raíz.

Besar el polvo
Riff VI

Ya no soporto estar solo,
me he cansado, me he vuelto loco.
Me abrazo a mi propia piel,
imagino ser otro ser.

Espolvoréame tus labios,
que tu aliento es consuelo.
Quítame estos resabios
de tanto besar el suelo.

Maltrato
Riff VII

Increíble es que aún me despierte con tu nombre en mi cabeza, que las madrugadas no me pertenezcan y en mis sábanas haya una batalla interna.
Las noches las dedico a rascarme el cerebro y a sudar por esa ausencia.
Tengo lágrimas secas en mis mejillas y palabras atoradas en la boca.

No creerías la profundidad de estas llagas con las que apenas vivo, son cielos tormentosos que duelen al cerrar los ojos.
Sé que no tienen cura, estarán ahí para recordarme que no estoy loco y que mi desgracia es un rehoyo que yo estoy cavando solo.

Imaginar, soñar, pensar y desear son verbos ya cansados en mi mente.
Amor, cariño, compañía y felicidad: sustantivos sin significado, son palabras… solo palabras.

Odio a las personas que me aman y me gusta sentir ese maltrato.
Por eso si me ves peleando con mis ideas, no las inhibas, provócalas.
Odio a las personas que me aman y me gusta sentir ese maltrato.
Por eso no creas mi saludo con el ceño, perdóname y abrázame.
Quiero saber qué siento.

Calores imaginarios de personas que me dejaron sin antes haber

existido,
visitas de la muerte a mí, pero que no la tomo de la mano por temor a que también me deje.
Lo peor es que veo el futuro en mi cuerpo que sigue exactamente igual que en el pasado.
Tengo una vida aburrida escondida tras una sonrisa apestosa a furia y tristeza.
No te pido ayuda porque no la quiero, o quizás es lo que quiero que pienses que yo creo.

Increíble es que aún me despierte con tu nombre en mi cabeza,
pero creo que ya no recuerdo ni tu rostro ni tu olor ni tu voz.
Te reconozco en otras personas que hacen latir mi corazón recordándome que aún estoy vivo,
pero sé que no olvidarte es lo que hace que todavía me levante.

Odio a las personas que me aman y me gusta sentir ese maltrato.
Por eso si me ves peleando con mis ideas, no las inhibas, provócalas.
Odio a las personas que me aman y me gusta sentir ese maltrato.
Por eso no creas mi saludo con el ceño, perdóname y abrázame.
Quiero saber qué siento.

Asunción
Inspirada en “Birdland” de Patti Smith
Riff VII

Ese borrego quiere ser una nube,
andar por el cielo y arrear al rebaño,
tocar las montañas con su sombra.
Ese borrego quiere ser una nube.

Quiere sentir su lana blanca y blanda
con el viento como vehículo;
sentirse libre, sin destino,
su única obligación: verse lindo.

La tristeza lo pondrá gris,
llorará a montones;
su berrido asustará a los niños.
Ese borrego quiere ser una nube.

Para sus compañeros es un loco,
Ven con nosotros, le dicen.

Para el pastor es un disidente,
un animal desobediente.

Ese borrego quiere ser una nube,
no quiere ser trasquilado,
desea tejer con su lana
un vestido nublado.

Una madrugada,
guiado por las estrellas,
viajó hacia la nada
sin sus cosas y sin reservas.

Guardaron silencio en su grey,
no recordaban haberlo exiliado.
Ese borrego quiere ser una nube,
recordó el viejo rey.

Camina solo, no tiene prisa.
Ese borrego es un ostracista.
Pierde el aire cuando alza la vista
y ve jugando a las nubes con la brisa.

Ese borrego quiere ser una nube,
no quiere ser trasquilado,
desea tejer con su lana
un vestido nublado.

Un grupo de aves da vueltas sobre él, luego aterriza.
Parece que tenemos un cordero trashumante.
El borrego niega con la cabeza,
Yo solo quiero seguir adelante.
Se arrodilla y les suplica:
Llévenme con ustedes, por favor, es lo único que quiero.

Las aves se consultan con la mirada,
se toman su tiempo.
Minutos después le regresan su sonrisa al borrego.
De pronto, las pezuñas del borrego se elevan.
Por primera vez en su vida no siente nada debajo de ellas.
¡Súbanme! ¡Más!
El borrego llora, ve caer sus lágrimas en terreno fértil.
¡Llévenme hasta donde nadie ha llegado jamás!
Quiero encarar al sol y jugar con el conejo de la luna.
¡Arriba! ¡Arriba! ¡Todavía más!
¡Más alto! ¡Hasta el penacho más alto del mundo!

El borrego está en el cenit de su gloria.
Ríe, ríe, ríe. Llora.

Una sombra inmensa envuelve al rebaño,
el pastor voltea hacia arriba,
los borregos lo imitan sin temor al regaño,
solo ven el cielo aborregado.
Bajan la cabeza sin darle importancia,
siguen comiendo como si él no pasara.

Ese borrego ya es una nube,
se siente feliz en el cielo,
se regocija con el viento
ahora que no necesita aliento.

Ser humano desechable
Riff VIII

Eres foco de infección,
cortejada por gente ruin.
Doncella lasciva de miseria,
recógeme a mí.

Piel desnuda es tu vestuario,
tu sonrisa infiel me convenció.
Báñate en mi sudor,
mientras yo mendigo amor.

Mujer de mil máscaras
y sin nombre fijo.
Virgen de los parias,
recibe entre tus piernas a tu hijo.

Actúa,
sé protagonista de mi mezquindad.
Bésame los labios
hasta que los veas sangrar.

Eres foco de infección,
cortejada por gente ruin.
Doncella lasciva de miseria,
recógeme a mí.

Tu lengua limpiará
la suciedad de mi acto.

Abraza a este humano
que ya no tiene tacto.

Sé que no te enamoras,
que no soy suficiente,
que tu amor es por hora,
que solo soy un cliente.

Te lavas mis caricias y mis besos,
desaparecen de tu cuerpo.
Son como yo: un desecho
que no se levanta del suelo.

Eres foco de infección.

Besos de ceniza
Riff VIII

El humo del tabaco teje sus telarañas.
Labial color del carbón, impía su sonrisa.
Llena está de veneno, destruye las entrañas;
atrapa con sus labios y besos de ceniza.

Despide un olor seco, se clava en el deseo.
Causa adicción, enfermo; disfruto su tormento.
Las colillas son rejas, me aferro como reo
de cadena perpetua podrido a paso lento.

Rosa de los vientos
Riff VIII

Por fin nos alejamos de la nube gris
y vemos de cerca el horizonte,
pero la nube se extiende,
come luz, eso se siente.

Pide tributo, no escucha rezos.
Huracán intruso que roba el Norte
a nuestra rosa de los vientos.

Tu mirada directa al mistral,
donde el caos ahora es manso;
tus ojos son de arena y cristal,
donde antes estaba el remanso.

Timón a la deriva;
no hay brújula en este barco
que rocas a medias esquiva.

Nuestra falla es submarina,
tiene tres puntos cardinales.
Te excedes en deseos carnales,
tu actitud es más que femenina.

Poseída estás por el viento del Norte,
pero mantienes tu sequedad.
Esto no se mantendrá a flote.

A un paso del naufragio
es más fuerte la zozobra.
Me rindo, es mi última maniobra,
me retiro con adagio.

De tu amor solo queda el rocío,
es un barco varado,
es un pez muerto en el río.

Magdalena
Riff VIII

Magdalena:
Ve a tu Jesús sobre el ring,
derrama sangre como tú lágrimas.
Y lo creías intocable.
Míralo caer.

La lona está muy lejos del trofeo,
pero él permanece ahí,
quiescente.

Está inconsciente, moribundo.
Yace en el sima de su orgullo.
Cayó de un solo golpe
desde la cima de su mundo.

Nuestro morbo nos obliga a verlo.
Cada gota derramada
alimenta nuestro placer por la violencia.

Y tú lloras, Magdalena.
Reirías si fuera al revés.

Anda, toma una piedra
y lánzala sin pena.

Magdalena:
Ve a tu Jesús sobre el ring,
derrama sangre como tú lágrimas.
Y lo creías intocable.
Míralo caer.

Ritornello

Riff VIII

Perdido, como en una rotonda,
inicio pero no acabo jamás.
Eternamente sacado de onda,
soy un fondo de caricatura, namás.

¡Inútil! Correteo mi cola,
busco la esquina de un cuarto circular.
Otra vez tarareo la misma rola,
aquella que recordé por el azar.

Doy vuelta por el recodo,
giro sobre mis talones,
regreso al mismo nodo
de mil y un eslabones.

Como la conversación repetitiva del abuelo,
emulo al disco rayado.
En mi partitura hay un ritornello
que me hace volver al pasado.

Regreso por la glorieta,
persigo un espiral.
Como el ave Fénix y su vuelta,
mi comienzo es el final.

Creo que esto ya me había pasado antes.
Lo contaré hasta que el infinito esté al revés:
estoy anclado a un ciclo rampante;
¿quieres que te lo cante otra vez?

Espíritu noctívago

Riff IX

Girasol marchito,
estático en el frío de la noche.
Permaneces impávido
al viento que roza las hojas de los árboles.
Te camuflas con la penumbra,
la devoras, la digieres y generas luz con tu sombra.

Tus pétalos llovieron sobre el suelo,
ahora brillan desde ahí.
Forman una pista de fulgor nadir
que ilumina tu apariencia de adormidera.
Insomne, sin pudor,
te muestras en desvelo.

Te camuflas con la penumbra,
la devoras, la digieres y generas luz con tu sombra.
Para tu fotosíntesis usas la energía del sereno,
pero antes esperas a que la luna duerma primero.

El manto oscuro te sirve de cobijo,
pero te queda holgado.
Te puedes mover, espíritu noctívago,
cual sonámbulo sin rumbo fijo.
Erras somnoliento; sin tus pétalos
no podrás volar al sueño.

Sobre el alba alistas tu descanso.
Te recuestas sobre
el río de miel que se derrama sobre el suelo
y ahoga inmisericorde a la luna.
Te pegas a tus sábanas de 500 hilos matutinos y,
sin embargo, despabilas tu estado onírico.

Te camuflas con la penumbra,
la devoras, la digieres y generas luz con tu sombra.
Para tu fotosíntesis usas la energía del sereno,
pero antes esperas a que la luna duerma primero.

Errante
Riff X

Ella preguntó por la mujer que quiero.
La vi a los ojos… suspiré.
Me pidió su nombre,
yo propuse describirla.

Le dije:
sus ojos prestan luz a la luna,
tiene aroma edénico que me levita,
labios de pastel,
figura frutal,
piel de terciopelo,
sonrisa que me vuelve ciego.
No le quiero bajar las estrellas usadas,
le quiero hacer una constelación que lleve su nombre.
¿Quieres saber más?
Pregunté,
asintió con la cabeza,
me le acerqué,
susurré a su oído:
su nombre es impronunciable para los poetas,
es envidia de las musas,
no la merecen ni los profetas,
junto a ella, las valquirias se debilitan.
¿Quieres saber dónde está?
Interrumpí sin despegarme de ella;
respondió afirmativa,
pedí prestada su mano derecha,
la pegué a mi pecho:
ahí vive, ahí la cuido.
Está escuchando percusiones.
¿Puedes sentirlo?
Ella respondió *sí* con los ojos cerrados.
Quité la mano de mi pecho,
la llevé a su corazón.
Ahí es donde quiero estar yo.
Toque la puerta y no me abrió.
Apretó los ojos y clausuró la boca.
Nuestra amistad ya estaba rota.

Amar sola (Alma Rosa)
Riff XII

Un beso anónimo la despertaba
cada mañana, ansiosa, ilusionada.
Y aunque del dador no conocía nada,
se enamoró de él, se hizo su esclava.

Le regaló sus noches y sus días,
el cálido abrazo de una sonrisa:

rictus vacío de mujer sumisa.
Confundió tristezas con alegrías.

Frente al espejo practicaba un *hola*
que después ella misma respondía;
ese era su ritual para amarse sola.

En un acto de infinidad amorosa
mató con suspiros a su propia alma;
hizo derramar la sangre de una rosa.

PASE DE SOMBRERO

Si estás leyendo esto quiere decir que probablemente has terminado de leer *Ritornello: otra canción pegada a la memoria*. Si lo que leíste fue de tu agrado, recomiéndalo. La mejor publicidad es el boca a boca, o tuit a tuit, según el mundo en el que te desenvuelvas.

SOUNDTRACK

RIFF I

AC / DC, “Highway to Hell”, Bon Scott/Angus Young/Malcolm Young, *Highway to Hell,* Sony Music Distribution, Australia, 1979.
Metallica, *Metallica,* Elektra, Estados Unidos, 1991.
Mastodon, Estados Unidos.
Nirvana, “Polly”, Dave Grohl/Krist Novoselic/Kurt Cobain, *Nevermind*, Estados Unidos, 1991.
Bikini Kill, “Carnival”, Kathleen Hana, *The CD version of the first two records*, Estados Unidos, 1992.
L7, Estados Unidos.
Café Tacvba, “Bar Tacuba”, Joselo Rangel, *Café Tacvba,* México, 1992.
Cannibal Corpse, “Covered with Sores”, Chris Barnes, *Butchered at Birth,* Estados Unidos, 1991.
Steel Pulse, “Handsworth Revolution”, Selwyn Brown/Basil Gabbidon/David Hinds/Alphonso Martin/McQueen/Steve Nesbitt, *Handsworth Revolution,* Mango, Inglaterra, 1978.
Los Tucanes de Tijuana, “La chica sexy”, Mario Quintero Lara, *Jugo a la vida*, Universal Music, México, 2002.
Queens of The Stone Age, *Songs for the deaf,* Universal Music, Estados Unidos, 2002.
The Rapture, “Whoo! Alright yeah… Uh huh”, The Rapture, *Pieces of people we love,* Universal Music, 2006.
The Cosmetics, “Newcomers”, *The national flavour EP,* Independiente, 2008.
Radiohead, “Creep”, Colin Greenwood/Jon Greenwood/Ed O’Brien/Phil Selway/Thom Yorke, *Pablo Honey,* EMI, 1993.

RIFF II

Invisible, “Durazno sangrando”, Luis Alberto Spinetta, *Durazno sangrando,* CBS, Argentina, 1975.
Los Mirlos, “La danza de los mirlos”, Los Mirlos, *The roots of chicha,* Barbes Records, Perú, 2007.
Buena Vista Social Club, “Clocks”, Chris Martin/Guy Berryman/Jon Buckland/Will Champion, *Rhythms del mundo*, Universal, Cuba, 2006.

RIFF III

Paté de Fuá, México.
Ritchie Valens, “Donna”, Ritchie Valens, *Ritchie Valens,* Del-Fi Records, Estados Unidos, 1959.
Camila, “Mientes”, Mario Domm/Mónica Vélez, *Dejarte de amar*, Sony, México, 2010.
Justin Bieber, “Somebody to love” (con Usher), J. Reeves/Jonathan Yip/Justin Bieber, *My worlds*, Universal, Estados Unidos, 2010.
Rey Pila, “No longer fun”, Diego Solórzano, *Rey Pila,* México, 2011.
INXS, Australia.
Mecano, “Cruz de navajas”, José María Cano, *Entre el suelo y el cielo*, BMG Ariola, España, 1986.
Neón, “Juegos de amor”, Sergio Santacruz/Humberto Calderón/Ignacio Acosta/Sergio Meza, *Divisiones*, BMG Ariola, México, 1988.
Timbiriche, “Tú y yo somos uno mismo”, Diego Schoening, *Timbiriche VIII*, Fonovisa, México, 1988.
Timbiriche, “Soy un desastre”, Diego Schoening, *Rock show*, Fonovisa, México, 1985.
Hombres G, “Devuélveme a mi chica”, David Summers, *Hombres G,* Twins, España, 1985.

RIFF IV

Siouxsie and The Banshees, “Cry”, Siouxsie and The Banshees, *Superstition,* Geffen, Inglaterra, 1991.
Joy Division, “She’s lost control”, Bernard Summer/Ian Curtis/Peter Hook/Stephen Morris, *Unknows pleasures,* Rhino, Inglaterra, 1979.
U2, *No line in the horizon,* Interscope, Irlanda, 2009.
La Banda Limón, “Niña de mi corazón”, *Todo depende de ti*, México, 2010.

Valentín Elizalde, “A mis enemigos”, *La historia de los éxitos. 20 súper temas,* México, 2010.

RIFF V

Kerigma, “Tres lunares”, Sergio Silva, *Esquizofrenia*, Rockotitlán, México, 1992.
Three Souls in My Mind, “Chavo de onda”, Three Souls in My Mind, *Chavo de onda*, Cisne/ Raff, México, 1976.
Ten Years After, “I’d love to change the world”, Alvin Lee, *A space in time*, EMI, Inglaterra, 1971.
Led Zeppelin, “Heartbreaker”, Jimmy Page/John Bonham/John Paul Jones/Robert Plant, *Led Zeppelin II*, Atlantic, Inglaterra, 1969.
Real de Catorce, “Un mediodía triste”, José Cruz/Fernando Ábrego, *Tiempos obscuros*, Pueblo, México, 1988.
La Revolución de Emiliano Zapata, “Ciudad perdida”, La Revolución de Emiliano Zapata, *La Revolución de Emiliano Zapata,* Polydor, México, 1970.
Chuck Berry, “Johnny be goode”, Estados Unidos.
Bob Dylan, “A hard rain’s a-gonna fall”, Bob Dylan, *The freewheelin’ Bob Dylan,* Sony, Estados Unidos, 1963.
Funky Aztecs, Estados Unidos.
South Park Mexican, Estados Unidos.
N.W.A., Estados Unidos.
Madonna, “Frozen”, Madonna/Patrick Leonard, *Frozen*, Centaur Entertainment, Estados Unidos, 1998.
Alice Cooper, “Poison”, Alice Cooper/Desmond Child/John McCurry, *Trash*, Friday Music, Estados Unidos, 1989.
Aerosmith, “I don’t wanna miss a thing”, *Nine Lives,* Sony, Estados Unidos, 1997.
Linkin Park, Estados Unidos.
Sugar Ray, Estados Unidos.
Carlos Santana, “Smooth” (con Rob Thomas), Itaal Shur/Rob Thomas, *Supernatural*, Arista, Estados Unidos, 1999.
Christina Aguilera, Estados Unidos.
Britney Spears, Estados Unidos.
The Offspring, “Pretty fly”, The Offspring, *Americana,* Columbia/Sony, Estados Unidos, 1998.
Blink 182, “All the small things”, Mark Hoppus/Tom DeLonge, *Enema of the state*, Universal, Estados Unidos, 1999.
Rage Against The Machine, “Guerrilla radio”, Brad Wilk/Tim Commerford/Tom Morello/Zack de la Rocha, *The battle of Los Angeles*, Epic, Estados Unidos, 1999.
The Doors, “Break on through (to the other side)”, Jim Morrison/John Densmore/Ray Manzarek/Robby Krieger, *The Doors,* Elektra, Estados Unidos, 1967.
The Jimi Hendrix Experience, “Fire”, Jimi Hendrix, *Are you experienced?,* Sony Legacy, Estados Unidos, 1967.
Ansia, México.
Víctimas del Dr. Cerebro, México.
Willie Nelson, Estados Unidos.

RIFF VI

R.E.M., “Everybody hurts”, Bill Berry/Michael Stipe/Mike Mills/Peter Buck, *Automatic for the people*, Warner Bros., Estados Unidos, 1992.
Rockdrigo González, “Distante instante”, Rodrigo González, *Hurbanistorias,* Edición de Autor, México, 1984.
Bob Dylan, “Simple twist of fate”, Bob Dylan, *Blood on the tracks,* Mobile Fidelity Sound Lab, Estados Unidos, 1975.
Jaime López, “Sácalo”, Jaime López, *Jaime López,* BMG Ariola, México, 1989.
Cecilia Toussaint, México.

RIFF VII

Pink Floyd, “Is there anybody out there?”, Roger Waters, *The Wall,* Capitol, Inglaterra, 1979.
Pink Floyd, “Young lust”, David Gilmour/Roger Waters, *The Wall,* Capitol, Inglaterra, 1979.
Pink Floyd, “The great gig in the sky”, Clare Torry/Richard Wright, *The dark side of the moon*, Capitol, Inglaterra, 1973.

Pink Floyd, “Wish you were here”, David Gilmour/Roger Waters, *Wish you were here,* EMI, Inglaterra, 1975.
Pink Floyd, “Hey you”, Roger Waters, *The Wall,* Capitol, Inglaterra, 1979.
Pink Floyd, “Comfortably numb”, David Gilmour/Roger Waters, *The Wall,* Capitol, Inglaterra, 1979.
Bob Marley & The Wailers, “Three little birds”, Bob Marley, *Exodus,* Island, Jamaica, 1977.
Los Pericos, “Runaway”, Los Pericos, *Pampas reggae,* EMI, Argentina, 1994.
Maná, “En el muelle de San Blas”, Alex González, *Sueños líquidos,* WEA, México, 1997.
B.B. King, Estados Unidos.
Wisin y Yandel, “Sexy movimiento”, Ernesto F. Padilla/Juan Luis Morena Luna/Llandel Veguilla Malave/Víctor Martínez, *Sexy movimiento*, Machete Music, Puerto Rico, 2007.
Gioachino Rossini, “Il barbiere di Siviglia”, Italia, 1775.
Arcade Fire, “The Suburbs”, Arcade Fire, *The Suburbs,* Mercury, Canadá, 2010.
The Killers, “Somebody told me”, The Killers, *Hot Fuss*, Island, Estados Unidos, 2004.
Franz Ferdinand, “Take me out”, *Franz Ferdinand,* Domino, Escocia, 2004.
Arctic Monkeys, “I bet you look dancing on the dance floor”, Alex Turner, *Whatever people say I am, that’s what I’m not,* EMI, Inglaterra, 2006.
The Smiths, “I know it’s over”, Johnny Marr/Morrisey, *The Queen is Dead*, Warner Bros, Inglaterra, 1986.
El Personal, “Broche de oro”, El Personal, *No me hallo,* Pentagrama, México, 1989.
Patti Smith, “Birdland”, Patti Smith, *Horses,* Arista Records, Estados Unidos, 1974.

RIFF VIII
Los Músicos de José, “Amaneceres”, *Different Sounds*, México, 2011.
Primus, Estados Unidos.
Weezer, “We are all on drugs”, Rivers Cuomo, *Make believe,* Polydor, Estados Unidos, 2005.
Can, “Halleluwah”, *Tago mago,* Mute, Alemania, 1971.
Ornette Coleman, Estados Unidos.
Justin Timberlake, “Sexyback”, Justin Timberlake/Timbaland, *SexYback*, BMG, Estados Unidos, 2006.
Coldplay, “Fix you”, Chris Martin/Guy Berryman/Jon Buckland/Will Champion, *X&Y,* Parlophone, Inglaterra, 2005.
Muse, “Plug in baby”, Matthew Bellamy, *New Born,* Mushroom Records, Inglaterra, 2001.
Portishead, “Glory box”, Adrian Utley/Beth Gibbons/Geoff Barrow/Isaac Hayes, *Dummy,* Island, Inglaterra, 1994.
Manu Chao, Francia.
The Doors, “The end”, *The Doors,* Analogue Productions, Estados Unidos, 1967.

RIFF IX
Carlos Santana, “Samba pa’ ti”, Carlos Santana, *Abraxas*, Sony BMG, Estados Unidos, 1970.
Aterciopelados, “Florecita roquera”, *El Dorado,* BMG Ariola, Colombia, 1995.
Maldita Vecindad, “Caer”, Maldita Vecindad, *Mostros*, BMG Ariola, México, 1998.
Bernard, “Kill Bill whistle”, Bernard, *Kill Bill* (película), Estados Unidos, 2003.
Descartes a Kant, “You may kiss the bride”, Descartes a Kant, *Il visore lunatique,* Intolerancia, México, 2012.
Armando Rosas, “Devoraste la cereza”, Armando Rosas, *La mitad del mundo (Soundtrack),* México, 2009.
Ely Guerra, “Tengo frío”, Ely Guerra, *Lotofire,* EMI, México, 1999.
Carla Morrison, “Compartir”, Carla Morrison, *Jugando en serio,* Intolerancia, México, 2011.
Django Reinhardt, “In a sentimental mood”, Duke Ellington/Irving Mills/Manny Kurtz, *Guitar genius,* Charly Records, Francia, 1992.
Rubén Fuentes, “Cien años”, México.
José Antonio Méndez, “Novia mía”, Cuba.
José Alfredo Jiménez, “Si nos dejan”, México.

RIFF X
Paco de Lucía, *Fuente y caudal*, Universal, España, 1991.
Boston, *Boston*, Epic, Estados Unidos, 1976.
Alex Otaola, *Fractales,* Discos Intolerancia, México, 2007.

Heart, *Little queen*, Portrait, Estados Unidos, 1977.
Guillermo Briseño, *Viaje al espacio visceral*, Independiente, México, 1981.
Sui Generis, Argentina.
Tom Waits, Estados Unidos.
Cabezas de Cera, México.
Jerry Lee Lewis, Estados Unidos.
Alonso Arreola, México.
Frank Zappa, Estados Unidos.
Maligno, "Red Witch", *Universevil,* Iguana Records, México, 2008.
Música de relajación.
Shania Twain, "I feel like a woman", Robert John Lange/Shania Twain, *Come on over,* Mercury Nashville, Canadá, 1997.
Twisted Sister, "I wanna rock", Dee Snider, *Stay hungry,* Rhino, Estados Unidos, 1984.
Faith No More, "Epic", Faith No More, *The real thing,* WM UK, Estados Unidos, 1989. [Videoclip dirigido por Ralph Ziman].
Kraftwerk, Alemania.

RIFF XI
Chava Flores, "La tienda de mi pueblo", México.
Chava Flores, "Herculano", México.
Flans, "Me he enamorado de un fan", Ignacio Cano, *Luz y sombra*, Melody, México, 1987.
Zas, "Cuando seas grande", Miguel Mateos, *Solos en América,* RCA, Argentina, 1986.
Real de Catorce, "Azul", José Cruz, *Real de Catorce*, La Mina, México, 1987.
Real de Catorce, "Paria's blues", José Cruz, *Real de Catorce,* La Mina, México, 1987.
Real de Catorce, "Un mediodía triste", José Cruz/Fernando Ábrego, *Tiempos obscuros*, Pueblo, México, 1988.
Real de Catorce, "Me miraba a los ojos", José Cruz, *Real de Catorce,* La Mina, México, 1987.
Real de Catorce, "Polvo en los ojos", José Cruz, *Mis amigos muertos*, Pueblo, México, 1989.
Real de Catorce, "Patios de cristal", José Cruz, *Mis amigos muertos,* Pueblo, México, 1989.
Cream, "Cat's squirrel", Mick Abrahams, *Fresh cream,* Island, Inglaterra, 1966.
Led Zeppelin, "Since I've been loving you", Jimmy Page/John Paul Jones/Robert Plant, *Led Zeppelin III,* Atlantic, Inglaterra, 1970.
Led Zeppelin, "Stairway to heaven", Jimmy Page/Robert Plant, *Led Zeppelin IV,* WEA, Inglaterra, 1971.
La Castañeda, "El loco", Víctor Cordero, *El globo negro,* Culebra, México, 1995.
Guns n' Roses, "November rain", Axl Rose, *Use your illusion I,* Geffen, Estados Unidos, 1991. [Videoclip dirigido por Andrew Morahan].
The Beatles, "Something", George Harrison, *Abbey road,* Capitol, Inglaterra, 1969.
Leonard Cohen, "Hallelujah", Leonard Cohen, *Various positions,* Columbia, Canadá, 1985.

RIFF XII
Chico Che y La Crisis, "Los nenes con los nenes", Francisco José Hernández Mandujano, *Los nenes con los nenes,* Orfeón, México, 1978.
Café Tacvba, "El baile y el salón", Joselo Rangel/Enrique Rangel, *Re,* WEA, México, 1994.
Los Clips, "El final", *Compilado Comrock,* Comrock, México, 1985.
Tijuana No!, "Pobre de ti", Julieta Venegas/Alejandro Zúñiga, *No,* BMG, México, 1992.
Los Enanitos Verdes, "Lamento boliviano", Dimi Bass/Natalio Faingold, *Big Bang,* EMI, Argentina, 1994.
Santa Sabina, "Azul casi morado", *Santa Sabina,* Culebra, México, 1994.
Maldita Vecindad, "Pachuco", Maldita Vecindad, *El circo,* BMG/Ariola, México, 1991.
Caifanes, "Quisiera ser alcohol", Saúl Hernández, *El nervio del volcán,* BMG/Ariola, México, 1994.

CODA
The Clash, "London calling", *London calling*, Sony, Inglaterra, 1979.
Rockdrigo González, "El asalto chido", Rodrigo González, *El profeta del nopal,* Pentagrama, México, 1986.